

1969: la dictadura militar en Brasil se acerca a su clímax cuando el apolítico Eduardo, alias Stella Manhattan, es expulsado de su patria por su vergonzosa homosexualidad. Vuelve a la superficie como respetable empleado del consulado brasileño en Nueva York y es inmediatamente acosado por el agregado militar, el Coronel Vianna —un sadomasoquista también conocido como “la Viuda Negra”— y por los guerrilleros que buscan la caída del coronel. Se encuentra así en el centro de una escaramuza entre agentes del gobierno brasileño y sus enemigos comunistas, convertido en títere crucial de una lucha que a cada paso se complica por las inclinaciones sexuales de los personajes. Entonces, embravecido como Stella Manhattan, Eduardo huye cortando todos los lazos políticos y afectivos que lo oprimen. Stella/Eduardo denuncia con eficacia los principios fundamentales de interés propio y oposición que habitan en el corazón de todas las agendas políticas y de liberación gay, dejando un amenazador legado de profunda ambigüedad.

Stella Manhattan es una obra de intoxicante perfidia política y artística. Un narrador farsante lucha por articular una intriga pero sólo logra quebrar la comunicación, riéndose con pánico y delicia ante la ola represiva de la economía capitalista sobre el arte, y ante la influencia cultural y política de los Estados Unidos sobre América Latina. Sus preocupaciones con la producción literaria se ven magnificadas por la figura problemática de Stella/Eduardo, resultando en una narrativa exuberante de identidades proteicas y exceso poético. En última instancia, *Stella Manhattan* se parece más a la filosofía de Georges Bataille que a las novelas de Manuel Puig: más intento de mostrar al ser como la ausencia que las apariencias ocultan que un estudio específico de política sexual y nacional.

Karl Posso



silviano santiago

UNIVERSIDAD DE CHILE



3 5601 15206 1622

STELLA MANHATTAN

POSFACIO
Daniel Link

84

Is.E

UCH0602



VERONICA BRASIL

Colección dirigida por:
María Antonieta Pereira
Florencia Garramuño
Gonzalo Aguilar

SILVIANO SANTIAGO

STELLA MANHATTAN

B

869.34

S235/.E

C.1

UNIVERSIDAD DE CHILE

FACULTAD DE FILOSOFIA Y HUMANIDADES

BIBLIOTECA EUGENIO PEREIRA SELAN

 CORREGIDOR

ayecto NEGESUP UCH0602, dir. R.p. Doe Luis Part. vez. "Edo. albas" \$ 12.614, fac. 84927,
depo 2009

Santiago, Silviano

Stella Manhaman. - 1º ed. - Buenos Aires : Corregidor, 2004.
304 p. ; 20x13 cm. - (Vereda Brasil, 8)

ISBN 950-05-1569-5

1. Narrativa Brasileña. I. Título
CDD B869

Diseño de tapa:

Departamento de Arte sobre diseño de colección de
Estudio Manela & Asoc. S. Manela + G. Soria

Ilustración de tapa:

Hans Bellmer, mecanismo de la primera *Muñeca*, 1934.

Traducción de:
Florencia Garramuño

Revisión de la traducción:
Carlos Nogué

R. 19.019.-

Todos los derechos reservados.

© Ediciones Corregidor, 2004

Rodríguez Peña 452 (C1020ADJ) Bs. As.

Web site: www.corregidor.com

e-mail: corregidor@corregidor.com

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

I.S.B.N.: 950-05-1569-5

Impreso en Buenos Aires - Argentina

Este libro no puede ser reproducido total ni parcialmente en ninguna forma ni por ningún medio o procedimiento, sea reprográfico, fotocopia, microfilmación, mimeógrafo o cualquier otro sistema mecánico, fotoquímico, electrónico, informático, magnético, electroóptico, etc. Cualquier reproducción sin el permiso previo por escrito de la editorial viola derechos reservados, es ilegal y constituye un delito.

PRESENTACIÓN

POR SILVIANO SANTIAGO

Hace veinte años, cuando imaginaba *Stella Manhattan* y comenzaba a escribirla, Brasil se distanciaba de la dictadura militar para atravesar el período que convencionalmente llamamos "apertura". La literatura y las artes brasileñas intentaban salir de un período en el que habían predominado temas, situaciones dramáticas y personajes cuadrados y monolíticos, a veces con contornos stalinistas, cuyo mayor valor era estratégico, tanto en un plano literario como político. Todo se hacía con seguridad y dirección predeterminada. El artista se imaginaba a sí mismo dueño de la verdad. Era necesario poner fin al régimen de excepción, terminar con la censura. Combatíamos a los civiles y a los militares que se resguardaban por detrás del Poder con mayúsculas. Era imposible no acordar con la necesidad del desvío por el que habían pasado la literatura y las artes brasileñas durante aquellas dos décadas.

Es imposible no convenir con el hecho de que en la década de 1980 era necesario colocar la literatura y las artes en la arena de las nuevas discusiones y conquistas en debate en el mundo desde los años de 1960. Había llegado el momento de liberar al ser humano de las microestructuras de poder y de represión. A la libertad debía sucederle la liberación. Libertad y liberación. La cuestión política debía ser suplementada por la cuestión de la sexualidad. Política y sexualidad. La acción de la novela que estaba imaginando no ocurriría en Brasil, sino en Nueva York, la capital del mundo, como los hechos del 11 de septiembre vendrían a probarlo una vez más.

En Nueva York trabajaría con la memoria y los vestigios de la dictadura militar y del neocolonialismo, y con la consecuente necesidad de volver a prender la vela de los sentimientos, emociones y deseos humanos en tiempos de

liberación. Todo precario, odioso, fascinante y esperanzado. Me alejaba del contexto estrecho de la nacionalidad y entraba en el cuadro de los movimientos de liberación que, oriundos de las campañas de universitarios contra la guerra de Vietnam, se habían extendido desde Berkeley y Woodstock hasta la París de mayo del 68. Me alejaba también del contexto machista del partidismo político latinoamericano, para confiar en una política del cuerpo, donde éste no aspiraba a lo eterno, sino que agotaba el campo de lo posible.

Los personajes de la novela no podrían ser sólo brasileños. La gracia estaba en ubicar compatriotas en la escena cosmopolita de Nueva York y ver cómo reaccionaban.

Retratar no sólo el viejo cosmopolitismo de los ricos y de los funcionarios del Estado brasileño, de que es ejemplo hasta nuestros días Joaquim Nabuco, sino también el nuevo cosmopolitismo de los guerrilleros exiliados o mutilados por la represión, de los pobres del Tercer Mundo y de los rechazados por la intolerancia del comportamiento. El cosmopolitismo de los diplomáticos y de los agregados militares. Y también el de los desempleados en su país, aquellos que fueron lanzados a los torbellinos del dólar por la insensibilidad de los capataces del neocolonialismo. También el cosmopolitismo de los perseguidos por los militares, que intentaban hacer amigos y aliados en tierras extrañas, y finalmente el de los homosexuales latinoamericanos que por la intolerancia de la familia y del medio machista y patriarcal eran lanzados al extranjero por las aventuras del avión y del azar.

En los senderos recorridos por brasileños, cubanos y puertorriqueños exiliados, por norteamericanos infelices con el estado de las cosas en su país, surgía una especie de nuevo *homo americanus* erotizado, que desviaba las lecturas capciosas de cada país construidas por la ideología nacionalista en vigor en los distintos regímenes mili-

tares. Al desviarlas, el nuevo *homo americanus* estimulaba la posibilidad de una reflexión que neutralizaría las fuerzas retrógradas del pasado que todavía nos persiguen, como la esclavitud negra e indígena, las fuerzas de represiones minúsculas que guillotinan el deseo, los sentimientos y las emociones de aquellos que transgredían las normas de comportamiento dictadas por la burguesía religiosa. Ciudadanos del mundo sin ser parias del capitalismo.

Tal vez algo estuviera resonando dentro de mí, que viví en la década de 1960 situaciones semejantes a las de la novela; tal vez estuviera queriendo traer hacia los años de 1980, en los que escribía la novela, las palabras finales de André Gide en *Les nourritures terrestres*: "Yo ya viví; ahora te toca a ti. Es en ti que a partir de ahora se prolongará mi juventud. Te la doy en consignación. Si siento que me sucedes, aceptaré mejor la muerte. Te transfiero mi esperanza. [...] Camarada, no aceptes la vida tal cual te la proponen los hombres. No ceses de persuadirte de que ella puede ser más bella; la vida, la tuya y la de los otros; no otra, futura, que nos consuele de ésta y nos ayude a aceptar su miseria. No lo aceptes."

Los personajes de *Stella Manhattan* no pasarían por el proceso clásico de *caracterización*. No tendrían identidad fija; cada uno, a su manera, sería múltiple. Todos hechos de vestigios del pasado y de flechas que apuntaban hacia un futuro más apasionante y justo. Cada uno podría tener dos o más nombres. Uno, reguero de pólvora, y el otro, indicativo de dirección. Eduardo da Costa e Silva es Stella Manhattan. Es él y ella. Cada personaje tendría el formato y la forma de una bisagra. Sin bisagras, puerta y ventana son paredes. Eduardo es Eduardo. Gracias a las bisagras, las puertas y ventanas se abren y conducen a otras habitaciones, paisajes, seres humanos y mundos. Eduardo es Stella Manhattan.

Cuando creaba los personajes pensaba en las muñecas de Hans Bellmer, múltiples, desarticuladas y vueltas a componer según una organicidad que escapa a la determinada por el cuerpo biológico. Restos de varias muñecas eran pegados, recompuestos en vista del esplendor sexual de una sola. Las muñecas de Bellmer son perversamente sensuales por su remontaje erótico del cuerpo. Pensaba en la deconstrucción de lo que es sólido y erecto (por ejemplo, el falo), operada por Lygia Clark a través de las bisagras en sus notables esculturas denominadas "Bichos". Como en una escultura de Lygia, cada personaje de Stella Manhattan estaba allí para ser *montado* por el lector a partir de la deconstrucción de la falocracia.

Sin embargo, la dirección hacia el futuro era nebulosa. Tal vez yo estuviera previendo las nubes negras de la enfermedad que corrompería a muchas de las victorias conseguidas durante las décadas de 1960 y 1970. No sé. El peso del pasado era demasiado violento y monopolizador para que se pudiera escribir una literatura gay optimista y fraterna. Opté por lo trágico nietzscheano. Tal vez haya exagerado en los colores satíricos, tal vez haya corrompido el tejido de la camaradería y de la amistad, tal vez haya sido incitado por el gusto de las imágenes artísticas contemporáneas a las que ya me referí. Una lectura de la novela percibirá cómo está construida por imágenes tomadas prestadas del arte pop, de las exageraciones *papier maché* de Nick Saint Phalle, cuyas esculturas me hechizaban por su costado circense y escandalosamente colorido. (En las plumas y paetés de Andy Warhol, que tanto admiraba, había menos celebración de la alegría de vivir que crítica a los excesos de la sociedad norteamericana) Tal vez haya estado confundiendo las plumas y paetés de nuestra virtud carnalesca con las plumas y paetés de Andy Warhol. No lo sé.

Stella Manhattan dramatizaba y al mismo tiempo elogiaba una noción apasionante para aquellos días: que el placer violento, excesivo, desbordante, despreocupado de la utilidad del acto carnal, es decir, despreocupado con la conservación y la reproducción de la especie, no es patológico.

Allí está la noción de *gasto*, tomada prestada de Georges Bataille y de su *La noción de gasto* y *La parte maldita*. Como quiere Bataille, el "gasto improductivo". En la conjunción de *gasto* e *improductivo*, el énfasis tiene que ser colocado en la pérdida, en el gasto sin retorno. El énfasis tiene que ser puesto en el don. Bataille da el ejemplo de las joyas: no es suficiente con que sean bellas y deslumbrantes. Sería posible sustituirlas por joyas falsas. Lo importante es que signifiquen el sacrificio de una fortuna. El dinero preterido a un segundo plano. Eso es lo que torna fascinante el carácter de joya. También el gasto improductivo está por detrás de los cultos bajo la forma del sacrificio. Es éste el que instituye lo sagrado, como la misma etimología de la palabra *sacrificio* lo demuestra (del latín *sacer*). El desperdicio confundía y colocaba contra la pared de los buenos sentimientos conservadores y religiosos la noción entonces difundida y hasta hoy infelizmente aceptada para la caracterización del medio homosexual — la de promiscuidad.

A la voz de Bataille sumé la de Gaston Bachelard: "La conquista de lo superfluo proporciona una excitación espiritual mayor que la conquista de lo necesario. El hombre es una creación del deseo y no de la necesidad".

Agrego que la noción de desperdicio, debidamente asociada al deseo de plenitud de vida, a la alegría, ya estaba en una novela anterior mía, titulada *Em liberdade* (1981, traducción española, 2003). Allí se escondía por detrás de la idea de pasión, norte del personaje. Intentaba mostrar que, al salir de la prisión, el cuerpo martirizado y

abatido de Graciliano Ramos intentaba volver a ganar placer, vida y alegría entregándose no a la moderación y al recato, característicos del comportamiento de ex presidencial en tiempos del Estado Novo; se entregaba más bien a la pasión, al ardor del amor que trasciende el matrimonio y lo carnal. Al lado de su esposa, la dejaba pasajeramente para entregarse a una especie de pansexualismo frente al océano abierto de Ipanema.

Allí está escrito: "Aprendía con el mar una lección de vida, donde no entraba la abnegación, la modestia, el pudor. Sólo la conquista. El mar es. Yo soy. No hay adjetivos. Apenas la afirmación magnífica de la necesidad de existir, vivir, dejar correr energía y fuerza en el presente, sin interferencia del pasado y sin compromiso con el futuro. El mar me entregaba de vuelta mi cuerpo para que yo hiciera con él lo que era posible hacer en un único instante. Necesitaba aprovecharlo, trabajarlo, arreglarlo para que viviera el instante con la gloria de una vida entera". Y algunas páginas más adelante el narrador/personaje explicitaba la emoción: "La pasión requiere el desperdicio. Requiere que se gaste sin economías, sin espíritu de ahorro. Requiere cuerpo y espíritu en toda su plenitud. Sin perspectiva de futuro, existe el presente".

NOTICIA SOBRE EL AUTOR

Silviano Santiago es escritor y crítico literario. Nació en 1936 en el estado de Minas Gerais, Brasil. Se doctoró en Literatura francesa en la vieja Sorbonne, con una tesis dedicada a la génesis de *Les Faux-Monnayeurs*, de André Gide. Vive en Río de Janeiro, donde enseñó en la Pontificia Universidade Católica y en la Universidade Federal Fluminense, después de haber enseñado durante varios años en universidades norteamericanas y europeas.

Además de la novela *Em liberdade*, ya publicada por Corregidor, y de *Stella Manhattan*, es autor de *Uma história de família*, *Viagem ao México*, *De cócoras y O falso mentiroso*. Reunió sus cuentos en otros dos libros, *O banquete* e *Keith Jarrett no Blue Note*. La Editora Rocco, que edita sus libros, lanzará próximamente un tercer libro de cuentos, *Histórias mal contadas*. Recibió el prestigioso premio Jabuti de ficción en tres oportunidades.

Sus ensayos fueron reunidos en *Uma literatura nos trópicos*, *Vale quanto pesa* y *Nas malhas da letra*. Fue responsable por el prefacio y las notas de la correspondencia entre Carlos Drummond de Andrade y Mário de Andrade. Seleccionó, prologó y organizó la edición de *Intérpretes do Brasil*, en tres volúmenes. Sus dos próximas colecciones de ensayos, *O cosmopolitismo do pobre* e *Ora (direis) puxar conversa!*, serán editadas por la Editora de la Universidade Federal de Minas Gerais.

Fue curador de dos importantes exposiciones realizadas en el Centro Cultural do Banco do Brasil: *Roland*

Barthes Artista Amador y Eça de Queirós: entre Portugal e o mundo. Es editor de la revista Margens/Márgenes.

STELLA MANHATTAN

*Para Auggie
y
Minnie*

*Dios no quiere que yo escriba,
pero yo sé que debo escribir.*

KAFKA

PRIMERA PARTE

No se trata de pintar la vida.
Se trata de darle vida a la pintura.
BONNARD

Isla de Manhattan, Nueva York
18 de octubre de 1969

PRIMERO

1

*Ó jardineira, por que estás tão triste?
Mas o que foi que te aconteceu?*

Stella Manhattan tararea una canción mientras abre la ventana del pequeño living del departamento en el que vive, y respira inmediatamente el aire frío y contaminado de la mañana de octubre en Nueva York. Hinchaba y deshinchaba los pulmones y el cuerpo caliente exhala una nube compacta de humo por la boca como si fuera outdoor de cigarrillo o de plancha de tintorería en la Times Square. *Wonderful morning! what a wonderful feeling!* tararea en silencio. Cuando expira, Stella abre los brazos y cierra sus ojitos almendrados y nostálgicos de sol tropical y calor carioca, y el humo sale redondo y con languidez perezosa de sus labios, componiendo la palabra "saluuuuud", adornando delicadamente la u, con una parada brusca de gimnasta en la sílaba final, y Stella continúa, antes de inspirar de nuevo, ojitos abiertos e impúdicos de odalisca south of the border: "Mucha salud, mucho sexo y muchos años de vida para gozar". Abre los ojos, inspira; cierra los ojos, expira: "saluuuud".

Stella la ve —¿cómo no la va a ver?— a la vieja vecina de enfrente que lo observa entre asustada y miedosa por

detrás de la ventana de su departamento. Ésta comenta el teatro matinal de Stella en el escenario de la ventana abierta, y se lo comenta con gestos y palabras a su marido paralizado en la cama, y concluye:

"He's nuts."

"Who's nuts?"

"The Puerto-rican who lives in the building across the street."

Stella inspira el aire contaminado de la mañana y expira "saluuuud". Y es arrebatada por un estremecimiento nostálgico de verano y playa, de sol caliente abrasante y de agua de mar que revienta contra la arena escaldante, de mate helado que mata la sed, de drops de menta y mentex, de cocada baiana, frisson de cuerpos sudados y ardientes, *Rickie my boy, my boy Rickie, we'll fly down to Rio* (se acuerda de la frase que dijo una hora antes en la cama), de cuerpos lustrosos de calor, sensuales, recubiertos de aceite bronceador, vivando "¡Yuju! músculos y muslos, cuerpos estirados en estudiada desprolijidad en las esterillas de Copacabana beach, lovely place in Brasil. "You and me, we'll fly down to Rio."

Expira y abre los brazos como vedette en la apoteosis final de teatro de revistas de la Tiradentes y, si tuviera una escalera a su frente, descendería escalón por escalón entre plumas, strass y lentejuelas, lujosamente, lujuriosamente descendería los escalones hasta llegar al final desde donde en afinado y largo trino, tirando besos y más besos para los admiradores que gritan en delirio: "¡Es la mejor! ¡ Es la mejor!", desde donde tremularía la voz en un agudo que rimbombaría por las bóvedas del cielo de Manhattan bajo los aplausos frenéticos de la platea. Stella Manhattan: Estrella de Manhattan.

"Allá voy, divina, agárrenme que divina voy allá", grita ya como montada en una escoba de bruja, volando mary-poppins por sobre los edificios. De repente entró un golpe

UNIVERSIDAD DE CHILE
FACULTAD DE FILOSOFIA Y HUMANIDADES
STELLA MANHATTAN
BIBLIOTECA EUGENIO PEREIRA SALAZAR

de viento soplando desde el río Hudson que le quitó toda la gracia a su rostro e hizo caer algo en el departamento; mira: el porta-retrato. Cierra rápido la ventana malhumorado.

"¡Que los parió!"

Detrás del vidrio ve a la vieja gringa que, también detrás del vidrio, le hace caras y gestos en el edificio de enfrente y Stella le retruca con otras tantas y otros tantos hacia ella. "No jodas, no jodas con Stella, vieja bruja, porque no sabés de lo que es capaz. Un día de estos te tuerce el pescuezo". La vieja desaparece por detrás de la cortina percutida. Sí, ella sabe —bien que lo sabe— de qué es capaz Stella desde el día en que se cruzó con él en la calle y éste le dijo de todo, y todavía más: que dejara de ser entrometida en la vida de los otros, vos lo que tenés que hacer es lavar los vidrios y cortinas de tu apartamento, *they're as dirty as your mouth, look at them!*

"I hate New York", grita Stella sin mucha convicción por detrás del vidrio, mirando hacia el cielo ceniza de otoño y hacia la calle sin peatones, donde la faja cenicienta de asfalto es acompañada por líneas paralelas, ininterrumpidas y multicoloridas de autos estacionados. *No es un vientito de estos piensa lo que me va a arruinar el buen humor en esta glo-riooooo-sa mañana de otoño*, y se dice así mismo, imitando fotógrafo viejo frente a niño malcriado: "Sonreí, Stella, sonreí. Vamos, sonreí. No te deprimas. Up, up. Caballito alazán, upa, upa. Mirá las estrellas. La vida es bella. Life is beautiful. Gorgeous! New York is beautiful! You're beautiful. Here comes the sun. It's all right."

Stella amaneció loca, loca de alegría este sábado. Apenas podía contenerse dentro de su departamento; necesitaba un escenario, reflectores y público. Era sábado y se había levantado por segunda vez alrededor de las diez y

media, esta segunda vez con el cuerpo ausente de Rickie pegado de mentira al suyo.

Mucho antes, a las seis, Stella dormía el sueño del paraíso en las islas de los mares del Sur, cuando se sintió sacudido y rodó de un lado hacia el otro de la cama, sacudido de nuevo, y entonces entreabrió los ojos sorprendido —¡Wow! ¡Es de verdad!— con la cara sin afeitar del Príncipe-de-los-sueños en carne y hueso frente a él. Pestañeó y preguntó adormilado, desperezándose, qué pasaba.

"Time to go", escuchó la voz de Rickie con los ojos de nuevo cerrados.

"¡Oh, no! ¡Not now!"

Dejó que Rickie se vistiera en la oscuridad (se dio cuenta de que tenía los movimientos automáticos del pícaro profesional que siempre tiene que saltar de la cama en la oscuridad y ponerse rápidamente la ropa mientras el compañero sólo se pone las chinelas) y, para despedirlo, lo acompaña hasta la puerta: "Call me later. Tenés mi número de teléfono, te lo di ayer en el bar".

Stella se levantó por segunda vez hace unos minutos. Tomó el desayuno con euforia de boca callada y ojos brillantes (es decir: reprimida), euforia que esperaba el momento propicio para explotar. Explotaba, ¡y cómo!

*Foi a camélia que caiu do galho,
deu dois suspiros
e depois morreu*

tararea de nuevo, mientras toma la gran decisión de la mañana, pero antes piensa en voz alta: "... y después murió", y lánguido: "... murió de amor", y suspirando: "... oh, oh, what a pity". *Es sábado y tengo que limpiar el departamento. What a mess! Qué mugre, dear, dear Stella, you have to do something. Un día de estos te despertás y le decís buen día a la rata que pasa corriendo hacia su*

cueva. Buen día señora rata —se reprende a sí mismo con el dedo en ristre, después de haber pasado el mismo dedo índice por los muebles dibujando un camino entre el polvo acumulado.

Redobla tambores "rataplán, rataplán", toca la corneta "tatará tatará" y se yergue "a la una, a las dos y a las tres", y luego bambolea el cuerpo de nuevo. Hace como si se atara un pañuelo colorido de Azuma en la cabeza para proteger sus cabellos del polvo, haciendo un turbante atrás; hace como si se pusiera un vestidito de lienzo liviano y sin mangas y, for sure, sin cinturón, que las carnes están todavía duras, ¡duras! y pellizca las nalgas de uno y otro lado para comprobarlo, fingiendo que no percibe las grasas del invierno depositadas en las caderas. Hace como si calzara alpargatas hawaianas, como si tomara escoba y aspirador y "la-ra-li-la-ra-li", sale de aspiradora en puño para la limpieza semanal, doblando el cuerpo por la cintura y empujando las piernas hacia delante como si estuvieran en contradicción con la espalda que se inclina más y más hacia atrás.

"Una ricura —se mira en el espejo del living y, *hum, hum, cosita tierna de mamá*, pellizca las mejillas fogueadas por el viento frío de la mañana. *Soy divina, ¿no?* —imita a Blancanieves sin los siete enanitos. *¡Qué Príncipe Encantado, Rickie, no daría todo, todo, por esta doméstica seductora de los trópicos! Y me pedís, al despedirte, veinte dólares para el taxi. ¡Qué po-bre-za!* constata desilusionado y en voz alta, haciendo puchero, pero inmediatamente enciende la aspiradora para no escuchar su voz ni el eco de la voz de Rickie pidiéndole veinte dólares para el taxi a las seis de la mañana. Enciende y, en un segundo, apaga la aspiradora, *esta cabecita hueca, cómo se me ocurre pasar la aspiradora antes de limpiar.*

"No es por la plata" —intenta justificarse a sí misma frente al espejo.— "No, no es por la plata. ¿Veinte dólares?"

Si hubiera pasado el resto de la noche en el bar hubiera gastado más. Es porque me hace pensar, Rickie, que no hubo amor, no hubo amor entre nosotros, Rickie. Do you understand, Rickie? no love!"

Tararea irónico para alejar la amenaza de lágrimas y la mala onda que lo va envolviendo:

*No love, just fuck.
No love, just money.
No fuck, just love.
No money, just love.*

Pero lo que queda burbujeando insistentemente en su cabecita tonta es la palabra amor, burbujeando glup glup glup, como gold fish en pecera de restaurante y, cuantas más burbujas suelta glup glup, más los ojitos de pescado frito de Stella buscan por los cuatro rincones de la casa, glup glup, alguna cosa que le recuerde la noche anterior. Rickie no había tocado nada, entraron directo hacia el cuarto y de ahí salieron directo hacia la puerta de salida, no sin antes —*si me llama es porque no fue sólo por los...*— autocensura el final de la frase creando suspenso para sí mismo

2

Stella Manhattan, alias, Eduardo da Costa e Silva, con traje de Bloomingdale's, camisa de cuello abotonado y corbata a rayas verticales de los Brook Brothers, llegó hace un año y medio mal vestido, miedoso y deprimido a Nueva York. Aunque no era diplomático de carrera, vino a trabajar en el Consulado Brasileño allá en el Rockefeller Center. Lo pusieron en la sección de pasaportes, con la función de atender al público.

Al principio pedía disculpas a Dios y a todo el mundo por todo: por lo que había hecho, por lo que no había hecho, por lo que había hecho mal y por lo que había hecho bien. Poco a poco fue perdiendo los colores amarillos y sombríos de fiera acorralada contra la pared a punto de recibir, implorando ya, el tiro de misericordia, y ganando los colores de la alegría y de la espontaneidad. Retraído y sonriente, se soltaba cuando conseguía insertar alguna palabra picante en el comentario.

Inmediatamente hizo buenas migas con las colegas de la sección (eran tres chicas que ya no vestían uniforme de secundaria ni habían entrado definitivamente en el rol de las tías, eran tres mujeres maduras prontas a despetalarse), migas que poco a poco se transformaron en amistad con derecho a susurros indiscretos y confidencias tipo cuidado que la pared escucha.

Al final del segundo o tercer mes hubo, sin embargo, nueva metamorfosis en el territorio de cuatro por seis, circunscripto por el mostrador de atención al público de un lado y por la puerta que daba acceso al resto del consulado del otro: las tres comenzaron a tratar a Eduardo con esa intimidad de mano única que es fruto de los celos. Como las tres se quedaban sentadas y sólo él de pie, los celos llevaron a la deferencia y ésta creó dos planos en la sala de la oficina. El de abajo y el de arriba, ellas y él. Había incluso algo de interés en la manera como lo llamaban ahora para el café de las cuatro, hora en que terminaba el trabajo de atención al público. Todo, fácil de deducir, porque habían descubierto —y comentaban maliciosamente el hecho entre ellas— que Eduardo almorzaba una vez por semana con el agregado militar. El único día de la semana que éste venía al consulado, los miércoles. No podían perdonárselo, cómo podrían perdonar un golpe tan bajo y sucio de un igual. Siempre iba solo. Nunca invitaba, aunque fuera a una de ellas, sólo una.

Maria da Graça les decía a las otras dos sin levantar los ojos de la máquina de escribir:

"Acá hay gato encerrado", a lo que Terezinha agregaba, mirando a Da Glória:

"Hay, claro, sólo no lo ve el que no lo quiere ver", y Da Glória no decía nada, sonreía una sonrisita apretada y astringente como si sólo ella, ella sola y kolynos supieran el verdadero motivo por el cual Eduardo y el agregado militar almorzaban juntos los miércoles.

La sonrisa de Da Glória no era una sonrisa de quien escucha y no comenta, era tic, ¡pobre! Un tic que tenía cuando se quedaba pensando en el vacío del día con la cabeza barrida por el viento que balancea las hojas, balancea las hojas de las palmeras de Pajuçara, pero su sonrisa intrigaba a las otras dos que ya empezaban a armar un complot contra ella.

Terezinha decía de pie en el mostrador:

"Algunos sólo son amigos en las buenas. Cuando ven a alguien ahogándose, ni pierden tiempo, dicen que es de mentira y siguen su camino sin culpas".

"La gente así termina pagando, y pagando caro. Si no aquí, allá arriba", completaba Maria da Graça, rodando los ojos del suelo hacia el techo, con cara de profesora de primaria enseñando catecismo.

Da Glória callada.

"Tanta injusticia en este mundo, tanta", monologaba Terezinha mirando a un joven que entraba en la sección. Le preguntó por Eduardo.

"Ése, ese sin ..." empezaba a decir cuando se dio cuenta y se quedó balbuceando perdida en el medio de su odio. Se dio vuelta hacia Da Glória como hacia una tabla de salvación: "El joven busca a Eduardo, ¿sabés dónde está?"

"¿No se fue a almorzar con el agregado?" respondió perpleja Da Glória sin sacar de su cabecita hueca el viento que balancea las hojas.

El chismerío entre Maria da Graça y Terezinha era en voz baja y no transponía el mostrador de atención ni pasaba por la puerta que comunicaba la sala con el consulado. Los tiempos no estaban para quien osara una palabra que pudiera arañar aunque sea levemente el uniforme verde de los militares. Sin olvidar que Da Glória era hija del hermano de un general cuatro estrellas, cuya figura sin nombre quedaba colgada del techo de la sección como un ángel de la guarda que la protegía anónima y bien poco desinteresadamente, si se piensa que de los cuatro era la única que no hacía nada, absolutamente nada. Se quedaba papando moscas todo el tiempo, escuchando la música del viento que balancea las hojas de las palmeras.

Cuando las tres volvían a quedarse solas, en particular los miércoles a la tarde, cuando prácticamente Eduardo no volvía al trabajo y Terezinha tenía que reemplazarlo en el mostrador volviendo a su antigua posición, Maria da Graça y Terezinha se ojeaban, con sus respectivas lenguas ardiendo y ¡listo! ya soltaba la lengua Terezinha:

"Carne y uña, los dos", y Maria da Graça respondía:

"Eduardo tiene maneras tan cómicas..." Terezinha retomaba, mirando a Da Glória: "Sólo el embajador no lo ve, ah, si fuera una de nosotras, ¡pobre! Ya habría recibido la tarjeta roja, sin aviso previo. ¿No te parece, Da Glória?"

Y ésta se quedaba pensando, callada, en su escritorio, bajo la mirada patética de la colega, hasta que Terezinha repetía lo que ya había dicho:

"No, no me parece."

"¿Y por qué no te parece?" insistía Maria da Graça guiñando el ojo y pidiéndole complicidad a Terezinha en la pregunta. Ahora habían acorralado a la fiera. Terezinha

asintió con la cabeza desde lejos: adelante, Maria da Graça.

"Ay, chicas, el chico puede estar de servicio."

"¿Qué servicio?" preguntó Terezinha picada por la envidia y los celos, con voz de única sacrificada con toda esa payasada de almuerzo de los miércoles.

"Servicio, claro. O ustedes creen que un militar no hace nada. Que se pasa la vida papando moscas."

Da Glória no necesitaba, ¿para qué iba a necesitar? argumentos o ejemplos para convencer a las compañeras. Las otras dos sintieron inmediatamente el peso del ángel de la guarda verde-y-amarillo-cuatro-estrellas colgado del techo y se callaron. Continuar la conversación sería levantar dudas sobre la función y el trabajo del coronel Vianna en el consulado, y eso nunca. Peor que la muerte.

Los almuerzos de Eduardo con el agregado militar no intrigaban sólo a las tres compañeras de sección. Poco tiempo atrás habían comenzado a ser también objeto de curiosidad y especulación por parte del grupo de brasileños a los que Eduardo se aproximaba con el objetivo de hacerse amigo.

Por temperamento y por opción de vida, Eduardo no era solitario, de quedarse en casa deprimiéndose. Comenzó a frecuentar todo lo que fuera actividad cultural ligada al Brasil. No podía imaginarse que, a sus espaldas, lo tenían por espía infiltrado en el medio intelectual de los brasileños novayorquizados. Solo en el mundo, Eduardo apreciaba demasiado el amor y el compañerismo como para desconfiar que detalles de su vida en el consulado eran interpretados como piezas de un rompecabezas dentro de la lógica paranoica que era el suelo común donde se erguía el raciocinio de los brasileños después del 64. Cuánto no le dijeron con el objetivo de que fuera un mensaje (falso) para el agregado militar. Mirá: decile esto a él que inmediatamente llega a los oídos del coronel.

El gallo cocorito que cantaba de político en el departamento de Eduardo era Stella Manhattan. Y para Stella la sustitución del presidente Costa e Silva por la junta militar entraba en un oído y salía por el otro. Stella era muy poco nacionalista. Quería una verdad política nueva y libertaria, de uso personal y colectivo, que imaginaba callado sin llegar a formular, incluso porque no sería capaz de hacerlo. Más un feeling bien adentro, en lo profundo de lo profundo, que un razonamiento racional y verbalizable. Fue dejando a Stella salir de las cuatro paredes del cuarto, salir de casa, descender el ascensor, andar por la calle, conversar con la gente, que Eduardo fue distanciándose políticamente de los brasileños a los que buscaba.

Por no haberla llevado a Woodstock aquel verano, Stella le había prohibido a Eduardo ir al cine por un mes y tomar helado de ciruela. Por no haberla dejado acostarse con John Lennon y Yoko, Stella había amenazado a Eduardo con una visita al consulado y una buena conversación desconfiada y reveladora con las tres mujeres del jabón Lux del mostrador.

A medida que Eduardo intentaba encajar en el grupo de brasileños, el grupo encajaba una nueva pieza en el rompecabezas paranoico.

A causa de su apellido, Eduardo era pariente próximo (hijo, decían algunos, sobrino nieto, apostaban otros) del ex presidente de la República.

Por no ser de carrera, había sido contratado por orden expresa del Servicio de Inteligencia que así tenía una persona de superconfianza para infiltrarse en el medio cultural de los exiliados. El hecho de haber hecho Letras en la Nacional ayudaba, y cuánto. Nadie desconfiaba de él. Es uno de los nuestros.

Por estar en la sección de pasaportes, podía controlar mejor el pedido y la aprobación de documentos, alertando al Servicio sobre los casos sospechosos.

Los almuerzos de los miércoles con el coronel Vianna, influyente figura en la organización y planeamiento del golpe del 64, y después en la policía de la represión, completaban la imagen de espía y daban crédito a todas las demás sospechas. El miércoles era el día de la conversación mineira, del intercambio de informaciones secretas: el coronel transmitía las de allá y Eduardo las de acá. No era casualidad que fueran a un pequeño y discreto restaurante de la calle 82, en el East side, con mesas distantes unas de las otras y prácticamente a prueba de cualquier indiscreción.

Esas informaciones precisas sobre el restaurante y el almuerzo fueron dadas por Carlinhos (alias), que trabajaba allá de buss-boy y a quien lo había intrigado la complicidad en voz baja que transpiraba aquella mesa —siempre la misma— en el rincón. Una tarde había visto al coronel firmar un cheque y entregárselo a Eduardo.

Por supuesto, todas esas conjeturas eran falsas.

“¿Eduardo, espía? Es un chiste”, fue necesario que Marcelo llegara de Brasil para que poco a poco se fuera aclarando el misterio de Eduardo Costa e Silva. Una única cosa en toda la historia podría haber sido comprometedor para Eduardo, pero eso nadie lo sabía, sólo el embajador, además de los dos implicados directos, claro.

Fue el coronel Vianna, a pedido de su amigo de la juventud y padre de Eduardo, quien había conseguido para éste el empleo en el consulado.

3

Stella Manhattan camina hacia la cocina en busca de odex, lavandina, esponja y guantes de goma. Comenzaría por limpiar el baño, toma la decisión, pero antes abre la canilla de la cocina para tomar un vaso de agua, que la

resaca es fuerte, y le quema la garganta como el primer shot de whisky. Deja correr el agua para que se enfríe.

El sonido de la canilla o la actitud de espera le traen de vuelta el cuerpo de Rickie en la cama en un ataque de placer violento, de aquellos que hacen saltar los ojos, pierde y no pierde la respiración, jadeando como asmático en el auge de la crisis. *Así son los protestantes*, piensa volviendo a ver los ojos desorbitados que saltaban en el rostro baby face mientras el cuerpo daba un salto, *unos santitos rubios y de ojos azules, unos bebotes que parecen hechos sólo para la vitrina, pero que cuando gozan es como si estuvieran cantando en coro de iglesia. ¡Aleluya, Aleluya!*

“¡Aleluya, Aleluya!” retoma en voz alta imitando el *Mesías* de Haendel.

Recuerda las transmisiones de cultos protestantes negros que veía en la televisión los domingos a la mañana, y vuelve a ver negras inmensas de sombrero y cuello blanco inmaculado, bien sentaditas como madres que son de ocho negritos, bien comportaditas como fieles en día de recogimiento y plegarias, de histriónico sólo la mirada un poco demasiado viva para el ambiente, un poco de fisgonas mirando por el agujero de la cerradura y que, de repente, comienzan a aplaudir, se bambolean como locas, menean el cuerpo como bahianas en desfile de escola de samba, y comienzan a moverse como locas locas, desorbitan los ojos, hacen hélices con los brazos y salen volando por la iglesia como cucarachas atontadas, perdiendo el control total de las emociones. *Me las imagino cuando cogen. Deben sacar la lengua afuera. Los protestantes deben ser así. Frío frío por fuera, caliente caliente por dentro. Muy bien.* Y piensa de nuevo en Rickie pegado a su cuerpo en el momento en que comenzó a cantar los himnos del orgasmo, y como Stella estaba decididamente a favor del barullo no se intimidó y empezó

a hacer coro, calentándose cada vez más y más, caldera ya a punto de explotar, explotando. Se acuerda de su amiga Bastiana, la cocinera de la casa de sus padres, negrta, fuertona, gordona, un zepelín, nunca la había visto con un macho y, una madrugada caliente de verano carioca, la vio en un terreiro de la bajada fluminense pataleando, gritando y gimiendo como si fuera epiléptica. Para él padre y madre tienen que ser católicos. Sólo un católico coge en silencio papá-mamá, escondidos de los ojos de Dios, llega a la conclusión, *como si fuera castigo y maldición coger* piensa, sin arrepentirse de haber dejado la casa de los padres y haber venido a los States.

"Stella, movete, querida", se dice a sí mismo, en un ataque de nervios que hace temblar el cuerpo como para sacarlo del sopor en el que entró con los recuerdos, "¿y la limpieza, Stella?, no te vas a quedar ahí soñando con el Rickie de los ojos desorbitados como si fueras tu amiga cubana, Lacucaracha". Llena el vaso de agua y bebe golpeando la lengua que crepita como una hoja seca que está siendo quemada.

En el baño se pone los guantes de goma como si fueran de cabritilla, exhibiendo las manos ante los ojos. Para ver si todos los dedos calzaron completamente. Se pone la mano derecha en la cadera en señal de duda. ¿Por dónde comenzar? ¿pileta? ¿baño? ¿inodoro? Porque bidet no hay. Odia limpiar el inodoro, lo o-di-a. Además, cuando entra al baño a hacer la limpieza, hace muecas, rezonga y pide ayuda a su amiga Bastiana, que es buena para cualquier trabajo. *¿Yo? Nunca piensa Stella, soy más cocinera, cómo es que voy a poner mis manos angelicales de hada en esta mugre. Cruz credo ave maría* —y se bendice como para alejar toda la tentación de lo sucio.

"Vamos, Sebastiana, eso, ahí, mojé primero los bordes e inmediatamente tiré odex y fregé con la esponja."

Bastiana hace la limpieza obedeciendo dócilmente las órdenes, mientras Stella tuerce la nariz y sólo no cierra los ojos almendrados y soñadores porque tiene miedo de acabar haciendo una estupidez mayor. El agua de Nueva York actúa sobre la loza del inodoro como ácido y va dándole un color amarillo cobre, que si no es combatido con insistencia termina manchando definitivamente la loza como una carie el diente. El amarillo va cediendo ante el blanco del odex a medida que la esponja va y viene, refregada con fuerza y pericia y, cuando Sebastiana tira la cadena, Stella ve sonriente cómo el chorro de agua se lleva la mugre, dejando la loza translúcida, y entonces Stella golpea el hombro de Bastiana y le hace los mayores elogios por la atención con la que había ejecutado el trabajo.

Al pasar para la bañadera Stella va despegándose cada vez más de la tarea de limpieza y pensando en la verdadera Sebastiana carioca del suburbio y su mente vuelve a flotar como un cuerpo de carne y hueso por el apartamento de los padres a comienzos del 68, inmediatamente después del carnaval, y se ve a sí mismo acostado en la cama y encerrado en el cuarto por dos meses, execrado por los padres que no querían aceptarlo como hijo luego de lo que había ocurrido, del escándalo felizmente ahogado por amigos influyentes de la familia.

Eduardo se sentía en esa época como una bolsa de papas tirada en un rincón de la casa de los padres. No entendía la forma radical en que se distanciaban de él, desmintiendo todas las teorías que ellos mismos le habían inculcado desde chico sobre los lazos de sangre, la unión de la familia. *Veo la intolerancia, el castigo por el silencio y el distanciamiento. Quieren aniquilarme* pensaba Eduardo, cuando se daba cuenta de que querían liberarse de él como de un objeto cuya utilidad se ha perdido con el uso. "Que me tiren a la basura. Que me hagan ese favor."

Pensaba en el padre chupacirios, en los elogios que hacía a la caridad cristiana y no entendía el hielo en las relaciones, relaciones tan necesarias para él. "¡Que me rifen!" gritó angustiado al salir de la mesa, adivinando el desenlace de la trama, o dándole la solución a su padre.

Ventanas cerradas, cuerpo sudado estirado sobre la sábana ya húmeda, el sol de Copacabana caliente allá afuera, mar y playa de verano guiñando, convidando, ¡vení! dentro del cuarto silencio, penumbra, tristeza e imaginaciones, pensamiento de desaparecer del mundo por la falta de apoyo de los padres, de comprensión, y Bastiana abre la puerta —la única persona que en aquellos dos meses entró en el cuarto— para traerle la comida y dar una arregladita en las cosas, que este cuarto está más sucio que un chiquero, como decía ella. "Discutieron todo el tiempo a la hora del café como si fueran dos gallos de pelea. No sé", comentaba Sebastiana. Aquella negrona de ojos blancos y dóciles que entra puertas adentro con una sonrisa y un cariño que desarmaban la cólera que nutría contra sí y contra el mundo, aquella negrona abría las ventanas y dejaba entrar el aire, la luz del sol avivar pasajeramente los objetos del cuarto, aquella negrona le había dicho un día y nunca más tocó la cuestión: "Sabés, tengo un sobrino que también es..." y en vez de que su mirada se llenara de lágrimas, en vez de sentir piedad, sonreía una sonrisa de alegría y complicidad, aproximándose a la cama como un hada madrina, tocándole los cabellos con la mano como si fuera una varita mágica, fuera fuera sueños malos, desaparezcán de esta carita tan bonita.

Ahora Eduardo está seguro de que fue Bastiana quien evitó lo peor. Fue aquella tarde en que la casa quedó vacía. Buscó en todos los rincones de la casa el revólver que el padre había dicho, en medio de una conversación sobre el peligro de que la casa fuera asaltada, que tenía. Estaba buscando el revólver y la voz de Bastiana le preguntó a sus

espaldas si no quería una taza de café, recién colado, calentito. "¿Querés?" Gracias a ella volvió confiado frente al mundo y no tuvo ni un segundo de duda, "Es para ahora", cuando su padre le anunció, un atardecer de abril, que había conseguido un empleo para él en Nueva York. En el consulado brasileño. Eduardo suspiró aliviado.

"Si no fuera por Viana, no sé lo que haría", concluyó el padre, "no sé".

"Cuidado, Sebastiana, que el agua está que pela" —Stella le avisa mientras siente la quemadura en el brazo después de haber pasado inadvertidamente la mano por la canilla de la bañadera y después de que el agua hirviendo hubiera entrado en su guante.

"¿Estás en la luna, Sebastiana?" pregunta Stella reprendiendo a la otra por su falta de atención.

"¿Yo? ¿En la luna? Sos vos el que te quedás como un idiota recordando aguas pasadas, aguas pasadas que no mueven el molino", replica Sebastiana conciliadora como siempre.

"Qué ingrata, mujer. Pienso en vos con el corazón en la mano y me decís que me quedo como un idiota".

Sebastiana no abre la boca, seguramente conmovida por el elogio.

Stella se queda un minuto pensativo, con las manos enguantadas en el aire como si se las estuviera entregando a una manicura para hacerse las uñas, y en eso repara en la piel del brazo enrojecida por el agua caliente. Gira hacia Sebastiana dispuesta a retarla, pero se acuerda de quejarse, nunca me contaste el resto de la historia de tu sobrino.

"¿Para qué? Ya pasó, ya pasó. No soy vaca y él no es toro para quedarnos rumiando el mismo pasto para el resto de la vida."

Stella escucha el consejo de Sebastiana y una vez más le agradece por su ternura.

Stella quiere decirle algo, se contenta con el deseo de decir que no es fácil borrar el pasado, como ella piensa. Que quisiera, quiere, se esfuerza por borrar lo ocurrido, pero que el pasado vuelve como el criminal al lugar del crimen. Stella le quiere explicar —pero acaba desistiendo— que cometieron un crimen contra él y que los fantasmas que hoy rondan su vida son criminales de ayer que, no satisfechos con el crimen, vuelven para sentir una vez más el placer de infligir el dolor en un ser sensible y de carne y hueso. Se quedan removiendo el cuchillo en la herida abierta. Eduardo termina por no decirle nada a Sebastiana, porque sabe que ella va a defender a sus padres, pidiéndole comprensión de hijo, cuando ellos no tuvieron la mínima comprensión de padres.

“Cómo me hubiera gustado haber podido contarle a alguien cómo pasó todo” — repite Eduardo en voz alta la opresión que lo viene persiguiendo y sólo encuentra oídos en las paredes blancas del departamento, la opresión que siente dentro del pecho y que, a veces, lo despierta en el medio de la noche, haciendo temblar su cuerpo con frío imaginario, haciendo correr lágrimas por sus ojos, dejando finalmente que la angustia baje por todo su cuerpo, angustia que se hace más densa que el aire, casi una nube cenicienta de lluvia, que planea en los cielos como una amenaza de tempestad.

Hoy necesita un abrigo, ayer también lo necesitó, buscó, buscó y no lo encontró. No hay puertas a las que golpear.

Sin querer un día encontró el remedio certero contra las angustias nocturnas: se acordó de una música de Dircinha Batista, la canturreó, después de otra de Ângela Maria, ídem, y más tarde de otra de Dalva de Oliveira, junto tudo o que é teu, teu amor, teus trapinhos, junto tudo o que é teu e saia do meu caminho, y entonces le causó gracia porque estaba causándole gracia la pesadilla y el dolor que le

oprimía el corazón. Ya sonreía de buen humor, pensando en su lado coqueto y seductor de loca tropical en Nueva York, un poco desprotegido, un poco sin amparo, necesitando el apoyo fuerte de un hombre. Sólo que ahora encontró otro más necesitado que él. Rickie. *La gente se mete en cada pozo* piensa. Y concluye que fue bueno que todo hubiera ocurrido, fue bueno, hay males que vienen por bien, tararea en falsete con la voz llena de emoción y calor humano de Ângela Maria, la Sapoti. La inolvidable y única.

4

“Manos a la obra, Sebastiana. Hay muchas cosas para hacer y vos te quedás ahí dándome charla” —Stella, que se había sentado en la tapa del inodoro, se para. *Quedate ahí soñando, soñando, que en unos minutos suena el teléfono y es Rickie darling de aquí y Stella darling de allá, termina la mañana y se acabó la limpieza.* Sigue con la limpieza de la pileta, y luego sólo falta agarrar el balde de plástico y la esponja con mango de la cocina, embeberla en una mezcla de agua con amoníaco y dar una buena fregada en los azulejos. Sólo el recuerdo del olor del amoníaco le hace exclamar: “¡Qué olor!”, haciendo cara de Sebastiana matando gallina en la habitación de servicio del departamento, y piensa que el amoníaco sólo es perfume para Lacucaracha, frecuentador asiduo de los baños públicos del subway, “Where the action is, my boy” decía, recomendando la visita.

Si no hubiera sido por Lacucaracha no sé lo que hubiera ocurrido con Eduardo durante los primeros meses en Nueva York. Triste, miedoso, acomplejado, la primera vez que sintió que su cuerpo todavía existía fue al final del primer mes, cuando fue a cortarse la melena en una pelu-

quería de italianos en la Octava Avenida, eso después de que Maria da Graça lo llamó a un rincón para decirle que no quedaba bien que un funcionario del consulado tuviera pelo de hippie, sabés cómo es la gente, miran y hacen su juicio. Maria da Graça había sido hasta gentil con Eduardo, porque el comentario era el pelo afro y los rasgos negroides, más visibles claro con la gran cabellera enrullada, "hasta parece Pantera Negra". Sintió el calor de la mano del peluquero que le rozaba la piel del rostro. Nadie en Nueva York se había acercado tanto a él hasta ese momento. Calor de piel humana, de persona, de rozar de mano. El gesto mecánico de abrir y cerrar la mano para hacer que la tijera cortara le parecía una caricia y no quería que terminara nunca.

Lacucaracha, llamado Paco, bautizado como Francisco Ayala, era un cubano escapado de la isla al inicio de la década, bien gusano y anticastrista, que eligió Nueva York en lugar de Miami. Para justificar su elección, decía: "Para alguien como yo que siempre vivió en La Habana, no hay más que dos ciudades en el planeta: París y Nueva York", y continuaba: "París está en manos de los comunistas, y Nueva York en manos de nosotros, amantes de la libertad."

Vecino de piso de Eduardo, se encontró con él algunas veces en el ascensor, y la tercera o cuarta vez que se encontraron lo saludó muy simpáticamente en español porque yo lo sentía aquí (y se golpeaba el pecho con el dedo, en el lugar del corazón) que tú eras latino. "¿Brasileño? ¡Ay, no me lo digas!" y casi tuvo un ataque histérico en el cubo del ascensor que subía, dejando a Eduardo perplejo y sin habla hasta que llegaron al quinto piso y las puertas se abrieron. Se quedaron conversando, charlando en el pasillo algunos minutos, y entonces Paco resolvió invitar al amigo para un trago en mi casa que es la tuya por supuesto. Eduardo aceptó.

Algunos días después, en una tercera visita al departamento de Paco, Eduardo descubrió la razón del ataque histérico en el ascensor cuando supo que él era brasileño.

Lacucaracha había estado, y siempre estaría, enamorado de un periodista brasileño, el único amor de su vida, que no sólo se hospedó gratis con él durante tres meses, vaciando con gula su heladera y con sed su bar, sino que también le dio pequeños y sucesivos golpes, hasta que un día desapareció como un pájaro escapado de la jaula, sin dejarle siquiera una nota de adiós, me voy para nunca más volver. Chau. Pero no: se había ido con sus valijas -y, como te lo diré, Eduardo, con otras cositas más, que Paco no nombraba por pudor pero que Eduardo adivinaba que era sin duda por amor pasional.

"Tú no puedes imaginarte, chico, ¡qué macho!" le dijo para rematar la triste historia de amor infeliz que le había contado, y suspiraba y miraba hacia arriba como si fuera la imagen viva de santo piadoso invocando los cielos arrodillado en el suelo, para que dios le mandara de vuelta aquello que más deseaba en el mundo. Y cómo lo deseaba. Ardientemente. Dolorosamente.

En aquella misma visita, caminó con Eduardo hasta una biblioteca con libros y bibelots de vidrio que estaba en su cuarto y le mostró la biblioteca del medio. Una Biblia de tapa negra abierta en la mitad donde brillaban las láminas también abiertas de una tijera de esas enormes de sastre profesional. Una madre de santo brasileña que había pasado por Nueva York que le habían presentado unos cubanos de Nueva Jersey le había aconsejado el recurso para traer de vuelta al amante fugitivo.

"¡Es infalible!" le dijo a Eduardo con fuerte acento pero firme, como para dar más fuerza a su fe, como el fiel que después de mirar fijamente una imagen de santo comienza a rezar para reforzar el voto de humildad y

obediencia que camufla el deseo de obtener el favor pedido.

La amistad de los dos fue sellada en el mismo día en que se conocieron en el ascensor. Amistad a primera vista.

Eduardo aceptó la invitación para tomar un trago en el departamento de Paco. Fin de mayo, hacía calor en la calle allá afuera, aun más adentro del departamento, aquel calor húmedo y pegajoso de Nueva York que hace que se empape la camisa aun sin mover un músculo del cuerpo. Paco abrió las ventanas del living y no mejoró nada, de las orillas del río Hudson no soplaban nada de brisa. Las ventanas abiertas sólo trajeron hacia dentro del living el murmullo de la rush de la Octava Avenida al final de la tarde.

Le dijo a Eduardo que se sacara —si quería— el saco y la corbata, y él a su vez fue sacándose la campera que tenía.

Le preguntó qué quería tomar.

Eduardo le preguntó a su vez qué tenía para ofrecer.

Paco le respondió "casi todo, menos cachaça" — y soltó una risita discreta pero cómplice cuya intención Eduardo no llegó entonces a adivinar.

Le pidió whisky con hielo.

Paco iba a tomar lo de siempre: gin-tonic con una rodaja de limón y lots and lots of ice, completó en inglés, y sólo entonces Eduardo se dio cuenta de que todo ese tiempo él había hablado en portugués y Paco una mezcla de español macarrónico muy diferente al aprendido en la Nacional, una mezcla que le sonaba como algo divertido y burbujeante, palabreado portugués de gringo por la vereda de la Avenida Nossa Senhora de Copacabana.

"Sin música no hay alegría", dijo Paco y corrió, con el vaso en la mano, hacia un mueble que estaba del otro lado del living y que parecía una especie de televisión-radio-tocadiscos-altoparlante. Cuatro en uno. No escogió disco, hizo sonar el que ya estaba puesto. Bolero, de esos enter-

necedores y enternecidos, típicos de los filmes de la Pelmex que alguna vez había visto en Río un poco para reír y un poco para llorar.

"Javier Solís, cantante mexicano, ¿te gusta? A mí me encanta."

Eduardo no respondió ni sí ni no, iba a escuchar y después iba a dar su opinión, y para ser amable preguntó el título de la canción.

"Sombras", respondió Paco casi haciendo eco a la voz de Javier Solís que cantaba la misma palabra en el disco, mientras lloraban los instrumentos musicales, "échale, échale!", como sólo saben hacerlos llorar los mexicanos.

Sombras nada más,
Entre tu vida y la mía
Sombras nada más
Atormentando mi amor.
Puedo ser feliz
Y estoy en vida muriendo
Y entre lágrimas sufriendo
Este drama sin final.

Paco le pidió que hablara de Río, había conocido hacía algunos años un muchacho carioca que le contaba historias sobre Río, tan fantásticas que Brasil con sus nombres pintorescos fue ganando cuerpo en su cabeza como un país de cuentos de hada o una gigantesca tarjeta postal. No conocía el país por haber vivido y visto, sino por haber oído hablar, caminaba por sus avenidas y plazas, se acostaba en la arena de Copacabana, tomaba sol en la roca de Arpoador y se bañaba en Ipanema, en el trencito subía el Pan de Azúcar y desde el Corcovado veía toda la ciudad maravillosa, pasaba por Río como, cuando era niño, recorría los caminos de los cuentos que le iba contando la

mucama, que, con él en su falda, lo hacía dormir en las noches calientes de Habana.

Paco decía esto con mirada nostálgica y soñadora, una mirada que derrumbó a Eduardo, borrando de una sola vez la ironía que alguna vez amenazó con aparecer en sus labios o en el brillo de los ojos frente a lo insólito de aquel pajarito de persona que viraba los ojos y hacía puchero, patinaba por el suelo y movía los brazos como si fueran alas de palomo y se quedaba casi sin aliento al oír la voz aterciopelada y llorona de Javier Solís, *el mejor cantante latino de la actualidad*.

Entonces, Lacucaracha no aguantó más y le pidió a Eduardo que le hablara de los muchachos cariocas, *unos guapos, qué digo yo, guapísimos, hermosísimos, piel de canela... y unos muslos, ¡dios mío!* y cuanto más hablaba más viraba los ojos, más y más como si el deleite carnal fuera semejante al angelical. Agarró a Eduardo por el brazo ya en el tercer gin tonic más una rodaja de limón y lots and lots of ice, y Eduardo en el mismo ritmo de whisky en la mano, agarró a Eduardo por el brazo y le dijo que le iba a confiar un secreto.

“¿Puedo?”

“Por supuesto. Podés confiar en mí, Paco.”

Lo que a Lacucaracha le gustaba de los muchachos cariocas era su manera de caminar, caminaban en la calle como colocando todo el peso del cuerpo, ¡así! en los cuadriles. De la cintura para abajo parecen una cosa pesada, sólida, una escultura de mármol, qué se yo, de acero, de bronce, y de la cintura para arriba parecen algo liviano, elegante, etéreo, como si el cuerpo, bien plantado en el suelo, estuviera siempre a punto de alzar vuelo. Y dio un saltito de Capitán Maravilla después de gritar shazam. Los gringos también son bonitos, continuaba, pero unos pelotudos, sin vida, sin salsa, resumió, haciendo una caricatura de quien tenía la salsa para él: una imitación un

tanto aburrida, un tanto divertida de una Carmen Miranda con mucho balangandã y mucha caravana de oro que é o que a baiana tem y con unos brazos de pulpo que é o que a baiana não tem.

Eduardo ya se reía de las gracias de Paco con la risita maliciosa y cómplice de su futura amiga íntima, Stella Manhattan.

Le preguntó a Eduardo si ya conocía los sitios de atraco en Manhattan.

Eduardo no entendió la expresión en español y se quedó esperando el resto de la charla para ver si adivinaba el sentido.

El resto de la charla no vino porque Paco se calló, sin saber —frente a la cara de tonto del otro— si había ido demasiado lejos en la mariconería. ¡Ay! *Qué lengua más maldita* pensó Paco, *tú hablas con él como si fuera tu amiga, y a lo mejor nada más quiere serte simpático*. Y continuó dando unos golpecitos en la lengua mientras caminaba hacia el mueble para cambiar el disco. Anunció desde allá que ahora iba a ser un cantante cubano, Daniel Santos, que para Eduardo sonó como una mezcla de Nelson Gonçalves y Miltoninho, tal vez tirando un poco más para la voz grave de Francisco Alves. Paco, sin los gestos de Lacucaracha, volvió al sofá, se sirvió, mirando ya medio desconfiado a Eduardo, un gin más sin mencionar la rodaja de limón y el lots and lots.

Eduardo se percató del hielo súbito en el ambiente y se dio cuenta de que todavía no había respondido a la pregunta de Paco y se adelantó por primera vez en la charla, como una joven que, habiendo sido sacada varias veces a bailar, percibe en la cara impasible del joven de al lado que se va a quedar sentada el resto de la noche, y toma coraje para sacarlo para la próxima. Le dijo que no había entendido lo que le había preguntado antes de cambiar el disco.

Paco se hizo el desentendido en un primer momento, como el joven que es sacado a bailar: *Tonto tú no eres, Eduardo, bien al contrario*, pero luego mudó de actitud y entró en la charla olvidando convenciones y otros melindres.

“¿Sitios de atraco, tú no entiendes?”

Eduardo asintió con la cabeza y Paco dio una gustosa carcajada de alivio trayendo de vuelta al living la espontaneidad cucaracha.

Lugares de pegação, Eduardo comprendió en silencio y luego en voz alta. Mostrándose interesado en los ojos avivados, Lacucaracha tomó el tren andando y comenzó a decir que Nueva York era el paraíso en la tierra, tú no puedes imaginar, chico, hay de lo bueno y de lo mejor, y fue luego enumerando las posibilidades sin percibir que el rostro de Eduardo se tornaba sombrío, cerrándose en una máscara mientras su cuerpo sentado se encogía —reculando o sintiéndose acorralado— contra el brazo del sofá, dissociándose de la postura cómplice y displicente que había manifestado desde que había entrado en el departamento.

Después de pasar por el Village, sus plazas, calles y bares, y otras calles y el muelle del puerto, con los camioneros, una maravilla durante el verano, chico, tú lo verás, Paco entró en el capítulo de los cines, ¡cuidado!, mucho cuidado con los de la 42, y el rostro de Eduardo se contrajo intentando un último esfuerzo de autocontrol, y cuanto más fuerza hacía para no demostrar nada, más los músculos endurecidos de su rostro expresaban la turbulencia que le pasaba por el cuerpo y lo pulverizaba en mil pedazos que una fuerza mayor de contracción intentaba desesperadamente soldar.

“¿Qué te pasa, chico?” —gritó Paco asustado con el espectáculo que Eduardo le ofrecía gratuitamente.
“¡Decime! ¡Hablá, hombre de Dios!”

“Nada, no fue nada, ya pasa”, respondió Eduardo sin convicción, sólo para no quedarse en silencio, “un recuerdo feo que vino y me entristeció, sólo eso. Pero ya pasa”, y extendió la mano para agarrar el vaso de whisky. Vacío. Le pidió a Paco una dosis más.

Paco saltó del sofá, y al no ver más hielo en el balde corrió hasta la cocina con él en la mano. Cuando volvió se encontró con Eduardo llorando sin esbozar el más mínimo gesto de reserva.

El cuerpo de Eduardo se había abierto y el agua brotaba de las grietas, escurriendo por ellas como si fuera una soldadura sentimental, muy distinta a la otra, producto de la fuerza de autocontrol. Eduardo estaba de nuevo entero y desamparado frente a Paco y éste, a su vez, frente a la majestuosa y tranquila imagen de Eduardo entregado a la desesperación, se calmó, perdió el miedo y se sentó en el sofá en silencio, con el cuerpo hacia el otro que, impasible, dejaba que las lágrimas corrieran por su rostro como una caldera se alivia de la explosión soltando nubes de vapor por la válvula de escape. Las lágrimas corrían y, al correr, relajaban los músculos de Eduardo mientras el rostro iba ganando aquella luz que ciertos santos mártires irradian en las pinturas del Renacimiento, así lo veía Lacucaracha, sentado a su lado.

Miraba a Eduardo y, en lugar del rostro, de repente Paco vio una luz que brillaba con tal intensidad que sus ojos tuvieron que pestañear para poder soportarla.

Temeroso y feliz, como un rey mago que vislumbra en el cielo la estrella que lo conduce al salvador, se aproximó a Eduardo y le tocó los hombros con las dos manos, le giró lentamente el tronco del cuerpo sentado y, sin esfuerzo, acostó la cabeza de Eduardo en su falda, pasándole los dedos por los cabellos como hacía su madre con él en las tardes calientes y soleadas de La Habana. Lacucaracha sabía con certeza que acababa de recibir un fardo pesado,

muy pesado —los últimos meses de rechazo, sufrimiento y soledad de Eduardo— y su falda, como una almohada blanda, resguardaba el fardo de mayores dolores en su encuentro con el mundo.

En ese momento el estómago de Eduardo ronroneó de hambre dando señal de alarma y ambos se abrazaron y, como de acuerdo, soltaron una desopilante carcajada, mezclando portugués y español en un único deseo de salir para cenar.

Paco conocía un restaurante chino-cubano donde sirven una ropa vieja que es de lo más divino, quedaba en la 22 entre la Séptima y la Octava, aquí cerquita.

"Tú no puedes imaginar, chico, me siento feliz feliz... como una lombriz".

SEGUNDO

1

Suena el teléfono. Eduardo salta y casi patina en los azulejos mojados del baño donde había terminado de pasar la esponja embebida en una mezcla de agua y amoníaco. El teléfono suena de nuevo mientras Eduardo putea contra los azulejos de mierda hijos de puta. "Rickie, my darling, ya voy", grita como si fuera para alguien que estuviera en la otra habitación del departamento y, mientras se saca los guantes, piensa despreocupado ¡Guau, no esperaba que me llamara tan pronto! Canturrea feliz, una pluma cayendo del cielo:

*No money, no money, no money,
just love,*

con ritmo de balada americana. El teléfono que suena lo asusta. En poco tiempo corta y el teléfono no vuelve a sonar más, nunca más, pasa por el living volando y va atender el teléfono que está al lado de la cama. Con la respiración jadeante, sólo puede escuchar una voz apurada y nerviosa.

"Eduardo, Vianna. Necesito hablar urgente con vos. Esperame en tu casa. En media hora estoy ahí."

"¿Qué pasó?" se inquieta Eduardo ya aprensivo con el tono y sintiendo el peso de todos los miedos caer encima de su cabeza en un solo golpe.

"Algunas cosas un poco complicadas. Es mejor que te explique todo ahí, en tu casa, personalmente. Por teléfono no, es muy riesgoso."

"Está bien", acepta Eduardo. "Te espero, no estaba pensando salir, vení cuando más te convenga."

"Como máximo en media hora estoy ahí", y corta el teléfono sin despedirse.

El ruido ininterrumpido de autos en el fondo de la conversación en el que Eduardo sólo repara ahora indica que Vianna habló desde una cabina telefónica en una calle con tránsito pesado. Se acuerda que Vianna, siempre educado, e incluso un poco obsequioso en la atención solícita que dispensa a las personas (vestigio de los años en que, pieza joven y subalterna en el engranaje de una carrera competitiva, no osaba levantar la voz o incluso fingir que no se dirigía a un superior jerárquico y sí a un compañero, le faltaba aquel dejo de arrogancia que se encuentra en aquellos que nunca se juzgan subalternos porque desde el comienzo son privilegiados dentro del sistema por causa del nombre o por dinero); Vianna ni siquiera le dijo buen día ni le preguntó si lo había sacado de la cama, y si lo hubiera hecho que lo disculpara, y ni se despidió. *No debe ser nada bueno*, concluye.

Eduardo entra en conjeturas que lo dejan con la mirada vacía, preso del teléfono gris, silencioso y enigmático encima de la mesa de luz, el teléfono que le parece ahora una manzana engusanada que, agarrála, le regalaron, y cuyo uso intenta descubrir ya que para comer no sirve.

Llamar a Maria da Graça para sondear si ocurrió algo grave en el consulado.

Demasiado escándalo, de las tres brujas distancia y agua bendita.

¿Pero qué quiere Vianna hablar con él el sábado y con urgencia?

Seguro que cenó ayer con el embajador y éste se quejó de algo. *Tal vez sólo quiere ayudarme, avisarme, medida de precaución, Eduardo, vos entendés, ¿no? el que avisa es amigo, quedate tranquilo que estoy a tu lado para*

ayudarte en lo que sea. Vos me diste una mano antes, ahora me toca a mí, imagina la charla tranquila de Vianna cuando conversan a solas y siente confianza en él, se abre con él, es lo mejor que puede hacer, piensa Eduardo, aunque luego piensa que la confianza que hay en ellos viene más de los lazos de complicidad que fueron atados que del carácter de Vianna. *De gente melosa, paso de largo como del diablo. Miel aquí, miel allá, canallada aquí, canallada allá y va poniéndose y sacándose máscaras según convenga. Meloso con el señor embajador, meloso conmigo, al final el que pierde soy yo*. Ve a Vianna todo subalterno, conformista y obsequioso con el señor embajador, pero después cambia de canal, porque no corresponde, el embajador es civil, y vuelve a ver al señor embajador en lo concreto del día a día arrastrándose frente a Vianna con miedo de la bronca —encima, bronca de milico— a causa de hechos sin ninguna importancia pero que le dan muchísimo miedo por las consecuencias imprevisibles en su carrera; debe estar siempre justificándose, el señor embajador.

Levanta el teléfono y se queda con el auricular en la mano. Se lo lleva hasta el oído y escucha el zumbido del tono que enseguida pasa a ocupado. Cuelga y ve que del teléfono no va a salir la solución para el problema que tendrá que enfrentar ni bien abra la puerta a Vianna y éste descargue como un chorro todos los problemas que lo preocupan y que sólo tienen que ver con él, Eduardo, porque si no, para qué querer venir con tanta urgencia, una mañana de sábado, a golpear a mi puerta, a conversar conmigo. Personalmente. Por teléfono no, me parece muy peligroso.

"Conmigo no", Eduardo se estremece y suelta un grito al aire, sacando el cuerpo fuera de toda confusión. "Debe ser cosa de Stella, sólo puede ser de ella", y resuelve retarla:

"Vos hacé de las tuyas nomás, desde el down hasta uptown y quien paga el pato soy yo."

"Calmate, Edu, calma, re-lax", le responde con dureza Stella, "no te vas a quedar ahí pensando que llegó el fin del mundo. Vas a ver que fue él que metió la pata, ese masoca. No te llamó desde su casa, es obvio. Te llamó desde la calle, por lo tanto debía estar en el departamento de Amsterdam, ya que ahí no tiene teléfono."

De repente Eduardo se tranquiliza. Camina hacia el baño, va a dar un retoque general en las cosas antes de que llegue Vianna. Va a tomar un buen baño para relajarse, como le recomendó Stella; así está listo para lo que sea. Guarda las cosas de limpieza en el armario de la cocina y también la aspiradora. Ni llegó a usarla. El polvo sería olvidado por una semana más en el suelo y los muebles. *No tengo más energía para seguir limpiando después del llamado de Vianna. Qué mierda, se enoja. Golpea la puerta del ropero con estruendo.*

Su padre, llegó carta de su padre. Seguro que es eso. Algo sucedió en Brasil: muerte, desastre, enfermedad —cualquier cosa y todo era posible, porque Eduardo nunca había escrito a sus padres, ni tampoco había recibido ni siquiera una palabra de ellos. Al comienzo no podía, no sabía qué escribir ni cómo, y si hubiera escrito lo que pensaba ni siquiera hubiera sido bueno pensarlo, pelea seguro, mal agradecido, ingrato egoísta de aquí y de allá; después le pareció que no merecían una línea, habían actuado con él como si fuera un perro, ni a un perro callejero le habrían hecho lo mismo, y chupacirios como eran, imagínate. En la Navidad del 68 Eduardo quiso enviarles una tarjeta de felices fiestas, llegó a comprarla en la biblioteca pública ahí en la 42, la llevó a su casa y la dejó en la mesa del living juntando polvo hasta que fue a parar al tacho de basura en febrero.

Me arrancaron de su vida como si fuera una cascarita de lastimadura. Yo tengo que hacer lo mismo. Llorar, no. Ni lamentarme. Ya pasó, se aclaraba la cabeza.

El deseo de escribir pasó, chau, dobló la esquina, desapareció, y cuando Vianna le preguntaba por su padre, mentía, diciendo que todo estaba bien y etcétera.

Su madre enferma. Eduardo se pone triste y aprensivo.

"Frío, Edu", le recomienda Stella, compañera para lo bueno y lo malo. "No te hagas el coco, que entrás en una locura de la que no salís más."

Por primera vez desde que llegó a Nueva York, Eduardo piensa en su padre y en su madre, piensa en los dos como una ausencia, y no como una razón de queja. Parece que mira un florero buscando con insistencia las rosas, tenían que estar allí y no están. Habían desaparecido en el aire, como en un pase de magia. Si alguien tiene la culpa, es el mago que, con habilidad, crea el vacío en un momento de sorpresa y admiración del espectador, sin dejar lugar par el sentimiento de pérdida, de vacío. Eduardo siente la ausencia.

2

Ahí estaba Vianna esperándolo en el aeropuerto Kennedy en abril de 1968. Fue el primer enamoramiento de volverse loco de Stella Manhattan, tipo capricho de nene mimado: mamá, quiero a papá. Primera no correspondida y pasajera. "Hoy somos amigas íntimas", decía uno y agregaba el otro: "Mi mejor amiga, a pesar de la diferencia de edad."

Un hombrazo, Vianna, tall and handsome, bonito y poco latino en su belleza baby face. Eduardo no creyó lo que veían sus ojos: él aproximándose con una foto en la mano y preguntándole si era el hijo de Sérgio. Cayó en sí y

ya estaba abrazado y conmovido y cuánto. Pegado a aquel Rock Hudson que andaba por los 50 sin miedo de los reflectores.

En el cochazo último modelo (Eduardo se asustó con el lujo y aguantó firme), Vianna le preguntó cómo andaba Sérgio, bien, muchos recuerdos, y comenzó a rememorar la juventud de los dos en Belo Horizonte en la década de 40, con frases intercaladas por minutos de silencio, como si la reconstrucción del pasado se hiciera también con el tiempo entre un ladrillo puesto y el siguiente.

“¿Conocés Belo Horizonte?”

“Mal, muy mal; nací en Río.”

“Yo nací en Espírito Santo, pero me mudé para allá a los diez años”.

Había ido a estudiar en el Colegio Mineiro y fue ahí que conoció a Serginho —en tercer año de la secundaria, agregó, después de un corto silencio.

Vivió con parientes en Renascença, y a cambio de cama y comida más ropa lavada era como un esclavo en el bar del tío.

Tenía la tarde libre para la secundaria.

Atendía en el mostrador, iba al banco, hacía los pagos, atendía de nuevo en el mostrador a la noche y además lavaba el piso cuando echaban al último borracho.

“Yo bajaba del colectivo Renascença, tu padre del de Lourdes, y nos encontrábamos todos los días en la Praça Sete para tomar Calafate o Gameleira en la calle Carijós.”

Dejó a Eduardo en un hotel de la 45 entre Broadway y Avenida de las Américas, y dijo que vendría a buscarlo el lunes a las 10 de la mañana para presentarlo en el consulado.

O sea que Vianninha y Serginho andaban juntos. Ya llegaré al fondo de todo eso, si lo logro pensaba Eduardo, mirando la calle 45 allá abajo, sucia y percutida, también silenciosa aquella tarde de sábado.

Se acordó de algunas frases del padre dichas la víspera del embarque como para justificar el favor que Vianna le hacía, y comenzó a recomponer en sepia el cuadro de la amistad belorizontina de los dos. Primero volvió a ver la imagen adolescente del padre con granos y puntos negros en un álbum de fotos de la familia, e imaginó la crisis espiritual o religiosa, qué sé yo, por la que había pasado: misa todos los días, lo veía con un grupo de jóvenes en la puerta de la iglesia; lo volvió a ver después, en otra foto, congregante mariano con cinta azul alrededor del cuello, e imaginó mucho golpe en el pecho yo pecador me confieso ante Dios todopoderoso de rodillas arrepentido.

“¿Arrepentido de qué?” se preguntó Eduardo a sí mismo y sin respuesta escuchaba la voz del padre diciéndole que tenía necesidad física, eran sus palabras, necesidad física de hacer el bien. Gastaba todo el dinero de la mensualidad, que no era poco, en limosnas y todavía le daba a escondidas el cambio al hijo de la empleada, y fue así que un día le cayó en las redes Vianninha, necesitado y desconocido, un pobre diablo que vivía con los tíos en Renascença, pero un alma bella, bellísima, decía el padre.

“¡Bellísima!” suspiró Stella en la ventana.

Sergio le daba cuaderno, libro, lápiz, goma, al compañero en ritmo de sentimiento de piedad y coreografía de buenas acciones. Nunca más se habían visto, cada uno en su rincón.

Ya cuarentones se habían reencontrado en una capilla del puesto 6. Los dos viviendo en Copacabana, uno en la Francisco de Sá y el otro en la Júlio de Castilhos. Dios, el Brigadeiro y Lacerda: se habían reencontrado en la santísima trinidad de la política patria. El universo entero tenía dueño y todo —a pesar del amenazador comunismo internacional— estaba en su sendero. Dios se quedaba con el cielo. El Brigadeiro con la nación. Y Lacerda con la ciudad. El castillo es del castellano y quien manda en el

castillo es el castellano. Todavía pensaban igual y la amistad resurgió fuerte, eran los elegidos, se golpeaban el pecho, salió el sembrador a sembrar y la simiente cayó en tierra fértil, y se asombraron con el tiempo pasado a la distancia y no sabían cómo no se habían cruzado antes en las reuniones del Club de la Linterna. Recapitulaban situaciones, nombraban a los amigos más cercanos, había coincidencias, coincidencias asombrosas, y no comprendían por más que intentaran comprender la razón de no haberse cruzado en algún rincón.

Cuando le preguntó, Eduardo le contó a Vianna que había aprovechado el domingo para dar una vuelta de reconocimiento por el centro de Manhattan, bajado hasta el Empire State y después subido hasta el Central Park, escondiendo del coronel la visita furtiva a la 42, a un sex-shop.

Había dormido mucho también, sueño de alivio, no dijo y pensó, sintiendo que, desde la víspera, iba relajando el cuerpo al dejarlo entrar en el movimiento anónimo de la gran ciudad, se había amoldado al ritmo paquidérmico de los pocos white-trash, puertorriqueños y negros que deambulaban por la Quinta Avenida desierta, tan vacía como el centro de Río en mañana de domingo. El domingo con temperatura de primavera —el primero del año— había vaciado la ciudad, y Eduardo se asombró cuando salió a la calle aquel lunes y se encontró con un barullo digno de la rua da Carioca.

Le comentó a Vianna la diferencia de movimiento de la calle ayer y hoy y éste sugirió que tomaran la Quinta Avenida y caminaran hasta el consulado, que quedaba en el International Building del Rockefeller Center. Unas cinco o seis cuadras.

¿Vianna sabrá?, caminaban en silencio por el barullo de Nueva York como dos nadadores en carriles diferentes, *claro que sabe, papá debe haber tenido que justificar el*

pedido de empleo. Vianna realmente sabía todo con todos los detalles, y observaba a Eduardo con el rabillo del ojo dando gracias a Dios porque Sergio le había enviado sin querer un ángel salvador, lo miraba con el fin de hacer de él, en el momento preciso, un cómplice para sus chanchullos, necesitaba desahogarse desde que había tenido que echar a su chofer particular, un gringo demasiado vivo de Oklahoma.

El puto estaba exigiendo cada vez más dinero, decía que iba a casarse, después que necesitaba montar un departamento, y ahí a Vianna se le ocurrió un plan para zafarse de él.

Olvidó el reloj con su nombre y su anillo en el auto, y como no podía ser de otra manera, Jack se llevó ambos. Aquella misma noche Vianna se quejó a la policía fingiendo ni siquiera desconfiar de quién habría realizado el hurto.

“Es una suerte que mi reloj tenga grabado mi nombre, fue un regalo de mis colegas de uniforme cuando fui promovido a coronel, y el anillo lo compré en Tiffany’s y es un modelo exclusivo. Va a ser fácil identificarlos”, precisaba Vianna en la comisaría de policía, “you know all I want is to help you people”.

Los policías rastrollaron el West Side y encontraron a Jack en el bar de la 110 y Broadway, que frecuentaba a la noche, ostentando en la muñeca el reloj y en el dedo el anillo y justificándose:

“I found them yesterday in the car”. Iba a devolverlos al patrón al día siguiente por la mañana. Sólo estaba esperando la oportunidad.

Al día siguiente Vianna se vio obligado a despedir a Jack, cómo le iba a decir a su mujer y a la policía que no iba a despedirlo después de todo el quilombo. Por mí no hay problema, pero podían pensar que estamos arreglados.

Lo máximo que puedo hacer es pedir a la policía que olvide el caso. Todo.

Jack le quedó agradecido. Iba a casarse, cambiar de vida, buscar un nuevo empleo, prometió.

Vianna le dijo que era mejor así. Que contara con un buen regalo de casamiento. Podía elegir.

Jack pidió una heladera.

Vianna observaba a Eduardo y hasta se había envalentonado en sus arrobos que patatín la libertad que se respira en esta ciudad, y patatán qué placer haber sido recibido por usted.

"Tratame de vos", insistió tres o cuatro veces Vianna hasta conseguir cambiar el hábito del otro. Quería ganar la confianza de Eduardo primero para después pedirle un favor. Poner en práctica un plan más seguro que tener un amante rondando la casa el día entero. En esa no caigo más.

En el consulado se hicieron las presentaciones de rigor. El embajador, al lado de Vianna, parecía un viejo político-pueblerino-mineiro, bajito y gordito, comprimido en su traje ajustado que parecía haber encogido más todavía en la última visita a la tintorería; hablaba bajo como si tuviera mal aliento y se movía sin la gracia social de los que la aprenden cuando gatean por la vida.

Igualito a papá pensó Eduardo, de esas personas que desarrollan un estilo de vida en la juventud y lo siguen ortodoxamente, y al final llegan a ser aquello que ya eran cuando jóvenes: unos viejos.

Eduardo admiraba a Vianna al lado del embajador:

por contraste: Eduardo temblaba,

indirectamente: se enorgullecía de ser su amigo,

y, enardecido, se babeaba: el cuerpo atlético en forma, vestido y calzado como industrial paulista réussi en mes de julio, dejaba que la cabeza —allá en lo alto con ojos claros y mojados y esa boca que ¡chuic!, da ganas de

besar— iluminara y atrajera como farol a los funcionarios que casualmente pasaban a su alrededor. Vianna conversaba con el embajador en un rincón, trataban de asuntos confidenciales y Eduardo pensó *es un bombón*.

No quedaba otra: la estrategia del coronel había sido eficaz, Eduardo sucumbía a su encanto, además porque buscaba refugio de la depresión de los últimos meses en Río, del miedo y de la inseguridad de los rechazados.

Algunas semanas más tarde, Vianna lo invitó a almorzar el miércoles. Eduardo no podía creer lo que oía, juzgándose feliz porque había conseguido seducir, quién lo diría, al coronel. *Ahora es fácil, sólo un poco de osadía y dar un manotazo. Ya está al pie.*

Nuevos recelos fueron surgiendo también en su cotidianidad en el consulado. Como ya se sentía a gusto con Vianna, se imaginó que las tres colegas podían intrigar por envidia e intrigarían, y muriendo de celos podían botonear, y botonearían, al embajador.

Vianna: "Dejámelo a mí", fue categórico como superman alzándose a los cielos y listo para una nueva batalla (evidentemente una nueva victoria) contra las fuerzas del mal. *It's a bird. It's a plane. No. It's Vianna.*

Mientras el coronel conversaba con el embajador, miraba a las tres compañeras como si fuera Mirian Lane en la sección de pasaportes. *No me van a perdonar*, no escondía su alegría, guiñando un ojo con el pensamiento a su más reciente amiga, Lacucaracha. A ella le iba a gustar verlo de modelito Mirian Lane impaciente, esperando la palabra definitiva de Clark Vianna. *It's yes. Yes. Yes.*

Ni bien eligieron los platos, Vianna atacó de sorpresa.

"Sé todo."

"¿Todo?" repitió Eduardo.

"Todo lo que te pasó en Río."

"¿Te contó papá?"

"Sí."

"¿Y para qué?"

"Vos lo conocés mejor que yo. Me pedía un favor y pensó que no me lo podía ocultar. Mentirme. No tenía derecho."

"Aún así, seguro que te mintió."

"Cuidado, jovencito", tuvo recelo frente a las osadías inesperadas de Eduardo. "Eso no se dice de un padre. Un padre bueno y honesto como Sérgio."

"Es que todavía estoy muy herido..."

"No se justifica que..."

"... muy herido."

"Comprendo."

"Fueron duros conmigo. Demasiado duros."

"Por las cartas no parecía. Hablaba bien de vos. Mostraba interés en mandarte afuera del país."

"Echarme de su casa, querés decir."

Se dio cuenta de que el muchacho estaba sufriendo en la carne el rechazo y que, por lo tanto, lo mejor que podía hacer era actuar comprensivamente. No lo retó después de la nueva rebeldía.

"¿Creés en serio que quería echarte a la calle?"

"No creo, estoy seguro."

"Siempre hablaba bien de vos en las cartas. Y veo que tenía razón".

"Conozco al zorro. Quería vender la mercadería..."

"Y la vendió."

"Como si el problema fuera ése..."

"¿Y cuál era?"

"Cuál es."

"¿Cuál es?"

"Muy poca cosa. Comprensión, cariño, protección. Mucho, tal vez demasiado para él."

Vianna necesitaba cambiar el rumbo de la conversación. No quería que el almuerzo fuera regado con llantos. Con el vino era suficiente.

"En el consulado están satisfechos con tu trabajo, hoy mismo me lo dijo el embajador. Hasta me agradeció por haberte recomendado."

"Qué suerte. De lo contrario..."

"¿Te puedo decir una cosa? ¿Una palabra de amigo?"

"Dale."

"Te veo muy a la defensiva."

"¿Y no debería estarlo?"

"No sé, me parece que querés pelearte con el mundo."

"¿Pelearme?"

"Sí, pelearte. Golpear. Dar golpes a cualquier persona que pasa, tenga o no tenga que ver con tus frustraciones."

"¿Te parece que debería ser más sensato, más prudente?"

"No sé si sensato, pero sí respetuoso."

"Y recibir los golpes callado. Conmigo no, querido."

Eduardo se ponía nervioso.

"No te dije, siempre a la defensiva."

"Está bien", bajó la cabeza Eduardo, mientras el coronel se sentía fuerte frente a la fiera domada.

"Quiero contarte algo."

Eduardo parecía no escuchar, como un cangrejo había entrado en su caparazón.

"¡Despertate, Eduardo!"

Eduardo sacude la cabeza y vuelve al restaurante, mirando como si hubiera llegado a un lugar extraño.

"Quiero contarte algo."

"Decime."

"Queda entre nosotros, ¿me prometés?"

"Prometo."

"¿En serio?"

"Claro que prometo. Decime."

"Yo también soy del gremio."

Eduardo se rió de la palabra.

"Sólo a vos se te ocurre, Vianna."

Vianna se encogió, receloso de la risa inesperada de Eduardo.

"¿Ya te habías dado cuenta?"

"Ni se me pasaba por la cabeza. Es decir: pasar se me pasaba, pero de una manera muy loca que no te puedo contar. Puedo tratar de explicarte. Llegué a pensar..."

"¿Y por qué te reíste?"

"¿Reírme? ¿Cuándo?"

"Cuando te lo confesé."

Eduardo se esfuerza en recordar.

"Cuando te dije que también era del gremio."

Eduardo se ríe de nuevo, intrigando más a Vianna.

"Es la palabra: del gremio."

"¿Qué hay de malo con la palabra?"

"Nada."

"¿Nada?"

"Qué se yo, es de salón. Un poco ridícula. De loca a loca, se dice que uno es loca y punto. O puto, si fuera el caso."

A la salida del restaurante le dio un billete de 10 dólares para que Eduardo pagara el taxi. Ya había pasado la hora de volver al trabajo. Dos y veinte. Eduardo rechazó el billete.

"No te preocupes. Llamo desde la esquina al embajador para justificar el atraso."

"¿Sabés que ya te conocía de Río?", dijo todavía Vianna.

"¿De dónde?"

"De Copacabana. Puesto 6."

"¿De la Góndola?"

"No."

"¿De la playa?"

"No, de la costanera."

El taxi paró.

"Continuamos la charla la semana que viene. Estuvo muy buena. El miércoles, ¿OK?"

"El miércoles, OK", repitió Eduardo, subiéndose sorprendido al taxi.

Apenas se recostó en el asiento se encontró con el pasado de Vianna, como si fuera un film proyectado en el vidrio que separaba al conductor del asiento trasero. *Sólo puede ser él* pensaba y volvió a ver un mercedes negro deslizándose por el carril exterior de la avenida Atlántica. *Sólo puede ser él*, sonreía Eduardo feliz con el descubrimiento, *es ella, la Viuda Negra. Debe estar haciendo estragos en Nueva York*, pensaba mientras el taxi descendía por la Segunda Avenida. *La Viuda Negra, ella misma, en Manhattan, quién diría. ¡Guau!* Eduardo pensaba con la imaginación efervescente, y las imágenes nocturnas cariocas se fundían con otras más recientes: un Lincoln último modelo estacionado en el parking del aeropuerto Kennedy, bello y aerodinámico, pintado de un negro brillante, Eduardo mirando al coronel sentado a su lado en el asiento de adelante y pensando que ya conocía aquella figura de algún lugar, moviendo la cabeza y diciendo para *sí es pura imaginación*, y esas imágenes que se funden con un rostro incógnito en el volante de un mercedes negro que seguía lentamente a los tres reclutas que salían, a las diez de la noche, del Fuerte de Copacabana.

"La Viuda Negra ataca de madrugada", Eduardo escuchó la voz de Zeca comentando.

El mercedes paraba. El conductor desde adentro hacía señas para uno de los reclutas, el que no había podido esconder el interés por el cochazo que los seguía lentamente. El conductor no salía de adentro, ni siquiera abría la puerta. Un hombre maduro elegante, se notaba. El recluta asomado soltaba una risa, después otra, y después

de después se despedía de los compañeros que habían quedado en la vereda esperando.

"Me quedo por acá", gritaba el recluta, rodeando el auto y entrando por la puerta de la derecha.

La mirada a su frente echaba chispas. Terezinha. De pie en el mostrador. "¡Por fin!" fue ríspida con Eduardo. Maria da Graça intercedió, diciendo que el secretario había venido a avisar que él iba a llegar más tarde.

Terezinha se tragó la bronca.

3

El mismo día de la semana, el mismo restaurante, la misma mesa, otra charla. Eduardo se animó.

"¿Vos no tenías un mercedes, en Río?"

"¿Un mercedes? Sí."

"¿Negro?"

"Negro."

Vianna se lo quedó mirando, mientras Eduardo esperaba atento.

"Fue mi último coche. Se lo compré a un compañero que había vuelto de Alemania. Antes de irme me deshice de él, se lo vendí al dueño de una inmobiliaria. Ya no me acuerdo el nombre de él. Fue el mejor auto que tuve. Nunca lo tuve que llevar al taller. Me costó deshacerme de él." Dejó de hablar, miró a Eduardo sin saber por qué hablaba tanto y no logró esconder la curiosidad. "¿Por qué me preguntás?"

"Te vi muchas veces en Río."

"¿En Río?"

"En Río. Al volante del mercedes."

Vianna sonrió, admirando a Eduardo por su astucia.

"Quería pedirte un favor."

"Tus pedidos son órdenes", dijo Eduardo más desinhibido.

"No te ofrezcas tanto que después te arrepentís. Y ya será tarde."

"Después, si me arrepiento, te digo que no. ¿No es más fácil así?"

"Exagera para un lado, exagera para el otro lado. Esta juventud de hoy."

"Sentido común. Me falta sentido común."

"Eso te dijo tu padre."

"Exactamente."

"Olvidemos a ese chupacirios regañón."

"Vas mejorando. Dale, adelante, Vianna: ¿qué querés?"

"No es fácil largarlo así nomás. Es una historia un poco larga. Mujer, casa, colegas, estoy muy vigilado."

Vianna fue enumerando las mil dificultades que tenía para coger a sus anchas en Nueva York, sobretodo ahora que le gustaban los duros y que tampoco le desagradaban los negros y los puertorriqueños, y en Nueva York si uno no se viste como corresponde no se logra nada. Sólo de uniforme. Cada uno con el suyo. Por eso tenía unas ropas de cuero escondidas en casa y ya no sabía cómo seguir escondiéndolas sin que su mujer sospechara. Pensó en guardarlas en el consulado, en su oficina. No podía entrar y salir con la valija en la mano, iban a pensar que se había vuelto contrabandista. Te imaginás, Eduardo, si se incendia el consulado... Abren el cajón y ¡boom!, me expulsan del ejército. A veces me cambio de ropa dentro del coche. Entro a un estacionamiento alejado del centro vestido de traje y corbata y de allí salgo vestido con pantalones y campera de cuero. Guardo todo en el baúl. Tengo miedo de que algún día roben el auto, ya sabés lo que es Nueva York, no joden si están trabajando, y no quería ni imaginarse si la policía encontraba toda la parafernalia: botas estilo cowboy, cinturón y saco de cuero con adornos

plateados y la gorra de motociclista. No quería ni imaginarse el quilombo.

Eduardo ya veía que coger no era nada fácil para la Viuda Negra. Y asentía con la cabeza.

Antes, todo iba bien. Tenía un chofer que servía para sacarlo del paso, un tipo de Oklahoma, con físico de jugador de fútbol americano, ganso como él solo. Cuando Vianna estaba muy caliente, se cambiaba de ropa en su casa. Le mentía diciéndole que iba a una fiesta. Él entendía y no decía nada. Terminó teniendo que despedir al chofer a comienzos de año, porque tuvo miedo de que lo delatara a su mujer. Fue una pena. Ya hacía varios meses que no sabía qué hacer. Se descargó:

"Tengo una calentura que no me banco."

Eduardo se rió de la expresión y la comentó. Vianna siguió.

"Sabés lo que es ver que pase la primavera y el verano mientras vos te chupás el dedo."

Eduardo se mostró comprensivo.

"Entiendo."

"Sabía que me ibas a entender."

"Claro que te entiendo, lo que no veo es cómo puedo ayudarte", Eduardo pensaba que la Viuda Negra quería hacer de su departamento vestuario de sadomasoca y se adelantaba precavido a la conversación antes de conmoverse por el drama del otro.

Vianna no se dio cuenta de nada y continuó con las quejas. El otro día había perdido un camionero porque no tenía adónde llevarlo. El tipo no quería ir a un hotel. Dijo que pagaba el cuarto. Le respondió que no era ése el problema. Tenía miedo de ser descubierto. No le molestaba una buena cogida, pero tenía mujer e hijo. "Conmigo no tenés problema, estamos en el mismo barco", le dijo. No sirvió. Se empacó en la esquina hasta que lo invitó con

una cerveza. Quería agendar una cita para otro día. Imposible. Hoy o nunca. Entonces nunca.

Eduardo ya temblaba. El otro quería hacer de su departamento un hotel alojamiento. *Ni loco, flaco* pensó ya contrariado, *podés sacarte la idea de la cabeza*.

"¿Por qué no alquilás un departamento?", se adelantó de nuevo Eduardo a la conversación y, para hacer más convincente la sugerencia, iba a decir que su sueño era tener una garçonière, que si no la tenía era por falta de dinero, cuando fue interrumpido por un Vianna eufórico y ya agradecido.

"¿Cómo adivinaste?"

"¿Qué adiviné?"

"El favor que te quiero pedir."

"Ya está pedido. Decíme qué es."

Vianna habló entonces de un departamento de mala muerte y barato (200 dólares de alquiler por mes) que había encontrado en la avenida Amsterdam entre las calles 75 y 76. Es barrio de negro drogado y de puertorriqueño borracho, pero lo bueno es que no hay peligro de encontrarse con alguien conocido al doblar la esquina. "Te imaginás, ¡encontrarme todo vestido de negro con el embajador!" Además los vecinos no me importan. Todo cierra perfecto. El favor era el siguiente.

"Quiero que alquiles el departamento por mí. Queda a tu nombre, si no te incomoda. No tendrías -claro- gasto alguno. Todo corre por mi cuenta."

De todos los males, el menor pensó Eduardo, ya libre de la compañía de la Viuda Negra en su departamento, todo vestido de cuero, acompañado de sus rudos amigos, monstruos, monstruitos y mostrengos que debe andar levantando por ahí, y aceptó.

"No sé cómo agradecerte."

"Una mano lava la otra", dijo Eduardo irónicamente, pero Vianna vio en aquellas palabras la eficiencia de su

plan. Era un estratega. Tenía gran admiración por sí mismo, por Eduardo, y, una vez más, agradeció a Sérgio, a Dios y a Nuestra Señora del Perpetuo Socorro y a todos los ángeles de la guarda por haber hecho que Eduardo cruzara su camino.

Aquella tarde Eduardo no fue a trabajar.

"El embajador ya está avisado", se adelantó Vianna, y Eduardo se quedó medio enojado pero pensó *ya está, adelante*.

Fueron los dos en taxi a la agencia inmobiliaria que quedaba en West Side, en Broadway un poco arriba del Lincoln Center.

La secretaria, una judía con cara de Betty Middler, se asustó con la entrada de los dos caballeros de corbata en su oficina; tenía que decidir rápido si eran detectives o ladrones.

Vianna se dio cuenta del susto de la joven, le pellizcó el brazo a Eduardo, "Quedate callado, yo hablo", y dijo que el departamento no era para ninguno de los dos. Quería alquilarlo para un amigo de ellos, un compatriota, joven sin plata, estudiante en Columbia, que estaba pasando por grandes dificultades. El responsable sería el joven, Mr. Silva, que tenía óptimo empleo, daba todas la referencias y todas las garantías, etc.

Eduardo firmó las tres copias de contrato debidamente llenadas por la judía y se quedó con una para sí.

El primer pago tiene que ser cash, dijo la joven.

Eduardo dijo que no había problema. Sacó de su bolsillo los billetes de cien dólares que Vianna le había dado todavía en el restaurante.

"Seiscientos treinta y cinco dólares, más impuestos", dijo la joven.

Eduardo recibió el vuelto y las llaves.

La judía se les quedó mirando, miró los billetes de cien en su mano, los miró de nuevo, y no aguantó:

"Say to your friend, he's a foreigner, isn't he? to be careful. That's a hot spot. A real one. I'm not kidding."

Vianna la tranquilizó diciendo que hacía un año que él vivía en Manhattan, he's now going through his graduate studies at Columbia.

Eduardo tuvo la nítida impresión de que la joven no se tranquilizaba.

Cuando salieron la judía se quedó pensando que había caído en una trampa, seguro que eran drug dealers, I bet. Latin Americans, they are all, that's why they come to this country.

Ya en la calle, Eduardo le preguntó a Vianna dónde había aprendido a hablar tan bien en inglés. Hablaba muy bien, sin acento. Vianna le respondió que había sido durante mucho tiempo el contacto entre el Ejército brasileño y la Embajada americana (antes de la transferencia para Brasilia) y que también había hecho cursos de especialización con militares gringos en Texas y en Panamá.

Llegaron enseguida a la esquina de Amsterdam y la 75. Cuando se acercaron al número, dos borrachos puertorriqueños que estaban sentados en los escalones se levantaron y salieron corriendo en dirección al Central Park con la botella de Taylor's en la mano.

Jóvenes negros que jugaban al basket en la vereda de enfrente interrumpieron el juego. Apoyados contra la pared hablaban entre ellos como si estuvieran cantando.

El edificio era una pocilga. Estaba oscuro en el hall de entrada y Eduardo pisó algo y casi se cayó. Miró: una lata vacía de Schlitz. Parecía que cada persona que subía o bajaba la escalera tenía por obligación chocar contra la pared y pringarla con la mano.

"Tercer piso. Llegamos, 3° F, ¿dónde es?", preguntó Vianna.

"Un vómito", Eduardo hizo cara de asco.

Cuando abrió la puerta, no lo pudo creer.

"Sólo a vos se te ocurre, Vianna."

Eduardo abre la puerta y la Viuda Negra entra como un cohete en el departamento masticando y rumiando una expresión de alivio.

Stella da un salto hacia atrás y suelta un grito de espanto pero luego Eduardo controla la situación, *fría, Stella*, dándose cuenta de que estaba entrando en un gran quilombo, el mayor de su vida. En algo bueno Vianna no se metió, se le puede ver en la cara. Allí, vestido de cuero, de negro desde la cabeza a los pies, con las manos temblando, el rostro lívido y sin afeitar, y los tacos de las botas sonando y sonando sobre el piso. *Seguro que mató a alguno, el sadomasoquista* piensa Eduardo y se da cuenta de que tiene que controlarse, si no va a ser la ca-tás-tro-fe del año, *no es nada bueno, seguro que es algo bien grosso*.

La Viuda busca el sofá y le pregunta a Eduardo si no tiene whisky en la casa.

Eduardo responde que sí. Que va a buscar hielo en la cocina y vuelve enseguida.

"Sin hielo. A lo cowboy."

Mientras toma la botella y el vaso del armario, Eduardo le dice a Vianna que se saque la campera de cuero y la gorra, que está sudando.

La Viuda no escucha y se queda retraído sentado en el sofá esperando el whisky.

Eduardo se toma casi la mitad del vaso y Vianna se lo toma de un solo trago, gritando y moviendo el cuerpo sentado en frente:

"Comunistas hijos de puta motherfuckers putos. Hijos de la gran puta. Damn it. Esperate que los voy a matar a todos los comunas del mundo. Todos los cubanos. Todos. Los putos."

Eduardo repara en las piernas nerviosas de Vianna, que están incontrolables, y en su respiración jadeante de perro

cazador volviendo de caza, que indica que vino volando desde Amsterdam hasta acá.

"Tranquilo, Vianna, no puede haber sido el fin del mundo."

"Si pudiera apretaría el botón ahora. Hacía volar a todos los comunistas del mundo hijos de puta por los aires."

Mientras Vianna sigue con los improprios cuyo único nexo en común es el odio a los comunistas, Eduardo se tranquiliza sentado en el sillón frente al sofá. Se ha servido también whisky (ya se le había pasado la resaca) y se ha dado cuenta de que era imposible calmar a Vianna. Tiempo al tiempo. Eduardo está calmo y se queda más calmo cuando piensa que no está frente a un escándalo sexual más, a no ser que Vianna, con el shock, haya entrado en tal paranoia que vea rojo todos los colores del mundo, hasta el de los gays. Better dead than red. Inmediatamente Eduardo pierde la tranquilidad al imaginarse que el coronel había sido víctima de un secuestro la noche anterior. Raptado por terroristas brasileños en Nueva York. Había conseguido escaparse quién sabe cómo. Y allí estaba. *Esta vez sale en el Daily News*, concluye catastrófico Eduardo escuchando las amenazas interminables del coronel. Eduardo resuelve intervenir dejando hablar a su instinto de preservación. *Hay que hacer algo, cuanto antes mejor*.

"Vianna, contáme qué pasó."

La Viuda no escucha.

"Contá, Vianna, descargate. Quedarte rumiando odio no resuelve nada, ¿qué pasó? ¿Fue terrorismo?"

La Viuda entra en pánico. El cuerpo tiembla, la sangre sube y el sudor corre más espeso por el rostro surcando su barba crecida.

Eduardo se levanta y se acerca a Vianna para sacarle la gorra.

Éste recula asustado.

"¿Dijiste terrorista? ¿Me quieren matar? ¿Vos sabés algo? Si sabés, decilo ya, si no te hago perder el empleo. El lunes mismo."

Eduardo se enoja pero finge que no escuchó la amenaza. *No vale la pena, mierda. Además no es el momento. No se pierde nada esperando a la Viuda Negra.*

La Viuda se quedó balbuceando "terrorista", bajito, repetidas veces, moviendo apenas los labios, y cuanto más balbuceaba más se iba calmando, como ganando sangre fría de soldado después del ataque sorpresa.

No hay otra piensa Eduardo, mañana vamos a estar en los titulares.

El coronel se levanta, se endereza, y levanta la mano (para hacer la venia, piensa Eduardo), se saca la gorra de cuero negro y la coloca cuidadosamente sobre la mesita del centro, se saca la campera de cuero negro, la dobla y la tira en el sofá ya con cierta displicencia en el gesto. Se queda sólo con las botas, los pantalones de cuero y la remera negra; los adornos plateados del largo cinturón brillan centelleantes cuando el cuerpo negro se acerca a la ventana y recibe la claridad lánguida del ceniciento cielo otoñal. Da media vuelta y se aproxima a Eduardo, pidiéndole disculpas. Había exagerado.

"Sé que me perdonás."

Eduardo asiente con la cabeza y por primera vez percibe que el rostro de Vianna era más apropiado para aquel disfraz que para el traje y corbata del consulado: tiene el aspecto varonil de un gladiador elegante que, suelto en la arena, blande el poder perdido como su única arma. He aquí mi gloria, he aquí mi impotencia.

"Sé que me perdonás", repite.

"¿Y todavía tenés dudas?"

"Tenía. Ya no tengo más."

Como el actor que se retira al camarín después del espectáculo, cansado y liberado, y comienza a reencontrarse consigo mismo, la Viuda Negra tenía el rostro sereno marcado acá y allá por una furia que ya había pasado, que está domada, domesticada, nube ceniza que pasó, cediendo lugar a un aura de disciplina y de orden.

Eduardo lo lleva hasta el baño para que se lave la cara. Le alcanza una toalla.

Ahora su piel bien cuidada brilla de nuevo, a pesar de los hilos oscuros de barba que la entristecen.

Pide otro whisky, esta vez con hielo. Se sienta relajado en el sofá mientras mira a Eduardo, un poco seguro de sí, otro poco arrepentido por el papelón que había hecho.

Eduardo toma la decisión de comenzar.

"¿Qué pasó? ¡Hablá, por Dios!"

"Con tanta confusión no sé ni por dónde empezar."

"Te raptaron y ..."

"¡Estás loco!"

"Pensé."

"No pienses, entonces."

"No fue a propósito."

"Olvidate. Perdón."

El coronel toma aliento. Tiene que descargarse, pero de un golpe, de una sola vez, la única, y para siempre. No consigue contener el tropel insano que sube por la garganta y se desbanda por la boca dándole deseos de vomitar palabras. Tose. Respira hondo.

Eduardo se da cuenta de que ha vuelto la nube cenicienta que pasa por sus ojos y le pregunta si está bien.

El coronel toma aliento. Ahora sale.

Su mujer había viajado el viernes a Washington, para visitar a una amiga de la infancia cuyo marido había sido transferido para Estados Unidos, y sólo volvía el lunes a la tarde. Como estaba solo en casa, el viernes resolvió salir de farra. Fue a su departamento de Amsterdam donde se

cambió de ropa y salió por la noche de Manhattan loco como siempre. De bar en bar, acabó en el Spur donde encontró a quien quería encontrar. Fueron al departamento del otro, mucha bebida en la cabeza, mucho popper's, y el otro con mucha blanca en la cabeza, una farra de aquéllas. Alrededor de las once de la mañana vuelve al departamento de Amsterdam para cambiarse de ropa. "Habían roto la cerradura. Me pegué un susto, casi me cago. No sabía si entrar o no; si todavía estaban adentro, me podían matar." Hizo mucho ruido en la puerta para asustar a los de adentro y bajó la escalera corriendo. Fue a tomar café en la esquina, de donde podía ver si salía o no gente sospechosa del edificio. "Quise llamarte. Pero cambié de idea." Cuando dijo eso, miró a Eduardo como para ratificar la sinceridad de la intención y la confianza que depositaba en él. "Volví al departamento unos quince minutos más tarde". La puerta estaba como antes. "Golpeé fuerte como si fuera una visita, o un vecino asustado con la puerta abierta. Nadie apareció. Empujé la puerta con fuerza."

El coronel se detiene. Sus ojos se pierden en el ambiente del living buscando alguna cosa donde poder posarse.

"Un horror, Eduardo, no te podés imaginar. Un horror." Habían escrito las paredes con spray de varios colores.

"Es un secreto, Eduardo. Confío en vos. Confío en vos como nunca confíe en ninguna otra persona", Vianna ya no exigía: imploraba. Habían pintado cruces svásticas por todas partes y escrito "nazi", "torturador", "fascista", "pig", "gorila". Se quedó en medio del living aturdido con los colores, los dibujos y los dichos, y de repente, dijo, tuvo la impresión de que estaba en el centro de un estadio recibiendo la mayor silbatina de la historia. Gritaban aquellas palabras contra él, puteándolo. Un ruido infernal le hacía estallar los tímpanos. Volvió el silencio. Salió corriendo hacia el cuarto. Se habían llevado la ropa. Todo:

traje, corbata, reloj, zapatos, tarjetas de crédito, licencia de conducir, el carnet de identidad del ejército, todo.

Sem roupa e sem documentos no inverno de quase-novembro piensa Eduardo.

"Lo peor es que no puedo volver a casa vestido así. ¿Te imaginás la cara del portero?" se rió por primera vez. "Llama a la policía."

Eduardo se rió también y casi le cuenta el sobrenombre que tenía entre los jóvenes del puesto 6. Pero le pareció un poco desubicado.

"¿Y ahora?"

"Entonces pensé de nuevo en vos. Sólo vos podés ayudarme. No puedo quedarme andando por ahí de día con esta ropa."

"Contá conmigo."

Le pregunta si a Eduardo no le molesta ir a comprar pantalones, camisa y campera para él. Las botas se podían esconder. Por suerte todavía tenía dinero en el bolsillo. Siempre salía preparado para sus farras.

Eduardo dice que acepta con placer el encargo. Agrega que puede ir a hacer las compras en la 14. Ahí hay un Woolworth que sirve para salir de apuros. La calidad de la ropa no es mala.

Vianna aprueba la sugerencia.

"Otra cosa más", retoma el coronel, "¿te molesta guardar estas cosas acá?"

"Mucho", dice en broma.

En el rostro de la Viuda Negra los ojos del coronel sonríen agradecidos y confiados.

"Voy ahora mismo. Primero voy al cuarto a ponerme una campera, que ya hace un poco de frío afuera."

Apenas cierra la puerta del departamento, se abre la del departamento de al lado. Lacucaracha susurra con insistencia el nombre de Eduardo.

Eduardo se acerca a la puerta entreabierta.

Un rostro resplandeciente le susurra:

"Lo vi cuando entró en tu departamento", le dice mientras suspira. "¡Qué hom-bre!" y guiña los ojos.

"Dejate de joder, Paco."

"¡Cómo te en-vi-dio, chico!"

"No es lo que estás pensando"

"¿Cómo?" pregunta sin lograr disfrazar su propio interés, abriendo más la puerta.

"Más maricón que nosotras dos juntas. Le gusta que le peguen. ¡Que le peguen en la cara! ¿Entendés?"

Lacucaracha se marchita mientras Eduardo camina hacia el ascensor.

COMIENZO: EL NARRADOR hutz

El estiércol (dice San Agustín) fuera de su lugar ensucia la casa, y puesto en su lugar fertiliza el campo; y, aplicándose la doctrina y semejanza a nuestro caso, con el mayor de los doctores digo, Señor, que se saque a los judíos de donde ensucian la casa, y que se pongan donde fertilicen el campo. (...) y queden en Portugal los mercados, el comercio, la opulencia (...)."

Padre Vieira a D. Rodrigo de Meneses.

La conquista de lo superfluo proporciona una excitación espiritual mayor que la conquista de lo necesario. El hombre es una creación del deseo, y no de la necesidad.

Gaston Bachelard

A veces ocurre que, cuando voy llenando de leche la taza, la mano deja de obedecerme y sigo volcando leche viendo que la taza ya está llena, que la loza está rebalsando por sus bordes y que el líquido blanco se escurre por la mesa mojando el mantel, ensuciando todo, y sólo paro —si es que se puede decir que paré— cuando el jarro del que volqué la leche queda vacío en mi mano, pendiente.

Pendiente como si fuera la regadera con la que al atardecer riego las plantas de aquel cantero que recibía el sol

todo el día y cuya tierra nunca se sentía completamente satisfecha con la cantidad de agua que le daba. Espero que salga más agua de la regadera, espero pero no sale, y ahí me doy cuenta de que la acción de regar había acabado, aunque la tierra sedienta del cantero necesitara más agua. Me quedo con la regadera en la mano, patético, acordándome de la lógica de los dibujitos animados, tengo deseos de retorcer y retorcer la regadera para ver si todavía pueden salir algunas gotas de agua.

A veces una acción —sin qué ni por qué— canaliza un esfuerzo mayor que el necesario para hacerla y la orden de *basta*, silenciosa y oscura, no llega hasta los nervios, no es transmitida a los músculos que se relajan entonces y hay un exceso inevitable de energía que acaba por volver imprevisible el fin de la acción que se comenzó a hacer. Sin un fin conveniente que le sea impuesto, de repente la acción sale del plano de lo real y práctico para entrar en las tierras del azar.

Algo se había desconectado de mi voluntad.

Una acción existía autónoma de mi arbitrio y era tan representativa de mí como el hambre matinal que me había llevado a preparar el desayuno.

Fue eso lo que me vino a la cabeza en 1978, al entrar en la estación del subte Odeón en París y al ver a los cuatro músicos callejeros que hacían que el sonido traspasara la maraña de túneles hacia la escalera en la que bajaba, el sonido rebalsando como la leche rebalsaba de la taza hacia el plato, del plato hacia el mantel.

La música caminaba en olas avasalladoras hacia el sur, Porte d'Orleans, hacia el norte, Porte de Clignancourt, hacia el este, Gare d'Austerlitz, y hacia el oeste, Bois de Boulogne, estirando o acortando el paso de las personas que bajaban las escaleras con el pasaje en la mano y trasportaban los molinetes, y noté que los usuarios del metro —incluso los que no paraban hipnotizados por la música

que regurgitaba por los túneles en plena tarde de invierno— continuaban sus pasos mudando ligeramente la cadencia de la marcha, caminando un poco más lentamente.

Como el caballo amaestrado que para la carrera laboriosa del día a día y que, de repente, al cruzarse con una hembra en celo, se exhibe en elegante trote y ya se ve caminando para seducir estando ya seduciendo, sin saber que ha perdido completamente el rumbo, rumbo que a partir de entonces le es inculcado por el dueño con el látigo fustigando en la mano y por las riendas estiradas forzando su cabeza a reaccionar hacia adelante.

Me acuerdo de una frase de João Cabral que dice que la norma fue dada al hombre, o mejor: que fue inventada por el hombre, para asegurar la satisfacción de la necesidad;

El poeta quiere decir que lo que sale de la norma es desperdicio de energía, es energía tirada por la ventana de los malos resultados o en el residuo de las buenas intenciones.

El arte no es ni puede ser norma, es energía desperdiciada, y es algo, una acción por ejemplo —no importa ahora la cuestión de la calidad— producida por una explosión de energía humana y que transborda en un vómito por el mundo del trabajo, por el universo de lo útil, con la audacia y la ineptia de alguien que, al volcar leche en una taza para alimentarse por la mañana, deja que la mayor parte del líquido se desperdicie por la mesa.

De repente reparé en los cuatro músicos en el pasillo del metro parisino y percibí que el mejor de ellos era el mulato retraído y gordo, bastante más viejo que los otros tres compañeros blancos y jubilosos. Tocaba un instrumento que debía ser invento de él:

una palangana más honda que lo normal, boca abajo, servía de base para un asta de aproximadamente un metro y medio de altura. Una fuerte cuerda de metal unía la

punta del asta a un agujero hecho en el centro de la palangana.

El mulato tocaba la cuerda con los dedos, sacando de ella un sonido ronco e intermitente de contrabajo, mientras con uno de los pies tamborileaba el metal de la palangana, dando ritmo de batería. Era todo equilibrio: una de las manos aseguraba el asta y uno de los pies lo sostenía en el piso.

El rubio del saxo meneaba el cuerpo como si fuera un muñeco de esos bamboleantes que parecen caerse y no caerse, que cuando era niño llamábamos gegê en homenaje al dictador se-va-no-se-va Getúlio Vargas, y sacaba del instrumento un sonido mediocre.

El joven bajo y moreno del clarinete perdía el ritmo y se tragaba algunas notas.

Y el tecladista —con un órgano portátil en sus manos— caminaba de un lado hacia otro delante de los tres como si fuera el bamboleante mick jagger del metro, cantando y meneándose con voz estropeada *My woman*.

La gente miraba al mulato retraído y movía el cuerpo de acuerdo con la cadencia dada por la cuerda y la palangana.

Explotaba en él una cantidad de energía que huía de la norma que satisface la necesidad.

(Estoy parado, atrás de la silla en la que estás sentado escribiendo, y leo en el bloc —por sobre tus hombros— esas anotaciones sobre leche derramada y músicos en el metro que estás tirando en el papel en diciembre de 1982, época en la que creés que estás listo para una nueva novela.

Te das vuelta hacia mí y me decís que ahora me despreciás. Me asusto, porque hasta entonces habíamos sido buenos amigos —¿te acordás de la última novela?— carne y uña como se dice.

Seguís llamándome tu primer lector de mierda. Y después empezás a quejarte: que no te ayudo en nada; al contrario: sólo sirvo para inhibirte, para hacerte las cosas más difíciles de lo que ya son.

“No te aguanto más”, me decís, y resolvés darme un golpe desleal, justo a mí, al decirme que me encontrás puramente retórico y por lo tanto inútil, que siempre pensaste eso de mí pero que nunca habías tenido el coraje de decírmelo, que me lo decías ahora de una vez por todas y listo, chau.

Callás por un minuto y después agregás en tono perentorio que si por casualidad me gustaran los caballos, entendería de trotes, pero nunca de galopes, y que lo que querés reproducir ahora es el galope de la escritura. El trote es la invención amaestrada que viene después del galope.

Te levantás sin esperar mi respuesta y, como siempre hacés en momentos de impasse, vas hasta la cocina a tomar un vaso de agua, que hace bien para tus riñones llenos de ácido úrico desde los años 70. Al tomar el agua descubris que tenés la nariz tapada y decidís ir hasta el baño para sonártela en dos hojas dobladas de carilina. Hecha la higiene, sentís que los ojos te arden por el humo que había quedado en el departamento por las visitas de

ayer. No te perdonás por haber dejado que prendieran una vela cuando viste que el living se convertía en un ambiente lleno de humo de bistrô parisino en film de Hollywood de los años 50. Los ojos piden dos gotas mágicas de colirio.

Volvés al escritorio y empezás a escribir de nuevo pidiéndome ayuda —entreabro los labios sonriendo y fingís que no me ves— pidiéndome ayuda en la elaboración de la novela, pedís help en la elaboración de ese capítulo inicial de la novela.

Al final no soy tan retórico e inútil como vos hace poco me decías, quiero decirte, pero vos ya estás absorbido por recuerdos de Bob Dylan que comienzan a entrar en el circuito del texto que estás escribiendo y me callo pues sé que no me escucharás en este momento.

Percibo que —a pesar del pedido de ayuda— tu desconfianza en relación a mí persiste, y se transluce en la forma en la que poco a poco vas queriendo eliminar de la frase que volcás en el papel a tu amigo retórico e inútil para que tus experiencias personales —una tarde del verano novayorquino en la que estabas acostado en la cama al lado de David— se entreguen desnudas al papel.

“¿Desnudas? ¿Perdiste el pudor?” grito un grito de ahogado.

Arrepentido, ya estás dispuesto a salvarme de la muerte.

Te das vuelta hacia mí y me decís que en realidad soy yo quien tengo razón y que a vos no te gustan las narrativas autobiográficas. Ficción es fingimiento y blablablá, el poeta, quién diría, es un fingidor. El poeta patatín es un cogedor, eso sí. A fucker. A motherfucker. Coge tan solamente por el placer de escribir. Por eso es tan cogedor. The novelist is a fucker who fucks only to be fucked. El novelista es un cogedor que coge sólo por el placer de escribir.)

Pienso que el mulato toca la cuerda y palangana en el metro como Bob Dylan canta rock, como Buster Keaton actúa en las comedias de cine mudo.

¿Será que Buster Keaton es judío como Dylan? Debe ser. Seguro que es:

El judío consigue abstraer su personalidad —es decir, el temperamento, la idiosincrasia personal, el sistema nervioso, en fin, la pulsación del corazón— de todo lo que hace, permaneciendo en estado general de aloofness.

Una de dos: nada de lo que el individuo hace es suficientemente fuerte para abatir la historia de la raza judía, para conmover al hombre histórico y eterno, y aún más: de nada sirve el empeño personal en el proceso de fabricación de lo que quiera que sea, una idea, un drama, un objeto concreto.

El judío es siempre un profesional, claro, en oposición a diletante o amateur.

La belleza está en hacer según el riesgo que se descubre en la reflexión y no según las manías, es decir, la voluntad propia, la consciencia individual del sujeto.

Todo buen orfebre termina siendo judío. O: todo judío termina siendo buen orfebre. Labrar una piedra preciosa: cualquier intromisión del sentimiento personal o del gusto subjetivo arruina la perfección de la forma a ser obtenida.

Nietzsche no podía comprender al judío; he aquí lo extremo de su antisemitismo: la no comprensión del estado de aloofness en el momento de fabricación de la obra (Nietzsche es el teórico de la pasión). Quien escribe un libro como *Ecce Homo* sólo para decir “quién soy yo” no puede comprender la voz de Dylan, no puede comprender cómo la voz de Dylan se despegas de su cuerpo como una calcomanía. El cuerpo de Dylan, en el

momento del canto, es una caja acústica semejante a la de mil otros instrumentos musicales.

Acostado al lado de David una tarde húmeda del verano del 70 en Nueva York, escuchaba la voz de Dylan planeando en el aire como un picaflor, como una piedra trabajada o un objeto de museo, desconectados ambos por siempre jamás del compromiso con los brazos, las manos y el corazón que los produjeron. Escuchaba:

*How does it fe-el
Oh, how does it FE-EL
To be on your own
With no direction ho-me
Like a complete un-known
Like a rolling stone?*

A pesar de las ventanas abiertas, no soplaba la más mínima brisa en el cuarto y, si no fuera por la articulación humana de las palabras, tendría la impresión de que la canción se balanceaba en el aire, anónima, como las piezas de un móvil de Calder.

¿Será que Chico Buarque también es judío? João Cabral tenía que venir del Nordeste sefaradí, pero Chico venía de Río, quién sabe si en Río todos los caminos de la colonización no se cruzan. A Chico le horroriza el espectáculo, le horroriza dar el cuerpo en espectáculo —queda la voz en el disco como una flor podada de su tallo, dentro de un jarrón adornando un comedor dominguero y feliz.

En el músico mulato no hay sentimiento que indique que esté haciendo música en el sentido romántico de la palabra.

¿Me estoy contradiciendo?

João Cabral tiene razón. La obra de arte es una economía de energía, una manera en la que el cuerpo no desperdicia lo que más quiere. El ocio es el ideal del

hombre, y no el trabajo.

El mulato golpea la cuerda y la palangana que resuenan musicalmente por los cuatro puntos cardinales subterráneos del frío París como si estuviera cortando caña con guadaña en el Nordeste del Brasil, o con machete en la República Dominicana, de donde parecía que había venido por el sonido del merengue del contrabajo. Golpea la palangana como si estuviera pedaleando una bicicleta que lo conduce de su casa hacia la fábrica en los alrededores de cualquier metrópolis. Quiere cortar la caña con un ritmo que sea productivo para ÉL, es decir, dentro del mínimo cansancio del cuerpo; quiere pedalea la bicicleta con una velocidad tal que cuerpo y máquina se acoplen para una mejor performance en el viaje.

El cuerpo no corta la caña
el cuerpo no canta,
existe la caña que es cortada
existe la canción que es cantada,
las piernas no pedalean
existe la bicicleta que es pedaleada.

Buscar un ritmo anónimo y exterior —una FORMA, semejante a la voz de Dylan que resuena en sus oídos y que es antes que nada una forma— una forma que es la manera más económica y más perfecta para que aquél o cualquier otro cuerpo se exprese significativamente para el otro.

Ahora sé por qué los esclavos cantan mientras trabajan en los campos de servidumbre.

¿Será por eso que los judíos son tan económicos con el dinero?

(Parás de escribir de repente para mostrarme el fragmento precedente y ponés cara de niño que rompió la frutera de vidrio que estaba encima de la mesa y espera el castigo de su padre que debe llegar de un momento a otro.

Cuando me extendés las hojas de papel parece que me extendés las manos para el golpe del puntero.

Te digo que no te preocupes -todo el tiempo estuve leyéndote por detrás de tus ojos como hago siempre, y si vos no escuchaste mi risa irónica es porque la ahogué varias veces. En determinado momento me acordé de un proverbio de la infancia, "la pretensión es agua bendita..." y si no lo escuchaste es porque contuve mi lengua.

Contuve mi lengua porque es la única manera de ver hasta dónde tenías coraje de llegar. Y fuiste lejos. Felicitaciones. Confieso que no esperaba que fueras tan lejos porque te sé medroso al dejar el camino seguro de lo que llamás el conocimiento sólido, y siempre decís *sólido* como si te estuvieras refiriendo al peso de un adoquín, y vi que ibas dejando transpirar pensamientos que tenías escondidos en lo profundo de tu experiencia personal y que juzgás superficiales -es decir, sin el peso del adoquín- porque no son respaldadas por tus lecturas académicas.

Por eso controlé la risa y la voz: te está haciendo bien escribir así, cosas que no tendrías coraje de escribir o exponer para los amigos más íntimos.

Entonces me decís que estoy entrando en contradicción, aceptando que los valores subjetivos, la experiencia personal, explote en el texto sin el debido colorido retórico que tanto me encanta.

Estamos entrando en contradicción, ¿y? -pienso responderte, pero me parece mejor que tengas en este momento la sensación de victoria sobre mí. No puedo

ganar siempre, o puedo, pero estaré conquistando la victoria con tu silencio, y eso nunca, y pienso que sería bueno que continuaras escribiendo lo que estás escribiendo, aunque entraras en contradicción aquí y allí, contradicción aparente, tengo ganas de agregar pero)

Por eso también los judíos son tan económicos con el dinero: intentan gastar lo indispensable para pasar de un día al otro, de una semana a la otra, de un mes al otro.

La acumulación de capital es una consecuencia del trasplante de la economía judía cotidiana a la civilización occidental. Aquello que era el ritmo más orgánico para la convivencia productiva del hombre con una naturaleza madrastra.

ah! el desierto, la vida en el desierto, cómo me gustaría hablar de la vida en el desierto...

se vuelve ahorro y forma de explotación del hombre por el hombre dentro de la sociedad que se va tornando compleja e industrializando.

Me rebelo contra esa energía originariamente economizada para el mejor tránsito del cuerpo por el mundo hostil, pero que acaba por convertirse en acumulación, me rebelo y es por eso que busco ejemplos de energía que rebalsan como vómito por el mundo del trabajo, del negocio.

Dentro de la sociedad actual, capitalista o comunista, la única manera de rebelarse contra el régimen de trabajo, contra el elogio del trabajo a toda costa, de la competitividad, de la meritocracia, es hacer un arte que sea desperdicio de energía.

Así fui descubriendo cómo el ahorro se convierte en acumulación a favor de un privilegiado, y cómo ésta se convierte en ostentación y comienza a requerir -para que sobreviva como tal- el trabajo de otros en función de sí misma.

Marx pudo denunciar la acumulación capitalista porque comprendía desde adentro de la raza los meca-

nismos de una razón económica donde no hay lugar para la plusvalía, sólo para la supervivencia de cada uno y de todos, indistintamente.

La usura es la forma en la que el cuerpo económico ocioso del judío se fue encajando dentro de Occidente.

El mal no era judío en su origen; era judío en su transformación. El mal era cristiano. El mal es la ostentación de lo uno. El mal nunca es el equilibrio. A Occidente le gusta exhibirse y para eso necesita cantidades enormes de dinero, que a su vez quedan inmovilizadas en el lujo. A Occidente le gusta el espectáculo, creó la sociedad del espectáculo. Pero el espectáculo siempre es lucrativo.

(Anotás en un rincón del papel que necesitás desarrollar un paralelo entre la arquitectura urbana de la ostentación en Venecia y la arquitectura urbana de lo útil en Amsterdam. Ambas ciudades fueron planeadas y construidas con el mismo dinero y en la misma época, pero sus estilos son diametralmente opuestos.)

El arte rechaza la ostentación del lujo, de toda y cualquier acumulación que apunte al poder por el exhibicionismo. El arte no es espectáculo. Como vos, Machado de Assis tenía razón: el personaje que mira Itaguaí desde el balcón de su mansión recién construida para recibir los elogios y captar la admiración de sus conciudadanos debería estar en el manicomio, o incluso en la cárcel.

Pienso en mi padre y sé por qué, sé que él y aquel cofre en su escritorio están detrás de todo esto que pienso ahora, pero ahora no tengo coraje para transitar ese camino. Queda para la próxima.

No es por azar que los judíos son también los más hábiles en desarrollar la usura en Occidente. Tienen el know-how mientras otros apenas los imitan y muchas veces se ahogan en las ostentaciones del lujo.

Tengo que saber si Buster Keaton es judío o no. De cualquier manera hay una semejanza entre la voz de Dylan y el rostro de Keaton.

Hay una interpretación-en-sí de Keaton que nunca más vi en el cine.

Bogart.

De vez en cuando Humphrey Bogart me parecía un candidato serio a continuar el estilo de Keaton. Pero Bogart era un esteta: había descubierto la aloofness como mecanismo rentable para el actor dentro del cine industrial de Hollywood, había descubierto la usura de la aloofness en arte. Facturaba con ella. Y facturaba alto. Keaton no era derrochador. Su interpretación se quedaba en un compartimiento estanco, no se comunicaba con el cuerpo en carne y hueso del actor,

como en esos grabados espiritistas en que un alma sale del cuerpo y es sólo ella la que actúa,

un alma sale del cuerpo de Keaton y es ella la que actúa para la cámara. En el momento de los acontecimientos más peligrosos o más trágicos, la risa del espectador explota en una sonora carcajada por la bóveda del cine porque cuerpo e interpretación de Keaton caminan por vías diferentes.

El navío se hunde poco a poco y el marinero Buster Keaton continúa mirando en su ojo de buey como si nada estuviera ocurriendo. Sus pies se sumergen, sus piernas se sumergen, medio cuerpo ya está sumergido y él sigue mirando por el ojo de buey en dirección a un horizonte que no llega a dibujarse en esperanza o desastre, en piedad sentimentaloides,

al revés del horizonte ultrasentimental y romántico que se ve en los filmes de Carlitos,

Carlitos es el hombre de las muecas, no sabe quedarse quieto, mueve el pie, mueve el bastón, mueve la boca en sonrisa, mueve los ojos, frunce la nariz, pestañea momen-

táneamente y siempre hacia el espectador buscando construir un puente por encima de la ostentación del cuerpo. Carlitos sufre, se martiriza, ¡cómo le pegan!, pero cómo tiene esperanza en el futuro, en el hombre o en cualquier cosa lloriqueante. Carlitos es el judío que se cristianiza.

Bogart es simplemente el no judío (debe ser wasp): es el autor del ahorro, o el occidentalizado judeizado. Es el actor de la ostentación hollywoodiana. La aloofness es marca sexual registrada, trade mark. Es it, es sex-appeal, es glamour. Es el exhibicionismo individualizado que lo vuelve único dentro del star-system del comercio cinematográfico.

(No aguantás más mi silencio:

“¿En qué estás? ¿Cómo te plantás frente a todo esto, frente a mi cansancio, frente a mi imposibilidad de continuar la reflexión sobre los judíos?”

Me lavo las manos y me mirás furioso, porque sabés que voy a crucificarte. No te respondo por caminos rectos —y es por eso que te doy miedo. Prefiero el silencio y los caminos sinuosos. Como...

Por el silencio voy diciéndote que lo importante no es lo que pienso, o siento frente a tu fracaso —pausa— pasajero —sonrío, que lo importante es que continúes dándote cuerda para que vayas soltando en el papel cosas que iban a morir calladas en la tumba con vos. Es mejor quedarse callado que decirte que ya estaba cansándome de tus travesuras subjetivas, o de implorarte para que no me busques a mí cada vez que necesitás salir del callejón sin salida en el que te metés.

¡No quiero intervenir en tu trabajo! No esta vez. Quiero que salgas galopando —la palabra es tuya— por el pasto de la creación como una vaca atontada, desatada. La cabeza vacía es el precio que pagás por haber escogido un camino audaz.

Parece que fuiste adivinando las palabras que fueron pasando por mi cabeza, o que habías comprendido perfectamente el gesto que hice de lavarme las manos,

porque se ríe en mi cara y me pregunta quién es el más miedoso en la aventura de la escritura. Y sigue riéndose como si todo el peso del vacío existiera para explotar no en forma de palabras, sino con el sonido de una carcajada.

Y pienso por un instante muy corto, porque no me das tiempo, que tiene que haber una manera de hacer intervenir en la novela que estás escribiendo esos momentos de silencio del narrador en que explotan las carcajadas, y la carcajada del narrador es tan importante para la novela como su palabra o el pedo del personaje, y que el lector necesita conocerla.

¡De cuántas carcajadas sonoras e histéricas está hecha en realidad una novela!

Seguís riéndote de mí y yo pensando cuán falsas son las novelas que sólo transmiten la continuidad de la acción, pero nunca transmiten la discontinuidad de la creación.

Para no perder la guerra te pongo contra la pared blanca, diciendo que encontré la solución para tu silencio. “Es simple, si querés continuar” —te digo— “basta con que comiences a tratar de aquel cofre de tu padre, en el escritorio.”

Te ponés lívido. No sabés qué decir, perdés el contacto con el ambiente y sentís que la sangre huye de tu cabeza.

Puedo darte el cambio de carcajada, pero creo que debo respetarte en este momento doloroso: tus ojos se llenan de lágrimas. Veo que volvéis la cara hacia el escritorio y)

Nunca llegué a ver estrellas en el cielo de Manhattan. Luna sí, a veces aparece enorme allá en el fondo de la calle. Estrellas, nunca.

La gente no mira el cielo a la noche en un país frío. Cuando salen a la calle es con el propósito de ir a algún lugar y la mirada sólo husmea por las horizontales. La ventana es la cosa más inútil en las casas de los países fríos.

Cuando se mira hacia el cielo es porque el tiempo está nublado y feo y sólo se quiere saber si va o no va a llover o nevar. Es una preocupación que siempre tuve porque no me gusta que mi ropa se empape por la lluvia, o que la nieve se deposite por demás en mis cabellos, trayéndome una tarde más de dolor de cabeza infernal. Es sólo por eso que miraba hacia el cielo en Nueva York cuando salía a la noche. Sólo en día nublado.

¿Será que la mirada que hurga en la horizontal acaba por conducir a una visión pragmática de la vida?

¿Es por eso que los pueblos tropicales —que se deleitan con el espectáculo de las estrellas y de la luna, desde la ventana o mirando hacia el espacio cuando camina— son tan idealistas y tan poco prácticos en su estilo de vida?

La oposición de temperamento en base a la oposición entre la mirada hacia delante y la mirada hacia arriba ya está en Platón en un diálogo (me acuerdo ahora) que usé para comprender el pragmatismo y el idealismo en Machado de Assis, está en una anécdota de Platón, el apólogo de la vieja y del astrólogo.

La vieja que veía siempre —mirada horizontal y certera— por dónde andaba y que, por eso, nunca sufría accidentes, mientras que el astrólogo, por mirar demasiado

las estrellas, estaba siempre cayéndose en pozos y tropezando.

Quiero imaginar lo que pasa por la cabeza del astrólogo cuando, en el fondo del pozo en el que acaba de caer, está obligado a mirar sólo hacia las estrellas y ese círculo exterior del pozo. No deja de ser una especie de castigo en el sentido dantesco e infernal de la palabra para todos los astrólogos, todos los idealistas, todos los tropicales; ellos estarían obligados a reproducir ad infinitum en el fondo del pozo el gesto que los condujo hasta allá.

(Ese tipo de pensamiento es demasiado suicida, al fin y al cabo yo también soy tropical — te decís a vos mismo cuando terminás de escribir el párrafo, y ya estás dispuesto a perdonar a todos los astrólogos semejantes en la historia de la humanidad, porque si de ellos no es el reino de los cielos, el de las profundidades ciertamente sí lo es.

Y entonces, como una especie de contrapartida a la violencia con que atacaste a tus compatriotas tropicales, te quedás imaginando cuál sería la moral para la vieja que, mirada horizontal y precavida, camina hacia delante, victoriosa, hacia delante, sin ver las estrellas y sin caerse en el pozo).

El destino de los pueblos que siguen el patrón de la vieja es el de creer en la evolución de la humanidad como si fuera una línea recta que el hombre recorre ad infinitum. No hay posibilidad de caer fuera del tren en marcha desde el momento en que se da la orden de partida. Hacia adelante, hacia adelante, adelante, adelante, y tocar la bocina en la curva.

Los americanos caminarían y caminarían hacia adelante, inventando esto, perfeccionando eso, reconstruyendo aquello, buscando siempre una manera de avanzar en el conocimiento y la técnica, de modo tal que el automóvil de ayer ya no es el de hoy, el avión de hoy no puede ser la nave espacial de mañana, y eso abarca desde el

envase de huevos hasta la bomba atómica, y los americanos no pararían nunca de inventar, de escharbar en lo que hicieron ayer porque ayer ya tiene que ser tirado como se tira un diario después de leído, o incluso que no haya sido leído, pero que ya no sea del día de hoy,

poco importa si el diario fue leído o no, poco importan mil otras cosas en la vida cotidiana del americano que va dejando atrás lo que no fue consumido en el momento preciso del consumo, dando la impresión de que las mercaderías —como las bombas-relojes cuando son armadas— vienen con la hora marcada para desaparecer, basta que se mire la comida en el supermercado que tiene que ser consumida hasta tal fecha y si no querés morir envenenado you should better throw it in the garbage can,

y los americanos sólo pararían de mirar lo que hubiera a su frente el día en que el mismo invento se volviera contra ellos y entonces sería el golpe mortal y final para toda la civilización que ellos quieren dirigir (y están dirigiendo) a hierro y fuego, y todo porque los hombres de los países fríos se niegan a mirar hacia lo alto cuando salen a la noche.

Estamos llegando a la esquina de ese día que ciertamente vendrá, pues por primera vez el hombre construye armas que no pueden ser utilizadas en la guerra porque si lo fueran el mundo volaría por los aires

y bye-bye, se acabó lo que se daba, that's all folks, como al final de los dibujitos animados de la Fox. Se acabó el momento pretencioso —Nietzsche dixit— en que el animal hombre creyó ser el único dueño del planeta y de la inteligencia.

Las armas nucleares son pensadas, inventadas, construidas, para que queden apiladas inútilmente en algún depósito subterráneo, a la espera de que haya una verdadera amenaza de guerra nuclear del otro lado y, mientras esa amenaza no llega,

levanto los brazos (y los ojos) hacia el cielo y suelto un suspiro porque más que nunca el sentido de la supervivencia a toda costa golpea en mí como un orixá africano y me siento poseído por una fuerza de vida que normalmente no es mi fuerte,

y, mientras esa amenaza no llega, los hombres pueden continuar respirando, aunque sea este aire contaminado de Nueva York o de São Paulo o de Cubatão.

Pienso en el desperdicio sobre el que se construye todo el aparato bélico después de la Segunda Guerra Mundial, gastaron sólo una minucia del entonces incipiente stock soltando dos bombitas atómicas sobre Japón. Pienso en el desperdicio de hoy y concluyo que el desperdicio había sido conocido en Brasil —el de los restos de comida después del almuerzo y de la cena, el de las ropas no del todo usadas que eran tiradas a la basura—, el desperdicio brasileño no es nada

en comparación con el desperdicio militar

y no militar de los americanos, me acuerdo de cuando llegaba un brasileño amigo a Nueva York —en esa época venían a trabajar, ganar unos dólares, muchos, y volver a Brasil a construir la casita soñada a orillas del mar— y alquilaban departamento sin muebles, y salíamos a la noche a buscar lo que se necesitaba para amueblar un depto y encontrábamos todo en la basura de las calles, con un poco de paciencia y mucha fuerza para ir cargando todo en las espaldas.

Era la basura más rica del mundo, la basura más rica en el país que tiene la basura atómica más rica del mundo.

Más que nunca tengo miedo de una guerra atómica entre las dos grandes potencias y, mientras escribo estos flashes que me vienen de Nueva York, pienso que la decadencia del mundo por increíble que parezca no es causa de los pueblos perezosos y tropicales, sino de la carrera hacia adelante de los pueblos de los países fríos y pienso en toda

la ironía que existe en esa táctica de disuasión de la guerra nuclear por el stock, cuando las dos potencias quieren hacernos creer que todo el material bélico fue y sigue siendo fabricado just for nothing, sólo para amedrentar al vecino, ¡alto ahí!, y entonces se me ocurre que siempre debe haber un general escondido en los pliegues de una institución medio perdido detrás de un escritorio y de la propia locura, o incluso vistiendo —¿por qué no?— el uniforme de ministro de defensa, un general que, un día, no contento con el desperdicio económico del enorme stock de armas nucleares, tome la decisión de usar las bombas y cohetes y misiles como si fueran fuegos artificiales en noche de São João.

El general quiere ver estrellas en el cielo, las estrellas que no había visto cuando era niño y que ahora inventa tirando armas nucleares al cielo.

TERCERO

I

"Cuando estabas en la calle te llamó un muchacho."

"¿Dejó algún mensaje?" pregunta Eduardo, cerrando la puerta detrás de sí.

"Dijo que era Carlinhos, que vos no lo conocés. Marcelo le dio tu número. Dijo que te volvía a llamar más tarde", Vianna transmite el mensaje mientras recibe de manos de Eduardo la bolsa de plástico con las ropas que había comprado en la calle 14.

"Ready to wear es ready to wear", avisa Eduardo, agregando "no te quejes, porque si te quejás me voy a enojar."

"¿Qué te pasa, Eduardo?"

"¿Cómo dijiste que era el nombre del muchacho que llamó?"

"Carlinhos."

"Carlinhos, Carlinhos... ¿estás seguro?"

"¡Eduardo!"

"No sé quién puede ser."

"Dijo que no lo conocías."

"¿Y él me conoce?"

"No me dijo y no le pregunté."

"¿Amigo de Marcelo?"

"Es lo que dijo", contestó Vianna, avergonzado por haber atendido el teléfono. "No debería haber atendido, pero pensé que podías ser vos llamando desde la tienda."

"No estoy enojado."

En eso la Viuda se acerca a Eduardo y le confía al oído, en voz baja:

Tuve la impresión de que había una persona detrás de la puerta. ¿Estabas esperando a alguien?"

Rickie, Rickie, my boy piensa Eduardo por un segundo, pero enseguida se da cuenta:

"Sólo puede haber sido Lacucaracha. Sabía que no iba a aguantar. Chismosa como ella sola."

"¿Quién?"

"Lacucaracha, Paco, el cubano vecino."

Vianna pone cara de espanto, Eduardo se da cuenta.

"Gente fina, anticomunista, buena gente." Pausa. "Se volvió loca cuando te vio. Está rondando ahí afuera como una cucaracha atontada."

"¿Cómo sabés?"

"Vio cuando entraste en el departamento y se quedó vigilando para saber quién eras."

"Es un loco."

"Una loca, querrás decir. Te vio, la conquistaste y le picó el culo."

La Viuda sonríe.

"Si querés, toco el timbre al lado. Viene corriendo. Rapidísimo."

Se queda pensativo.

"El problema es que no es de tu tipo. Una almita buena. Lo que no quiere decir que no tenga lomo. De metro ochenta para arriba, noventa quilos."

La Viuda camina hacia el cuarto. Dice que se va a cambiar de ropa. Se está haciendo tarde.

"Vianna, ¿vas a avisar a la policía?" grita Eduardo desde el living.

Éste aparece en el marco de la puerta visiblemente enojado y tieso.

"Creo que no. Es mejor", dice y se queda parado con la bolsa de plástico en la mano. Después sigue: "Cómo voy a describir las circunstancias del robo, dar el lugar, justificar el robo de todo, hasta del traje."

"Tenés que inventar una buena mentira."

"Ni siquiera estoy golpeado."

Se queda pensativo.

"Empiezan a investigar y descubren a los hijos de puta de los terroristas. Te imaginás el escándalo. Avenida Amsterdam, cuadra...", no termina la frase. Entra de vuelta en el cuarto para cambiarse de ropa.

"¿Y las tarjetas de crédito?" Eduardo insiste.

"Mientras estabas afuera, llamé a American Express y después a Diner's", contesta en voz alta con el habla entrecortada por los movimientos que lo libran de las botas y de los pantalones.

"¿Y los documentos de identidad?"

"No hace falta."

"Aparece en el living de calzoncillo negro."

"Estoy muy sucio y sudado. ¿Te molesta si me pego un baño?"

"Voy a buscar una toalla limpia."

"No hace falta. Dejá."

Eduardo va hasta el cuarto, saca una toalla del ropero y la entrega a Vianna, que lo espera en la puerta del baño.

Eduardo se acerca a la puerta del baño y le dice a Vianna, que está en la ducha:

"Voy a juntar tus cosas y guardarlas en el ropero. ¿Está bien?"

Vianna dice que sí y le agradece.

Toma la campera y el gorro del sofá, los pantalones del cuarto. Vacía la bolsa de plástico dejando los pantalones, la camisa y la campera encima de la cama. Dobla la campera, los pantalones, los pone dentro de la bolsa. Enseguida coloca el gorro encima. Ve que la remera quedó medio afuera.

"Voy a poner la remera en una bolsa. Te la llevás a casa. Está demasiado sudada para guardarla."

"Tírala a la basura", grita Vianna enjabonándose.

Con todo en la bolsa, Eduardo busca un estante alto del ropero. Busca una silla en la cocina para llegar al estante.

En el living, se acerca de nuevo a la puerta del baño:

"¿Carlínhos se llama, no?"

"Dijo que te llamaba más tarde."

Entra de nuevo en el cuarto y disca el número de Marcelo. No atienden.

Vianna entra en el cuarto.

Eduardo sale. Está inquieto. Comienza a poner orden en las cosas. Lleva los vasos sucios depositando cada uno en el secador. Tira el resto de hielo en la pileta. Vuelve al living y guarda el balde en el barcito junto con la botella de White Horse. Pone un disco. Jim Morrison canta "I'm the back door man".

"¿Qué vas a hacer con el departamento?" Eduardo aparece en la puerta del cuarto.

"¡Uf! Me había olvidado."

"El contrato está a mi nombre."

"Claro."

Silencio. Vianna se pone las botas.

"¿La puerta quedó abierta?"

"Sí."

"¿Por qué no la cerraste?"

"¿Cómo iba a cerrarla?"

"¿No es peligroso?"

"No quedó nada que pudieran robar."

Eduardo resuelve.

"Pueden avisar a la policía. Un vecino ve la puerta rota y avisa."

"No estoy jugando."

"Lo sé."

Eduardo vuelve al living.

Vianna aparece todo arreglado, aunque sin afeitarse.

Eduardo le pregunta por qué no se afeita.

"Lo hago en casa" y continúa diciendo que encontró la solución.

"¿De qué?"

Vianna no responde enseguida. Después dice que la mejor manera de resolver el problema es rescindir el contrato el lunes y pagar la multa. Inventás una disculpa para la joven judía, que el estudiante se enfermó y tuvo que volver a Brasil. El resto, Vianna también lo deja en manos de Eduardo. Buscar un cerrajero, por ejemplo. Hay muchos en el barrio. Eso no falta. Contratás un hispano para la pintura. El dueño del bar de la esquina debe conocer alguno. También está el dueño de la bodega de la cuadra siguiente, un dominicano que se hizo muy amigo de nuestra gente cuando fue para allá en el 65.

"Con todo arreglado, entregás el departamento."

Eduardo escucha conteniendo la furia.

"Podés hacer todo eso el lunes. Lo llamo al embajador para decir que necesito tu ayuda. Él te libera fácilmente."

Eduardo no abre la boca. Si la abriera, las palabras serían tiros que matarían al coronel. Este había dicho todo sin mirar a Eduardo, como si se estuviera despachando con el ordenanza de pie a su lado.

"Me voy a casa", concluye. "Y pico cerrado. Cuento con vos. Contá conmigo."

Eduardo camina hacia el cuarto. Disca el número de Marcelo. Nadie atiende.

Se saca los zapatos y se acuesta en la cama con ropa y todo. Apenas se acuesta, Stella grita:

"¡Mierrrrda! Mierrrrda!" un grito lancinante de quien se corta el dedo en un cuchillo afilado, o rompe sin querer alguna vajilla querida (eso es lo que siente).

Se queda mirando fijo frente a lo irremediable.

Tiene ganas de buscar merthiolate o pegatodo, pero no hay antiséptico ni pegamento que resuelva el dolor que siente. Se queda inerte, sin cerrar los ojos, sin abrir la

boca, sólo la respiración acompasada pero jadeante porque sale artificialmente de las fosas nasales llegando sonora a los oídos. Escucha el ruido de su propia respiración como otros se quedan contando ovejas. El sueño no llega, ni la intensidad del sonido se va amorteciendo. Permanece la claridad como la única alternativa para dejar que el día continúe.

2

Eduardo y Marcelo habían sido compañeros de Letras en la Nacional. Después de que se recibieron en el 63 dejaron de verse.

Eduardo supo que Marcelo había resuelto quedarse en la Nacional para hacer carrera universitaria.

Supo que había querido ir a Francia a continuar sus estudios, pero que prefirió casarse. No supo con quién, ni cuándo. Cuando lo supo, ya estaba casado.

Supo también después que se había separado de su mujer.

Supo también que... —eso ya era invento de las malas lenguas, que en Río malas lenguas no faltan. Eduardo no pudo creer lo que, sin embargo, había sabido cuando tuvo que saber.

Marcelo supo que, en conversaciones, Eduardo insultaba estudios, profesores y compañeros de la Nacional. Una bosta todo. Pérdida de tiempo.

Supo que sólo lo recordaba a él como amigo. Y aun así, había dicho. "Ahora ya no sé. Va a perderse por ósmosis."

Se enteró también de que decía que no necesitaba desaprender francés porque nunca había aprendido.

Y que aprendía inglés en el Brasil-Estados Unidos de Copacabana y que ya se vestía como gringo.

Después se enteró de que tenía pelo y pulseras de hippie.

Supo que estaba trabajando en una agencia de turismo en el Copacabana Palace. A esa agencia Marcelo lo fue a buscar para ver si le encontraba algún pasaje con un precio mejor, y fue allí que supo que Eduardo se había ido para los States.

Se reencontraron los dos en Nueva York después de más de cinco años sin verse.

Marcelo le dijo a Eduardo, por arriba del mostrador de la sección de pasaportes, que había llamado a su casa en Río antes de venir. La mucama atendió y, tartamudeando un poco, le pasó el teléfono a su padre que, parco, me dijo que trabajabas en el consultado de Nueva York, lo que ya sabía, pero no me dio tu dirección.

"Por eso tardé en encontrarte, pensé que ya estabas harto de brasileños."

Eduardo se volvió hacia Maria da Graça y le preguntó si no le importaba que saliera veinte minutos antes para almorzar con el compañero que había llegado de Río. Marcelo daba buena impresión sonriendo, eso ayudó a que Maria da Graça dijera que por su parte no tenía inconveniente, que preguntara a Terezinha, que era ella quien iba a reemplazarlo en el mostrador. Marcelo le sonrió a Terezinha, ayudando al amigo. Terezinha concordó levantándose del escritorio y clavó los ojos en Marcelo como si su sonrisa fuera un anuncio de que había pez en el agua y más que rápidamente tiraba la red para ver si pescaba algo.

Maria da Glória no estaba, era la tercera, se había ido de vacaciones a Maceió, informó Eduardo a Marcelo, la pobre, no te imaginás, no aguanta el calor de Nueva York en verano.

Eduardo les guiñó el ojo a las dos en complicidad, y agregó:

"Vas a querer conocerla, Marcelo, Maria da Graça me decía antes de que llegaras que a Maria da Glória la nombraron agregada cultural en Nueva York." Tomó aliento y siguió con una exclamación de Stella: "¡Va a ser la gloria!"

Las otras dos se rieron: "Este Eduardo tiene cada una..."

"Andá, Eduardo", dijo Maria da Graça, "antes de que nos echen a todos. Uno después del otro."

"Vamos a almorzar, pero yo invito", dijo Eduardo cuando se reencontró con Marcelo en la puerta del consulado.

"Dividimos", propuso Marcelo, "yo también gano en dólares. ¿Te creés que vos solo ganás en dólares?"

Marcelo dijo que había venido como lecturer en literatura brasileña a la New York University, en el Village. La cosa se estaba poniendo oscura en la Nacional desde la transferencia de la Antônio Carlos. Supo de la vacante en NYU por un colega de Nueva Jersey. Se presentó y recibió una invitación por dos años, hasta que encontraran reemplazante para un tal Fernández, un profesor que se había ido a una universidad del Middle West. "Con el doble de salario", comentó Marcelo, "así es como la gente se transfiere de una universidad a otra en este país."

Llegaron a la calle sin sentir ese aire caliente de horno que habitualmente en verano quema la piel de la cara al atravesar la puerta giratoria del edificio. La brisa que soplaba del Atlántico por la Quinta Avenida tornaba suave el ambiente soleado de fin de agosto como si Buckminster Fuller ya hubiera construido la cúpula geodésica sobre la isla de Manhattan y todos vivieran en constante, continuo, perfecto y estable aire acondicionado, dentro y fuera de la casa.

El cuerpo de Eduardo caminaba por la Quinta avenida de saco y corbata sin la incomodidad del sudor. Marcelo,

con jeans y camisa hindú estampada de verano carioca, usaba todavía sandalias, mostrando su fácil adaptación a las nuevas costumbres, al Village, donde vivía.

"¿Y esa barba, para qué?", preguntó Eduardo.

"No tiene ni para qué ni por qué."

"Mirá que a las gringas no le gustan los barbudos. Piensan enseguida que sos un dirty communist, queriendo saber si sos o no espía de Fidel."

"Falta el cigarro en la boca, y me quedo con él", bromeó Marcelo.

Eduardo entendió.

"Me enteré de que rompiste el casamiento. Contame."

"Sólo si me decís que tenés oído de cura."

"Por supuesto que tengo."

"No lo tenías."

"Me vino con la edad."

"¿Con la edad o con la vida?"

"Con la vida, me parece."

"¿Cambió la especialidad de la casa?", ironiza Marcelo.

"No cambió, la cambiaron."

"Ahora sólo te gusta el género joven, desprotegido, en busca de padre..."

"¿Es que hay otras cosas en estas tierras?"

"No sé. Vos sos el dueño de la ciudad."

"Quien te escucha hablar."

"No ves el corazón despedazado y extranjero que zozobra solo en las aguas del Hudson..."

"Clase de retórica no te faltó en la Nacional."

"... y pide socorro al amigo. ¡Socorro!"

"¿Vas a contarme o no?" retoma Eduardo.

"Sólo después de que me des todos los secretos de Nueva York. Detalles, quiero detalles."

"Mi especialidad es otra. Diferente a la tuya."

"Quién sabe..." insinúa Marcelo.

Eduardo fingió que se sorprendía.

"¿Vos también? ¿Otra más para el equipo?"

"¿Acaso no somos campeones del mundo?"

"De fútbol, espero. Sólo de fútbol."

"O de libertinaje. A falta de libertad..."

"Mirá que soy funcionario pago y al servicio de la represión", bromeó Eduardo.

"Y amiguito del agregado militar, carne y uña", continuó Marcelo en el mismo tono, señalándolo con el índice.

Eduardo se asustó, se puso pálido, dejó de caminar, se volvió hacia Marcelo:

"¿Cómo sabés?"

"¿Qué te pasa, Edu? ¡Qué neura!" Marcelo se intranquilizó con la violenta reacción de Eduardo. "Me lo contó un primo de él, en Brasil. Eso de conocés a fulano, no lo conozco, tenés que conocerlo, es amigo de sultano que es amigo tuyo, buscalo, buscá a los dos, no dejés de buscarlos que son macanudos, te van a ayudar, etc."

Eduardo se calmó, pero la conversación se había marchitado. Caminaron en silencio por algunos metros y fue Eduardo quien dio señal de vida indicando el restaurante donde iban a almorzar, en la calle 53 entre Madison y Park.

"Comida francesa", define Eduardo al restaurante, con la aprobación de Marcelo.

El maître del restaurante era brasileño y conocido de Eduardo, que iba ahí cuando tenía invitados. Consiguió enseguida una buena mesa para los dos.

"Si hubiéramos llegado unos diez minutos más tarde, íbamos a tener que quedarnos esperando media hora en el bar."

Cuando retomaron la conversación fue de manera alegre y amigable, juguetona como antes, sólo que ahora

frente al menú. La nube había desaparecido en el horizonte, nube de verano pasajera.

Marcelo pensaba que había hecho bien en disociar a Eduardo del agregado militar cuando conversó con la gente de la organización. "¿Eduardo, espía? Sólo puede ser un chiste, o se volvieron locos." *Por la reacción de él, pensaba entonces Marcelo, no va a aguantar la prensa que están preparando para el agregado. Y yo que vine pensando que era posible advertirlo del peligro que corre. Casi me quemó la mano, por idiota.*

Si alertaba a Eduardo, corría el riesgo de traicionarse, mostrando que estaba al tanto de todo. De las relaciones entre Eduardo y el agregado, dentro y fuera del consulado, relaciones que eran interpretadas como complicidad política e ideológica, los dos al servicio del Servicio de Inteligencia Nacional o de la represión. Y de la relación de él, Marcelo, con un grupo guerrillero que se organizaba en Nueva York. Entonces optó por otro plan para salvarse él y Eduardo, para salvar la amistad. En el momento oportuno, pediría ayuda a un compañero, tercero en la historia. Él alertaría a Eduardo.

Esa vez Marcelo no confesó a los oídos de Eduardo las razones de su separación. Eduardo insistió algunas veces durante el almuerzo, pero Marcelo se evadía con chistes, de modo que Eduardo podía volver a la carga y volvía sin que resultara inconveniente.

Algunos días después, cuando se encontraron por cuarta vez, Marcelo se abrió, y Eduardo ya se había olvidado de que alguna vez había mostrado interés por el final del casamiento.

Fue Marcelo quien le recordó el interés.

La compuerta se levantó con un estruendo y la masa de agua derramó toda la fuerza comprimida de un único, a pesar de todo, delicado y sinuoso torrente que fue llevando a Eduardo a una contenida reserva y silencio. Para

entonces ya habían retomado la buena amistad de los tiempos de la facultad. Habían salido dos sábados a la noche para hacer la peregrinación de los bares del Village, y en la tercera, habiendo ambos terminado la noche con las manos y los brazos vacíos, fueron al departamento de Eduardo para el night cup.

"Cris era de la zona Norte, te imaginás, Eduardo, mujer que cree que, si se casó, es para tener hijos. Tipo madre de total entrega... Ella no tenía la culpa. La abuela era así. La madre era así. La hija también tenía que ser así. Bastaba escuchar la conversación en familia, en su casa. Pero esa historia de la maternidad no iba conmigo. Si hay algo que me vuelve impotente es la maldita procreación. No quiero ponerme de nuevo en el mundo. Por nada en esta vida. Con mujer va todo bien mientras que sea sólo jugueteo. Soy al revés de los bisexuales que conocí; ellos prefieren el jugueteo con hombres y coger con mujer. En el momento de poner la pija en la concha voy perdiendo interés, la bandera queda a media asta, me vuelvo parco, y en poco tiempo la pija está blanda como manteca derretida. Si puedo, saco la pelota de la cancha. Sin complejo ni aflicción. El noviazgo fue hasta bueno, demasiado bueno. Los años más felices de mi vida. Ella, zona Norte, sólo te lo doy, amor, después del casamiento. No insistí. Conmigo todo bien, le decía, y eran unos atracos en el cine, unos chupones en el sofá, en la calle, en banco de plaza, debajo del poste, contra el muro de la casa vecina. Por todos los rincones de Tijuca. Chupón de aquí, chupón de allá. Y el dedito aquí, sí, también funcionaba. El dedo no me molesta. Vino el casamiento, y entonces."

Pausa.

"Iba todo bien en la luna de miel, hasta el momento en que ella me dijo, implorando, suplicando, exactamente en medio de una cogida homérica: "Haceme un hijo, amorcito, hacémelo". ¡El de-sas-tre!, no te imaginás. Quise

saber si estaba tomando bien las píldoras y las otras cosas. La mosca cayó en la sopa. Ya no quería tomarla más. Cuanto más ofrecida, más la rechazaba. Los dos años de casamiento fueron la misma mierda, un suplicio. Yo siempre queriendo saber si. Y desconfiado de que ella iba a dejar de evitar, sólo para tener el hijo, ella siempre queriendo coger, yo no queriendo, la desconfianza royéndonos —no la culpo, ¡pobre! Después del ritmo del noviazgo, era lo mínimo que podía pedir. Podés imaginarte el resto de la historia."

Pausa.

"Si no hubiera habido esa maldita frase entre nosotros, "Haceme un hijo, amor, hacémelo", creo que todavía estaba con ella. Estaba todo bien en casa, con nosotros. El problema fue la desconfianza en la que entré. Cris iba a hacer un hijo a mis espaldas, sin que yo me diera cuenta. Traicionándome. Me fue dando una manía extraña, no podía ver una botella vacía sin que me diera ganas de romperla. Cuando iba a comprar cerveza en el barcito de la esquina, siempre tenía que dejar el depósito por el envase. En casa no había envase vacío. Un día llegué a casa y el florero estaba sin flores. Seguramente, ella no había podido ir a la feria y había tirado las flores marchitas. No razoné así en aquel momento. Sólo sabía que el florero estaba vacío. Pidiendo, implorando flor. Sin agua. Miré y miré el florero en el rincón del living y me parecía que me miraba muriéndose de risa, soltando la mayor carcajada en mi cara. No hubo caso: ¡plaf!, al piso. Y no podía explicarlo, mueble en el rincón del living, imagínate la dificultad. La mentira corrió con piernas largas. Tenía una mucama que venía a hacer la limpieza una vez por semana, ya le había dicho que no entendía por qué había tantos vidrios de botella en la basura. Que era peligroso. El otro día casi se había cortado la mano cuando iba a hacer el paquete con el diario para tirar en el agujero del incine-

rador. Me quedaba mirando a Cris mirar la novela, y veía como algo hueco: quería que la llenara, me pedía que la llenara, no sé, de semen, de bebé, de leche, de pija, de todo lo que me podía imaginar entonces. Y como ella nunca se llenaba, fui teniendo la sensación de que iba perdiendo la vida, la luz, el brillo. Que le estaba haciendo mal. Llegué a decirle que estaba perdiendo la juventud conmigo. No me entendió, porque me respondió que no estaba perdiendo la juventud, la estaba ganando. Y entonces, después de asegurarme que no había riesgo, di la última. Gloriosa. Cogimos enloquecidamente toda la noche. A la mañana, la miré a la cara y parecía un anuncio luminoso, de esos que parpadean en la noche oscura. Había encendido el gas de neón en su cara. Brillaba."

Pausa.

"Para ella la felicidad era estar llena, de mi pija, de mi lengua, de mi saliva, de mi amor, de mi leche, de nuestro bebé. Hice entonces con nuestro casamiento lo que había hecho con el florero: ¡paf!, al piso."

3

Sonó el timbre.

Paco.

"¿Ya se fue?"

"Ya. Gracias a Dios."

La cara de Paco, parado en el umbral de la puerta, arde con los ojos brillando de curiosidad.

"¿No me hacés entrar?"

Eduardo se disculpa. Estaba en la luna.

"¿Cansado?"

"Un poco, pero no por lo que te imaginás."

Eduardo le dice a Paco que se siente y le pregunta si le sirve algo. Paco agradece pasando la mano por el estómago, dice que acaba de almorzar.

Eduardo no sabía que tenía hambre. Ahora sabe y le dice al amigo.

"Sobró comida en casa y todavía no la puse en la heladera. Vamos para allá", dice Paco.

Eduardo acepta la comida y le pide un favor, si no le importa traerle un plato de comida porque está esperando una llamada. Es importante.

Paco llega con el arroz moro, y muestra en el plato el arroz que cocinó en el caldo de porotos y los granos negros, en seguida le muestra los tostones, que son rodajas fritas de plátano, como le dicen los hispanos, y en el rincón inferior del plato, señala unos chicharrones de cerdo, que son pedacitos de carne de cerdo fritos.

"No voy a poder comer todo esto."

"Te lo vas a comer todo, y ya mismo, por la sencilla razón de que tú lo necesitas. Mira tu cara de hambre, chico."

Eduardo come bajo la mirada vigilante de Lacucaracha que siente la falta de la amiga Stella en la charla de los dos. *El hombre de negro es malo y mató a Stella* piensa Paco tratando de comprender la infelicidad del amigo que mastica arroz moro y los tostones y muerde los chicharrones como obligado, igual que un convaleciente que se alimenta por instinto después de la operación. Paco no sabe qué decir y acompaña la masticación en silencio.

Eduardo se atraganta, tose, y deja el plato por la mitad en la mesita ratona. Es señal de que no quiere comer más.

Paco va hasta la cocina y le trae un vaso de agua.

Eduardo le agradece con una sonrisa y lo rechaza negando con la cabeza.

"¿Qué es lo tuyo?" insiste Paco poniendo el vaso en las manos del otro.

Eduardo cede tomando el vaso y llevandoselo a la boca. Se moja la garganta.

Eduardo se levanta del sofá. Camina hacia el cuarto.

Paco va detrás.

Eduardo se acuesta en la cama de espaldas, mirando (observa Paco) hacia el infinito del techo pintado de blanco donde sobresale el aro metálico alrededor del globo también blanco.

Paco quiere que consiga ver lo que quiere ver. Los ojos fijos e infelices le hacen creer a Paco que la visión le está siendo negada. Paco se acerca a la cama y se sienta al lado del cuerpo estirado de Eduardo. Levanta el brazo derecho y deja que se extienda hasta la cabeza de Eduardo, y que los dedos se enlacen en los caracoles de los cabellos escribiendo la historia de la amistad de dos aventureros que, cuanto más se acercan al tesoro, más lo sienten huir hacia regiones inalcanzables, perdidos cuerpos caminantes y torpes que buscan entonces el descanso como única alternativa para continuar una caminata llena de trampas e inútil. Paco caracolea los cabellos.

Eduardo cierra los ojos, la respiración se calma y el cuerpo va perdiendo las vibraciones del descontrol emocional.

"Ay, chico, ¡qué lástima!" dice susurrando.

Eduardo abre los ojos y lo ve.

Paco sonríe de nuevo, satisfecho con la reacción del amigo que resolvió finalmente romper la distancia.

Eduardo suelta los brazos y extiende la mano izquierda hacia la boca de Paco exigiéndole silencio.

Cuando Paco comprende el pedido, el teléfono suena.

Eduardo se desprende de la mano de Paco y levanta el cuerpo para apoyar el tronco en el respaldo de la cama. Levanta el tubo.

"Habla Carlinhos. Vos no me conocés, Eduardo. Marcelo me pasó tu número. Quería conversar con vos un

minuto. Es rápido. ¿Puede ser ahora, o querés que te llame más tarde?"

"Ahora está bien."

"¿Conocés a un tal Valdevinos Vianna?"

Paco ve que Eduardo sonríe y se emociona. *Stella está de vuelta* piensa Paco.

Eduardo sonríe por el nombre. *Por eso* piensa como si hubiera encontrado un objeto que nunca había buscado porque no podía imaginar que existiera.

"¿Hola? Puta madre, ¿me estás escuchando?"

"Calma, amigo."

"¿Lo conocés o no lo conocés?"

"Conozco a un tal Vianna, no sé si es Valdevinos."

"Agregado militar en el consulado, colega tuyo."

Paco ve que el rostro de Eduardo gana una luminosidad de beato. *Está a salvo* piensa Paco.

"Valdevinos..." sonríe de nuevo Eduardo, haciendo que los ojos de Paco se humedezcan de emoción. "Valdevinos..., por eso nadie lo llama por el nombre. Coronel Valdevinos."

"Es en serio, la puta que te parió."

"Si conocieras a la persona, te estarías riendo también. Más que yo."

"Lo conozco, sólo que de lejos. Vos de más cerca."

Eduardo no quiere escuchar más. Quiere cortar. Corta. Después se queda aprensivo, esperando. *Oh God, please, don't let me be misunderstood.*

Paco ve que Eduardo espera y no entiende. El teléfono suena de nuevo. *Es ahora o nunca* piensa Paco viendo que Eduardo levanta el tubo ni bien comienza a sonar.

"Perdón. Fue sin querer."

"Escuchá lo que te voy a decir, porque después te voy a colgar yo."

"¿Qué te pasa? ¿Querés asustarme?"

El otro no da confianza y continúa.

"Valdevinos es una persona marcada."

"Ya sé."

"¿Cómo sabés?"

"Adiviné. Dejá. Desembuchá."

El otro cambia de tono y el habla sale pausada como para que no haya dudas de que se trata de una orden:

"No andés con él. Evitá salir con él."

Eduardo escucha el clic del teléfono.

"¿Hola? ¿Hola?", oye el zumbido en el teléfono. "Hijo de puta, cortó."

El cuerpo de Eduardo resbala por el respaldo de la cama volviendo a la antigua posición.

Eduardo le dice a Paco estoy viendo una navaja. Una navaja que se abre y se cierra contra la loza blanca de la pileta. Se abre y se cierra como por encanto, haciendo los movimientos de una tijera mágica que va cortando papel sin manos humanas. Súbitamente una mano fuerte agarra la navaja, viene de un largo brazo blanco peludo sin cuerpo. La navaja levanta vuelo, vuela como un pájaro de alas negras y brillantes que restalla bajo la luz del sol. La lámpara está encendida por detrás de la cabeza del hombre, por detrás del rostro enjabonado de blanco donde sobresalen dos ojos y un bigote negro. La navaja va pasando por la piel enjabonada del rostro y desciende como un tren, eso mismo, el ruido de un tren que oyó pitando a lo lejos cuando fue a pasar las vacaciones a Minas, el tren viene pitando para avisar su paso. El tren mata. El tren pasa. La navaja desapareció.

"¡Qué alivio!", le dice Eduardo a Paco. "Estoy viendo ahora agua corriendo, escurriendo, agua que sale de una canilla y veo también que la lámina de la navaja sale del agua brillando."

Eduardo dice que el cuello está en el espejo. Está en el espejo, y por lo tanto no puede ser un cuello de verdad, vivo. Puede ser hasta un cuello de fotografía. "No puede

ser de fotografía", dice, "porque la piel del cuello se mueve con el movimiento de quien traga algo." La navaja se acerca mucho a la piel como si quisiera hacer un surco.

Le dice a Paco es mi mano la que agarra la navaja y quiere hacer surcos en el cuello del espejo como los amazonenses hacen surcos en las seringueiras que veía en el Tesoro de la Juventud, surcos de donde escurre un hilo blanco de látex. Ve una palanganita de metal con algo blanco dentro que crece. Dice que es látex, después se corrige, se corrige, más bien parece espuma. La espuma se derrama por los bordes de la palanganita. Leche hirviendo en un jarro de aluminio.

"¡Ay!" grita de dolor, y dice me quemé la mano. "Alguien me pregunta", dice, "por qué había metido la mano en la leche caliente." Eduardo quiere ver un rostro llorando, pero no lo logra. Hace esfuerzo y hasta pide ayuda a Paco. El rostro no aparece. Aparecen las muecas que le hace a Paco, que se asusta. Le dice a Paco que si viera ahora las lágrimas corriendo por el rostro, la maldita visión llegaría al fin. Sólo consigue ver la navaja que se abre y se cierra contra el mármol rosa de un estante. Se abre y se cierra sin orden humana, como las alas negras y brillantes de un pájaro volando. Eduardo estira el brazo como para agarrarla, estira el brazo y no consigue agarrarla.

Paco le dice que es una alucinación, que ya pasa. Que la navaja no existe.

Eduardo no le cree y se sienta en la cama con el brazo todavía extendido, se pone de pie intentando agarrar el globo blanco fijo en el techo del cuarto.

Paco se queda de pie en la cama y con cuidado guía el cuerpo de su amigo hacia una posición de descanso.

"Lo estoy consiguiendo", dice Eduardo, "estoy consiguiendo ver el rostro que quería ver."

Paco se alegra y pasa la mano por la cabeza de Eduardo que arde como si tuviera fiebre.

Está viendo el rostro que flota por el cuarto como un decapitado por los aires, está viendo el rostro pero no llega a ver los detalles de la fisonomía: es un rostro anónimo, hecho de los contornos exteriores; todos los rasgos de la cara fueron borrados para esconder la personalidad del rostro.

Eduardo le dice a Paco veo el rostro de un hombre que no es la cara de una persona.

La mano que salía del largo brazo blanco peludo reaparece con muchos lápices de colores que tira a un rincón y quedan volando a su disposición. La mano se aproxima al rostro para dibujarle la cara. El trabajo es rápido.

Aparecen las cejas. Los ojos. Los lápices son de color pero el rostro sigue blanco y negro, fijo como un dibujo o una escultura. La mano trabaja la nariz, las fosas nasales. Eduardo dice que no es el rostro que quería ver. "Es un rostro de adulto", dice, y le pide a Paco que se fije en las arrugas en la frente y en las sombras oscuras debajo de los ojos. De los ojos hinchados de borracho. La boca. Eduardo repite no es el rostro que quería ver. Cabellos. Orejas. La mano del largo brazo blanco peludo desaparece y los lápices de color continúan flotando. Eduardo ve una mano cubierta de espuma, no está cubierta de espuma —se corrige—, está envuelta en gasa. La mano toma un lápiz y colorea los ojos, toma otro y colorea la cara, otro más y así va haciendo un trabajo rápido y enloquecido. El rostro está vivo: pestañea y respira, mira y quiere balbucear una palabra. Eduardo hace esfuerzos para escucharla. Logra oír:

"... no hice... nada..."

Presta atención. La mano toma el lápiz rojo y le cierra la boca. El rostro se vuelve fijo como antes, aunque ahora está colorido.

"Pasáme la navaja", le dice Eduardo a Paco.

Paco no entiende.

"Te pedí que me pasaras la navaja", la orden llega enérgica esta vez.

"No puedo. Se la comió el gato", responde Paco.

"¿Y el gato que estaba aquí?"

"Se lo comió el perro"

"¿Y el perro?"

"Se lo comió el lobo."

Paco se acuesta al lado de Eduardo.

"¿Y el lobo?"

"Se lo comió el ratón."

"¿Y el ratón?"

"Se lo comió el gato."

La cabeza de Paco se inclina hacia el rostro de Eduardo, recitando mentalmente *Caperucita, la más pequeña de mis amigas, al viejo bosque fue por leña. Mira el rostro del amigo, cercano, que se tranquiliza. Por leña seca para guardar. Le pasa la mano por los cabellos. Levanta la voz: "Decidme, niños, ¿qué es lo que pasa? ¿Qué mala nueva llegó a la casa?" Le seca el sudor frío que brota en gotas pequeñas de la frente de Eduardo. "Tras ella todos al bosque han ido pero ninguno la encontró." Los ojos de Paco se fijan en los de Eduardo. "Dicen que un lobo malo se la comió." Paco le da un beso en la boca. Suelta un grito de horror. No está besando a Eduardo. Está besando su propia imagen reflejada en un espejo. Asustado, cierra los ojos y balancea la cabeza como para librarse de la imagen. Pierde el aliento. Vuelve a abrir los ojos y ya no sabe cuándo y cómo desapareció el cuerpo de Eduardo, cuándo se evaporó de la cama frente a sus ojos. Mira hacia todos los rincones del cuarto. Hacia arriba, hacia abajo. Debajo de la cama. No lo ve. Tiene miedo. Piensa que lo raptaron.*

"Los comunistas hijos de la chingada, fueron ellos. Those fucking communists. Fueron ellos. They did it. Damn it."

Si lo hubieran raptado, habría visto entrar a alguien. Habrían hecho ruido. Nadie entró. Nadie hizo ruido. Eduardo no fue raptado. Desapareció. Voló. Más seguro de sí, se va levantando para abandonar la cama. Abandonar el cuarto. Abandonar el departamento. Cerrando la puerta tras de sí.

Desde la puerta del baño, después de haber vomitado en el inodoro el almuerzo cubano, Eduardo ve que Paco sale del departamento, cerrando la puerta tras de sí. Eduardo no tiene fuerzas para ir y averiguar por qué se fue. *Más tarde voy allá* piensa. La cabeza le zumba, mientras el sabor ácido y amargo de la boca hace que el estómago sublevado reaccione con una nueva arcada de vómito. Se controla, respirando ruidosamente mientras da vueltas en torno de la mesita ratona. Camina hasta la cocina. Disuelve un alka seltzer en un vaso de agua. Lo toma. El agua efervescente aquieta su estómago. Vuelve al cuarto. Se acuesta en la cama.

Se duerme.

4

Cuando se despierta, Stella está inquieta.

"Move, man, move", se dice a sí antes de dar un salto felino de la cama.

Quiere salir, dar una vuelta, despejarse, tomar el aire fresco de la noche que baja, que nadie es de hierro. *¡Qué día!* piensa constatando, *un paseito* para calmarme, que si no esta cabecita linda de mamá ex-plo-ta. Va a ir en busca de Rickie, va a reencontrar a Rickie y darse una buena encamada con él para aliviar el alma.

"Rickie for Richard, that's for sure. Richard debe ser su nombre. Richard, dear Richard, since you have not called, I'm obliged to look you up. I hope you don't mind, do you?" dice sonriendo mientras se cepilla los dientes y mira su cara devastada en el espejo del baño.

No llamó. Al final, no llamó. Todavía no llamó. ¿Llamará? Si no llama hoy, llama mañana. "A la lucha, Stella, el que puede coge, y el que no se sacude." Hace muecas en el espejo abandonando el aire asustado y moviéndose: "El futuro pertenece al hombre."

"No voy a quedarme calentando la cama, al que madruga Dios lo ayuda." No es difícil adivinar dónde puede estar Rickie, a no ser que. "No seas cínica, Stella. ¿A no ser qué? Que encontró uno más rico, más generoso y más bonito. Un puto es un puto. Una loca es una loca. Da una mejor puntada. Hagan su juego, señores. Con la hecatombe que tengo enfrente, no es el momento de quedarme contando pennies", dice mientras vuelve al living y se queda sentado en el sofá como si fuera un jugador de fútbol en concentración, así por lo menos se convence de que tiene que quedarse quieto y en silencio por lo menos unos diez minutos, equilibrar su mente, si no estalla. Al cabo de pocos minutos da un salto:

"Mierda, todavía no hablé con Marcelo" y camina hacia el cuarto.

Disca el número de Marcelo.

Atiende Marcelo.

Eduardo. enojado:

"Marcelo: ¿quién es Carlinhos?"

"¿Ya te llamó?"

"Sí, y me asustó. (Imposta la voz, imitando al otro:) Por tu bien, Eduardo, no andés con el coronel Valdevinos. Evitá salir con él. El coronel es una persona mar-ca-da."

"Es así, el mensaje fue dado."

"¿Cómo que el mensaje fue dado? La puta que te parió, esto no va a quedar así."

"Sí va a quedar así, Eduardo. No te calentés. Cabeza fría."

"El otro me derrite los sesos y vos me decís que no es para calentarse, ¿quién te entiende, Marcelo?"

"Es que no es para entender."

"O.K., Marcelo. Sólo esto: estoy caminando con la cabeza fría en la calle y ¡pum!, ¡pum! dos tiros en el corazón. (Cambia de tono imitando a Lacucaracha:) '¿Te gustan las flores?' 'Sí, me gustan'. ¡Pum! ¡Pum! Mañana las tendrás."

"Si querés te cuento otra: '¿Cómo te llamás?' 'Eduardo.' Pues ¡pum! ¡pum! 'Te llamabas'."

"No jugués con fuego, Marcelo. Vamos, desembuchá los nombres de los implicados en nombre de nuestra amistad. ¿Quién es ese Carlinhos? ¿Por qué me llamó? ¿Cómo conoce mi relación con el agregado militar? ¿Por qué lo molesta?"

"Olvidate, Edu. Son cosas muy complicadas y, además, peligrosas. Quizás estoy hablando de más. No sé, Valdevinos puede estar ahí escuchando, puede haber pinchado el teléfono, con esa gente nunca se sabe, vos..."

Eduardo corta.

Marcelo llama de nuevo.

"¿Stella está histérica hoy?"

"Como para no." (Pausa) "Perdonáme, Marcelo, no fue a propósito, pero tu amiga Stella está con los nervios de punta. Perdonala, dale, perdonala."

"Está histérica porque quiere, porque es boba, porque es neurótica, porque nadie quiere hacerle mal. Más bien todo lo contrario."

"Entonces contame. ¿Qué pasa?"

"No volvamos a lo mismo."

Los dos se quedan callados.

"Olvidate", insiste Marcelo.

"No puedo."

"Podés, Edu, sólo tenés que intentarlo."

"¡Sádico! Stella amaneció hoy con el pie izquierdo. Sádico por la mañana, sádico por la noche."

"Muy bien: para mostrarte que no soy sádico, vamos a dar una vuelta. También estoy harto, pasé toda la tarde conversando con el profesor Aníbal. ¡Insoportable! No te imaginás."

"¿Quién es ese profesor?"

"¿No te acordás? El del manual de historia. Me parece que vos no abriste más un libro desde que saliste de la Nacional."

"Acertaste. Lo que quiero es divertirme. Esa historia de quedarme sentado todo el día leyendo no va conmigo. Ya fue."

"Ya fue para vos, no mezclés las cosas."

"No seas tan antiguo, Marcelo."

Marcelo se burla:

"Mucha múusica, ligar mucho, mucho seeexo, pasarla bien, superbien, es eso lo que es ser gente, gen-te, ¿entendés?"

"Mierda, querés destruirme. Primero, mandás al puto de Carlinhos a llamarme, no sé ni quién es, y ahora te burlás. Pará, Marcelo, pará, no conocés a Stella. Ponés la boca en el mundo y mañana hasta el rector de la NYU sabe quién es la señora Marcela Carneiro da Rocha, más conocida como la Marquesa de Santos, destructora de corazonas imperiales, ¿o no sabés que supe de tu historia con aquel noble alemán que llegó a Río para el carnaval?"

"Estás con toda la cuerda."

SEGUNDA PARTE

CUARTO

"La puerta está abierta. Entrá."

En el pasillo del octavo piso, Marcelo oye con nitidez la voz impostada de barítono que viene de adentro del departamento, detrás de la puerta cerrada. La presencia de Marcelo en el edificio esa tarde de sábado le había sido comunicada al profesor Aníbal por el portero eléctrico. Por la manera en la que el encargado lo acogió, se dio cuenta de que la aparición del joven en la portería alrededor de las dos de la tarde le había sido comunicada con anticipación.

Marcelo abre con cuidado la puerta del departamento, obediendo la orden.

El profesor Aníbal recibe a Marcelo sentado en una silla de ruedas, con la cara risueña y astuta de un diabólico Jerry, precaviéndose de las avanzadas del atrevido Tom.

(No sabía que el profesor Aníbal era... piensa Marcelo al ver al hombre sentado frente a él.)

Antes de extenderle la mano para el saludo formal, el profesor hace rodar rápidamente la silla de ruedas hasta la puerta y cierra con todas las llaves que tiene en las sucesivas cerraduras alineadas en vertical.

"Perdóneme el exceso de celo; estamos en Nueva York, con el fuego y asalto no se juega en esta ciudad. Por suerte en Brasil optamos por el camino del orden y de la seguridad."

(No es tan viejo como me imaginaba. Por las cosas que escribe da impresión de ser un viejo decrepito. De espaldas parece

"Estoy solo en casa. Mi mujer salió a hacer las compras de la semana."
parece tan frágil. La voz bien colocada sirve para esconder las piernas inútiles y la silla de ruedas. ¿Me ofrezco o no a empujar la silla? Cuando golpeo, puerta abierta, ¡cuánta amabilidad! Aquí adentro, fuego, asalto, mil candados y mil cerraduras. El encargado le avisó de abajo por el portero eléctrico, abrió corriendo todas las cerraduras mientras subía por el ascensor: "La puerta está abierta, puede entrar." Lleno de trucos el malandra. Va a morir de viejo, se ve. ¿Me ofrezco o no a empujar la silla? Si se sabe cuidar tan bien, que se cuide solo.)

Todavía en la pequeña área de entrada, el profesor da una perfecta media vuelta con la silla de ruedas. Extiende finalmente la mano a Marcelo y le dice con voz menos impostada:

"Es un placer recibirlo en casa. Sabía ya de su presencia en Nueva York. Uno se entera de todo enseguida. Es como si estuviéramos en una hacienda del interior. Somos unos veinte, como mucho. Quien llega, ya es de la casa."

El profesor gana control de la situación y continúa dando órdenes.

"Puede colgar el sobretodo en el armario. La casa está cálida."

(¿Abro el juego? Le digo que esto no es un sobretodo. This is not a topcoat, sir. Es una campera japonesa y de las más rascas, comprada en una sale de Macy's, ahí en el subsuelo de la calle 34. Debería haberme puesto camisa y corbata, por lo menos. Con esta gente nunca se sabe. La situación lo exigía. Vamos, compensemos la corbata: sonrisa en los labios y vaselina en las palabras:)

"Muy gentil de su parte recibirme en su casa. Los profesores aquí sólo reciben compañeros y alumnos en la oficina de la universidad. Qué suerte que la tan conocida

cordialidad brasileña todavía exista en esta selva de asfalto."

(¡Plaft! Caí en su juego como un chorlito. Torpeza mía. Ahora es tarde. No puedo volver atrás.)

"Nada de agradecimientos. Como le decía, somos unos veinte en esta ciudad, y eso posibilita que las relaciones humanas sean más cordiales entre nosotros. Más afectuosas."

Aníbal mira a Marcelo profesoralmente y continúa.

"No critique tan apresuradamente a los americanos cayendo en el vicio infeliz de nuestros compatriotas de izquierda. Ven todo menos los propios defectos. Tenemos mucho que aprender de los americanos. Tienen hábitos de privacy y, si no tenemos condiciones culturales para imitarlos, por lo menos debemos admirarlos y respetarlos por eso."

(¿Doy o no doy vuelta el juego? No voy a conseguirlo. Voy a jugar su juego.)

"No era mi intención criticar a los americanos. Sólo estaba expresando mi alegría por reencontrar hábitos que son nuestros. Usted podría —"

"No soy tan viejo. Tratame de vos."

"— podría haberme recibido en Columbia. Pero no. Me recibe en su casa. Reconozco las cualidades de los brasileños, no critico las de los americanos."

"Muy bien, porque no me gustaría decepcionarme tan pronto. Ya es característico de los brasileños en el extranjero ver sólo los errores de los otros y ser ciegos ante lo que tienen de mejor."

"¿Sí?"

"La mayoría de los brasileños que llegan acá reconocen como bueno lo que los Estados Unidos tienen de peor y como malo lo que tienen de mejor. Ven las cosas al revés, e imitan —por eso, claro— lo peor. Sólo lo peor, la basura de la sociedad americana."

(¿Un rechazazo hacia mi pelo largo, hacia la camisa hindú y hacia mis zapatillas blancas?)

"Con esa vieja ceguera de nuestros compatriotas", continúa el profesor, "terminamos por importar sólo lo malo y no lo bueno. Nos falta educación, nos falta discernimiento. Sentimiento cívico. Vivimos todavía como los salvajes de Caminha deslumbrados frente a cualquier chuchería extranjera e insensibles a lo que importa de verdad en la historia de la humanidad."

(Cierran el país desde el aeropuerto y, ahora, desde el Village. Es el viejo espíritu aduanero que ni siquiera D. João VI logró romper transfiriendo la corte para Río.)

La charla tiene lugar en el vestíbulo. El profesor se da cuenta de la incomodidad con una expresión de sorpresa en el rostro:

"Estoy sentado, y usted de pie. Vamos a entrar. Pase, por favor."

Guía a Marcelo hasta el living, como por control remoto, siguiéndolo atrás y de cerca con la silla de ruedas.

El living del edificio moderno es amplio y lleno de ventanales, dividido en dos partes: el living propiamente dicho y el comedor. Cortinas de color ceniciento sustituyen o dejan ver el exterior ceniciento del otoño newyorquino. La llovizna helada, casi tan fría como la nieve derretida, deja gotitas que se extienden como telas de araña en los vidrios entibiados por el calor interno. Los ventanales parecen astillados. La disposición confusa de los muebles en el living incomoda y choca con el equilibrio que se encuentra en el comedor. En flagrante disimetría, los sillones están puestos alrededor de dos mesitas laterales y de una tercera, mayor, en el centro.

Marcelo se sienta en el sillón indicado por el profesor. Ya sentado, levanta los ojos y ve que la silla de ruedas es conducida hacia su lugar de estacionamiento. Estacionada

en su lugar, el arreglo de los muebles en el living gana sorprendente simetría.

"Cómodo su departamento. Muy cómodo. Cada cosa en su lugar."

El profesor Aníbal no escucha; continúa la conversación interrumpida.

"Como le decía, Brasil es un país que mira totalmente hacia fuera. Carecemos del sentimiento de autorreconocimiento de nuestros legítimos valores y por eso no tenemos identidad propia o madurez. Somos como el joven que todavía no sabe quién es y busca modelos de comportamiento fuera de su casa. Cuando bastaba mirar a la generación de sus padres."

(La bendición, papá. Dios te bendiga, hijo mío y... ¡juicio, hijo mío, mucho juicio! Cuidado con las malas compañías, principalmente las extranjeras. ¡Huye del mal amigo como el diablo de la cruz! Después no digas que tu papá no te previno, desagradecido.)

"De afuera", continúa el profesor, "el brasileño sólo trae actos de rebeldía y hasta de venganza para con los mayores. No hay respeto por la voz del pasado y de la experiencia. Los brasileños sólo importan lo que más desordena nuestra incipiente cultura que creamos a duras penas."

(Con alfombras persas en el piso, grabado de Albers en las paredes, porcelana y cristales expuestos en muebles de época, hasta yo mismo cerraría las puertas con mil cerraduras y combatiría la rebeldía de los jóvenes a cualquier precio. ¿Saco de nuevo el tema de la comodidad del departamento? ¿O elogio la rebeldía?)

"¿Son grabados de Albers, no?"

"Elección de mi mujer, o de su decorador amigo. Por mí, tendría las paredes blancas. Me acostumbré a las letras impresas, al contraste de las palabras negras en el papel blanco, y ver colores me molesta. Cuanto más vivo el

color, más distrae la atención, más induce al devaneo abstracto. (*Nada de abstracciones. El poder es concreto y vocinglero*). Como la música. También abstracción. Me gusta leer, paso todo el tiempo leyendo. La palabra induce a la acción. La pintura y la música son artes del ocio, para los perezosos. Los indolentes de espíritu: y son legión. Siento que estoy perdiendo el tiempo cuando voy a un museo, o cuando me hacen escuchar un disco."

"Yo pienso que pierdo el tiempo leyendo. Encuentro a la palabra —sobre todo a eso que llamamos palabra literaria— tan desligada de mis preocupaciones cotidianas. Con las palabras no vivo, trasciendo..."

"Sé que las nuevas generaciones, acostumbradas a la estridencia de la música..."

(*No lo voy a dejar que me interrumpa así como así. Calma, you son-of-a-bitch. Now it's my turn.*)

"La música mueve el cuerpo, bulle por dentro de las personas como si le hiciera pequeños masajes en los músculos, por detrás de la piel. Nos da ritmo. El ritmo de un cuerpo en movimiento trae mayor placer y lucro a nuestro día a día que la paquidermia rinocerónica del lector sentado horas frente a un libro. El ritmo es esencial porque nos lleva a actuar según fuerzas no racionales, pero que son tan inmediatas y necesarias como las que nos llevan a alimentarnos o a tomar agua.

El profesor mira a Marcelo en silencio e impaciente en la silla de ruedas. El dedo índice golpea el apoyabrazos acolchonado de la silla, como un reloj que marca con el ruido el paso de los segundos. Se disculpa por la falta imperdonable que estaba cometiendo: se había olvidado de ofrecerle algo al joven colega. Hacía falta su mujer. Es tan atenta para esas cosas, esas pequeñas e importantes cosas. Sin ella aquí parezco un salvaje.

"No parezco el buen anfitrión de que hablabas antes. Apenas uno golpea a la puerta, el americano ya viene con su May I offer you something to drink."

El profesor imita la voz de barítono y repite la frase visiblemente satisfecho con el hallazgo:

"May I offer you something to drink?"

"Ahora no, gracias. Tal vez más tarde."

(*¿Qué pretende? ¿Quiere mostrar que tiene un inglés impecable? Y como para no tenerlo: está aquí desde que Jango subió al poder. Empiezo a sentirme preso en este sillón. ¿Me levanto?*)

"¿Puedo ver ese grabado?"

"Claro, por favor."

Aníbal no mueve la silla de ruedas.

Escucha de lejos los comentarios de Marcelo con aparente indolencia, como un marido que, de repente, está obligado a quedarse escuchando imperturbable la conversación entre su mujer y el invitado.

"Me gusta Albers. Me recuerda cosas de Lygia Clark. Sólo que, en su serie de los "Bichos", Lygia fue más lejos, mezcló la precisión geométrica de Albers con la sensualidad orgánica de las muñecas de Bellmer. Albers se quedó siempre en los juegos tridimensionales dentro de la superficie bidimensional. Lygia descubría el pliegue que deja que las superficies planas se muevan con la ayuda de las manos del espectador. Los ojos vienen después para apreciar la combinación que se consiguió. Que cada uno consiguió."

Estacionado en el mismo lugar, el profesor finge desinterés por la divagación de Marcelo. Fija los ojos en un punto misterioso del espacio como si allá estuviera ocurriendo lo que importaba. El resto era circunstancial y por lo tanto desprovisto de interés.

"Lygia requiere primero el tacto del espectador", continúa Marcelo, "sólo después la visión. La sensualidad

del contacto del cuerpo con la obra de arte, del deseo con el objeto para poder comprenderlo mejor. Lo ideal es que la obra de arte sea consumida por todos los cinco sentidos al mismo tiempo."

Volviéndose hacia el profesor agrega:

"Quiero hacer un poema, un libro, donde la aprehensión por el tacto sea lo que importa. Pedir al lector que tome las palabras con las manos para que las sienta como si fueran vísceras, cuerpo amado, músculo ajeno en tensión. Que las palabras sean flexibles, maleables al contacto con los dedos, así como antes, en la poesía clásica, eran flexibles y maleables al ser sorprendidas por la inteligencia. Quiero que la polisemia poética aparezca en forma de viscosidad. Que no haya diferencia entre tomar una palabra del papel y una bolita de mercurio de la mesa."

"¡Ay, m'hijito, todo eso que decís es de una inmensa futilidad! No perdás tiempo. Siglos y siglos de tradición nos legaron el libro tal como es, y la lectura así como ella es. Los actos aislados de rebeldía y de anarquía intelectual, o nacen muertos, o son el aborto de una inteligencia enferma o nociva. (*Se está enojando ahora. Easy, man. ¿Le pregunto por la cordialidad?*) El mejor artista es el que canaliza con mayor propiedad sus respuestas a la historia de la cultura. De lo contrario, hace algo que dura veinte minutos, y ¡listo!, desaparece en el aire como una burbuja de jabón. Dura veinte minutos porque nadie lo entiende, nadie incorpora esa, digamos, cosa a su vivencia como se incorpora un gran libro que fue apreciado a través de la lectura tradicional. Aquél que, como dijiste muy bien, fue leído con la inteligencia."

"La osadía del artista no tiene compromisos ni con la tradición, ni con la burguesía protectora eterna de su propia historia. La osadía no quiere que sus productos duren para otro."

"¿Si no es para que duren para otro, cuál es su utilidad social?"

"Decir que cualquier persona, cualquiera, puede ser osada, si quiere. Cualquiera. La poesía puede ser hecha por todos y por nadie. El mundo sería mejor. Cualquiera puede ser capaz de un acto osado, desde el momento que no corte por la raíz con el buen sentido. Si todos y cualquier hombre se manifestara acabaría la distinción entre creador y lector. Todos serían creadores, creadores trabajando los materiales de la vida y del arte en una fiesta de grandes afirmaciones. Ahí está nuestro futuro. O nuestra utopía."

"Eso es anarquismo."

"Aunque fuera, pero no es."

"Ya venís con paradojas."

"No es una paradoja", se exalta Marcelo. "Si usted cree que es anarquismo, ¿qué puedo hacer? Nada. Absolutamente nada; está en su derecho. La boca es suya y las palabras también, por no hablar de las ideas. Pero no es anarquismo. ¿Por qué las formas de encuentro social, del contrato social, tienen que pasar por los partidos políticos, por sus dirigentes, o por la república centralizadora? ¿Por qué los hombres, cuando se encuentran en comunidad, tienen que disimular sus diferencias personales? Los hombres pueden congregarse también a través de las acciones individuales."

"Sería el fin de la división del trabajo, de la profesionalización. El hombre se profesionaliza para servir al prójimo, para ser útil a la ciudad, al país, a la Humanidad."

"Por acción osada no excluyo el ejercicio de una profesión. Sólo que ese ejercicio no debe ser hecho de manera mecánica o arribista, con el hombre tirando hacia dentro del campo el dinero y sacando el cuerpo fuera de juego. Cualquier profesión exige todo del hombre, cerebro y cuerpo, adiestramiento y tacto, disciplina y placer, en una

integración que lo lleve al deseo de hacer lo que está haciendo. Hoy tenemos la impresión de que en las sociedades capitalistas alguien estudia para ser médico para enriquecerse. O decide estudiar aquello otro para trabajar poco."

"Estarías creando una sociedad de hombres tensos que se cansarían inmediatamente", advierte el profesor.

"Eso es lo que piensa usted."

"¿Y tengo derecho a pensar así?"

"Sí, tiene derecho."

"Por lo menos no te vestís con las ropas de pequeño dictador rojo."

"Mis ropas son anchas, multicoloridas y desteñidas. Los uniformes verdes a medida, y planchados, sólo sirven para los grandes..."

"¿Estás insinuando que...?"

"¿Yo? Nunca."

"Lo que me molesta del anarquismo, en los anarquistas, es que quieren imponer un comportamiento modelo e igual para todos los hombres. Es un autoritarismo disfrazado de boa constrictora en digestión. Una utopía de los que tienen el estómago lleno y piensan sin tener nada que hacer, de los que viven gozando de la sombra y del agua fresca."

"Todo lo contrario."

"¿Cómo? ¿Lo contrario? ¿No fuiste vos quien dijo que todos necesitan ser capaces del acto osado? ¿Y quien no lo es? ¿Qué hacés con él? ¿Lo mandás a la cámara crematoria? Querés destruir al hombre débil de una sola vez, y barrerlo de la superficie de la..."

"El hombre débil en sí no existe", interrumpe Marcelo, "puede existir el hombre enfermo, pero eso es otra cosa. El hombre débil es un producto. Un producto de nuestra..."

"Ustedes no quieren que el débil viva. Hitler se esconde por detrás de tu teoría, de tu utopía. Y después

dicen que somos nosotros los nazis. Nos compadecemos del hombre, lo cuidamos para que no muera desamparado. Esa es la función, la legítima función del Estado: proteger al ciudadano que no es capaz de mantenerse con dignidad, o que no es capaz por esta o aquella razón."

(Te conozco, viejo de mierda. Hacen trampas, prohíben, aprisionan, pegan, torturan y hasta matan, todo por el bien del ciudadano común. Los fuertes tienen que cuidar de los débiles, y por eso necesitan ser cada vez más fuertes.)

"¿Y qué vemos?" pregunta el profesor, "A Marighela incitando a los más débiles a que se rebelen contra el Estado, usando armas que no saben usar. Quieren hacer del país un inmenso matadero, una masacre en la plaza pública. La izquierda terrorista tiene que comprender que no es mandando al matadero al pobre como va a acabar con la miseria de Brasil. No necesitamos carnicerías; necesitamos programas de asistencia social que..."

"El pobre es un cordero que debe seguir siendo cordero en las manos de algunos pocos lobos que lo protegen, ¿no?"

"Distorsionás todo..."

"No, no distorsiono nada. Sólo quiero mostrar que el hombre débil sólo existe en la conciencia del dictador, así como el cordero sólo existe en la del lobo. El débil existe para ser cada vez más débil, más inútil a la sociedad, para que sea descalificado, declarado incapaz de ejercer su ciudadanía, de votar, de tomar decisiones, y entonces el fuerte es cada vez más fuerte, más poderoso. Y hasta más caritativo, ¿por qué no? Como sobra —y sobra mucho—, el poderoso puede distribuir lo superfluo para los necesitados."

"Hablás de la caridad cristiana como si fuera un ejercicio de hipocresía."

"¿Y ese tipo de caridad no lo es?"

"Ustedes son unos tartufos. Tartufos que se esconden por detrás de la miseria para poder llegar al poder haciendo de cuenta de que no lo quieren."

"¿Tartufos, nosotros?"

"¡Qué equivocado estás!" de repente el profesor muda de tono, adoptando una voz paterna. "Es el riesgo de ciudades como Nueva York o París. El joven llega aquí, y no sabe, ignora. Se expone. No analiza. No tiene sentido crítico. Se cree dueño de la verdad. De una verdad tramposa. Y por eso es necesario cerrar..."

"Abrir", grita Marcelo.

"Cerrar", lo imita el profesor.

"Abrir las puertas, los ojos, los oídos, la boca, todos los agujeros del cuerpo. Es necesario venir acá para poder ver lo que hicieron y hacen con el negro americano. Un estado rico de blancos que acepta en el programa de welfare tantos negros como los que aparezcan. ¡Que haya negros! ¡Que haya limosna! La independencia del negro es un juego político del blanco que no lo quiere trabajador, ciudadano de primera categoría. Porque, si el negro se hace fuerte, va a querer disputar el poder en Washington. Y eso nunca. Que el negro sea débil y que tengamos piedad de él, pobrecito."

"Sos vos el que llamás a los negros americanos indolentes, porque para mí son estafadores. Por lo menos, esos que se aprovechan del welfare para permanecer drogándose..."

"Pero eso..."

"... drogándose por las esquinas y teniendo hijos uno atrás del otro. Descubrieron una brecha en el sistema de seguridad generoso y comenzaron a sacar provecho personal del sentimiento de culpa del blanco."

(El que está hablando es un viejo white trash. ¿Es posible que nuestro erudito historiador no esté leyendo ni siquiera a los buenos autores liberales del momento?)

"Y lo peor", continúa el profesor, "es que el negro les está enseñando el truco a los nuevos grupos étnicos que llegan, como los hispanos. El sueño americano de la victoria por el propio esfuerzo se convirtió en una nube cenicienta en la aurora del país."

"Para usted, el hispano tenía que pasar primero por lo que pasó el negro, para sólo entonces poder beneficiarse del welfare. Sólo habiendo sido esclavo es que se puede valer de la generosidad del sentimiento de culpa del blanco..."

"No es exactamente así, pero casi. El negro por lo menos capitalizó algo del trabajo esclavo de sus antepasados. El error es querer lucrar de la noche a la mañana. En otras palabras: el cheque del negro tiene fondos. El problema es que ningún blanco, ninguna economía, occidental o no, aguanta una corrida de un vasto segmento social. El hispano quiere llegar, hacerse víctima del americano, sólo para aprovechar. Está mamando a costa del negro."

Marcelo se siente cansado. Quiere y no quiere hablar de la situación de América latina. Hay un silencio que oprime al profesor y deja a Marcelo como desprovisto de deseo.

Marcelo mira los ventanales astillados y ve entrar en el living el anochecer intempestivo.

El profesor percibe que el living se oscureció. Enciende una lámpara que está en la mesa lateral. Mira a Marcelo como si lo estuviera viendo por primera vez desde que llegó.

Marcelo no se perturba con la mirada. La imagen que viene a su cabeza es la de su cuerpo en una cama de hospital con una enfermera al lado que le saca cuidadosamente el saco del pijama para la curación diaria.

La mirada del profesor lo desnuda. Comienza a incomodarlo.

Lleva la mano hasta el botón superior de la bata como para asegurarse de que está dentro de la casa. Marcelo se siente perturbado por la mirada del profesor. Fija la vista en el gris allá afuera como para perder el sentido de la atmósfera que lo rodea. En eso escucha la pregunta.

"Sos hijo de padre rico, presumo."

"Se equivoca, no lo soy."

"Si no sos, te comportás como tal, y no hay diferencia."

(Es realmente un hijo de puta reaccionario y autoritario. Clasifica a la gente y listo. Estamos dentro de su razón por equívoco, tomamos el colectivo equivocado, no hay forma de bajarse de él a mitad de camino, y todo porque la verdad siempre está de su lado. No hay problema. I'll see you later, alligator. Podés seguir.)

"Todo hijo de padre rico", continúa el profesor, "no puede comprender el éxito económico como consecuencia de una vida —de toda una vida de trabajo. Como ya tiene dinero desde la cuna, también quiere que todos lo tengan al mismo tiempo. Aun sin trabajar, sin probar que merecen ser ricos."

"Con eso usted justifica todo, hasta una nueva forma más caritativa de esclavitud. Todo nuevo inmigrante en los States, para poder satisfacer la crueldad del sueño americano, tiene que probar primero que acepta, sin rebelarse, la condición del trabajo esclavo."

"No se trata de trabajo esclavo, estás distorsionando todo como siempre. Lo que quiero decir es que la condición de realización económica personal depende exclusivamente del trabajo. Sólo de él. Sin la ecuación tanto-trabajo/tal-salario, cualquier sociedad se va a la mierda — disculpame la expresión. Incluso la sociedad más rica. Como, por otra parte, es el caso de ésta."

"¿Y si las cuentas de la ecuación", pregunta Marcelo, "son injustas?"

"Para eso existen los sindicatos, la seguridad social, el welfare..."

"¿Está diciendo que los sindicatos sólo deben discutir la ecuación tanto trabajo/tanto salario?"

"Exactamente."

"Nada de política."

"Nada. ¿O no viste el caos de Brasil durante el gobierno de Jango?"

"La clase empresarial es la clase dirigente, y no hay nada más que hablar", concluye Marcelo con la voz del otro.

"El que tiene, gobierna."

"El que no tiene, obedece."

"El socialismo es un invento de niños ricos con remordimiento por la fortuna de los padres", dijo el profesor como si ya tuviera la fórmula lista en la punta de la lengua y desde el comienzo de la conversación.

Marcelo mira la hora en su muñeca, *qué temprano oscurece*, piensa, y cree que la conversación se puso demasiado densa y es mejor sacar la pelota antes de que se embarre la cancha. Eso nunca, piensa en las admonestaciones de Falcão.

El profesor lo observa con el rabillo del ojo, visiblemente preocupado por el silencio, porque le sonríe con una sonrisa de amigo, como diciéndole *todo bien conmigo*. ¿Y vos?

Marcelo intenta en vano adivinar la razón de la sonrisa. No la hay, pero debería haberla. ¿Por qué el otro lo provoca y después pone paños fríos? De algo está seguro: la provocación tiene un objetivo. El problema es saber cuál. Tal vez provoca porque cuanto más provoca, más se revela el provocador. *Más me revelo* concluye en silencio y con temor Marcelo. Se acuerda de que había llegado armado hasta los dientes, desconfiado con la invitación, pero que Falcão le dijo que la invitación venía muy bien,

que aceptara; llegó midiendo las palabras en el comienzo de la conversación y, de un momento a otro, comenzó a expresar con sinceridad y claridad su manera de pensar. *Me entregué.* Marcelo admite que está allí para llenar una laguna en el conocimiento del profesor. De allí la invitación. El profesor no sabe que él también está llenando una laguna en el conocimiento de nuestra organización. Intercambio de favores. Me das, te doy. Preso de la silla de ruedas y de los amigos conservadores en Brasil, con acceso sólo a los diarios censurados, el profesor Aníbal no sabe lo que el otro lado piensa acerca de lo que sucede. Marcelo sonríe con el hallazgo, y el profesor piensa que el joven finalmente le sonríe a su sonrisa y que se está estableciendo una tregua de paz.

El profesor le pregunta si está satisfecho con las clases y con la universidad.

Marcelo le responde que todavía no tiene opinión formada, que son tan diferentes los sistemas, y sólo hace un mes y medio que está dando clases. Poco tiempo para formarse una opinión.

Si trabaja mucho; lo normal, responde Marcelo. Tres cursos.

Si alguno de posgrado; no, un curso de lengua y otro de civilización, además de uno que es una especie de lectura de textos comentada. Vamos a leer cuatro obras de teatro, aprovechando una antología hecha por Wilson Martins y Oscar Fernández. Tres cursos en total.

Si los alumnos son buenos. Marcelo todavía no puede decir si son buenos o no, trabajadores sí son. Esforzados, de eso no hay dudas. Lamenta que la New York University no sea un campus. Le habían pintado la vida universitaria en un campus como algo idílico, y la NYU se asemeja bastante al modelo brasileño de universidad integrada a la geografía de la ciudad.

El profesor le dice que las autoridades de la universidad trabajan en dirección hacia un campus.

Suena el timbre.

"Debe ser mi mujer. No oí el sonido del portero. Permiso."

Viéndolo de espaldas, Marcelo piensa en los grandes centauros de la historia humana y se entristece con el espectáculo actual del defensor de la clase dominante brasileña. Sin piernas para andar, encerrado en un departamento como si fuera una trinchera, con miedo de enemigos probables pero impalpables, cercado por sus libros y alfombras persas y el sueño de grandeza de los otros, sólo le compete en aquel momento hacer indagaciones superfluas en la puerta, indagaciones de coronel y de centinela.

"¿Sos vos, Leila?"

Marcelo escucha la pregunta, dicha con el magnífico tono barítono. No escucha la voz femenina. Oye el sonido sucesivo de varias cerraduras que van siendo abiertas como el retumbar de pequeños cañones. Festiva salva de tiros para la personalidad que llega. Él no había tenido la misma ceremonia durante su recepción. Había encontrado la puerta cerrada pero sin llave. Finalmente oye el clic seco de la lengüeta moviéndose por el picaporte.

Oye suspiros de respiración jadeante. Interjecciones de frío y de cansancio, de alegría, también. También el ruido de un beso dado con alarde, como la explosión de un fuego artificial en el cielo.

Leila.

Nadie ha pasado en su negro bajel sin que oyera la suave voz que fluye de nuestra boca; sino que se van todos después de recrearse con ella, sabiendo más que antes.

Homero, *La Odisea*, Canto XII
(Traducción de Luis Segala y Estalella)

QUINTO

Todo es perversamente anacrónico piensa el profesor Aníbal la misma noche de sábado frente a Leila que como una mariposa se queda dando vueltas provocativamente alrededor de él sentado, alrededor de él sentado en el escritorio que está en el centro del escritorio con las paredes —las cuatro— recubiertas de bibliotecas de arriba abajo, llenas de libros, y Leila se queda rodeando al marido como un luchador de box en el ring buscando la brecha por donde atacar, dar un golpe seco y fulminante, Leila se mueve ágil, feroz y furiosa, gesticulando, hasta explotar en palabras, en gritos, y explota:

“¡Miserable! ¡Débil! ¡Estúpido!”, grita y levanta arrogante y desafiante la cabeza echando sus cabellos negros hacia atrás, “¡Miserable!”, repite con la respiración ya agitada, levantando ahora también el busto como un pájaro listo para levantar vuelo, y la voz comienza a embargarse de emoción:

“¿Vos querías una mujer para jugar al gato y al ratón, y lo conseguiste, no? Lo conseguiste, mirá la idiota que cayó en la trampa. Mirá, mirá; si por lo menos fueras un hombre. ¡Qué idiota que fui! ¡Qué idiota! ¡Tomá! ¡Te lo merecés!”, y le da una fuerte cachetada en la cara ya

deshecha por la emoción y la sangre que sube aun más a las mejillas ruborizándolas inmediatamente. “¡Fíjate!”

Leila se recoge en un rincón del escritorio y esconde el rostro en las manos. Crispa los dedos, los músculos y nervios del brazo se tensionan, y vuelve la cara enardecida y amenazadora hacia el marido perdido en los laberintos de sí mismo, de la propia imaginación desatada.

“Un día se te va a terminar este dulce. Por supuesto que se va a terminar, sólo tenés que esperar. Seguí ahí sentado con tus libros, sentadito, y cuando abras los ojos un día ya volé a Brasil. Vale la pena esperar. El que ríe último ríe mejor.

Aníbal: el cuerpo inmóvil e impasible en la silla, los hombros caídos sin mostrar desánimo, más bien relax, y las manos se cruzan sobre las piernas sin vida, la mirada vaga y decidida. Aníbal entraba —tantas veces antes y ahora de nuevo en esta noche otoñal de sábado— en un estado de silencio y de recogimiento intelectual absolutos, tan nirvánicos, que era el momento en que salían de su cerebro las máximas definitivas de su modo de pensar. Si fuera por él, esas farsas sexuales nunca acabarían: eran el tónico que necesitaba para ir llevando adelante su comprensión de los hombres y del mundo, sus reflexiones más íntimas y menos comprometidas con el mundo académico. En esos momentos era él, sólo él, quien pensaba.

Un día anotó en una hoja de papel:

“El lugar común es lo definitivo del hombre. Véase la metáfora de la perla, que muchos juzgan ridícula y despreciable, y en realidad no lo es. La busca de la originalidad a toda costa significa la pérdida del sentido de lo absoluto.”

No logró refrenar lo que había de personal e intransferible en esa constatación, y continuó escribiendo, ahora para justificar su malestar entre sus pares.

“¿Por qué el hombre moderno tiene miedo de pensar los grandes temas? A diferencia de Atlas, el hombre

moderno no soporta los grandes pesos sobre los hombros. Por eso es que nuestra época —de imaginación bárbara y rastrera— pasará como mediocre, la más mediocre de la historia del hombre. Inapelablemente. A medida que el hombre blanco fue perdiendo su carga, cansado de llevarla solo, la barbarie comenzó a imponerse por todos los rincones. El hombre moderno se desvió de lo definitivo seducido por lo provisorio y lo menor. No puede soportar los grandes dolores, no sabe ni siquiera cómo tratarlos. A la menor señal de tragedia a la vista, recoge las velas de su navegación por el conocimiento. Cede ante a cualquier llamado sentimental. Es un fantoche en las manos del destino. Hasta la Historia que se escribe hoy apela a las lágrimas de los vencidos y de los buenos sentimientos de piedad, y no al destino estoico y sublime del hombre. No soporto la humildad."

Leila se exalta aún más frente al marido silencioso e impasible. Intentando transponer la distancia entre los dos, gesticula como una actriz de cine mudo en tragedia griega y cierra y abre los brazos con el mismo ruido con el que cierra y abre la boca, y cuando calla le muestra a Aníbal la boca, ¡ahhh!, los dientes, ¡mmmm!, y después contornea con la lengua los labios pintados escandalosamente, haciendo poses de puta invitando a los paseantes, Leila se refriega los pechos, se refriega el rostro lamiendo el maquillaje, lamiendo la blusa con el maquillaje vuelve a refregarse los pechos, Leila se saca los zapatos y los tira a un rincón del escritorio golpeando los libros que estaban en el estante de abajo de la biblioteca, y se levanta la pollera, mostrando la tanga de sex-shop, y envuelve las medias en la mano derecha, haciéndolas enrollar como un ovillo, y el brazo con la mano enguantada en las medias se adelanta al cuerpo y se dirige hacia el rostro del profesor, se para a mitad de camino, lo recoge cerca del cuerpo, y Leila comienza a bailar sensualmente, agitando descalza

con las manos los cabellos negros, moviendo el cuerpo como inspirado por música silenciosa y lasciva, y grita más, reclamando ahora, rebelde, diciendo que no nació para ser una mascota, flor de vivero, muñeca, que no soy libro ni hoja de papel, soy de carne y hueso, y se pellizca toda, de carne y hueso, repite, que no me contento con macho mirando sólo de lejos, no basta mirar, ¿viste?, lo que quiero es una pija (y abre la mano midiendo el tamaño), una pija bien dura, "Una pi-ja, ¿escuchaste?" Me gusta revolcarme y gritar en la cama, cogé, cogé bien, ahora, así, ahora, vamos

Aníbal piensa imperturbable *El hombre no conquistó nada en el campo práctico, apenas se rebaja a la condición animal. El trabajo con las manos tiene que ser considerado envilecedor. Juzgar envilecedor el trabajo manual es la única condición para que el hombre se redima —en su destino histórico— del resto de animal que existe en él. La decadencia del Brasil comenzó en el momento en que no logramos transformar la esclavitud en otro sistema tan productivo y tan rentable. Cedimos muy rápidamente a las presiones, a las fuerzas extranjeras, y fracasamos. No supimos hacerlo de otra manera...*

y Leila, frente a la mirada ciega del profesor, se saca la blusa bailando serena, hace un bulto con ella mientras sus caderas continúan contoneándose, y tira el bulto sobre el escritorio, y se queda sólo con el corpiño y sus senos empinados y gira la cabeza con la boca abierta y jadeante, con los ojos encendidos y las fosas nasales incendiadas, y Leila ahora se acerca a Aníbal, con el dedo en ristre, diciendo que no sirve fingir que no me ves, que no me oís, que no estoy aquí bailando y hablando como una loca, intentando seducirte, que vos pensás que estoy loca, y Leila se ríe estruendosamente, "¡Loca fui cuando me casé con un loco como vos!" y dice esto escupiéndolo en la cara

del marido, escupiendo de lejos, y sigue ahora sé que estoy sana. Sana. "Vos sos el loco. Vos solo, ¡impotente!"

y con el dedo en ristre de Leila frente a los ojos abiertos y ciegos, y con las palabras de Leila agrediendo los tímpanos abiertos y sordos, Aníbal piensa *Dios no pensó antes de hacer el mundo. Lo hizo sin pensar. A eso se debe el estado de caos de una humanidad que fue concebida por el trabajo de las manos divinas, es verdad, pero sin la intervención creativa de la cabeza. Si Dios hubiera pensado un poco antes*

y Leila atrayendo y repeliendo al marido, no consigue ni siquiera tocar con la uña la piel blanca de su rostro, inalcanzable, y se dirige sonámbula hacia una biblioteca ya preparada para ese fin, sigue de espaldas hacia la biblioteca sin sacar los ojos de Aníbal, en la biblioteca el profesor ponía los libros que recibía gratis de las editoras y de los autores que no le interesaban, y Leila se acerca de espaldas a la biblioteca y se da vuelta, abre las garras, se bambolea como una gitana, como si, de espaldas, continuara mirando a su marido, y Leila seductora y agresiva, manos de bruja y hada, tierna y violenta, manos de costurera y de carnicero, abre los brazos y las piernas y todo el cuerpo se apoya sobre la biblioteca como frente a otro cuerpo, y todo el cuerpo roza al otro cuerpo inerte, sintiendo el relieve de los libros y tirándolos al piso sin perder el ritmo de la danza, y de repente Leila toma un libro del piso y comienza a rasgar la tapa, volviéndose hacia el marido, y rasga más hojas, las muestra, pasa la boca por un puñado de hojas rasgadas que quedaron en sus manos, y cuanto más rasga más se va calmando, y de repente Leila dice que no basta con fingir que no me ve, yo sé, sé que me estás viendo. "¡Mirá! Esto es lo que tendría que hacer con vos, eso es lo que tendría que hacer con tu cuellito delicado de gallito *garnisé*. Debería hacerlo. Así —y rasga el cuaderno de hojas de un libro, y pone la lengua

estrangulada hacia afuera, se ríe, y después baila y se revuelve pisando los libros, y se saca la pollera y se queda sólo con su tanga sexy negra y con puntillas y corpiño, se queda de bombacha y corpiño ya agachada frotando los libros con su vulva, rozando los libros, pasando el culo por ellos, contorneándose, enchastrando los libros como si hubiera entrado en una piscina y estuviera debatiéndose dentro del agua, y de bombacha y corpiño mira a Aníbal amenazándolo con mear sobre ellos, me cago y me meo en ellos. No valen nada para mí, nada de nada,

y Aníbal ni siquiera llegó a cambiar su mirada, continúa inmóvil y ciego y sordo, y cuando ve algo ve una biblioteca de libros, su preferida, en la que los clásicos de la filosofía y de la historia están encuadernados primorosamente, con los lomos rojos y las letras doradas, en conjunto encuadrado por el negro de la madera barnizada, y Aníbal piensa *¿Dónde estarán los héroes de nuestro tiempo? Son esos hombres de delantal blanco que se quedan horas y horas dentro de un laboratorio, con la imaginación presa por el deseo de postergar la muerte del hombre. ¡A qué punto de degradación hemos llegado! ¿Dónde te escondiste, Ulises? Estos hombres de delantal blanco quieren salvar a Ulises de la muerte del hombre, inyectando, cortando, amputando, agregando, sustituyendo. Vencer a la muerte para poder salvar al hombre común que no merece nada y mejor sería que estuviera en la tumba lo antes posible, como el peso muerto que es para toda y cualquier sociedad. El día en que el hombre inventó el microbio en un laboratorio estaba dando el golpe de misericordia en su grandeza. Los nuevos héroes, los héroes de nuestro tiempo, no valen una epopeya. Valen algunos céntimos. Algunos centavos que Suecia anualmente les regala*

y Leila abre las piernas en el suelo y se saca la bombacha y el corpiño y se queda desnuda haciendo poses

sobre los libros, y Leila, voluptuosa y desnuda, con las piernas estiradas y los senos levantados, toma un libro y se lo pasa por la vulva lentamente, va subiendo con él por el cuerpo y se lo pasa por los senos, va subiendo con él por el cuello y lo lleva hasta la boca, lo besa y lo muerde, muestra la lengua, lo lame y se queda mirando, esperando cualquier palabra, cualquier señal de vida del marido, y va perdiendo el antiguo furor y se encuentra consigo misma, como si no le quedara en toda esa historia sino aproximarse más y más a sí, al placer de su propio cuerpo ya que de él debería sacar algo balde tras balde de agua de pozo

y Aníbal piensa *En realidad el hombre hizo a la Tierra más fea todavía*

y Leila mea en los libros desparramados por el piso
con el trabajo el hombre repite a Dios, la insensatez de Dios, hace con las manos sin pensar.

la orina corre haciendo un río por entre los libros desparramados por el suelo, un río que va encontrando su camino por el piso encerado del escritorio, empozándose alrededor del escritorio de Aníbal

Todo trabajo es inútil. No sirve de nada.

y después de mear, Leila busca con la mano derecha su vulva, acaricia su clitoris, introduce la mano en la vagina

Hubiera sido mejor que el mundo fuera sólo pensado, que existiera el primer hombre todavía en estado paradisiaco y que el mundo —éste, el nuestro— fuera sólo producto de la imaginación, el hombre sería concebido por la imaginación del primer hombre y no por la insensatez de Dios.

y Leila mira fijamente a su marido y ahora comienza a pellizcar los pezones con la mano izquierda, los pellizca con fuerza, luego amorosamente, cariñosamente, y la mano balancea su seno, exhibiéndolo, y de repente las dos manos se encuentran en la vagina y entreabren los labios vaginales, “¡Mirá!”, dice mostrándoselos a Aníbal, y con

la boca roja abierta Leila incita al marido, mirá, estúpido, mirá, saca la lengua como para lamer el rostro del aire y se queda contorsionándose con las piernas encogidas mientras su culo raspa los libros mojados de orina

La imaginación del primer hombre compensaría la pereza mental de Dios.

y Leila se levanta y camina paso a paso hacia adelante del profesor, colocándose frente a los libros como si ellos se hubieran vuelto escenario, obstruye la visión de Aníbal y comienza a presentarse como si estuviera en un show de sexo en vivo, y Leila, con la mano derecha en la vulva y la mano izquierda acariciando su pelo y su nuca, comienza a perder la transparencia

y Aníbal se da cuenta de que frente a él Leila comienza a ganar cuerpo y que Leila está desnuda y que Leila está acariciándolo con su pelo y su nuca y que Leila se está masturbando como una depravada después de haber rasgado los libros y meado sobre ellos.

“Mirá, degenerado, no tengas miedo. Dame la mano, dámela. Apoyá tu mano, mirá qué delicia. ¡Qué delicia! No sabés lo que te estás perdiendo” —y Leila se acerca al marido con el escritorio entre ellos, extiende el brazo como puente y la punta de los dedos, las uñas casi tocan el rostro del marido

la pija de Aníbal comienza a latir

y Leila se da cuenta de que los ojos de Aníbal comienzan a brillar, “Vení”, dice ella, “vení”, y cada vez está más poseída, comienza a gemir bajito como una perra en celo, y los movimientos de las manos son más agitados, descompasados

“No te acerqués más. Quedate ahí”, ordena Aníbal con los ojos completamente encendidos

Sus ojos están brillando piensa Leila

con los ojos encendidos, Aníbal coloca sus manos sobre las piernas y las manos comienzan a ganar vida sintiendo la pija que reacciona por debajo del calzoncillo.

SEXTO

1

Leila no es sólo una mujer, es un potro salvaje indómito y domado que nació en el sertão de Minas y fue educada por las monjas del internado del Colegio Santa Marta, en la Floresta.

2

Aníbal no pudo estudiar en la escuela secundaria con sus compañeros de edad. Cuando estaba en la primaria, tuvo parálisis infantil. Con recelo de la camaradería masculina perniciosa, su padre consiguió que fuera matriculado en un colegio dirigido por monjas y para jovencitas. Era el perfecto bendito es el fruto entre las mujeres.

3

Leila había traído del sertão al internado de Santa María una nariz sensible a los olores, olores que le embriagaban la memoria con recuerdos interminables, como el sabor incómodo que viene al respirar el polvo después que ha caído la lluvia, salpicando la membrana nasal como la cocinera desparrama harina de trigo por la masa todavía húmeda. Hedor a chiquero (los chanchos enchastrándose en el barro fétido) y de chivo (apacible, amarrado a un árbol de la huerta), hedor traído por la brisa de la tarde e

incomodando el calmo descanso allá fuera y haciendo que Leila se acerque más a un cantero de rosas.

4

Todas las mañanas Chiquinho empujaba la silla de ruedas de Aníbal hasta el colegio de monjas y lo iba a buscar al mediodía cuando terminaban las clases. Chiquinho, el negrito hijo de una antigua lavandera de los Paes Leme, comenzó a empujar la silla cuando tenía doce años. Fue despedido poco antes de que los patrones se mudaran para la capital cuando ya tenía diecisiete. Chiquinho no vio nunca más a la familia de Aníbal ni al propio Aníbal.

5

Ciertas noches, Leila tenía insomnio y se entregaba sonámbula al perfume de la dama de noche que subía del jardín hasta su ventana del internado y venían con él los aromas de mango, membrillo, banana, e incluso de las manzanas importadas que llegaban en cajones desde la Argentina, y el cajón quedaba en la despensa hasta el día de Navidad cuando entonces el padre abría el cajón y el olor a manzana invadía toda la sala, todo el cuarto, toda la calle, toda la ciudad, y Leila andaba como dentro de una nube perfumada, como, después, se dejaba envolver por el denso y espeso hálito oloroso de la dama de noche. Atmósfera embriagante, dulce, lujuriósa, semejante a la de las manzanas, que entraba por los poros y dejaba el cuerpo flotando olvidado de acontecimientos y de historias, un cuerpo que fuera sólo memoria de sensaciones. Le venía la humedad de las noches de lluvia, tan húmeda que sentía

gotas de agua corriendo por el cuerpo como si fuera sudor, le venía la frescura del aire que irrumpía entrada la noche caliente, electrizando la piel y el cabello, escamando la piel de los brazos y de las nalgas (sentía como el tacto de manos romas), transición de una temperatura hacia otra, le venía el calor insoportable que dejaba el cuerpo enrollado en una viscosa camada de sudor grasoso —y era tan insoportable la presencia de la suciedad pegándose a su piel que era la única circunstancia en la que salía del torpor perfumando para correr hasta el baño —con gran susto de su madre que, desesperada por el ruido en el cuarto de su hija, gritaba su nombre para asegurarse de que era ella la que hacía tanto ruido a la madrugada— correr hasta el baño para bañarse y lavar con esmero y espuma la grasa pringosa que cubría su piel.

6

Chiquinho preguntaba por qué no jugás con tus juguetes. Aníbal no respondía, seguía con los ojos abiertos y serenos escudriñando el camino que iba siendo ganado por la silla de ruedas que Chiquinho empujaba. Chiquinho decía si fueran míos me quedaba todo el día, toda la noche jugando con ellos. Aníbal percibía que las casas temblaban a su frente cuando la silla cruzaba la calle y la silla golpeaba con las ruedas en la calle imperfecta intentado encontrar un camino entre el desnivel de los adoquines y los agujeros entre ellos, las casas temblaban a su frente y él se iba acercando peligrosamente a ellas y Aníbal pedía que Chiquinho fuera más lento, pedía eso para que pudiera apreciar mejor la pérdida de estabilidad del mundo, el inminente terremoto, y Chiquinho le respondía enojado que no podía ir más lento, porque puede venir un coche corriendo desbocado y tu papá me recomendó que tuviera

mucho cuidado al cruzar la calle, y Aníbal buscaba alargar la presencia de las casas que se contorsionaban a su frente como si estuvieran reflejadas en el agua que se agitaba en pequeñas olas concéntricas cuando Aníbal tiraba una piedrita sólo para ver las casas y los árboles moverse, contornearse como cuerpos que danzan, como casas que, una después de la otra, también bailan al sonido de los trancos de la silla que Chiquinho conducía con habilidad y prisa miedosa.

7

A Leila le gustaba ir sola a pasear por el campo, decía voy hasta la casa de Mariana. "Podés ir, hija. Pero no te atrases para el almuerzo, como siempre." Iba caminando por la calle principal, doblaba a la izquierda y enseguida abandonaba la calle y el sendero y andaba por la tierra golpeada y roja y respiraba el olor a bosta y orina de caballo y de vaca que ácido invadía sus fosas nasales y hacía que caminara de prisa en busca no sabía de qué, del olor a hierba atizado por el viento, mezclado al olor de la orilla del río, mezclado al olor a bosta de vaca, y entonces disminuía el ritmo de los pasos, iba parando, paraba, sentada en el suelo ("¿Dónde te ensuciaste el vestido de esa manera? No me digas que fue conversando con Mariana. Ustedes dos...") se acostaba en el suelo y se quedaba mirando el cielo, nubes blancas y cielo azul, nubes blancas, elefante, perro ladrando, rostro sonriendo, tigre, -no, es pantera-, paisaje de nieve, y el olor ardiente de la naturaleza friccionaba su cuerpo como si estuviera siendo masajeado por mil manos competentes, y su cuerpo escupía el olor ácido al suelo como el viejo Nhô Campeiro escupía el tabaco después de mascarlos horas y horas sentado en el banco de la galería, y Leila se acercaba,

agachándose cerca de las rodillas de Nhô Campeiro, y se quedaba con el rostro pegado a sus piernas para poder sentir desde más cerca el olor doloroso y espumante del tabaco fermentado por la saliva que yacía en el suelo, ajada, para sentir el olor del tabaco que exhalaba de la ropa; de las manos, de la piel de Nhô Campeiro.

8

Aníbal le preguntaba a Chiquinho por qué no estudiaba. Chiquinho respondía no sé. Aníbal: "¿Cómo que no sabés?" Chiquinho: "No sé."

"¿Tu papá no te manda a la escuela?"

"No."

"¿Y a vos no te gustaría ir?"

"Sí y no."

"No tenés que empujar mi silla."

Chiquinho callado.

"¿Te gusta empujar mi silla?"

"Tu mamá me pidió."

"¿Te pidió o te ordenó?"

"No sé. Creo que me ordenó. Dijo que iba a ser bueno para mí, en el futuro."

Una compañera se acercó a Aníbal y le preguntó si podía copiarse de él en la prueba de geografía. No había estudiado.

Aníbal no le contestó. Le dijo a Chiquinho tené cuidado con el escalón.

La chica le dijo antipático, dándose vuelta, y caminó a prisa dejando a los dos atrás.

Chiquinho hizo que la silla subiera sin sobresaltos el escalón de la entrada del colegio.

9

Pronto, muy pronto, Leila perdió el deseo de acercarse a las chicas de su edad. Para ella la conversación era algo bobo, infantil, una pérdida de tiempo. Una conversación inútil. Nadie escucha a nadie. Uno dice sólo estupideces cuando conversa, dice estupideces todo el tiempo, nunca dice nada bien, nunca dice nada que sea realmente importante para uno. Cuando habla con los padres, miente. Cuando habla con las compañeras, miente. Cuando otros te hablan, también mienten. ¿Para qué conversar? Nadie dice lo que le pasa por la cabeza, lo que siente ni lo que desea. Si quiero algo, no puedo decir que lo quiero, si lo digo, entonces no lo consigo. Hasta con ella misma Leila conversaba poco. "Chica callada", comprobaba la madre, pensando que tal vez prefería abrirse con las amiguitas de la ciudad. El padre ni siquiera sabía que existía, sólo quería que fuera a estudiar a la capital. "Estás perdiendo el tiempo en el colegio Madre de Deus", repetía siempre el padre, Leila pensaba que iba a cambiar de vida en el Santa Maria, no iba a perder más el tiempo. Iba a poder conversar de verdad con las compañeras. Esa historia de charla inútil debe ser cosa de ciudad del interior.

10

Chiquinho quería saber si Aníbal tenía pito, si el pito de un discapacitado también se paraba.

11

Leila, acostada en la tierra, a orillas del río, con el cuerpo arrebatado por el olor salvaje de la naturaleza a su

alrededor, se pasó la mano por la vulva y sintió una sensación placentera.

12

"¡Tenés mucha suerte, Aníbal", dijo Chiquinho.

"¿Suerte? ¿Por qué?"

"Siempre rodeado de esas chicas. Que te adulan, que te tratan como si fueras un príncipe. Una más linda que la otra."

Aníbal se sintió orgulloso.

"¿Margarida?"

"Sí, ella."

"Es una tonta."

"Para tonta, tonto y medio."

Aníbal le dijo que estaba apurado, que tenía cosas para hacer en casa antes del almuerzo.

"Si fuera yo, me le tiraba encima."

"Cuidado Chiquinho, mirá por donde empujás la silla. Casi rompés la rueda."

"Sos vos el que está apurado."

"Apurado, pero no tanto."

"Le pasaba la mano por las tetas. Y después le daba unos besos en la boca, de esos que no dejan respirar."

"Sólo pensás en eso, Chiquinho: sexo."

"No soy de piedra, ¿no?"

13

Leila no sabía por qué tenía que ir a la escuela, asistir a clases, tomar nota en el cuaderno, comprar los libros, leer, aprenderse de memoria fragmentos, tener pruebas, pasar de año. No sabía, pero tampoco hacía ningún esfuerzo por

saber. Iba a la escuela así como tomaba el desayuno por la mañana o almorzaba a medio día. Entre el café y el almuerzo otra obligación: el grupo escolar, donde aprendía lengua nacional, aritmética, geografía e historia. Aprendía, sacaba buenas notas, pasaba de año, escuchaba a su padre que decía que el Madre de Deus era pérdida de tiempo y pensaba que todo lo que iba aprendiendo no valía nada, que sólo valía lo que iba a aprender en la capital. Va a ser diferente. Y Leila hacía los ejercicios, estudiaba para las pruebas, pasaba de año y seguía sin saber para qué hacía todo eso, para qué podía servir todo eso.

14

"Te dejo, pero con una condición: primero dejame ver el tuyo", le dijo Chiquinho a Aníbal.

"Yo te lo muestro después", insistió Aníbal.

"Así no vale."

"Qué desconfiado que sos."

"Te conozco, Aníbal."

"Sólo una miradita para ver si el mío es igual", insistía Aníbal inseguro y todavía miedoso.

"Sé que es sólo una miradita. Pero yo también quiero ver el tuyo. Mostrámelo primero."

"Así no va, Chiquinho. Pensé que eras mi amigo."

"Soy tu amigo."

"Entonces mostrámelo, Chiquinho. ¡Dale!"

Chiquinho se abrió la bragueta y mostró una lengüita negra estirada y dura.

"Está repicando", dijo.

Aníbal miró y no creyó lo que vio.

"Es finito."

"¿Qué, el tuyo no?"

"Cuando está duro es bien gordo."

"Ya te mostré, ahora te toca a vos", y mientras decía esto Chiquinho iba avanzando con las dos manos para abrir la bragueta de Aníbal.

"¡Sacá la mano!" gritó Aníbal colérico. "No me toqués, o lo llamo a mi papá."

15

Leila conocía la mirada del farmacéutico de la ciudad, saliendo de adentro del negocio y yendo hasta la puerta para saludarla; se quedaba mirándola con la boca abierta, sonriendo, mirando sus pechitos que florecían debajo de la blusa de voile, sobresaliendo como un pimpollo, empinaditos y ya marcando con los pezones tiernos el tejido de la blusa. Leila no sabía que estaba siendo seguida por el farmacéutico de la ciudad, completamente obsesionado por sus tetitas que gritaban desde allá adentro de la blusa acarícienme, apriétenme. Cuando Leila se acercó a la orilla del río, se acostó en el suelo y, con las fosas nasales abiertas, fue arrebatada por la oscura densidad del aire que la rodeaba y la transportaba hacia un lugar sin gente, sin conversaciones, sin casa, sin calle, sólo verde oloroso, sólo agua corriendo, y de repente sintió un olor desconocido. Se dio vuelta y vio al farmacéutico atrás de un árbol tocando una cosa enorme y dura que salía de sus pantalones, y sus ojos gritaban cuando Leila se dio vuelta hacia él y se quedó mirando entretenida, queriendo saber qué estaba ocurriendo, y el farmacéutico comenzó a tocar la cosa con más fuerza y la cosa se fue volviendo cada vez más roja y el farmacéutico relinchaba como si fuera un caballo y cuanto más relinchaba más iba perdiendo el aliento y de repente comenzó a brotar un líquido y Leila rió y el farmacéutico bendijo la risa de Leila.

16

Aníbal sabía de corrido y salteado el nombre de todos los puertos de las Américas. Iba desfilando los nombres de norte a sur, de sur a norte, del océano Atlántico al Pacífico, del Pacífico al Atlántico y hasta podía hacer una lista de manera doblemente cruzada: uno del extremo norte, otro del extremo sur, otro del Pacífico, otro del Atlántico, y así hasta que las mitades se tocaran.

17

Cuando Leila se levantó para ver de cerca la cosa del farmacéutico de la ciudad, él salió corriendo asustado y Leila intentaba comprender y no comprendía aquel delantal blanco corriendo por el medio del campo, que se distanciaba de la orilla del río y que alcanzaba, allá abajo, la calle de tierra revuelta. Leila vio donde había caído el agua que la cosa había despedido. Se agachó y pasó el dedo en la tierra mojada, *no es pis* pensó, tomando la tierra pegajosa y pensó *sapo, lagartija* y no tuvo asco. Olió y pensó *quiabo*. Caminó hasta el río para lavarse la mano.

18

Aníbal pidió: "Padre, este año quiero hacer retiro durante el carnaval."

El padre: "¿No te parece que estás exagerando, hijo? No hace falta tanto. Quedate en casa aprovechando el tiempo, descansando."

"Hace falta más."

"No te entiendo."

Para Aníbal todo estaba tan claro y límpido como un paisaje después de la lluvia.

"Es el esfuerzo espiritual lo que cuenta. Y el cuerpo y la mente necesitan estar en condiciones ideales."

"¿De qué esfuerzo hablás, hijo?"

"Del esfuerzo espiritual de uno a favor de la mayoría. Son pocos los que se aíslan del mundo de la carne y del pecado, pero son ellos los que cuentan, los que pueden salvar. La voluntad concentrada de uno puede redimir el mal de los otros, puede redimir a los otros del mal. El convento allá en lo alto de la sierra es el lugar de Dios y del Espíritu en la Tierra durante los tres días de orgía."

El padre se acercó bondadoso a la silla de ruedas en la que estaba su hijo y acercó una silla para sentarse frente a él.

"Hijo, no te enojés. Necesito conversar con vos. ¿No te parece que estás tomando demasiado en serio las palabras de las monjas? Eso es cosa de ellas que escogieron ser siervas de Dios. Vos no. Vos tenés otro futuro. Me gustaría tanto que fueras abogado. Te imaginás, defendiendo las causas nobles frente a la justicia de los hombres. Obviamente, inspirado por Dios, porque sin Él, sin la inspiración divina, el hombre no sabe cómo usar su inteligencia."

Aníbal se calló frente a la incomprensión del padre. Tenía una misión espiritual y social que cumplir e iba a cumplirla. Costara lo que costara. Una misión mucho mayor que aquella que le proponía su padre. La otra, para él, no representaba nada. Tenía una misión. Pensaba poder cumplirla con la anuencia de su padre. No era así. Ahora, él era un obstáculo. ¿De qué lado estaba su padre?

"Soy yo quien no te entiende, padre. ¿De qué lado está usted?"

"¿Lado? ¿De qué lado? ¿Yo? Me parece que estás hablando chino."

19

A Leila no le gustaban los animales. Hacen demasiado ruido. Cuán armonioso y agradable el ruido de la naturaleza sin los animales. Los perros eran para ella una plaga. Habría que ahorcar a todos los perros. ¡Así! Un día de madrugada descienden del cielo dos manos fuertes y enormes y listo, van ahorcando pescuezo tras pescuezo de los perros que ladran. El canto de los pajaritos, todavía. Podemos alejarnos. Basta con que queramos. Y después es diferente. Cuando el perro ladra lo hace para asustar. El pajarito no, parece que quiere agradar. En la casa de Leila casi nunca ponían música en la radio. A la madre no le gustaba. A la empleada le gustaba, pero no podía. Su padre escuchaba la "Hora do Brasil" y luego el "Repórter Esso". La radio estaba en el living y parecía adorno. Sólo funcionaba después de la cena. A Leila no le gustaba ver a su padre escuchando la radio entretenido y pensativo. Leila tenía celos de la voz de la radio. Un día que estaba sola en la casa se metió por detrás del mueble de la radio y con un cuchillo rompió una válvula. Le bastó con un golpecito suave. A la noche la radio no funcionaba. El padre corrió el mueble y vio los pedacitos de vidrio en el suelo y la válvula rota. Se volvió hacia la mujer y le dijo: "Explotó la válvula. Hay que cambiarla y listo."

20

"Es para vos, Aníbal", le dijo la madre entregándole en la mano la carta que había llegado por correo. La primera que Aníbal recibía. Leyó emocionado en el sobre su nombre y su dirección. Vio la estampilla y el sello. Después leyó, en el reverso del sobre, las iniciales del remitente, M. R. C.; *es de Margarida* pensó. Margarida

había ido a pasar las vacaciones en Belo Horizonte, a la casa de sus primas. Aníbal hizo rodar la silla hasta su cuarto. Abrió el sobre y vio que Margarida extrañaba pero que le estaba gustando mucho la vida en la capital. Las primas se desvivían por ella. A la mañana, pileta en el Minas Tênis. La más grande de América latina del Sur. Tenía que verla, azul azul el agua, ponían cloro, era eso lo que le daba un color tan bonito. La Praça Raul Soares —la del Congreso Eucarístico ¿se acordaba?— tiene una fuente luminosa que es un amor. Ya había ido a Pampulha donde el intendente estaba construyendo un inmenso lago artificial. Había ido en coche hasta Ouro Preto. Ciudad histórica. A Aníbal le iba a gustar estar allí. Subiendo y bajando las laderas parece que todavía se escuchan los pasos de los inconfindentes. A la noche se quedaba conversando con sus primas. Eran inteligentes y avisadas. Se sentía una campesina. Aunque nadie le había dicho que se vestía como pajuerana, así se sentía ella: una pajuerana. Era una pena que Aníbal no estuviera en Belo Horizonte. Le iba a gustar conocer a sus primas, principalmente a Leila, otra prima que había venido para ser internada en el Colegio Santa María. Leila era distinta a todas. Cuando conversaba con ella le parecía que estaba conversando con él.

21

Leila tenía una muñeca guardada en el ropero, un regalo de Navidad de cuando todavía era pequeña. La muñeca vivía en el ropero y Leila la sacaba cuando estaba muy enojada. La sacaba y le arrancaba las dos piernitas y los dos bracitos y también la degollaba. Tiraba cada parte a un rincón distinto del cuarto. Se quedaba con el tronco solo de la muñeca en la mano. La muñeca era de trapo e insensible a los remiendos de aguja e hilo. Quedaba como

nueva otra vez. Sólo con el tronco de la muñeca en la mano, Leila se transformaba, se sentía muy triste, muy, y comenzaba a llorar. No llorés, boba, no sirve de nada llorar. No resuelve nada (se decía a sí misma). Sobre ella bajaba una ternura inmensa. Sería capaz de pedir perdón a quien la había enojado. Juntaba cada parte de la muñeca de su rincón y, con todo encima de la cama, intentaba rehacer la muñeca. Los ojos de la muñeca eran insensibles al dolor. El rostro de la muñeca era siempre el mismo. Cuando recibía su cariño, cuando era maltratada. Los ojos. El rostro. La boca estaba siempre cerrada. Para qué hablar, si no se consigue nada con palabras. Incluso si la boca gritara, se enojara, llorara, pateara, su dueña continuaría arrancando sus brazos y sus piernas y degollándola.

22

Ricardo era su único amigo varón como él. Chiquinho no era su amigo. Era empleado. Un empleado es un estúpido. Chiquinho dejó de existir el día que quiso ver el pito de Aníbal. Aníbal no podía mirar al negrito de frente. Sólo a sus espaldas, empujando la silla. *Para eso le pago, no para conversar conmigo* se justificaba Aníbal. Ricardo venía a visitar a Aníbal por lo menos una vez por semana. A la madre de Aníbal le gustaba mucho la visita de Ricardo. Joven juicioso. Bueno. Muy distinto a los jóvenes de hoy, que sólo quieren hacer lío. Le pedía a la empleada que preparara la merienda para los dos y ella misma llevaba la bandeja al cuarto de Aníbal. Ricardo tenía la manía de interpretar las expresiones hechas al pie de la letra. Lo que no desagradaba a Aníbal. *Vida de perros*. Seres humanos que andan con las cuatro patas en el piso. No conversan. Cuando abren la boca es para ladrar. Aníbal complementaba: las personas que sólo hablan con monosí-

labos, guau guau guau. *Saltar una página*. Saltar con los ojos cerrados y los pies juntos un obstáculo construido de palabras. *Hacer un lío*. Levantar una carpa en el medio de la plaza para que las personas puedan hacer lo que quieran debajo del toldo sin que nadie los moleste. Aníbal discor-daba diciendo que era como armar una trampa ya que en ella caía quien la había armado. Ricardo no tenía nada que ver con Chiquinho. Tenía una cabeza sana e inteligente. Ricardo quería ser profesor cuando creciera.

23

"Tenés don para la matemática, hija", constataba la madre y repetía siempre la constatación cuando examinaba el boletín de Leila. Desde primer grado de la escuela primaria, los números y sus combinaciones no tenían misterio para Leila. Los problemas de aritmética le parecían un juego y se burlaba de la profesora cuando tenía que explicar las operaciones no usando sólo números, sino valiéndose de objetos o cosas que buscaba a su alrededor. Ciertas personas, leyendo una novela o viendo un film, van adivinando las escenas subsecuentes antes que el autor las desarrolle en el papel o el director en la pantalla. Leila adivinaba con exactitud las clases subsecuentes de matemática. Nunca tomó apuntes en clase. Una tras otras las profesoras quisieron enojarse con ella. Pero frente a la evidencia del 10 en todos los deberes y pruebas, cerraban el pico y se entusiasmaban por alguien que no manifestaba ningún entusiasmo especial por sus hechos. Leila no tenía amigos entre los chicos y chicas de la escuela. Cuando la madre le recriminaba por la falta de amistades, Leila siempre inventaba un nombre y situaciones muy precisas. "No la conozco. ¿Quién es la madre?" Leila inventaba con ardor convincente y la madre se entristecía silenciosa al

ver que su hija se acercaba siempre a personas humildes de los rincones de la ciudad. Era la táctica de Leila, así no podía averiguar. Chismosa como es. La madre de Leila pensaba que Mariana vivía en una pocilga, porque siempre su hija volvía con la ropa llena de tierra.

24

Chiquinho era un idiota. Por cualquier cosa, Aníbal le ordenaba lamer jabón o plantar papas, cuando no lo mandaba a ver si Aníbal estaba en la esquina. Chiquinho se entristecía con las maldades y las constantes humillaciones y poco a poco fue perdiendo el habla y la espontaneidad. Comenzó a descuidar la limpieza de la silla de ruedas. Aníbal se encaprichaba a la hora de ir al colegio y no se dejaba transportar hasta la silla; en esta inmundicia no voy. Salía la madre del cuarto en busca del trapo húmedo, franela y cera, y Chiquinho se arrodillaba para una limpieza general mientras Aníbal, desde la cama, le iba indicando sus tareas. La madre se impacientaba: "Rápido, Chiquinho, que Aníbal no puede perder la primera clase." Chiquinho no sabía a quién atender. Entre los dos, cada vez lo molestaban más. La rueda izquierda de la silla entró en un bache de la calle y se cayó de lado. Aníbal se cayó al piso. Estaban frente al colegio. Fue una catástrofe: Aníbal gritó y golpeó al indefenso Chiquinho que intentaba enderezar la silla y el cuerpo pesado de Aníbal en ella. Aníbal exigió la presencia del padre a la salida de la escuela. Fue accidente, no fue, fue. No fue, hijo. Ocurre. Fue, y a propósito. Maldad, venganza, un monstruo. Vencieron la indignación y los gritos de Aníbal.

25

A Leila le gustaba masticar hojas, sentir el gustito amargo y verde estallando clorofila en la boca, mojando la saliva, ajándola, con los dientes sustentándose en las nervaduras que descarnadas y enrolladitas se solidificaban en un minúsculo ovillo blanqueado que después ella escupía en el piso.

Nhó Campeiro masticaba tabaco.

26

Aníbal, en el centro, sentado en su silla de ruedas, al lado del viejo vicario de la parroquia también sentado. Los otros de pie, en la escalerita, componiendo una especie de flor cortada al medio o un abanico abierto. La fotografía había sido sacada en el atrio de la iglesia con la puerta de entrada como fondo y mostraba el grupo de nuevos congregantes marianos. La cinta de congregante era azul. La medalla pendiente era de color plata con la efigie de María en su esplendor de madre de Cristo. Aníbal era fiel devoto de María. Tenía miedo de hablar directamente con Dios. Dios lo había castigado. No lograba preguntarle por qué lo había castigado, tanto era el pavor que tenía de ver el castigo prolongado por venganza con otro peor. Dios podía hacer que perdiera el movimiento de los brazos. Escogió a María para que intercediera ante Él. María, Piadosa, ruega por nosotros que recurrimos a vos. Desde la enfermedad le había quedado una antipatía ante Cristo. Era igual a él, también castigado por Dios. El tercer lugar en la Santísima Trinidad era ocupado por María. Sueños, premoniciones, visiones, ilusiones: su imaginación fabricó infinitamente la misma imagen de él levantándose de la silla de ruedas y volviendo a caminar. Caminaba directa-

mente hacia los brazos de María que lo esperaba a algunos pasos con los brazos abiertos en Su infinita bondad.

SÉPTIMO

1

Poco después de las diez, según lo combinado por teléfono, Marcelo toca el timbre del departamento de Eduardo.

"¿Quién es?"

"Soy yo: Marcelo."

"Entrá. La puerta está abierta."

Eduardo se coloca rápidamente del lado de las bisagras, para quedar escondido a los ojos de quien entre cuando la puerta se abra.

Marcelo pregunta por Eduardo, dónde está, si está en el cuarto.

Del escondite Eduardo da un salto traicionero sobre Marcelo, sorprendiéndolo por la espalda, y ya está estrangulando su cuello:

"Te estrangulo, traidor de mierda, puto, hijo de puta."

Totalmente inmovilizado por la sorpresa y las manos vigorosas de Eduardo que lo asfixian, Marcelo:

"¡Soltame! Sacá tus patas de arriba mío. Te enloqueciste del todo, Edu."

"Sólo te suelto después de que me cuentes todo. Punto por punto. Prometeme. Si me prometés, te suelto. De lo contrario..."

"¿Contarte qué?"

"¿Me lo prometés o no?", las manos de Eduardo presionan con más fuerza.

"Prometo", el rostro lívido y aliviado de Marcelo respira hondo, de espaldas todavía hacia Eduardo que

había exagerado en el realismo de la obra que quería representar.

Eduardo relaja las manos del todo. Marcelo se libera del peso del cuerpo de Eduardo a sus espaldas y se pasa las manos por el cuello, "Me lastimaste", constata, y después se arregla el pelo y la ropa.

"Estás loca, querida. Parecías una loca histérica de Cinelândia. Ni Madame Satã en sus áureos tiempos de Lapa."

"Madame Satã tu abuela."

"Pará, Edu, así no."

"Así no una mierda, Marcelo. Te quedás ahí metiéndome en cada lío. Un día de estos le cortan el pescuezo a Stella y vos no te mosqueás."

"Mandé a Carlinhos para que te avisara, Edu. No quisiste oír. Pensaste que eran boludeces, que te estaba jodiendo. Yo te avisé. Quien avisa es amigo."

"¿Y no podías darme un toque vos? yo qué sé: ¡joj!, Edu, que la cosa viene mal para la Viuda Negra. Pero no, mandás a un tal Carlinhos que ni sé quién es."

"Si te contara que cuando llegué de Brasil la cosa estaba todavía peor para vos, ¿me creerías?"

Eduardo se calma, asustado, como un niño inmovilizado en la cama, aterrorizado ante el menor ruido sospechoso en la noche.

"Yo limpié tu ficha", continúa Marcelo.

Eduardo huye de los ojos de Marcelo, dándole la espalda y caminando hasta la ventana. Entreabre la cortina y, por el ventanal, ve allá abajo el asfalto iluminado y el tráfico de sábado a la noche. Una ligera bruma envuelve los postes de luz, resquicios de la llovizna helada que había caído por la tarde y le da al paisaje un aire de misterio.

"Pensaban que eras un espía infiltrado a las órdenes del coronel Valdevinos."

Eduardo sonríe una vez más al escuchar, el mismo día, el nombre del agregado militar.

"¿Dijiste espía?"

Marcelo se acerca a Eduardo y le pone la mano en el hombro, delicadamente.

"Espía, Eduardo, es-pí-a. Creo que fue Carlinhos quien creó tu imagen de espía al servicio de la represión."

"Otra vez el puto Carlinhos."

"Carlinhos es buss-boy en el restaurante donde almorzás todos los miércoles con el coronel."

"¿Cómo sabés que almuerzo..."

"Lo sé, Eduardo."

"¿Pero cómo lo sabés?, si yo no te conté."

"Por Carlinhos, si te interesa tanto. Todos los miércoles ustedes dos van allá, en el rincón, la misma mesa, de blablá secreto. Pensaron..."

"¿Pensaron qué?"

"Lo obvio, Eduardo. Espía. Vos frecuentás al mismo tiempo a los brasileños exiliados en Nueva York. Haciéndote amigo de todos, de Mario, de tu tocayo, el del cine. Pensaron."

"Se equivocaron."

"Fue exactamente eso lo que les dije. Y vos me acusás de traidor."

"No fue a propósito", Eduardo se vuelve hacia Marcelo y retoma: "¿Pero por qué no me avisaste antes?"

La cortina se cierra a espaldas de Eduardo. Su rostro queda como estampado contra el dibujo de la tela, listo para una foto de 4 x 4 de archivo.

"No pude. Lo intenté."

Eduardo fija los ojos atónitos en Marcelo.

"No podés imaginarte la cantidad de mensajes —entre comillas, claro— que te mandaron para que se los transmitieras al coronel."

"¿Mensajes?"

"Men-sa-jes, Edu. Vos también: parece que vivís en la luna."

"Y yo como un idiota."

"Elegí, Eduardo: ¿vos o ellos? Quién quedó como un idiota al final de la historia no sé. ¿Vos? ¿Ellos? ¿Todos? Quién sabe. De cualquier manera, ahora ya es tarde."

"Tarde un comino. Ya voy a limpiar todo."

Marcelo, por primera vez ríspido.

"No conviene. No conviene. Y principalmente —escuchá bien lo que te voy a decir, Eduardo, escucháme bien— y principalmente no pongas al agregado militar en esta historia."

"¡Lo pongo!, claro que lo pongo. Ya vas a ver, ya van a ver ustedes."

Eduardo se retira del living, va hasta la cocina a buscar hielo. *No está siendo bueno conmigo* piensa. No puede perdonar a Marcelo por no haberlo alertado personalmente del complot que estaba siendo armado contra el agregado y que lo comprometía. *Bueno fue, por lo menos les dijo que yo no era espía. Amigo sí que no es. Lacucaracha tiene razón. No se puede confiar en un comunista, no se puede.* Cuando pone los cubitos de hielo en el balde ya no tiene más confianza en Marcelo. *Pensé que iba a poder abrirme con él. Fui un idiota.*

"Pensé que ibas a ofrecerme aquel whiskicito que sólo Stella sabe ofrecer."

"¿Tengo alguna razón para ofrecértelo?"

Eduardo saca la botella de whisky del barcito. *Está tan tranquilo, tan calmo, tan seguro. Seguro que ya sabe todo, que la Viuda estuvo acá, que se cambió de ropa, hasta que el departamento de Amsterdam está a nombre mío.* Resuelve darle con todo para agarrarlo con las manos en la masa. *Vamos, Stella, ésta es la tuya* piensa cambiando de voz y de gestos.

"Ayyyyy, tuve una tarde... imposible. No te imaginás."

"Ponele un poquito de agua. Ya tomé unos dos antes de venir para acá."

"Con que traicionando a Stella; ¡no me digás que ya tenés otras!"

"Amigos, Stella, nada más."

"¿Carlinhos?"

"Acertaste. Carlinhos es uno de los nuestros."

"¿Le estabas dando el balance?"

"¿Del mes o de las finanzas?"

Eduardo, firme:

"No estoy jugando, Marcelo. De la operación Viuda Negra. El balance de la operación."

Marcelo se queda pensativo. Resuelve:

"¿Cómo adivinaste?"

"No adiviné, me contaron."

"¿Valdevinos?"

"Digamos que sí."

"Eduardo, no jugués con fuego."

"¿Por qué? ¿Me voy a hacer pis en la cama de noche?"

"¿Vos sabés que entraron en Amsterdam anoche?"

"Pig, fascist, torturador, vendido para los americanos, para la CIA, enemigo de Brasil, ¿querés más?"

"Suficiente."

Marcelo está perplejo.

"¿Fue acá que la Viuda vino disfrazada de sadomasoquista a la hora del almuerzo?"

"Se sentó ahí mismo donde estás vos. Sólo que un poquito más nerviosa y sudada. Con la barba todavía por hacer."

"No me imaginaba que eran tan amigos."

"Carne y hueso."

"Entonces ya sabés todo."

"Todo, todo."

"¿Fuiste vos quien compró la ropa en la calle 14?"

"Sí."

"Me asustás". Se corrige: "me sorprendés."

"Tengo derecho, ¿o no?"

Suena el teléfono en el cuarto.

"Es para vos, Marcelo", grita Eduardo desde adentro.

"Me tomé la libertad. Di tu número..."

"¿A Carlinhos?"

"A Carlinhos."

Eduardo vuelve al living, mientras Marcelo dice algunos monosílabos lentamente.

Puedo adivinar piensa Eduardo cuando ve el rostro por primera vez transtornado de Marcelo.

"Ya saben que fuiste vos."

"¿Y qué? ¿Van a seguirme? ¿Poner una bomba en mi departamento? ¿Explotar el consulado? ¿Van a raptarme o van a empezar a enviarme cartas anónimas diciendo que soy espía de la CIA, del FBI y de lo que sea?"

"¿Querés parar, por favor? Escuchá; escuchame. Están seguros de que sos inocente en toda esta historia, eso es lo que dijeron."

"Quien descubrió que soy inocente fue Carlinhos. A ver si adivino: fue Carlinhos, grabando nuestras conversaciones en el restaurante. ¿Adiviné?"

"Debés tener razón." Y enseguida: "Me pidieron..."

"¿Qué te pidieron?"

"Recibí órdenes para..."

"Para matarme." Y como Marcelo no dice nada, Stella: "Escogé tus armas: ¿blancas o de fuego?"

"Órdenes para conversar con vos, informarte sobre la situación actual en Brasil, en el mundo. Creen que ignorás todo. Que si sos bien informado, podés hasta ser útil. Confían en vos."

"¿Y yo? Me pregunto si debo confiar en ustedes."

2

Marcelo Carneiro da Rocha, nombre de guerra Caetano, cuando vino a Nueva York a enseñar vino también con otra misión: la de unirse a un recién constituido grupo de guerrilleros liderado por Vasco (nombre de guerra). Alrededor de Vasco se fue formando a partir de comienzos del 69 una célula compuesta en su mayoría por estudiantes brasileños ya residentes en Nueva York, algunos ya trabajando, y por artistas que se habían mudado para Estados Unidos por las más diversas razones.

Vasco, que había estado al lado de Marighela en la reunión de OLAS en Cuba, consiguió entrar con pasaporte falso en los Estados Unidos vía Canadá. Se quedó algunos meses en Montreal, transformando su buen francés en canadien para no levantar sospechas al atravesar la frontera. Vino a Nueva York con la función de articular las futuras relaciones (a nivel ideológico y también económico) entre la guerrilla brasileña y los movimientos contestatarios de las minorías raciales norteamericanas. En su mira estaban el Black Panther Party, cuyo ministro de defensa era Huey P. Newton, y el movimiento de César Chávez en California, La Huelga. Más recientemente supo de la formación de los Young Lords, jóvenes puertorriqueños del Spanish Harlem liderados por Felipe Luciano.

La cúpula cubana quedó impresionada con el plan de Vasco que, según el propio autor, era apoyado por Marighela. Vasco también podía canalizar informaciones de los Panteras y de Chávez para La Habana sin que las fuerzas policiales del FBI ni de la CIA fueran activadas. Vasco vino, por lo tanto, con credenciales convincentes provistas por Cuba. Sería importante que ni siquiera los contactos de Cuba en los Estados Unidos —explicaba el mensaje en código que debía utilizar como carta de presentación— supieran de su existencia. Vigilados como estaban, inme-

diatamente también el nombre de Vasco sería computarizado por la creciente represión yanqui.

La célula comenzó a formarse de manera más formal sólo después de muchas reuniones de la "Brasil-US: People's Fraternity". La asociación se reunía en el salón de una iglesia protestante de la calle 46 entre la novena y la décima avenidas. Como la cosa podía ser descubierta, inmediatamente abandonaron el disfraz de la "People's Fraternity". Además, la existencia concreta de una asociación podía ser un dato negativo ni bien el grupo pasara a la acción. Con gran barullo (para espantar incluso a los brasileños reticentes o inconvenientes) deshicieron la asociación "People's Fraternity", alegando mil imposibilidades legales y dificultades económicas. En el futuro, al pequeño grupo de participantes activos (no más que ocho al final, según la selección rigurosa de Vasco) les avisaban con anticipación por teléfono el horario y el lugar de las reuniones.

El azar hizo que la tarea de aproximación de los grupos norteamericanos se diera de forma que no llamara la atención.

El maestro Leonard Bernstein, siguiendo de cerca la actitud de amigos influyentes, resolvió también dar un cocktail en su casa para los Panteras, con el fin de juntar fondos para la defensa de los "Panther 21", entonces en la cárcel, acusados de "conspirar" para hacer explotar cinco grandes tiendas de Manhattan, estaciones de tren, una delegación de policía y hasta el Jardín Botánico del Bronx. (Las explosiones, claro, nunca ocurrieron, ya que el grupo fue descubierto antes de las mismas.) La justicia americana exigía cien mil dólares de rescate —fianza en el lenguaje jurídico oficial— para la liberación de cada uno de ellos. De común acuerdo con el abogado Leon Quat, que defendía a los "21", Felicia y Leonard abrieron los salones de su duplex en la Park Avenue para los simpatizantes de

la causa negra del mundo del showbusiness americano. Sería una ocasión también para que hubiera un diálogo entre ambas partes, pudiendo entonces las personas de buena voluntad informarse sobre el pensamiento de las Panteras sin la acostumbrada distorsión hecha por la prensa escrita y televisiva.

El matrimonio Bernstein estaba frente a un problema: cómo hacer funcionar el cocktail para ochenta personas sin contratar algunos mozos. Contratar negros americanos, los habituales, sería falta de consideración para con los home-najeados. Llamaron a una agencia que les sugirió latinoamericanos residentes en la ciudad y ya trabajando en el oficio. Carlinhos supo de la búsqueda e informó a Vasco. Vasco fue contratado.

No fue difícil para Vasco crear una situación propicia durante el cocktail, sobre todo porque el ambiente permitía la camaradería entre los invitados y el servicio. Consiguió acercarse a Don Cox, field-marshal de los Panteras, se identificó y le pasó el mensaje dirigido a Newton por Cuba. Cox le dijo que iba a averiguar. Que le iba a llevar algunos días porque Newton, en aquel momento, estaba en la west coast. Pero que agendaba para de ahí a una semana un encuentro nocturno en un bar, The Red Velvet, de la 125 y Broadway. El no iría. Para que no se preocuparan. Intercambiaron contraseñas.

Hoy es discutible la eficacia de esa prolongación en los Estados Unidos de la Revolución Latinoamericana, de la cual la Revolución Cubana fue la primera, según las palabras de Marighella expresadas en documentos de fines del 67, en ocasión de su visita a Cuba y de su alejamiento del Partido Comunista Brasileño, documentos como "Cartas al Comité Central" (fechadas el 17 de agosto de 1967), o las "Respuestas al cuestionario de *Pensamiento Crítico*" (fechadas el 8 de agosto del mismo año). En ninguno de esos documentos —lo que dificulta la evaluación de la

prolongación— hay alusión a la misión y tarea de Vasco a los movimientos de la minoría revolucionaria de los Estados Unidos.

No se trata de cuestionar la historia de la década y de los movimientos guerrilleros legitimados por Cuba. Corre, sin embargo, la versión de que Marighela fue convencido por la cúpula cubana de no divulgar esa prolongación táctica de la Revolución en los Estados Unidos, para que el aparato represivo yanqui quedara ausente de la operación y para que Vasco fuera el hombre de liaison de Castro con los gringos rebeldes.

Según otras fuentes —éstas, dígame de paso, menos merecedoras de crédito— Marighela juzgaba peligroso el compromiso de los brasileños con la new left americana, en virtud de los excesos que cometían, tanto en materia sexual cuanto en el terreno de los narcóticos. El ejemplo contestatario americano sería malo para los ya poco preparados guerrilleros brasileños. De allí la orden precisa para Vasco: de ningún modo —terminantemente prohibido, fue la expresión usada— debía acercarse a los grupos de estudiantes blancos, cuyo único alcance revolucionario (según esta versión) era el hedonismo y el libertinaje.

Con los Panteras era diferente. Ellos tenían un programa que tenía en cuenta la necesidad de un sistema educativo revolucionario. Luchaban contra la represión a los negros, contra el racismo congénito de la sociedad yanqui, y exigían un plebiscito en los barrios negros, a ser realizado por las Naciones Unidas, para que la votación pudiera realizarse en un clima de libertad mínima y sin la coacción de elementos extraños a la comunidad y pertenecientes a los dos grandes partidos mayoritarios.

De todas maneras, queda todavía por estudiar y analizar la influencia de Vasco sobre el pensamiento de Marighela. Sólo una cosa es obvia: Vasco era bastante más

cosmopolita y estaba mucho más sintonizado con la época que Marighela.

La visión de éste, a pesar de estar inspirada en un modelo revolucionario extranjero —el cubano—, siempre terminó en una práctica estrecha, en la que las únicas metas son las impuestas por una guerra revolucionaria a favor sólo del Brasil y de los brasileños y el continuo cuestionamiento a la estructura centralista del PCB.

Vasco incluso pensó (quien lo informa es Caetano, en un reciente volumen de memorias) que si Marighela no hubiera encontrado a Cuba en su camino habría sido sacrificado a comienzos del 67 por el propio Partido, cuando sus críticas al comité central comenzaron a incomodar las tácticas más rudimentarias de supervivencia de la izquierda en Brasil, eso inmediatamente después de la caída de Castelo Branco. Hacía mucho que Marighela estaba siendo criticado por su individualismo y la fascinación exagerada por la figura del Che Guevara. Correr riesgos, para él, era sinónimo de revolución, arremetían sin piedad sus pares.

Con el acercamiento a Cuba —y en particular por la redacción de la “Carta al Comité Central” en suelo cubano— Marighela quedó a salvo de una posible represalia del Partido. En ese sentido, la primera frase de la Carta (“Desde La Habana, donde me encuentro, decidí romper con el Comité Central del PCB, y es en ese sentido que le escribo”) es clara tanto en la ruptura como en el lugar donde esa ruptura se hace. Ahora bien: ya todos sabían que Marighella había sido expulsado del Partido y sobre todo el comité central y, por lo tanto, una carta de ruptura era un mero gesto simbólico y tenía ciertamente otras funciones. Una: no me toquen. Otra: miren con quién ando y díganme quién soy.

El contacto con los Panteras rindió muy poco. Con la Huelga el contacto nunca se llegó a concretar. Y el acerca-

miento a los Young Lords se dio en circunstancias idénticas al de los Panteras, sólo que en la casa de otra socialite, Ellie Guggenheimer. Ya entonces los Panteras atravesaban un período difícil. Como ejemplo cítese el caso de Fred Hampton, asesinado por policías mientras dormía en su propia cama. Los policías alegaron legítima defensa. Granted. Para no hablar de la ya mencionada prisión de los "21", ocurrida en febrero del 69, prisión ésta que tornó la situación financiera de los Panteras —ya complicada con la carísima justicia americana— cercana a la catástrofe.

De su entrevista con los Panteras, Vasco consiguió sólo que fuera presentado a un pequeño grupo de blancos radicales que actuaban en el área. Hicieron, a beneficio de la gente de la antigua "People's", la expropiación de un banco del Bronx. Ya en la época —hay que decirlo— las Panteras estaban divididos en relación a Cuba, al modelo cubano de actuación política, y la figura del Comandante Che Guevara iba perdiendo el aura de modelo por encima del bien y del mal. Debido a las constantes escaramuzas policiales y principalmente a causa de los tortuosos laberintos de la justicia (el uso de la justicia como arma fue el brillante descubrimiento de la represión yanqui para contener "democráticamente" los posibles avances tácticos de los negros), los Panteras optaron por una línea de conducta más próxima al american way of life, con el propósito de cosechar un mínimo de simpatía del grueso de la población. Fue la época en la que comenzaron a citar en profusión trechos de la "Declaración de la Independencia" en lo que tenía de democráticamente útil, en que insistieron en la necesidad de plebiscitos que escaparan a la máquina electoral podrida y corrupta montada por los dos grandes partidos, en que cuestionaron la constitución del grand jury donde el jurado escogido era siempre el americano de la alta clase media y por lo tanto poco prepa-

rado para la comprensión de la Causa, en que organizaron y abrieron guarderías y escuelas comunitarias que servirían de modelo para un nuevo sistema educativo, y cosas por el estilo.

Viendo que el filón imaginado y planeado en Cuba no rendiría, Vasco concentró el esfuerzo del grupo fluctuante en un interés también particularmente brasileño: pequeñas e insistentes investigaciones con el fin de mapear la situación de las autoridades brasileñas en los Estados Unidos que estuvieran o hubieran estado al servicio de la represión y de la tortura en Brasil.

Caetano trajo un mensaje del MR-8 aplaudiendo la sabia decisión de Vasco, ofreciéndole su solidaridad.

La orientación del grupo sólo cambia de manera definitiva con la llegada de Falcão (nombre de guerra) a Nueva York. Hacia fines de septiembre, Vasco pierde la jefatura del grupo y una línea más de acuerdo con el pensamiento y la actuación de Marighela se impone.

La ficha de Falcão era impecable. Participó del robo de armas en el recinto de la Aeronáutica. Fue uno de los líderes en el congreso VAR-Palmares en Teresópolis. Subjefe de una casa de guerrilla instalada en Niterói. Participó de cinco expropiaciones de bancos y dos de supermercados en el área de Río de Janeiro. Frecuentó —mientras pudo, es decir, antes de entrar en la clandestinidad— los campus universitarios con el fin de ayudar en el planeamiento de actividades como comicios relámpagos y manifestaciones de insubordinación interna.

Falcão fue uno de los guerrilleros intercambiados por el embajador norteamericano Elbrick. En México, Falcão puso en práctica un plan pensado todavía en el Brasil y ya puesto en funcionamiento cuando llegó allí. Consiguió un pasaporte americano falso y se unió a un grupo de braceros del Norte que partían hacia California con el fin de trabajar en los campos de tomate desahucados por el

proselitismo de César Chávez. Descendió del ómnibus en Chihuahua. Se unió al grupo mexicano de braceros al día siguiente. En un ómnibus especialmente enviado, atravesaron el puente sobre el río Grande que une Ciudad Juárez a El Paso. Ya en territorio americano se desligó furtivamente del grupo a la noche y voló hacia Nueva York.

Vasco lo puso al tanto de todo e imaginaron juntos el primer golpe, que sería meticulosamente planeado y precisamente ejecutado, pero de parca repercusión. Apenas para testear la fuerza y la cohesión del grupo. El golpe: asustar al agregado militar, cuya ficha personal ya había sido llenada bajo la orientación de Carlinhos.

3

Borrachera homérica la de hoy. Era necesaria: más que necesaria. Un brindis para la Viuda Negra, es decir, Valdevinos Vianna, es decir, coronel Valdevinos Vianna, elemento destacado (sonido de trompeta) en el brioso Ejército Nacional y también reina emérita con recorrido en Copacabana, París, Amsterdam, Londres, Manhattan y otros lugares de la pesada. Un brindis a la gloria de la puta, gusano, chupasangre, culo flojo piensa Eduardo somnoliento con la perorata político-revolucionaria enseñada escolarmente por Marcelo, mientras Stella ya no logra esconder su impaciencia y patalea en el sofá loca por salir y dar una vueltita por el Village (su corazón late apresurado toc toc toc y quiere salir volando), encontrar de nuevo a Rickie,

We'll fly down to Brazil.

You bet! pero Marcelo lengua larga no para de hablar de las excelencias de las guerrillas urbana y rural en el Brasil y en América latina; no paró de hablar en toda la noche, mientras los dos se abastecían compulsivamente de

whisky. Ahora Marcelo pregunta si Eduardo sabe del secuestro del embajador norteamericano en Río y Stella sólo de aburrida le pregunta

"¿Cuándo fue?"

a lo que Marcelo responde

"Así no va, ya estás borracho."

"Estamos", corrige Stella, "estamos, yo de whisky y vos de palabras",

y Marcelo traga saliva,

"Un brindis, Marcelo, chin chin, un brindis a nuestra pusilan pu-si-la-ni-mi-dad uf!" y con su cuerpo busca el cuerpo de Marcelo y sigue: "Ya es hora de dar por terminado el film sobre la Revolución cubana en la América del Sol con casting elegido a dedo entre las estrellas de la Atlántida, Anselmo Duarte en el papel principal —no podía ser otro—, y Fada Santoro, la pérfida muñeca de los cabellos negros, interpretando —tan-tan-tan-tan— a la hermana de Fidel Castro, Juanita, la renegada de la familia, personaje corrupto y detractora de los héroes revolucionarios",

"Estoy haciendo todo lo que puedo para no aburrirte y vos venís y arruinás todo al final",

"Un brindis, Marcelo, chin chin, a la santa ignorancia de los hombres, otro brindis, Marcelo, chin chin, a la pija y al culo de Rickie", y con el cuerpo busca el cuerpo del otro que visiblemente enojado se queda callado, mientras Stella, bien caracterizada como Fada Santoro, con flequillo en la frente, le pregunta

"¿El silencio es de oro?", a lo que Marcelo responde,

"En boca cerrada no entran moscas",

"That's for sure, man, pero qué bien que baja el whisky, aterciopelado, garganta abajo, que baja, baja, sentí, Marcelo", y Eduardo lleva la mano de Marcelo hasta su cuello para que sienta el gluglu que sube y baja cuando toma un trago,

"Cruz credo, vade retro Satanás, tengo alergia a puto brasileño, son unos presumidos", dice Marcelo entrando ya en las locuras de Stella, y dejando de lado las órdenes que había recibido de la organización de adoctrinar a Eduardo para que fuera un elemento útil dentro del consulado,

("El coronel puede sospechar de todo el mundo menos de él, prosiguió Falcão ya puesto al tanto de las características especiales que rodeaban la amistad entre Eduardo con el agregado militar y además la amistad de Eduardo con Marcelo. "Y como trabaja en la sección de pasaportes" -concluyó Falcão- "podrá sernos de inestimable valor para todos los exiliados.")

y Marcelo arregla su cuerpo en el sofá,

"Me sirvo otro más, el último", Marcelo se levanta acercándose al balde de hielo y a la botella que están en la mesita, y tambaleando se sirve, mientras Eduardo le dice

"Estás en pedo. Borracho. Me gustaría verte en acción (Stella no esconde el interés por Marcelo), tesón oro y verde perdón de mi tierra",

"El que puede puede y el que no se jode" retruca Marcelo mientras Stella sugerente y pestañeando sus ojitos almendrados se acerca a Marcelo por la espalda y le da un abrazo de oso; Marcelo pierde el equilibrio y el vaso vuela por la alfombra, astillándose,

"¡Culpa tuya, you faggot!"

"Dejá que mañana Bastiana hace la limpieza", y continúa atracando a Marcelo que intenta con amabilidad librarse del otro, intentado sentarse de nuevo en el sofá.

"Voy a buscar otro vaso en la cocina", se endereza Eduardo,

"No hace falta, ya era hora de parar",

"¡Espacio, querida, espacio!" dice ríspida Stella y continúa "Ahora vamos a dar una vuelta por el Village. Quiero que conozcas a Rickie, the Eight Wonder of the

World, James Dean resucitado por Nicholas Ray, tímido cowboy lost in the big city", Eduardo le pasa el vaso a Marcelo que se sirve hielo y whisky,

"Se terminó la botella",

"No te preocupes, hay otra guardada",

"Nada como trabajar en el consulado",

"Así es. Te hacés el guerrillero subdesarrollado y terminamos en esto". Eduardo suelta una carcajada que hasta lo incomoda a él mismo,

"Quien ríe último ríe mejor"

"Con siete palmos de tierra encima del cuerpo no vale, no hay gloria que cuente",

"Todo vale la pena si el alma no es pequeña",

"¡Chantaje no vale!", Eduardo se emociona ante a los versos de Fernando Pessoa que acostumbraban citar cuando los dos eran alumnos de Letras,

"Sucede que me canso de ser hombre", continúa recordando Marcelo,

"I always depended on kindness of strangers",

"Et un jour j'assis la Beauté sur mes genoux et je l'ai trouvée amère",

"El grito, fruto extremo y oscuro de este árbol que es el gallo, fuera de él es mero complemento de auroras."

Los dos se quedan ensimismados, en silencio.

"El último, Eduardo; después me voy directo a casa: el profesor Aníbal y Stella en el mismo día es demasiado."

"¡Espacio, querida, espacio!" de nuevo Stella con voz menos ríspida, "vamos al Village. Tenés que conocer al James Dean de los pobres, veinte dólares and you have it all, una noche de amor, es todo a lo que tenés derecho, y es tu tipo (Eduardo insinúa buscando convencer al otro a acompañarlo), blond hair, blue eyes, a true wasp, como ya no se hacen más en esta tierra de judíos, negros y puertorriqueños."

"No empecés, racista, no sigas hablando mal de los pobres, que termino contándole todo a Carlinhos",

"Racista sos vos, mirá quien habla, no podés ver unos ojos azules que te babeás como si fueras un bebé sin chupete, y después venís a hablar de las Panteras, de los Young Lords, de la boca para afuera, todo de la boca para afuera, porque en el fondo lo que te gusta es una pija de cabeza bien rojita y con pendejos rubios",

"Empiezo a dudar de la sensatez de Falcão, no conoce a Stella personalmente, porque si la conociera no sería tan optimista con Eduardo posando de espía en nuestro consulado",

"¿Que estás murmurando ahí?"

"Nada, nada, sólo pensando un poco en voz alta",

"Puedo adivinarlo: cómo secuestrar a un embajador en diez lecciones sin maestro y sin dolor",

"O: cómo desperdiciar una noche de sábado, o mejor: cómo ser una loca perdida hasta en pedo", retruca Marcelo ya incomodado con la liviandad con la que Eduardo busca denigrar a su organización,

"¿Quién habla! Hasta parece que le gusta el bacalao, como dice mi amiga Lacuca",

"¿Esa cubana de al lado es de confianza? ¿No me dijiste el otro día que cuando escucha la palabra comunista escupe en el piso y se bendice?"

"Si viniera aquí hoy, sólo la dejaría entrar con escupidera en la mano", bromea Stella imitando los mohines de la cubana cuando está muy atacada, "no te conté", continúa, "que está loca -loca estoy yo por Rickie- loquísimas por un periodista brasileño, supermacho según ella",

"¿Quién?"

"No me dijo el nombre. Sobre eso, mi bien, es una tumba, pero lo peor que vos no sabés es que el tal periodista aprovechó un momento en que la loca había ido a

trabajar para vaciarle el departamento, y a la otra todavía le parece comprensible",

"¿Y él volvió?"

"Nada, la pobre mata el tiempo haciendo hechicería para ver si él vuelve, y nada, nunca más",

"Cuánta gente descarada hay en este mundo", se conmueve Marcelo mientras Eduardo desconoce al amigo,

"Pensé que ibas a decir, ¡Bien hecho!, quién la manda a ser comunista" - Eduardo se arrepiente frente a la cara de enojo de Marcelo. "Perdoname, dale, perdoname, sé que estoy exagerando, pero es mucho para mi cabeza, la Viuda Negra descontrolada temblando como un junco y vos con el abecé de la revolución latinoamericana, fue demasiado, perdoname",

"La culpa fue mía, el problema es que vos estabas acusándome de no haberte avisado y pensé que no podía dejarlo para después, que después ibas a venir a echarme en cara de nuevo que no era tu amigo; conozco a Stella desde hace tiempo y sé de lo que es capaz." Eduardo:

"No me va a ser nada fácil librarme de Vianna",

"¿De quién?"

"Del coronel Valdevinos, como dicen ustedes. Sin él no habría salido de Río, ya me habría dado un tiro en la sien",

"Pará, Edu, qué mala onda, en un rato estamos llorando, querés que vaya a buscar un pañuelo al cuarto, hombre preve..."

"Vos no podés entender, Marcelo; vos tenés una visión muy lógica y dura de la vida, permanecés casado durante dos años, te separás, y es como si fueras a dejar de tomar un trago por unos días: sabés que vas a tener sed por unas noches, pero enseguida la semana siguiente la sed va a ser saciada porque ya podés tomar sin remordimientos tu whiskicito. Vos podés, Marcelo; yo no puedo. Posás ahora de joven profesor universitario, pero a escondidas querés dinamitar la isla de Manhattan; yo no, yo soy distinto: soy

un sentimental, me apegó a las personas que me ayudan como si fuera una garrapata, no desaparezco, no me voy; sólo si la persona es hija de puta conmigo; tiene que haber sido hijo de puta conmigo, con los otros no vale; y entonces no podés imaginarte cómo quedo: entro en una down, se me desmorona el mundo, se me cae el mundo; fue de una de esas que me sacó Vianna y tengo que ser agradecido; es eso lo que quería decirte cuando empezaste con aquella perorata sobre la lucha armada en el Brasil; quería decirte pero me atraganté, me quedó algo atragantado acá en la garganta, atravesado, quería decirte pero no pude, porque quiero también entenderte, ser tu amigo, si es posible ayudarte, Marcelo. Me parece que vos no podés imaginarte qué malo es ser sentimental, tener los sentimientos a flor de piel como otros tienen los nervios; el día que alguien no riega mis sentimientos es un martirio, me convierto en un necesitado, resentido, entro en una paranoia loca, como un ciempiés que me recorriera el cuerpo, corro de un lado a otro como una cucaracha tonta y sólo me calmo cuando escucho una voz amiga y generosa. No te imaginás, Marcelo, la miseria que es ser tan dependiente: parece que siempre dependo de alguien, antes era de la familia, ahora es de Vianna, y ahora es él el que me va a cagar, superlativamente, está llegando: no quiero ni pensarlo, ni pensarlo, no puedo y no quiero", y la voz de Eduardo se empieza a quebrar,

"¿Qué cagada te puede hacer?"

"Esperate nomás, si ya estoy frito",

"¿Ya no te tiene más confianza?"

"No confundás las cosas, Marcelo",

"Después me decís que no te aviso y me acusás de traidor",

"Yo resuelvo este asunto solo; vos estás muy comprometido para entrar en el juego",

"¿Vas o no vas a decirme?", insiste Marcelo,

"No insistas", aconseja Eduardo martillando cada sílaba como si fuera locutor,

"Bueno",

"¿Vaciamos la botella?"

"Vacíala vos, yo ya estoy bien",

"¿Compartimos?"

"OK, pero nada de abrir otra",

"Yo tampoco quiero, después vamos al Village",

"Andá vos, mañana tengo un encuentro temprano para dar un nuevo balance de la situación; parece que el coronel está realmente rabioso, fue lo que informó la empleada que trabaja en la casa de él, una nordestina que se está acostando con Vasco",

"¿Él sabe de ella?"

"¿Si sabe qué?"

"Que ella espía dentro de su casa",

"¿Quién dijo que es espía? Vasco la llamó y ella le dijo que el patrón había dormido fuera de casa y que llegó hecho una furia",

"¿Y vos qué querías?"

"Yo no quería nada",

"¿Cómo que no querías nada? Ahora no te hagas el santito, la aureola no te queda bien, vos sabés que el dorado no combina con el pelo negro, ¿o viste algún santo aureolado de pelo negro? Cuanto mucho castaño claro",

"Bromeás, Eduardo, seguí bromeando, pero no podés imaginarte la ficha que tiene el coronel: lo mandaron a Nueva York por los buenos servicios en las mazmorras de la represión; si yo te contara no me creerías: fue él quien inició la tortura después de la muerte de Castelo Branco, un sádico carnicero",

"Basta, Marcelo; qué mala onda, suficiente de lecciones por hoy, ¿no?"

"Hizo cursos en los Estados Unidos y en Panamá, llevó el know how de la guerra psicológica a los milicos brasi-

leños, submarino, electroshock en los huevos y todas esas cosas",

Eduardo se descontrola y ahora es él quien deja caer el vaso en el suelo, "Es-tú-pi-da", y sale hacia la cocina para buscar otro; cuando vuelve ve la botella vacía, mira el vaso de Marcelo: "¿Compartimos?"

"Claro, hermano",

"Después salimos",

"Salís vos",

"No seas pájaro de mal agüero, Marcelo, hoy Rickie no se me escapa, voy con la caña de pescar, me mira y lo atrapo"

"Y me dejás borracho y solo en el bar",

Eduardo estira el brazo y le hace una caricia en el pelo a su amigo, "¿Cómo vas a pensar eso de mí?, volvemos los tres a casa",

"Nunca cogí de a tres".

"Siempre hay una primera vez", Eduardo toma el último trago e incita a Marcelo a hacer lo mismo, mostrando el vaso vacío, "Vamos, vamos",

"Que sea lo que Dios quiera."

Eduardo apaga las luces del departamento mientras Marcelo lo espera afuera, en el corredor. Eduardo cierra la puerta y le pone llave.

"Tendrías que ver la fortaleza en la que vive el profesor Aníbal, tiene cientos de cerraduras en la puerta",

"Ya sé, es de aquellos -¡apretá el botón del ascensor!- de aquellos que dicen que diez de nueve nuevayorquinos son ladrones",

"¿Sabés qué hora es?"

"La misma que ayer a esta hora",

"Una y cuarenta",

"Vamos hasta la octava a tomar un taxi",

"A esta hora sólo está abierto el Envil's",

y cuando entran al Envil's Eduardo se topa con Rickie acompañado de un millonario, bostoniano -seguramente-, le muestra Rickie a Marcelo, que concuerda en género y número con el gusto de Eduardo,

"Mejor imposible"

Stella, atrevida, se acerca a Rickie,

"Hye!"

"Hye, Eddie!"

"How are you tonight?"

"All right, and you?"

"OK, fine",

"May I buy you a drink?"

"Not now, thanks",

y Eduardo pide un scotch and soda y paga, mientras Stella piensa *Hoy embolsa cincuenta dólares. Está subiendo la cotización en la bolsa de valores. Así en seguida llega a cien.* Una vez que le sirven, Eduardo se acerca a Marcelo, "¿No tomás nada?"

"Para mí es suficiente",

"Qué va a ser suficiente", Stella vuelve al mostrador donde pide otro scotch con soda y se lo lleva a su amigo, "Salud",

"Salud",

"Wish me good luck, Marcelo, la competencia está brava, hoy tiene un pez grande a tiro",

"Enseguida se libera del bacán",

"Que Dios te escuche, hijo mío", y Eduardo sorbe de un solo trago el whisky, los cubos de hielo tintinean en el fondo del vaso; vuelve sobre sus pasos al balcón y pide uno más, "The same", paga y busca a Marcelo; está conversando con otro en portugués, *sólo puede ser compatriota*, y Stella resuelve quedarse inconvenientemente rondando a Rickie, *hoy brasileño ni muerta*.

OCTAVO

Leila alza las ropas que había tirado por el piso del escritorio y, todavía desnuda, camina hacia el baño donde va a darse una buena ducha.

Aníbal no se impacienta: se queda tranquilo en su silla de ruedas estacionada frente al escritorio y no se perturba cuando Leila junta su ropa del piso y sale del escritorio y lo deja solo acariciando su pene duro debajo del calzoncillo. La cara de Aníbal traduce el vacío de la espera, como si tuviera que haber un espacio-tiempo de beatitud entre el pensamiento y la acción en que el cuerpo todavía tenso y armado sólo existiera como concreción de energía, pero sin que ésta llegara a ser canalizada hacia un objetivo, semejante a un lago artificial donde el potencial hidráulico del agua inmóvil quedara inerte hasta que se abrieran las compuertas. Los nervios y los músculos de Aníbal se adormecen mientras la cabeza navega por el vacío. No ve nada concreto a su alrededor. Los lomos multicolores de los libros se borran y la biblioteca desaparece mientras algunas nubes invaden el ambiente creando un escenario inmenso en perspectivas que conducen al infinito. En la sala gigantesca permanece sólo el silencio después de la salida brusca de Leila. Aníbal intenta imitar ese silencio encontrando en él la ausencia sensible del paso del tiempo. En ese silencio total y alimenticio las rosas no se marchitarían.

Leila tira la ropa en el piso del baño y entra en la ducha. Se pone una gorra de plástico para no mojarse su vasta

cabellera negra. Primero abre la canilla del agua fría y siente el chorro helado sobre el cuerpo caliente y excitado y, ante el contacto, las carnes encuentran un ablandamiento gradual que va retirando del cuerpo la crispación del combate en la arena, haciendo que los rasgos entonces ásperos del rostro vuelvan a colorearse de gracia y dulzura infinita. Cierra la canilla del agua fría —no del todo—, y va abriendo de a poco la del agua caliente, hasta alcanzar una temperatura adecuada al propio calor de la piel. Alimentado por los desencuentros y las frustraciones, debajo de la piel de Leila va renaciendo un felino que —ahora bajo el signo de las aguas— se recoge mientras espera el momento de la metamorfosis completa, momento en el que irá a deambular por las calles con su deseo en llaga abierta. Leila no puede pensar en la herida del deseo, su inflamación, no consigue pensar en el instante repentino e inesperado de la cicatrización, cuando vuelve entonces satisfecha a su casa. Leila reacciona de manera felina, escudriñando en los oscuros callejones de la búsqueda, saltando por encima de los obstáculos y tachos de basura, hasta que pueda saltar sobre su presa, sofocándola con caricias de gata.

Aníbal vive intensamente la espera. Conoce todos los meandros y las delicias de la espera, como si hubiera vivido hasta hoy sólo en su geografía, y vivido su drama. Para él, la espera es una forma de rumiar silencioso, un sahara luminoso y monótono por donde el alma transita sin barreras y sin límites, buscando las gracias de fluir (el fluir natural del río por su lecho previsible), de flotar (la hoja seca cuestionando la gravedad al ser acogida y envuelta por los brazos ásperos del viento), de levitar (los objetos levantan vuelo instigados por la fuerza del pensamiento), las gracias de un cuerpo que se desprende de las amarras terrenas y pasa a tener mariposas y pájaros como

compañeros, gaviotas y palomas, el cuervo y el gavián. En el ascenso, Aníbal descubre la sensación del traslado sin pena ni sufrimiento. El cuerpo vuela por el infinito como en una alfombra mágica desde donde se ven paisajes conocidos y otros insólitos. Sin saber de dónde viene y hacia dónde va, Aníbal viaja deslizándose por la nieve del espacio en su imposible trineo.

Leila se deja guiar por el olor del jabón que entra en sus fosas nasales haciendo vibrar el recuerdo del agua libre y fluyente del río, olor de flores silvestres, ácido y dulce, perfumado. Olor a pies que andan por un camino de tierra agitada y de un cuerpo que súbitamente encuentra el descanso del agua libre y corriente del río. Leila toma el jabón y va enjabonando su cuerpo. Retira primero la parte superior del agua y con manos ágiles y decididas se lava los hombros, las axilas, y se demora más en los senos, dejando que la espuma del jabón llegue a tomar cuerpo en un espeso velo blanco. Vuelve el cuerpo hacia el agua y con las mismas manos que ahora friccionan ayuda al agua en su tarea. Se recuesta sobre los azulejos, evitando completamente el chorro de agua sobre el cuerpo, y se enjabona la vulva y después las nalgas y al mismo ritmo descende por las piernas hasta llegar a los pies. Entonces hace un cuatro con su cuerpo, primero con base en la pierna izquierda y después en la derecha, para que queden bien lavados los pies.

El cuerpo de Aníbal va bajando bajando como paracaidista hasta que sus pies se posan en la arena caliente del Sahara. El cuerpo de Aníbal camina por el desierto y las plantas de sus pies ya sienten comecón, como mil y una agujas que despiertan una sensibilidad entorpecida por su olvido, y Aníbal recuerda que los pies caminaban, caminan así, y cuanto más quieren caminar sus pies,

mayor obstáculo ofrece la arena que pasa a recibir su peso con la docilidad de las arenas movedizas, pero aun frente al obstáculo las piernas son sin embargo ágiles y empujan el cuerpo hacia delante. Las dunas se confunden con el cielo a su frente en la dulce claridad del horizonte que permanece inalterable y previsible, a pesar de sus ojos que avanzan y se mueven en su dirección. Sólo la sombra caminante de Aníbal perturba el ambiente de reposo y distanciamiento, y es en ella que se pierden sus ojos, en aquella zona de donde se ausenta la luz y los granos de arena anónimos pierden el brillo estridente que es la imagen de la luminosidad intensa del sol.

Mientras cierra la canilla del agua caliente, Leila va reabriendo al máximo la del agua fría, de modo tal que su cuerpo sea violentado por la temperatura baja que lo agrede y, asaltado, el cuerpo no rechaza el combate, y de nuevo se crispa en defensa recubriéndose de una coraza que lo insensibiliza en su propia entrega a las aguas enemigas. Actuando como máquina del tiempo, el chorro de agua helada reubica a Leila en el estado en que había entrado en la ducha, como si el ritual de limpieza y de relajamiento no hubiera existido. Leila abre la mampara de la ducha, toma rápido una toalla y se deja envolver por el tejido afelpado que, friccionado contra la piel, hace que pierda el tono blanco lechoso y adquiera machas rojas y sanguíneas que van sucediéndose a lo largo del cuerpo en una interminable vertical. Es una brasa que va siendo encendida nuevamente. Y cuando Leila comienza a vestirse en el cuarto de al lado huye apresurada del ritmo lento y gracioso de los días comunes. Leila se viste maquinalmente. Sus gestos son triviales y rápidos, como los de un soldado que se pone el uniforme después de las vacaciones en las que se había habituado a las posibilidades de armonía del traje civil. El uniforme de Leila se ajusta a sus

formas redondas, realzándolas con el contraste entre la piel blanca y la tela negra.

Aníbal vaga por el desierto como un fugitivo de la Legión Extranjera, como un beduino extraviado de su caravana, como ciertamente vagó por el desierto Don Sebastián, el infante Don Sebastián después de la derrota de Alcázar Quibir; Aníbal vaga como Don Sebastián sabiendo que todo su ser es el lugar de una espera, de una hora propicia en que, de nuevo, los velos del olvido se levantan para recomponer las glorias deshechas por el tiempo. Aníbal marcha hacia atrás por el tiempo y camina a pie placenteramente por las dunas, con el alma limpia y serena fortaleciéndose de los obstáculos que van siendo franqueados con alegría renovada por la arena que, al moldear sus pasos, va dándole la seguridad de una caminata matinal y despreocupada. Aníbal salta por la arena y extiende los brazos en busca de otras manos para que se haga la ronda que vamos todos a dar la media vuelta.

Frente al espejo del tocador, Leila también tiene a su frente todo un arsenal de maquillaje que utiliza con sus manos hábiles y meticulosas. Reaviva los ojos con el lápiz que rehace más marcadamente las cejas negras y estira el ángulo de las pestañas hacia las sienes en un trazo duro y firme. Hinch a un poco las mejillas con aire para que el blush se desparrame por igual y con más poder sobre la piel, dándole el rubor de una colegiala que hace confidencias satánicas a su compañera. El lápiz de labios rojo enfurecido enciende los labios, incendiando todo el rostro que, en un pase de magia, se colorea con todos los colores de la seducción fácil y sobrecargada. Leila se mira en el espejo y sabe que a partir de ahora ella es aquella otra, una imagen creada a medida para ella por Aníbal, y que ella recrea para él cuando recibe la señal. Leila es imagen

ambulante que se fija en la superficie del espejo, amiga y desconocida de sí misma —quien querés ser y no lográs ser, eso le dice Aníbal. Toma el tapado de piel y la cartera del ropero y ya está lista.

Sucumbiendo frente a las trampas del desierto —al hambre, la sed, el cansancio— Aníbal ya no camina más, se sienta en una duna elevada, estira el cuerpo por la arena que abrasa la piel haciéndolo transpirar. En lo alto el sol ardiente, indómito y solitario, guía y déspota. Aníbal flaquea y quiere reaccionar, pero el cuerpo sentado en la silla ya no se puede mover independientemente. Cuando sus manos tantean la masa familiar de los posabrazos de la silla recubiertos de cuero, descubre atónito que está preso al suelo, a la tierra, al asiento; y en ese momento se quiebra el silencio del escritorio.

“Voy a salir”, dice su Leila desde la puerta del escritorio, recubierta de un tapado de piel que, aún cerrado, deja ver un audaz escote donde asoman, lechosos, sus senos.

Aníbal se repone del largo viaje por el Sahara y se refriega los ojos como si hubiera despertado en medio de un sueño. Apresuradamente aleja la silla de ruedas hacia atrás, abre el cajón central del escritorio y retira de él un estuche negro.

Leila cierra la puerta con llave y camina hacia el ascensor. Aprieta el botón.

Aníbal cierra el cajón, vuelve a acercar la silla a la mesa, abre el estuche, retira los binoculares envueltos en franela roja. Con la franela limpia las lentes de ambos lados.

Una atmósfera densa y perfumada permanece en el ascensor cuando Leila sale de él. Cierra mejor su tapado de pieles al pasar cerca del encargado, que al verla tan bien vestida y maquillada adivina que va a una fiesta y le desea que la pase bien. Abre la puerta de vidrio y Leila recibe en la cara la humedad del aire newyorquino de otoño.

Aníbal asegura los binoculares: ya como si fueran un instrumento quirúrgico, ya como si fueran un juguete codiciado: sus manos se vuelven ariscas y miedosas al tocarlos, o entonces los envuelven cariñosamente como si quisieran traerlos hasta el pecho para abrazarlos, y entonces Aníbal piensa *El silencio, el silencio, sólo por el silencio las jerarquías y los lazos sociales se sustentan, el secreto es la razón de todo misterio religioso, de todo el poder que se quiere divino*. Pero luego vuelve los ojos de nuevo hacia los binoculares presos entre las manos.

Leila baja algunos escalones y camina por el sendero del jardín que rodea el conjunto de edificios.

Aníbal se pone los binoculares en la falda y mueve la silla de ruedas, transponiendo primero la puerta del escritorio, ganando y atravesando el pasillo y llegando hasta el living. Los ventanales están escondidos por las espesas cortinas cenicientas. Aníbal rodea el conjunto de sillones y se acerca más a las cortinas, estaciona la silla paralelamente y abre las cortinas al medio bruscamente, dejándose recubrir por ellas como si hubiera cavado por milagro una cueva donde ahora se esconde.

Leila no está apurada. Desde que bajó los escalones de la entrada del edificio, suavizó el cuerpo, distendió los músculos, aplacó los nervios, y su cara se abrió en una

sonrisa abierta y postiza. Ahora, toda ella se equilibra sin cuidado dando impresión de incertidumbre e inseguridad al guiar sus pasos, y sin caminar de manera torpe queda, sin embargo, a la espera de manos firmes y masculinas que puedan abrazarla antes de que se caiga al suelo.

Rozando la cortina, Aníbal va arreglando la silla en pequeños movimientos hacia delante y hacia atrás, hasta que la rueda derecha se pega al ventanal, dándole la mayor visibilidad posible del exterior. Su respiración se volvió jadeante por la prisa ansiosa de los gestos. Hace calor en la carpa armada por las cortinas y la atmósfera densa y viscosa no lo molesta, al contrario: está tan cómodamente instalado en ella que es como si estuviera acostado en la cama en una posición agradable.

Los tacos altísimos de los zapatos de Leila debilitan el cuerpo envuelto por el tapado de piel, ahora más frágil porque las manos dejaron de cerrar el cuello y los brazos paralelos al cuerpo fuerzan al tapado a entreabrirse mostrando una silueta esbelta donde sólo los senos se aprietan comprimidos por el vestido.

Aníbal ya no sabe qué hacer debajo de su carpa, con el rostro pegado al ventanal; no logra todavía ver a Leila caminando abrigada por el jardín que rodea el conjunto de edificios residenciales. Está ansioso esperando que el bulto oscuro llegue a algún área de visibilidad y, mientras no lo vislumbra, vuelve a ver todo lo que no vio cuando los dos estaban juntos en el escritorio: ve el cuerpo de Leila que a su frente se contorsiona como una serpiente incendiada con las manos en los senos, pellizcando con sus dedos los pezones, vuelve a ver dedos crispados que buscan en un descenso ondulante por la piel y los labios vaginales que se abren con avidez

"Mirá, idiota, mirá, no sabés lo que te estás perdiendo",
 "sí, miro, mi amor, sos vos la que huye de mí",
 "tocá, poné el dedo, la mano",
 "vos no me dejás",
 "¿qué yo no te dejo?, estás loco",

vuelve a ver el rostro arrebatado por el goce donde las fosas nasales se cierran en profunda y larga inspiración, y Aníbal siente como si todo su ser fuera absorbido y Leila para de repente, levanta la ropa del piso y sale, "no me dejés ahora" —grita Aníbal y se asusta con su grito que golpea el ventanal. Mira hacia fuera y ve el bulto oscuro de Leila con el rostro blanco. Levanta los binoculares de su falda.

Leila camina en dirección a Bleecker Street, pero al llegar a un encuentro de caminos en el jardín, para bruscamente, se da vuelta, levanta la mirada y busca en el edificio, que es una barrera a su frente, las ventanas del departamento. Las ve. ¡Aníbal! Lo busca pero no logra verlo sentado en la silla de ruedas, sólo entrevé el brillo metálico y fugaz que viene de la parte niquelada de la silla tocada por algún rayo de luz. *Ya está ahí* piensa *puedo continuar el camino*, lo saluda con la mano y se siente más segura sabiendo que alguien la vigila a sus espaldas, que una mirada se posa en ella, sabe que ya no está caminando sola hacia Bleecker Street, alguien se interesa por ella, por su destino, alguien allí arriba. Cuanto más se distancia de Aníbal, más se aproxima a él, lista para encontrarlo en el momento en que sus manos toquen otro cuerpo y, en aquel momento, estará tocando el cuerpo prohibido de Aníbal, el cuerpo resguardado allá arriba, inalcanzable a manos profanas, a otras manos que no sean las propias. *Él viene atrás y me espera adelante. Yo sola puedo unir quien me persigue a quien busco, sintiéndome apresada entre uno y*

otro, entre la mirada de Aníbal y el deseo de un desconocido que me aborda.

Aníbal no esconde la ansiedad que lo hace girar anárquicamente el mecanismo para enfocar los binoculares. De repente surge del otro lado, nítida, Leila, espléndida y gigante contra un fondo extravagante de vegetación. Aníbal se calma, respira tranquilo el aire viciado de la carpa y se recuesta en el respaldo de la silla, respira tranquila y acompasadamente viendo a Leila allá lejos y aquí cerca, con los ojos brillantes y la sonrisa abierta, Leila, que lo saluda con la mano y entreabre el saco: *estoy aquí*, mostrando todo el cuerpo para Aníbal que se palpa las ingles como un ciego y siente de nuevo el calor que se agiganta y enmaraña en sus dedos. Su verga se dilata como para ser proporcional a la gigante Leila que le da la espalda y que de nuevo es un bulto compacto y denso que se escurre por la oscuridad del jardín, como empujado por el viento. Leila camina con el movimiento seguro pero vacilante de un juguete a cuerdas, y cuanto más se distancia, más se destaca en la atmósfera negra que envuelve el bulto, el bulto que brilla luminoso cuando pasa bajo un foco de luz. La piel del tapado gana nitidez y la textura felpuda emite una luminosidad que enceguece a Aníbal que, con una de las manos, abre el cierre de los pantalones y deja que ella se filtre y busque la abertura del calzoncillo y palpe el cuerpo duro y caliente de su pene que ya no logra esconder por debajo de la ropa. Se saca los binoculares y dirige los ojos hacia el miembro duro y erecto que sobresale latiendo contra el tejido oscuro y, al querer rodearlo con la palma de la mano, tiene la impresión de que la vista se le turba. Impresión momentánea, ya que inmediatamente después ve el glándulo rojo de la verga impulsada hacia delante por la mano que baja el prepucio.

Leila sabe por qué busca: había recibido órdenes para buscar y busca con los cinco sentidos ovillados en una única esfera que, impulsada por el destino, va rodando por el cemento del azar de una caminata por un jardín residencial del Village una noche negra de otoño. Leila busca. Leila busca no sabe a quién. A quien encuentre. En aquél a quien encuentre reencontrará a quien siempre busca y buscó. No le interesa quién pueda encontrar (sólo cuenta el encuentro). Basta que él pare, la mire, converse, ataque estirando las manos y la boca. Ella está a disposición como si estuviera expuesta en una mesa a la espera de que el anfitrión dé la señal de comenzar. *Busco lo que puedo encontrar, encuentro lo que no puedo buscar*, razona Leila mientras observa como una linterna los lugares por donde va pasando, mientras abre las fosas nasales olfateando en el aire el olor insulso y enmohecido del aire poluido, distinguiendo en él el aroma dulzón y repelente del humo expelido por los caños de escape. *Acá la naturaleza no huele. Parece que anduvieran desparramando por la tierra flores artificiales, bellas y artificiales* y Leila tiene deseos de ver arbustos cubiertos de plagas y envueltos por mil insectos dañinos volando, arbustos con flores que tienen perfume. Leila respira el aire saturado de la noche, mezclado con el ruido de los automóviles en esta noche de sábado e impregnado por las diferentes melodías de hard rock que vienen fluyendo por la calle desde los cafés de la MacDougal y Bleecker, desde las radios vociferantes de Washington square. Leila sabe que Aníbal la vigila y eso le da seguridad para ir dejando rodar la esfera al sabor del azar. Leila no sabe lo que está haciendo Aníbal y no quiere adivinar. Leila para. Él no se deja ver desde allá abajo encubierto como está por las cortinas (aun así quiere dar vuelta el rostro y ver). Leila sabe que, con los binoculares, él la observa desde su carpa. *Aníbal me quiere libre, ¿cómo puedo odiarlo? Aníbal me dio la orden de salir y*

buscar, ¿cómo puedo tener remordimientos? Aníbal sabe lo que hace, siempre sabe lo que hace.

Seguí, amor, seguí, piensa Aníbal que ve a Leila indecisa parada en el medio de la caminata. Si pudiera descendería hasta el jardín y empujaría a aquella estatua de granito negro y gigante, Leila, que se acaricia la cabeza en semicírculo con el cuello del tapado de piel, Leila que permanece indecisa, *ahora no, Leila, ahora no*, Leila que se queda parada y absorta, que se olvida de que salió para caminar de levante. *No me hagas esto, Leila, no ahora*, Aníbal con la mano rodeando la verga ya no sabe qué hacer. *Leila, te espero, no me traiciones, Leila, estoy siguiéndote, estoy protegiéndote, Leila, podés ir, no te asustes* le quiere transmitir el mensaje por telepatía y lo consigue. Leila da un paso y continúa la caminata hacia Bleecker street. Aníbal comienza a masturbarse. Tiemblan los binoculares con la agitación del cuerpo y la imagen focalizada pierde nitidez y se esboza en garabatos imprecisos como si fuera un dibujo realista que vuelve a la condición de croquis y luego al negro total (Aníbal entra en pánico), cuando Leila, ya dejando el jardín, pasa por un trecho adonde no llega la iluminación de los postes, camina por un camino estrecho ladeado por arbustos que se agigantaron durante el verano. Aníbal interrumpe la masturbación e intenta distinguir el bulto de Leila, *¿dónde se metió?* y, cuando vuelve a verla, ella ya alcanza la calle y su imagen se funde ahora contra un fondo colorido y metálico, el de los coches estacionados en la calle, y Leila va introduciéndose en los colores como una bañista que se acerca al mar. Aníbal se envuelve de nuevo la verga con delicadeza y, en seguida, la mano se afirma, se contrae, apretando.

Leila llega a Bleecker Street, pero antes de pisar la calle se queda pensando en si seguir o no el flujo del saturday-night people que camina en dirección hacia el oeste de la isla. Espera que pasen los retrasados de un grupo ruidoso de chicos y chicas puertorriqueños, y decide quedarse por allí frente al edificio, apoyada en un coche; levanta la vista, *está allá, mirándome, soy una imagen distante para él* no sabe si saludarlo con la mano o no —lo saluda, y dos chicas que pasan se quedan confundidas frente al gesto súbito de Leila pensando que se dirige a ellas; disminuyen el ritmo de la marcha, tuercen el cuerpo hacia la derecha, "I beg your pardon", Leila no sabe por qué las chicas se interesan en ella, se cierra el tapado de piel, retraída, y las dos continúan, "A bad trip", comentan. Leila no espera nada de esos hombres que pasan hacia el oeste. Llegan en bandas, andan en bandas, hacen ruido en bandas, comen y beben en bandas y después eructan y vomitan en bandas cuando vuelven a casa, they all have fun en bandas. Salen de la boca del subway del east side y, como una nube compacta, cenicienta y estrepitosa de langostas, pasan frente a ella con la intermitencia de la llegada de los trenes a la estación. Leila no los ve. Leila busca.

Aníbal enfoca con exactitud la imagen de Leila y concentra toda su atención en el gigantesco rostro de outdoor, de tal modo la ve ahora frente a él, tan cerca, al alcance de la mano, iluminada por la luz de un poste próximo, luz que deja a Aníbal distinguir los detalles del rostro de Leila realzados por el maquillaje, su rostro cercano a las manos, al tacto, a la boca; la boca que busca la de ella, para un beso, beso dado en el vacío llenado por la imagen viva y ardiente de Leila apoyada en un coche que, de repente, se esconde por detrás de una barricada de paseantes, y la ve de nuevo sola contra el fondo colorido

de un automóvil, y Aníbal la busca para un nuevo beso, boca, a boca, mientras la mano fricciona la verga y la inquietud comienza a seguir el paso de la respiración que se torna jadeante. *Esta puta hoy no encuentra un hombre.* Aníbal se impacienta con la pasividad de Leila cuando siente un ardor en el glande. Retira los ojos de los binoculares y ve que los movimientos descompasados de la mano habían lesionado la piel. Escupe en el glande enrojecido para lubricarlo y vuelve al movimiento buscando una vez más la imagen de Leila en los binoculares.

Leila busca un hombre. Un hombre que pueda lamerla, babosearle la piel del rostro con saliva, dél cuello, del pecho; babosearla de saliva apoyada en el auto; babosearla delante de la sorpresa, el asco, el desdén y el desprecio de los paseantes. Un hombre que pueda, protegido sólo por el tapado de piel, calentarse de tal forma que su verga vomite esperma sobre su vestido, mojando de lujuria el tejido. Un hombre que pueda acariciarla con el placer y la obstinación de quien abre una puerta a un desconocido. Abre una puerta a una desconocida que no entra pero llega. Llega sin entrar. Un hombre que pueda desearla mientras ella desea a Aníbal. Un hombre que no se asombre de su mirada que se pierde distante, distante, como si estuviera vigilando la llegada inminente de policías o de fantasmas. Un hombre que la envuelva, envolviendo en el abrazo a Aníbal que, allá en lo alto, observando con los binoculares, siente calor y escalofríos de lucha amorosa. Cada beso de Leila es para dos, cada sensación y la misma entrega: todo es para dos al mismo tiempo. La mano furtiva que baja por la cintura del hombre y palpa la protuberancia rígida que desea siente también la duplicidad.

Aníbal abre la hebilla del cinturón y baja la parte de arriba de los pantalones, se baja enseguida los calzoncillos

y se pasa la mano por los testículos liberándolos de las piernas y acaricia y aprieta los testículos que reaccionan como guijarros viscosos exprimidos, mientras el glande salta, rojo, latiendo; y sólo entonces Aníbal envuelve la verga con las manos y se masturba frenéticamente.

mientras Leila mira a un hombre alto, de barba pelirroja, botas y sombrero de cowboy, que pasa apreciándola de arriba a abajo y ya codiciando la presa con brillo en los ojos,

el hombre no saca los ojos de Leila y, continuando la caminata en dirección este, tuerce el cuello hacia atrás para no perderla de vista,

Aníbal persigue al hombre con los binoculares, *lo consiguió*, lo pierde de vista gritando hijo de puta, *volvé*, y se alegra con la imagen de él que enseguida vuelve,

Leila espera y esperando tira la red,

el hombre camina de vuelta,

Aníbal se excita más asfixiado en su carpa y perdiendo ya el aliento,

mientras Leila pone ojos de ingenua y boquita de quiero más, dame,

el hombre disminuye los pasos y camina lentamente, *está muerto, está muerto*,

Aníbal: "¿Qué estás esperando? Avanzá que es tuya. Go ahead. You stupid!"

Leila siente cerca el cuerpo del hombre, su mirada bajo el ala del sombrero, indagando el misterio que asedia a una mujer con un tapado de pieles de levante en una calle del Village,

Es una ninfomaniaca piensa el hombre who cares? I've all she wants, that's for sure,

Aníbal intuye al gavilán que baja el vuelo para sorprender con un golpe rápido a la frágil y desvalida palomita que, hipnotizada por la mirada aguda del gavilán, no se anima a alzar vuelo, como si le pidiera protección,

Leila abre el tapado asintiendo y siente tan cerca el cuerpo del cowboy del asfalto que ya la roza silencioso,

"Walking around?" pregunta el hombre,

Leila no responde, asiente con la cabeza y con el cuerpo comprimido contra el coche sin reacción,

Aníbal acelera el ritmo viendo

Leila sometida al avance

que prueba el aliento fermentado de alcohol del cowboy.

TERCERA PARTE

19 de octubre

NOVENO

El timbre de la puerta suena insistentemente.

La cara de Lacucaracha aparece en la puerta entreabierta para espiar quién está molestando a Eduardo tan temprano el domingo. Debe ser el monstruo de ayer.

Hay dos hombres parados en frente de la puerta del departamento de Eduardo. Están silenciosos y no muestran impaciencia. Están vestidos conservadoramente de traje gris y corbata a rayas de colores, como James Stewart en film de Hitchcock. Zapatones pesados en los pies. Son altos y atléticos; uno de ellos ronda los cuarenta años, y el otro sale de los treinta. No son hermanos pero se parecen, se parecen más por el gesto que por la semejanza de rasgos. Los dos ven al vecino curioso que los observa por detrás de la puerta entreabierta. Fingen no verlo.

Lacucaracha, como no se sabe visto, no saca el pie de detrás de la puerta entreabierta. Qué habrán venido a hacer a la casa de Eduardo. ¡Pobre! Debe ser algo relacionado con aquella sadomasoquista. Aquel maricón pendejo disfrazado de negro debe haber metido a Eduardo en una trampa. Cuando Paco se da cuenta de que ya había sido visto, uno de los hombres, obedeciendo a la orden del otro, camina en su dirección. Ya es tarde para cerrar la puerta. Puede generar sospechas.

"Excuse me, sir. I hate to bother you, but do you know your neighbor, Mr. Silva?"

"Somos buenos amigos."

"Perfecto. ¿Sabe si él está en la ciudad?"

"Creo que sí. Lo vi ayer."

"¿Usted también es brasileño?"

"No, cubano."

"Thanks a lot for helping us."

Paco cierra la puerta rápidamente poseído por antiguos miedos (huelen a detectives, ¡pobre Eduardo!), mientras el hombre más joven, pasando la información al mayor, vuelve a su lugar. Su compañero aprieta una vez más el timbre dejándolo sonar un rato largo.

Desde el departamento no llegan ni ruidos ni voces.

El subordinado se impacienta y mira hacia el jefe como diciéndole que deberían volver más tarde. El jefe no lo ve: mira impasible hacia la puerta cerrada a su frente.

"Seguro que está pasando el domingo afuera", aventura el subordinado.

El otro sigue silencioso e impasible frente a la puerta, listo para la acostumbrada fórmula de introducción o para atacar decidido en caso de cualquier sorpresa desagradable. La mano derecha en el bolsillo del pantalón. "One never knows", enseña a sus subordinados, "nunca se sabe, hay que estar preparado para lo que venga, para lo mejor y para lo peor."

El jefe toca el timbre una vez más y dictamina.

"Domingo a la mañana, hay que dar tiempo al tiempo", bromea para romper la monotonía de la espera; bromea sin dejar que el rostro acompañe la broma: "Those latins, you know, that's all they think of."

El más joven piensa hacer algún chiste preguntando al jefe si sólo piensan en dormir o si sólo piensan en sexo, pero sonríe en silencio viendo el rostro ahora impaciente del jefe y modifica rápidamente las palabras:

"¿No sería mejor pasarle un mensaje por debajo de la puerta?"

"¿Para qué?"

"Puede ser que tenga miedo de abrir la puerta."

"Ya habría escuchado sus pasos acercándose a la puerta."

"¿Aún descalzo?"

"Aún descalzo. El piso de los edificios viejos siempre traiciona", enseña.

"Nunca pensé..."

"Por eso toda concentración es poca. One never knows!"

"Siempre se aprende algo nuevo."

"Voy a tocar por última vez. Ya es la décima. Siempre toco como máximo diez veces. Mi número de suerte."

"Si no atiende", concluye impaciente el subordinado, "volvemos más tarde."

"¿Vos creés que existe el número de la suerte?"

"¿No se puede creer en eso?"

"No, no se puede."

El jefe hace sonar por décima vez el timbre.

Esperan.

"¡Venciste!", dice el jefe. "Volvemos más tarde."

"¿Dejamos una nota?"

"¿Estás loco?!"

"¿Ya estará huyendo de la policía?" dice el subordinado, como un corderito.

El jefe se queda pensativo dejando que una arruga de duda se deposite en su frente. Pero resuelve no obedecer a la orden de comando que dio. "Volveremos más tarde y veremos".

Caminan los dos hacia el ascensor.

Paco intentó seguir como pudo las conversaciones y ruidos detrás de la puerta cerrada. Pudo escuchar muy poco porque la puerta era gruesa y hablaban en susurros. Además, tenía miedo de la indiscreción de aquellos dos que escuchaban hasta el batir de las alas de un mosquito. Paco ahora oye el ruido de la puerta del ascensor: se abre

y, en seguida, se cierra. Suena el clic metálico de la caja de máquinas. El ascensor está bajando. Ya se fueron.

Eduardo no durmió en casa: Paco se sorprende con la constatación. Tan casero Eduardo, y ayer durmió afuera. Resuelve quedarse escuchando el resto de la mañana para alertar a Eduardo sobre la visita matinal que recibió. *Le digo o no quiénes son. Unos desconocidos, chico. Parecen del servicio diplomático, pero puede ser también que sean policías. Quién sabe, chico. Si le digo, puede asustarse. Más de lo que está. Estaba histérico ayer, ¡pobre!* Paco se acuerda de la noche en que se conocieron en la puerta del ascensor. Y cuanto más vuelve a ver la cara de Eduardo entregándose a las lágrimas allí sentado en el sofá de la sala, más cree que Eduardo tiene un misterio en el pasado. *Cosas de maricón* piensa, pero no se convence. Si fuera algo tan simple y tan común, no iba a estar tan abatido como está. Aquel maricón sadomasoquista conoce el pasado de él y ahora lo tiene en las manos, tal vez hasta le haga chantaje. *Cosas de maricones* piensa triste, queriendo saber por qué son tan malas compañeras las mariquitas. Lo que quieren es la calavera del otro. Si dependiera de ella, haría un club, internacional —obvio—, donde todas se sentirían como hermanas, donde predominara el espíritu de la verdadera fraternidad. La fraternidad universal. Y las locas malas, envidiosas, pérfidas, orgullosas, traicioneras, maldicientes, desdenosas, todas serían castigadas, o si no serían expulsadas del club para el bien de la paz del grupo. Ya se siente forjador, organizador y presidente del club de los maricones, y ya se siente como verdadera queen en el trono, viendo alrededor los miles de asociados que le dispensan todo el reconocimiento y cariño que merece. De repente se ríe del sueño y se dice a sí misma que si le contara ese sueño a Eduardo, él le diría que nunca había visto una loca tan demandante. Él y sus manías de psicoanálisis. *Por eso y por aquello, estoy para-*

noica o esquizofrénica o más bien demandante. Qué tonto soy en dar oídos a esas conversaciones siempre sin pie ni cabeza. A Paco no le gustan los putos que hicieron o hacen psicoanálisis. Le parece que tienen tres defectos.

El primero es que se sueltan demasiado; son muy desinhibidos, como si se pudiera ser puto las 24 horas del día. Pierden el sentido de la discreción. Eduardo dice que eso es asumirse, y que eso es bueno. Están más poseídos por el diablo, contesta Paco. *Mirá esta maricón de negro, cómo puede vestirse como se viste y salir por la calle como si fuera carnaval. ¿Habrás perdido la vergüenza, la desgraciada?* Para Paco, una loca tiene que tener pudor, así como una mujer que es verdaderamente mujer, una hembra, tiene que ser recatada. Y Paco no podía ni imaginarse que Eduardo lo tenía como ejemplo perfecto de loca asumida. Paco se comporta como alguien que no es hombre ni mujer. Paco tiene estilo. Un estilo que no llega a ser individual, sólo de él, pero un estilo que recubre, que es resumen y síntesis de los gestos y comportamientos tan inventivos de su clase. En conversaciones con Eduardo, Marcelo le dijo que la principal característica de la loca hoy es la de una constante búsqueda por el estilo propio. La diferencia entre la loca y el heterosexual es que éste —sea hombre o mujer— ya tiene estilos de vida codificados, y el proceso por así decir de madurez no es nada más que asumir uno de los estilos ya perfectamente plasmados por las generaciones pasadas. Es por eso, continuaba Marcelo, que el heterosexual es tan poco inventivo cuando llega a la edad de la razón, habla la lengua de casi todos, mientras que la loca alcanza la madurez por el constante ejercicio de la imaginación en libertad, inventando cada día su lenguaje, que por eso mismo tiene necesidad de ser pintoresco. La loca tiene que crear un estilo que termina siendo su manera de encajar sin neurosis y con éxito dentro de la comunidad que es obligatoriamente heterosexual. Para

Marcelo, el pasado y la historia son cosas que sólo interesan a los heterosexuales. La loca tiene fe en lo cotidiano y es en él que planta sus pies como si fuera un árbol. Sorbiendo todo lo que puede y rápidamente durante su paso por la tierra.

El segundo defecto es de los más graves para Paco. No puede admitir que se pierda el sentido del pecado que existe en el acto homosexual. Son unos sin vergüenzas esos analizados, hacen todo como si estuvieran tomando un vaso de agua. Saciada la sed, parece que nada ocurre. Se sienten libres, livianos, caminan como si fueran mariposas en el campo. "¡Ay, qué loca más trágica!", le dice siempre Eduardo cuando Paco le habla del sentimiento profundo de la falta cometida y del subsecuente arrepentimiento. "No es ninguna tragedia, Eduardo, es la necesidad que todos tenemos de religión. Hombre y mujer se casan en la iglesia y tienen la unión consagrada por un cura, una loca no. La loca es como una prostituta. Tiene que agarrarse a un santo." Eduardo sonríe cuando el otro le describe los placeres de la mortificación, placeres tan gozosos como los placeres de la carne. "Un día de estos vas a coger sólo para sentir los placeres de la mortificación", bromeaba Eduardo con Paco que se enojaba, ofendido por la falta de respeto. "Vos sos ateo, y no sé por qué todavía no te convertiste al comunismo. Verías qué bueno es ser puto en un régimen ateo. Yo te lo puedo decir." Paco no lograba formular lo que sigue, que es más o menos lo siguiente: para él era por causa de la religión que las locas tenían un mínimo de libertad en un país. Cuando hablaba de los países comunistas era para hablar de la intolerancia sexual. La religión hacía a un país tolerante porque para el hombre verdaderamente religioso no hay necesidad de extirpar del hombre, de cortar por la raíz la falta, el pecado, la posibilidad —en fin— del mal. El hombre religioso acepta convivir con el pecado, es decir, siempre y

cuando el pecador se arrepienta. Así se explica la manera en que entra y funciona la palabra mortificación en el razonamiento de Paco. Gracias a ella el maricón puede ser recuperado por la sociedad en la que vive. Y no encerrado en una prisión o recluso en un campo de concentración. Paco nunca quiso saber si la mortificación era un precio demasiado alto, tan alto como el campo de concentración. Para él, esas cosas son materia de fe. Se puede discutir, pero es para profundizar. No para cambiar la manera en que pensamos.

El último defecto es consecuencia de lo que acaba de ser dicho. Loca analizada es celosa: tiene manía de querer explicar todo, punto por punto, sólo que lo hace siempre para cambiar, para pensar de manera diferente y a veces hasta contradictoria. A cada hora —qué digo—, a cada minuto, muestra una cara diferente. Parece un camaleón. Le falta coherencia. Paco no podía suponer que esa búsqueda desesperada y trágica de coherencia era lo que Eduardo llamaba su estilo. Eduardo le decía a Marcelo que Lacucaracha parecía un novelista. Se persigue de día y de noche, como un novelista persigue a su personaje. Es tonta, completaba Eduardo, pero encontró una especie de redención religiosa en la propia limitación intelectual. Y se aferra como un naufrago a la vida y al placer. "Bromeo con ella diciéndole que es el maricón más trágico que encontré en mi vida. Y ella se pone histérica, de mala leche, como dice ella, pero en el fondo envidia el modo como organiza su vida, encontrando un sistema que le va a la perfección, como si fuera un guante. Y hace todo sin inhibirse, porque para él todo es permitido, siempre que te arrepientas sinceramente de lo que hiciste. Siente tal entusiasmo y cariño por el otro que siempre me siento en falta frente a él. Conocés a Stella, Marcelo, vos conocés las maldades de ella. Sus crueldades. Sabés de lo que es capaz

cuando está en sus días. Y todo eso encima del pobre Paco. Stella no tiene piedad, y cómo la odio a veces."

Continúa el silencio total en el pasillo del quinto piso. Eduardo no llega nunca y dentro de poco aquellos dos espantapájaros estarán de vuelta. Paco se impacienta y piensa en bloody saturday night, con desastres, muertes, asesinatos y violencia sueltos por la ciudad, y luego se arrepiente por haber dejado que los malos pensamientos se apropien de su cabeza, *¡qué cabecita más tonta! A lo mejor a esta hora está gozándola ándola* y por la memoria le pasa rápido un refrán de Tito Puente, "¡A gozar, muchachos, a gozarla!", cantado en ritmo de merengue con sonido de bongó y maracas en el fondo. Seguro que está con Rickie cerca, Paco sonríe; ayer no hablaba de otra cosa.

Paco espera a Eduardo en vano.

Eduardo está en su cuarto. Acostado en su cama. Solo. Desmayado. Consecuencia del exceso de bebida que había ingerido desde el comienzo de la noche anterior. Está vestido. Marcelo consiguió sacarle los zapatos y la campera. Lo dejó con medias y sweater. Marcelo lo trajo a su casa después de que se desmayó en el Envil's. Hubo una corrida con el personal de la casa, que tenía miedo de una *overdose* fulminante, pero cuando el mozo garantizó que lo conocía bien y que el chico no le daba a la blanca, sólo bebida, el personal de la casa se calmó. Aun así, Marcelo oyó comentarios sarcásticos y malévolos contra extranjeros. Dejó que entraran por un oído y salieran por el otro. Lo peor en estas circunstancias es prestar atención a esas cosas, intentar responder, o incluso contraatacar. Lo que no esperaba era la reacción de Rickie que, viendo a Eddie tirado en el piso del bar, vino corriendo y fue de los más solícitos, exigiendo que los frecuentadores abrieran la ronda, se alejaran para que el chico pudiera respirar, y luego cargó los sesenta kilos de Eduardo hacia un rincón

donde éste decía monosílabos incomprensibles, ni en inglés ni en portugués.

"Voy a llevarlo para casa", resolvió finalmente Marcelo cuando se dio cuenta de que la borrachera no iba a pasar tan rápido.

"Te puedo ayudar, si querés", se ofreció Rickie.

Marcelo aceptó la ayuda del joven por muchas razones. Pero antes le preguntó si iba a dejar solo al amigo con el que estaba en el bar.

"He's not a friend", le respondió Rickie secamente.

Marcelo entendió. No es cosa mía.

Apoyaron a Eduardo entre los dos. Un brazo rodeaba el cuello de Marcelo y el otro el de Rickie. Por suerte los dos extremos eran más altos que el medio, por eso pudieron conducir a Eduardo sin arrastrarlo y sin necesidad de ningún esfuerzo.

Eduardo continuaba soltando sonidos que tanto podrían ser un esbozo de palabra como simples interjecciones.

Marcelo se dirigía a Rickie dando órdenes. El otro obedecía dócilmente. *Ni sueña el pobre, como iba a poder soñar, que es la causa de la borrachera*, pensaba Marcelo, observando el cuidado que Rickie demostraba con Eddie.

"Poor fellow!, para tomar como tomó debe tener algún problema. Debe tener sus hang-ups."

"Los tiene", adelantó Marcelo.

"Lo conocí ayer. Nice guy."

Marcelo sonrió, pero no dijo que ya conocía toda la historia, hasta los veinte dólares. Podía espantar al gringo. Iba pensar que Eddie, such a nice guy, era un lengua larga y que su amiga Stella ya había desparramado por medio Manhattan detalles de aquella noche.

Pararon un taxi.

Rickie entró primero y calmó la ira del chofer irlandés que tenía miedo de que el joven vomitara dentro del auto.

Marcelo se alegró de la presencia de Rickie, porque con su acento y Eduardo en pedo no habría logrado aplacar el odio del gringo para llegar a destino.

Rickie empujó a Eduardo dentro del coche, y éste se enroscó amorosamente en su cuerpo; fue en ese momento que logró decir algo con algún sentido: "Rickie, my love".

"He's saying my name. He's all right now." Rickie no podía esconder su satisfacción.

Marcelo entró último en el coche y cerró la puerta. Le dio la dirección al chofer.

"Rickie, my love, we'll fly down to Brazil", insistía Eduardo todavía con los ojos cerrados y el cuerpo blando.

"That's what he said to me yesterday. Do you think he does mean it?"

"Claro que sí", respondió Marcelo, para no ser aguafiestas.

Bajaron del coche y subieron hasta el cuarto piso rápidamente y sin tropezones. Los dos controlaban bien a Eduardo, que había vuelto a sus monosílabos con los ojos cerrados.

Marcelo sacó el llavero del bolsillo de Eduardo. Abrió la puerta. Rickie condujo el cuerpo enroscado de Eduardo hasta su cama.

Marcelo se quedó con un duplicado de la llave en la mano. Cerraron la puerta cuando salieron.

Rickie le dijo a Marcelo que no tenía dónde dormir.

Marcelo le preguntó si quería quedarse en casa de Eduardo. Estaba seguro de que a Eduardo no le iba a importar.

Rickie no estaba tan seguro como Marcelo. Tenía miedo de que cuando se despertara no le gustara encontrarlo. Confesó que, en el fondo, era un desconocido. No quería que Marcelo pensara que era amigo de Eduardo.

Marcelo le recordó que él mismo le había dicho que había conocido a Eduardo la noche anterior.

Rickie sonrió, y Marcelo no quiso pensarlo dos veces, ni siquiera una. Tiene que ser sin anestesia.

"¿Querés dormir en casa?"

Paco escucha el timbre que suena en la casa de Eduardo. Suena insistentemente como antes. *Volvieron*. Paco abandona la posición de descanso y vuelve a ponerse en guardia.

Es casi medio día. Los dos hombres están de nuevo frente a la puerta del departamento de Eduardo.

El mayor le dice al más joven que no ocurrió nada mientras estuvieron afuera, a lo que el más joven le pregunta cómo sabe, si se volvió adivino.

"Muy simple", responde el jefe, había dejado un hilo casi imperceptible atado al batiente de la puerta, y el hilo estaba ahí estirado.

El subordinado quiere saber cuándo fue hecho el trabajo, porque no había visto nada.

"Cuando conversabas con el vecino, el cubano."

"Bandido", dice el otro.

"Para que vayas aprendiendo", aconseja el jefe.

El subordinado quiere saber cómo puede aprender si no le habían mostrado ese tipo de material en el curso. Sólo los aparatos electrónicos, uno más sofisticado que el otro.

El jefe, victorioso, le dice que es invento suyo.

El subordinado quiere saber más e indaga.

El jefe dice que el hilo es de coser, blanco, el más fino que se encuentra en el mercado. Que le ponía goma en los extremos y lo dejaba secar, como hacen con los sobres. En el momento de pegarlo mojaba los extremos con saliva activando el adhesivo. "Es simple, ¿no?"

El subordinado reconoce con envidia la inteligencia del otro y piensa que es por eso que hizo carrera tan rápido dentro del servicio.

El jefe le pide silencio al subordinado.

Escucha ruido adentro del departamento, ruidos casi imperceptibles, después pasos, e inmediatamente después gruñidos y entonces claramente una voz. El jefe no entiende nada a pesar del tono alto y claro con que es proferida la frase, y le dice al subordinado que debe estar hablando Brazilian. Concluye que Mr. Silva no tiene costumbre de recibir amigos americanos a horas inesperadas.

Eduardo busca las llaves que no están en el bolsillo del pantalón donde las había dejado. No se acuerda de nada. No sabe que Marcelo las había dejado encima de la mesa ratona. El dolor de cabeza empeora. Parece que le va a explotar la cabeza. No se acuerda de nada y empieza a tener curiosidad, pero no tiene tiempo, están tocando el timbre y tiene que encontrar las malditas llaves. Those fucking keys. Tantea por encima de los muebles porque le duele abrir los ojos. Cuando los abre, instintivamente los cierra, porque se intensifica el dolor de cabeza. Finalmente encuentra a las hijas de puta. Camina hacia la puerta. Abre la cerradura, la puerta. Se asusta.

"Yes?"

Con la mano izquierda el jefe saca una identificación negra del bolsillo superior del saco y, como por arte de magia, se la muestra a Eduardo, mientras extiende la mano derecha para saludarlo cordialmente:

"Good morning, Mr. Silva. We are from the FBI. We will like to talk to you in private", dice el jefe en voz clara y pronunciando pausadamente con miedo de que el otro no entienda bien el inglés.

Eduardo ve en la identificación el distintivo del FBI y se queda en silencio. No entiende nada de lo que está pasando. Debe ser una pesadilla. Entonces escucha:

"Is it possible?"

El jefe se da cuenta de que Eduardo durmió vestido, está vestido con medias y todavía adormecido. No hay

dudas de que recién se despertó. De un sueño tan pesado que no habían logrado despertarlo antes. Se da cuenta también de que tiene dificultades en abrir los ojos y está muy pálido. ¿Sólo asustado? No lo cree. Señales obvios de hangover, concluye, esperando una palabra de Mr. Silva.

"Come in, please."

Los dos entran y se adelantan, mientras Eduardo asegura, o mejor, se apoya en el batiente de la puerta. Los dos se encaminan hacia el living y se quedan mirando a Eduardo, que demora en cerrar la puerta porque tiene la nítida sensación de que Paco le da fuerzas desde el pasillo.

Eduardo invita a ambos a sentarse en el sofá. Pide disculpas por el mess, por el desorden en que se encuentra el departamento. Recibió a un amigo anoche para tomar unos drinks.

El jefe le pregunta si está solo.

Eduardo responde que sí.

El jefe ve una botella vacía de whisky, el balde de hielo. Dos vasos vacíos. Otro vaso, u otros, pero sólo restos de vidrio en el piso, y resuelve bromear para poner a Mr. Silva cómodo:

"I see you had a good time last night", dice mientras busca una razón plausible para los vidrios rotos. No la encuentra.

"I need some rest", dice Eduardo para ver si desconfían y se van enseguida.

"No lo molestaremos por mucho tiempo", el subordinado entiende la indirecta, desagradando sin embargo al jefe con la frase inoportuna.

El jefe dice que es mejor ir directo al asunto y organiza un interrogatorio en el que Eduardo va respondiendo afirmativamente a todas las preguntas sobre la condición de locatario y las circunstancias de alquiler de un departamento en la Amsterdam avenue.

El jefe dice que está satisfecho con las respuestas que sólo ratifican las informaciones que había recibido de Mrs. Simon, secretaria de la agencia inmobiliaria. El jefe continúa diciendo que hay ciertos puntos oscuros. Si a Mr. Silva no le molesta intentar aclararlos.

Eduardo acepta.

Si alquiló el departamento, ¿por qué no vive en él? Lo alquila para un estudiante brasileño que no podía alquilar. ¿Él paga? No, Eduardo paga. ¿Quién es el estudiante? Eduardo inventa rápidamente Mário Correia Dias. Pregunta si Eduardo puede escribir el nombre. Hace un gesto al subordinado que le da a Eduardo una agenda abierta en el mes de octubre y una lapicera. Eduardo escribe el nombre con mano trémula. Pide disculpas y se justifica con la resaca. El jefe toma la agenda de las manos de Eduardo. Leyendo el nombre, pregunta qué hace Mr. Dias en Nueva York. Posgrado en Columbia University, Eduardo recuerda las palabras del coronel. ¿Está en la ciudad? No lo sabe. ¿Sigue viviendo en el departamento? Hace mucho tiempo que no lo ve, pero debe estar, ¿cómo iba a sobrevivir en una ciudad como Nueva York? ¿Y por qué sigue pagando el alquiler? No iba a dejarlo en la calle. Si Eduardo no quiere puede no responder, ¿cuál es el motivo de esa generosidad? Eduardo dice que responde. Un viejo amigo de Brasil, no iba a poder terminar el curso por falta de dinero. Doscientos dólares menos no era el fin del mundo para quien ganaba bien y llevaba una vida relativamente modesta. El rostro del jefe se descontrae de verdad y deja entrever simpatía por el brasileño, tan distinto a los otros latinos con los que había lidiado. Especialmente los del Caribe.

El más joven ya cree en la inocencia de Mr. Silva. Van a tener que golpear otras puertas.

El mayor todavía no está satisfecho. Encuentra simpático al joven, le parece que no está mintiendo. Las infor-

maciones son convincentes. Los argumentos para el pago del alquiler son plausibles. Pero no entiende por qué no le preguntó porqué están allí haciéndole un interrogatorio. Puede ser que sea porque todavía tiene sueño. Lo peor, sin embargo, es que las respuestas de Eduardo no condicen con las palabras escritas en las paredes del departamento con nítido tenor terrorista, y tampoco condicen con las informaciones que recibió tanto del bodeguero dominicano como del dueño del bar de la esquina. Ambos hablan de una loca que vive en el departamento, una loca de unos cincuenta años, que puede ser cualquier cosa menos estudiante pobre. "Es alguien rico", dice el bodeguero, "el tipo tiene un cochazo último modelo y llega siempre todo trajeado, pareciendo senior executive working for a big company. Pero cuando el tipo sale a la noche, ahí tendría que verlo: es un maricón de película. De esas locas que frecuentan esos bares, usted sabe, del Village." El dueño del bar dijo que el tipo había aparecido en el bar el sábado a la mañana y que estaba muy nervioso. Además, disfrazado de sadomasoquista, usted sabe, con esas ropas de cuero negro. El tipo salió del bar y fue a llamar por teléfono desde el teléfono público de la esquina. El subordinado le preguntó al dueño del bar si reconocería al tipo si lo viera. El otro respondió que sí, hacía más de un año que frecuentaba el barrio.

El jefe resuelve mudar de táctica en el interrogatorio. Decide saber quién es Mr. Dias. Le pregunta la edad. Eduardo dice que no sabe exactamente, cercana a la suya, supone: unos veinticinco, veintisiete años. ¿Tenía amigos mayores? No, no sabe. ¿Un ejecutivo rico, por ejemplo? No, no sabe. El jefe resuelve informarle de un rico ejecutivo de unos cincuenta años que frecuentaba el departamento. *El coronel* piensa Eduardo, *ya saben todo*, y hace lo posible por no demostrar la inseguridad que comienza a sentir. "Never heard of", insiste Eduardo, mientras el jefe

resuelve acercarse al motivo por el cual la policía de Nueva York informó al FBI de lo sucedido. Le pregunta a Eduardo si sabe si Mr. Dias estaba envuelto con grupos políticos de derecha en Brasil o en los Estados Unidos. Que él sepa, no. Pero de eso usted sabe mejor que yo. Le pregunta si Eduardo está al tanto de la depredación del departamento. ¿Qué depredación? Todavía no saben bien qué pasó, responde ahora el jefe, dando detalles de cómo habían encontrado el departamento el sábado a la noche. Eduardo finge desconocer todo y se asusta. El jefe se arrepiente de haber hablado tanto, pero ya que lo dijo resuelve proseguir con confianza frente al joven: que el big boss en Washington se preocupó cuando supo que había palabras pintadas en portugués en el departamento, y mandó a decir que había serios problemas con representantes americanos en Brasil. Eduardo le informa que habían secuestrado al embajador americano en Río. Cosa de guerrilleros brasileños. El jefe le confiesa que no lo sabía y le agradece, el dossier completo estaba en camino. El jefe no le dice a Eduardo que el big boss en Washington se preocupó más cuando supo que el locatario del departamento era funcionario del consulado brasileño en Nueva York. Ahora el jefe entendía el "top secret" que empezó a aparecer al final de la noche en los telex. Y entendía por qué había sido elegido para un caso aparentemente bobo.

El jefe dice que va a dejarlo descansar. "You were very cooperative!" Pero antes de salir le aconseja que no salga de la ciudad, puede ser que necesiten conversar con él de nuevo. Si fuera por él Eduardo estaría libre, pero el problema es que el departamento saqueado estaba a nombre de él. Y si fuera cosa de terrorismo internacional, usted sabe cómo es, la gente de Washington se vuelve loca.

Inmediatamente después de que salen los dos, Eduardo corre hacia el teléfono y disca el número de Vianna. Atiende él mismo. Eduardo:

"Estuvieron en mi casa dos agentes del FBI" — no puede continuar la frase porque el coronel corta. El sonido de ocupado destroza la cabeza ya confusa de Eduardo. "¡Hijo de puta!" grita, e hubiera seguido gritando si no hubiera sonado de nuevo el timbre. "Coming, coming. Just a minute".

Es Paco con cara de entierro.

Eduardo le pide mil disculpas pero no puede recibirlo ahora. Tiene que hacer una llamada.

Paco le pregunta si es por los policías.

Eduardo le pregunta ¿qué policías? Estás loca, chica. Son problemas en el consulado. Cuestiones de visa falsa. Pero mañana ya estará todo resuelto. Pasá por acá mañana a la noche, vamos a comer afuera. Yo invito.

Paco no lo puede creer, pero decide no molestar al amigo. Se despide diciendo que por cualquier cosa está al lado. Podés contar conmigo.

Eduardo llama de nuevo a la casa de Vianna. *Vamos a ver si tenés coraje de cortarme de nuevo*, deja sonar, sonar, nadie atiende. *Van a llamar inmediatamente a Columbia para saber quién es Mr. Dias y en poco tiempo están de vuelta. Sorry, fellow, Mr. Dias no existe. Probá de nuevo* el teléfono sigue sonando. Eduardo desiste sin saber qué hacer sin la ayuda de Vianna. *Él debe entender de guerrillero, de contraespionaje, de FBI y de la puta madre. Peor para él. Ya saben de su existencia, de que debe ser brasileño, ah, el acento, con el acento nadie jode, el dueño del bar puede reconocerlo en la primer foto, él es el que tiene mala suerte. A mí sólo pueden acusarme de mentiroso. You big liar. And Mr. Dias, Mr. Silva? Posgrado en Columbia? Ja, ja, ja. Mr. Silva está haciéndonos un chiste* y Stella resuelve intervenir mandando a

Eduardo a que se lave los dientes y haga algo con su cara. *Tiene cara de muerto*. Eduardo se da cuenta de que está calzado sólo con las medias. *¿Cómo llegué a casa? ¿Qué curda, Dios mío! Marcelo, seguro que fue él quien me trajo, o Rickie, that bitch acompañado del bostoniano* —es la única imagen que se acuerda del *Envil's*, el resto es una nebulosa.

Al lavarse los dientes, Eduardo resuelve tomar un buen baño para relajarse. Está tenso y siente que las cosas se le escurren de los dedos con el peligro inminente de caída y ruptura. Es necesario estar atento, bien atento, porque está a punto de perderlo todo. Ese Vianna puto. La solución: mierda en el ventilador. No va a ser él la única víctima.

Entra debajo de la ducha tibia y se deja mojar por el agua y después se enjabona con la espuma del jabón. No piensa en nada, no quiere, hace un esfuerzo para no pensar. Se concentra en el baño dando la espalda a la ducha y poniendo la nuca debajo del chorro de agua que gradualmente va relajando los músculos del cuerpo. El dolor de cabeza va cediendo.

Decide llamar a Marcelo y apura los movimientos de la toalla. Llamar a Marcelo es la mejor manera que encuentra para contraatacar el desprecio de Vianna, del hijo de puta, traidor, oportunista, aprovechador, chupasangre. *Me cortó en mi propia cara, esto no va a quedar así. Palabra de Stella*. Toma la robe del perchero detrás de la puerta del baño, y suena el teléfono en el cuarto.

Es Vianna, se sorprende; antes de que pueda decir algo, el otro lo domina:

"Estoy en un teléfono público. No digas mi nombre que tu teléfono puede estar pinchado. Prestá atención. Cortás y después corto yo, por el ruido puedo decirte si está o no pinchado. No te asustes, te vuelvo a llamar."

Al ratito el teléfono suena de nuevo.

"No, no está pinchado", dice la voz radiante del coronel. "Eso quiere decir que todavía no están tomándose muy en serio la investigación. Mejor. Tenemos tiempo".

Eduardo narra excitado y con detalles la visita y el interrogatorio que le hicieron los dos agentes del FBI, omitiendo el hecho de que ya sabían de la existencia de un rico cincuentón que frecuentaba el departamento. Es el as que esconde en la manga. Pero repite siempre que fue aquella judía horrorosa, desde el principio no me gustó su cara, fue esa judía de la agencia la que lo inculpó. Eduardo termina la narración nervioso y descontrolado y dice que está perdido, no sabe qué hacer, ni puede pensar en los dos volviendo y diciendo que no hay ni hubo Mr. Dias estudiante de posgrado en Columbia.

"Escuchame, Eduardo. Ahora calmate. Lo peor ya pasó. Relajate. Que no se apodere de vos el miedo. Sangre fría. Sé fuerte. Todavía tenemos las de ganar."

Eduardo recibe las advertencias y las interioriza rápidamente. Ya es otro.

"Ahora vamos a pensar en algún plan. Prestá atención porque no vamos a poder hablar siempre. Cualquier duda que tengas, despejala ahora, tenemos que pensar en todos los detalles, todos, como si fuera un reloj, ¿entendiste? Una diferencia de segundo y listo, allí está la punta del fracaso. Y no podemos perder. No vamos a perder. Pensamiento positivo, Eduardo."

Eduardo va perdiendo la seguridad recién adquirida frente a la inminencia del peligro y de las dificultades que el coronel va pintando.

"Escuchá el plan. Cuando vuelvan, porque van a volver, no se van a tragar así nomás a tu amigo estudiante, y en poco tiempo tampoco se tragan tu generosidad, entonces, cuando vuelvan, admití la culpa. Admití la culpa, es lo mejor, porque si no, no te sueltan. Van a quedarse rondando, rondando hasta que explótes. Conozco

sus métodos. Admití tu culpa, decí que un agente del Servicio de Inteligencia Nacional te buscó, explicáles qué es el Servicio de Inteligencia Nacional, el agente te pidió que cooperaras en la lucha contra una célula de terroristas en Nueva York. Como secretario del consulado no podías recusarte. Podés decir incluso que estás siendo víctima de tu buena voluntad e inocencia. Ellos entienden eso, la mayor parte de los funcionarios civiles de ellos son colocados en las embajadas, y si no sirven para el FBI, trabajan para la CIA. Si seguís el plan, Eduardo, lo máximo que podés tener son pequeñas molestias, pero nada de prensa, de juego psicológico para agarrarte en contradicción. Nada de eso: sólo incomodidades de pequeña monta."

El coronel se calla y Eduardo permanece en silencio. Vianna comienza a preocuparse con la debilidad del otro. Esa falta de respuesta inmediata, él lo sabe, es mala señal. El coronel retoma:

"¡Eduardo! ¡Eduardo! Decí algo. No es tan absurdo el plan, vas a ver."

"No voy a aguantar, Vianna."

"Claro que vas a aguantar."

"Yo me conozco, Vianna, sé que no voy a aguantar."

"¡Pensamiento positivo!"

"En el próximo interrogatorio, explota. No sabés lo meticulosos que son, cómo van tirando un dato contra otro acorralándote."

"Me lo imagino, claro. Conozco demasiado el juego de ellos. Es cuestión de estar siempre un paso delante de ellos."

"¿Qué paso, Vianna? Ellos están pasándonos, y velozmente. Ahora mucho más velozmente de lo que vos te imaginás. No sabés la cantidad de cosas que ya descubrieron. Son muy astutos."

"Sí, ya sé, y además sé cómo actúan: conozco sus técnicas, sus tácticas, los saltos, los ataques, los toques de

retirada; conozco este asunto como la palma de mi mano. Pero ahora el problema —prestá bien atención, Eduardo— ahora el problema es descubrir cómo zafarse de ellos tirando la pelota para el compañero de ellos, el agente brasileño del Servicio Nacional de Inteligencia que está en la clandestinidad. Es para él que alquilaste el departamento, ¿entendiste? No tiene nada que ver con vos. Contacto en el consulado. Y en una semana estarás volando libre como un pajarito."

"O preso en la jaula como un pajarito."

"Sólo si no seguís el plan".

Eduardo se queda en silencio. Vianna sabe que tiene que ser persistente. No es fácil convencer sin el uso de la fuerza. Si lo fuera, su vida sería diferente. La respiración de Eduardo se vuelve jadeante, y no es buena señal, ya hace ruido con la nariz y hasta puede estar llorando. Vianna sabe que tiene que esperar, ser paciente y persistente. Esperar incluso hasta que la crisis pase. Lo que no puede, de ninguna manera, es dejar que se filtre su nombre. Peor que la reacción en el consulado, peor que la reacción de los compañeros de uniforme en el Brasil, lo peor de todo es la reacción de los compañeros de servicio en la inteligencia americana. Se acuerda del caso del asesor de Johnson al que encontraron con las manos en la masa en el baño de la YMCA en Washington, a pocas cuadras de la Casa Blanca. Son intolerantes, exactamente lo opuesto a los ingleses. No pueden entender por qué los ingleses admiten tantas locas en el servicio secreto. Al final, son todos comunistas. Y como no lo saben, toman todas las precauciones. Los yanquis perdonan todo: bebida, perversiones, hasta drogas; pero no perdonan a los putos. Todo puto es comunista. Si te descubren, olvidate de tu carrera, de tus contactos en los States, de todo. Mejor apurarse. Eduardo:

"Vianna, no me dejés solo, por favor."

"¿No estoy acá a tu lado? ¿No estoy elaborando un plan para que no haya problemas graves, para que todo salga bien? ¿Eh?"

"Vianna, vos me tenés que ayudar."

"¿Y no te estoy ayudando? ¿Qué más querés? Quedate tranquilo que en el consulado y para las autoridades brasileñas, para todos los efectos vos estás a mi servicio."

"No estoy pensando en eso ahora. Me cago en lo que pueden pensar de mí. El problema es que no aguanto otro interrogatorio. Voy a quebrarme en el próximo, me conozco."

"No, no te vas a quebrar."

"Sí."

"Eduardo, dejate de joder. ¡Sé hombre, carajo!"

"¿Cómo? Con aquellos dos gigantes apretándome contra la pared..."

"Cuidándote, sacando el mejor partido de las confusiones, con juego de cintura. Te metés en cada una, que no te entiendo. Perdés la astucia, la inteligencia, te volvéis lerdo, patético, miedoso."

"Exactamente. Acertaste."

"Reaccioná, entonces; concentración, firmeza, seguridad, no te intimides, no dejés que te sobrevengan pensamientos negativos, autodestructivos, reaccioná."

"Voy a tratar. Voy a tratar, pero con una condición."

"¿Cuál?"

"Vos encontrá alguna forma de sacarme de acá, de mandarme de vuelta a Brasil."

"Es lo peor que podés hacer, sos el único que no se da cuenta."

"No me interesa si es lo peor o lo mejor. Es lo que quiero, y listo. Esa es mi condición: ¿aceptás o no?"

Escuchá, Eduardo: cuando te digo que es lo peor, es porque sé que es lo peor. No quiero que te lastimen. ¿Creés que los del FBI no les avisaron a los de allá? Ya lo

hicieron, Eduardo. Ni bien aterrizás en el Galeão, te agarran y no te largan más. Los de allá son de la pesada, creeme, de la pesada, no son como los de acá. ¿No sabés que en Brasil estamos en guerra civil?"

"Eso es lo que me aterroriza."

"Si vos no tenés nada que ver con eso, ¿por qué te aterroriza? (Pausa) Empecemos de nuevo. Eduardo: vos sos inocente, inocente, ¿entendiste? Y por eso el plan va a salir bien, tiene que salir bien. Si no fuera así, no saldría bien."

"Tocaste en el punto que me preocupa. Quiero saber, tener la seguridad de que tengo una salida pase lo que pase, y por eso la condición, Vianna. Vos podés arreglar la manera de ir mandándome de vuelta a Brasil, sin que nadie se entere."

"¿Cómo? Si vos no tenés inmunidad diplomática. Sos un mero empleado en el consulado. Empleado contratado."

"Que me mandes de vuelta."

"Es lo peor."

"Quiero volver. Quiero volver. Quiero volver. Volver."

Vianna intuye el peligro a la vista y resuelve jugar todas sus cartas. Basta de puerilidades. Respira hondo.

"¿Volver para qué? Decime."

"Salir de acá, de este infierno."

"¿Salir para qué?"

"Volver a Brasil."

"¿Volver para qué? Dale, decime."

"Volver a casa."

Vianna pisa firme, sin piedad.

"¿Y vos todavía tenés casa en Brasil?"

"Tengo, eso sí que tengo: tengo padre, tengo madre, tengo hasta una mucama, Bastiana."

"Eduardo, a mí podés mentirme, está bien, no me importa, es tu vida y tu locura también. Hacé con ellas lo

que quieras. Pero no te mientas a vos. Vas a salir lastimado."

"Ahora venís con esa charla de mentira. No te entiendo. ¿Qué buscás?"

"Soy yo el que no te entiendo. ¿O tengo cara de bobo?"

"De bobo no; más bien tenés cara de lobo."

Vianna intuye la ya conocida insolencia que vuelve en la fiera acorralada en el matadero. Abandona el juego gratuito y entra en el juego serio para acertar en el tobillo. Entra para lastimar.

"¿Y qué noticias tenés de tu padre? ¿Qué carta recibiste de él desde que llegaste a Nueva York?"

Eduardo no contesta, descontrolado, no sabe adónde quiere llegar Vianna, hacia dónde lo está llevando. Vianna vuelve a la carga:

"¿Qué noticias tenés de tu madre? ¿Qué carta recibiste de ella?"

"Ninguna", responde Eduardo en voz baja, y automáticamente, "ninguna". Después acelera: "Ninguna, ninguna, ninguna..."

"¿Ves? ¿Volver para qué? Si vos no tenés ni casa."

"¿Cómo que no tengo? Sólo porque no me escribieron, no quiere decir que ya no me quieren."

"Caliente, caliente..."

"¿Querés decir que..."

"No soy yo quien está diciendo algo."

"¿Y entonces quién?"

"No soy yo, a ver si me entendés."

"¿Quién, entonces?"

"Tu propio padre, Eduardo."

"¿Mi padre?"

"Si todavía querés llamar a Sergio de padre, podés, no sé si..."

"Estás insinuando que..."

"No estoy insinuando, estoy diciéndote que él no es tu padre."

Eduardo pierde la voz.

Vianna cree que tiene que aflojar. Fue una dosis como para un caballo. El chico está incontrolable. Es mala señal.

"Eduardo: contá conmigo. Sé lo que sentís. No quería lastimarte. No quiero. Pero es que vos no te das cuenta de que soy tu mejor amigo. Quiero ser realista con vos. Sólo eso, ¿entendés?"

Silencio.

"Si Sergio no te quiere, problema suyo, yo te quiero. Vos podés ser el hijo que no tuve. Ya te saqué del agujero una vez, puedo sacarte otra. Contá conmigo, Eduardo: tenés un amigazo a tu lado. Sos el único que no se da cuenta."

Vianna oye el clic y el ruido de ocupado, insistente y monótono. Llama a Eduardo. Da tono. Nadie atiende.

Eduardo cuelga lentamente, sin pensar. No quiere escuchar más, no quiere hablar más. La conversación ya no le interesa. Hay que cortarla como se apaga el gas luego de que el agua hirvió, como se cierra la canilla una vez que acabó el baño. Ya no hay posibilidad de comunicación entre él y Vianna. Las palabras son superfluas, exageradas, abusivas. Sólo importan los sentimientos, y estos se encuentran en estado de independencia total de Vianna, del resto de los seres vivos.

Eduardo no tiene nada. Nunca tuvo. Pensó que tenía, qué idiota. Se equivocó. Nadie tiene a Eduardo. Nadie lo tuvo nunca. Se siente suelto, tan suelto que todo el ambiente concreto y pesado a su alrededor parece reducido a simple aire. Una piedra en el aire. Un avión. Un meteorito. Un acróbata liberado de la gravedad. Ya nada lo atrae a la tierra. Un cuerpo que no atrae y que no es atraído. Suelto.

Eduardo piensa que así debe ser el sentimiento más profundo de soledad. Un cuerpo desprovisto de las fuerzas de atracción. Pasajero del vacío, de lo vacío, del hueco del mundo, sin otro destino que vagar, deambular por la atmósfera rarefeita de los cielos, sin reaccionar a la fuerza de los vientos, sólo siendo llevado de un lado a otro como una hoja seca. Otoño. Otoño allá afuera. En la soledad el hombre no tiene peso, tiene una densidad menor que el aire, por eso flota, tiene una densidad menor que el agua, por eso deriva en las olas. Flota, deriva, sin amarras, sin corrientes, sin lazos, eso es lo que Eduardo sabe ahora que ya sabe que ya no tiene nada.

Fingir que no se tiene nada es diferente a no tener nada. Es diferente: olvidarse de lo que se tuvo, no poder recordarlo porque ya no se tiene. Eduardo ya no quiere recordar, porque no se olvidó de nada, porque no hay nada que haya sido olvidado. No hay nada. Existe la nada. ¿Cómo tocarla? Y, ¿para qué? ¿Cómo palparla? Y, ¿para qué? ¿Cómo convivir con ella? ¿Cómo? ¿Cómo andar sus caminos? ¿Hacia dónde? Nada allá; nada acá. Yo acá, dentro de ella. Y ella acá, dentro de mí. Hermanos siameses por siempre jamás. Ella acá y allá. Yo acá y allá, indisolublemente.

Nosotros dos somos una piedra, a rolling stone, with no direction home. I'm on my own, like a complete unknown. El dulce placer de existir en la nada. La pluma al viento no quiere saber sobre los cuatro puntos cardinales, y, si quisiera, no serviría para nada.

Eduardo pierde el sentido de la dirección y del atajo. Piensa que siempre quiso economizar sus pasos por los caminos de la vida y se da cuenta ahora cuán lamentablemente inútil es todo y cualquier esfuerzo de economía. Si existe algún depósito ahorrado, va a gastarlo, rápido, de modo que la economía de sus pasos esté en consonancia con el camino recorrido. No vale nada tener en el bolsillo

de la vida algunos centavos, si no existen más cosas para comprar. No existe nada y en el bolsillo las monedas pesan. Hay que tirarlas por el aire y ver cómo son más pesadas que el aire, y es por eso que no flotan (como él), caen por el suelo atraídas por la gravedad.

Eduardo envidia las monedas que pesan y quiere imitarlas. Balancea su cuerpo y deja que se estire por el piso como si fuera una moneda. Busca una densidad mayor que la del aire. Quiere existir. Rueda por el piso chocando con los muebles, sintiendo en su piel la marca de los encuentros y de los desencuentros.

Eduardo quiere que las cosas renazcan de la nada hacia donde entraron e inventa trucos de mago con el movimiento de su cuerpo en el suelo. Y las patas de la cama son pies humanos y se acerca a ellos rodando como para besarlos sumisamente. Se enrosca a uno de ellos como un gusano, haciendo un semicírculo. Encoge sus piernas. El semicírculo se completa en un círculo cuando sus manos llegan a las rodillas. Es una circunferencia alrededor de la pata de la cama. Alrededor del pie humano. Reposo. Comienza a girar la circunferencia del cuerpo y va golpeando sus partes más prominentes contra el elástico de la cama, pero ahora las rodillas se sienten lastimadas. Eduardo crea el movimiento del día y de la noche, del miedo y de la libertad, del placer y del dolor. La vida y la muerte calzan igual. ¿Cómo distinguir la rodilla de la cabeza?

Eduardo recrea de la nada la posibilidad del mundo y, dentro de ella, la posibilidad del movimiento de la vida.

La circunferencia del cuerpo gira cada vez con mayor dificultad. Eduardo se cansa y descansa.

Redescubre la posibilidad de la fuerza y, dentro de ella, la posibilidad del cansancio.

Abre la circunferencia y estira su cuerpo en el suelo. Se pone boca abajo y abre los brazos en cruz. Levanta la

cabeza y golpea con la frente en el elástico de la cama. Juega consigo mismo a que no sabe dónde pone su nariz. "Nariz", dice y olfatea por el suelo como si fuera un perro de caza. El mundo de Pinocchio. Un mundo de cuentos de hadas. Hace como si se levantara y hace como si golpeará de nuevo la frente en el elástico. Quiere recordar el dolor de un chichón en la frente. Hace como si lo tuviera.

Eduardo vuelve a descubrir la posibilidad del recuerdo y, dentro de ella, del presente.

Arrastra el cuerpo hacia fuera de debajo de la cama, ahora con miedo de lastimarse, y se pone de pie.

Decide llamar por teléfono a Marcelo. Piensa primero que es necesario saber por qué quiere llamarlo a Marcelo. Toma un pedazo de papel de la mesita del cuarto y enumera con la lapicera:

1. Hablar de ayer a la noche. Saber qué pasó en *Envil's*.

2. Preguntarle si vio a Rickie salir con el bostoniano.

3. Preguntarle cómo llegó a su casa. Si él lo ayudó, o si vino por su propia cuenta como teledirigido.

Eso, en cuanto a ayer. Ahora los de hoy.

4. Avisarle que se cuide porque entró el FBI en el juego.

5. Quejarse de Vianna, amargamente, pero tener cuidado para no dejar mostrar todas sus cartas.

6. Preguntarle si no le gustaría llamarse Mário Correia Dias.

Estarías haciéndome un favor, Marcelo, salvándome el pellejo.

Se acerca al teléfono. Tiene el papel en la mano. Disca el número de Marcelo. Ya está por cortar, cuando atienden. Atienden en inglés. Eduardo reconoce la voz, porque es voz conocida. Pregunta por Marcelo en inglés. La voz dice que Marcelo no está. Would you like to leave a message. Please say Eduardo called.

"Is it you, Eddie?"

Eduardo lo reconoce.

"Rickie!"

Los dos se quedan en silencio. Rickie lo interrumpe informándole que Marcelo salió para una reunión y que sólo atendió el teléfono porque pensó que podría ser él, Marcelo, queriendo decirle algo urgente. Eduardo:

"¿Qué estás haciendo en la casa de Marcelo?"

"Dormí acá."

"¿Dormiste ahí?"

"Después de que te dejamos en tu casa, ayer a la noche. ¿Qué curda, eh! Seguro que ni te acordás."

"¿Él te invitó?"

"Ajá."

Eduardo corta lentamente y sin reflexionar. No quiere escuchar más, no quiere hablar más. La conversación ya no le interesa. Hay que cortarla como se apaga el gas...

Eduardo sale dejando la puerta del departamento abierta.

DÉCIMO

1

Marcelo vuelve a la tarde al departamento.

La reunión fue jodida, pesada, dominada por la fatalidad. Malas noticias venidas de Brasil y transmitidas al grupo por Falcão. El aparato represivo militar se armaba como nunca. La junta compuesta por los tres ministros del área militar no había colocado como vicepresidente a Pedro Aleixo porque sí. La Aeronáutica había refinado su perversidad en la tortura. Habíamos vuelto a la época de la Gestapo. La lucha entre las tres armas para definir al sucesor de Costa e Silva hacía que cada una de ellas mostrara dientes afilados de tigre y garras listas para la rapiña de la presidencia. El que mata, se lleva la victoria. El arma más dura ganaría el pleito.

Los compañeros empezaron a asustarse con los relatos recién llegados. Submarino. Picana en los testículos, en la vagina, en el culo o en los pezones. Baños helados de inmersión. Salas con cambio brusco de temperatura. Interrogatorios infinitos. Violencia, violencia, violencia. Sed. Hambre. Soledad. Patadas, sopapos, garrotazos ensordecedores. Cuerpos tirados a alta mar desde aviones. La lista de desaparecidos aumentaba cada día. También sabían que había espías infiltrados en casi todos los aparatos. ¿Cómo descubrirlos?

El futuro gobierno prometía. Los militares liberales denunciaban en cartas abiertas las tácticas vergonzosas del Ejército para hacer que ganara Médici, comprometido con la más dura de todas las líneas. Esta vez sólo votaban los

militares, elecciones de trinchera. Todo el país una inmensa trinchera. Y ni siquiera entre ellos solos lograban establecer reglas correctas para un juego limpio, cada ministerio constituía el colegio electoral interno a su manera. El más resuelto de todos, el Ejército, lideraba. No por casualidad despreciaron a los civiles que se les acercaron en el 64, y no fue precipitadamente que armaron la trampa para cerrar el Congreso nacional. Ellos solos en el poder. Como querían, como quieren.

La euforia que habían sentido con el secuestro del embajador americano era reemplazada ahora por el miedo disimulado, e incluso, evidente. En ese momento, Marcelo se acordó de un verso de Drummond y lo citó: "El espía cena con nosotros." Alguien completó: "Tiempo de cinco sentidos en uno solo."

Después fue el turno del informe de Marcelo.

Dijo que no veía cómo podían asustar al profesor Aníbal. Había tomado todas las precauciones para su propia seguridad y podía también haber tomado otras medidas además de las que había logrado ver. El tipo era un zorro, no había dudas. Escogió un edificio con encargado y portero eléctrico. El encargado no dejaba pasar ni una mosca sin que se identificara. A la salida, se quedó en la puerta como esperando a alguien y se pudo ver cuán severo era para dejar subir a alguna persona; no era un encargado: era un vigilante de banco. La puerta del departamento tenía por lo menos cuatro cerraduras y era muy sólida. Y lo peor de todo era que el profesor era paralítico y sólo se movía en silla de ruedas.

Eduardo (alias Rosebud) dijo que no le importaba armar una escena tipo Richard Widmark, haciendo caer la silla de ruedas por la escalera. Después se reiría con la famosa risa de villano. Cuanto más sabía sobre el hombre —continuó—, más seguro estaba de que era un verdadero hijo de puta. ¿Leyeron el artículo que escribió para la

revista de William Buckley defendiendo a la Junta? Ahora se había acercado a los republicanos de la derecha.

Nadie había leído o visto el artículo, y Rosebud prometió traer una fotocopia para la próxima reunión. También había hecho sus investigaciones, lo que fue elogiado por Falcão.

Marcelo siguió diciendo que, en ese aspecto, Eduardo tenía toda la razón. El tipo es una pústula mental. Durante su conversación con él, Marcelo había perdido el control dos o tres veces. No se arrepentía, porque le parecía que así le había dado más naturalidad a la visita.

Cuidado —alertaba otro—, que puede entregarte hoy mismo. Ya le debe estar picando el dedo índice. Tiene esa fama en el ambiente universitario brasileño.

Marcelo retomó: el punto vulnerable —el único que detectó— es su mujer, Leila, que me dio la impresión de estar un poco tocada, tal vez incluso loca.

Rosebud le preguntó si era una rubia teñida, porque si lo fuera estaría jugando al tipo americano, onda Billie Holliday.

Marcelo dijo que era morocha, hasta bonita, una morochaza. Una papa para Vasco. Juega el juego de su marido y él la domina completamente. Pero el hombre es vanidoso, egocéntrico, narciso, tanto, que Marcelo creía que, si la matáramos, él sufriría lo mismo que con la muerte del perro de la vecina. Era una estupidez hacerle algo a ella. Pérdida de tiempo, según su opinión. Tal vez hasta nos agradezca si le hacemos algo malo a ella.

Vasco no estaba de acuerdo con la visión de Marcelo. Muchas veces, para un tipo como Aníbal, lo más duro no es el golpe en sí, sino la repercusión que tiene. De eso sí tienen miedo, porque son personas susceptibles, a las que les importa mucho la opinión de los que los rodean. Mirá el caso de Valdovinos: cagado en las patas, el hijo de puta. Y la mujer que llega mañana y recibe las tarjetas de crédito

en el correo; el embajador recibe en el consulado sus documentos, y va a divertirse hasta el cansancio con la historia; la policía recibe sus papeles del servicio secreto y, finalmente, sus compañeros de armas de acá y de allá van a terminar apretándole los tornillos.

Otro preguntó cómo estaba tan seguro de lo que estaba pasando hoy con el agregado militar.

Vasco respondió que se estaba cogiendo a su empleada y ella le había pasado la información. Continuó: Valdovinos hubiera podido fácilmente librarse de las pintadas en las paredes de su departamento. Habría hecho pintar de nuevo las paredes y nosotros nos quedábamos papando moscas. Pero ahora no: mañana va a saber que pueden saber que es la loca más loca de la parroquia. Con que alguien haga correr el rumor, su reputación se va a la mierda y junto con ella sus cargos en el exterior. Vasco le preguntó a Marcelo si había visto a Eduardo según lo habían dispuesto, y si todo había andado bien.

Bien, lo que se dice bien, no anduvo; se agarró una curda fenomenal. Por lo menos había conseguido tranquilizarlo un poco. No sabe para qué lado se va a inclinar; es posible que caiga en los brazos de Valdovinos.

Vasco se asustó con la posibilidad.

Marcelo dijo que había exagerado; lo que quería decir era que Eduardo no era una conquista fácil. Le debía un gran favor al agregado. Él le había conseguido el empleo en el consulado. Y esa —sólo esa— debía ser la razón por la que lo dejó cambiarse de ropa en su departamento. Intercambio de favores. Eduardo me parece muy ético.

Carlinhos le preguntó qué entendía por ético.

Marcelo dijo no importa.

De vuelta en su departamento, Marcelo encuentra a Rickie nervioso. Tenía que irse y ya no aguantaba esperar más. Insiste en que se quede. Sólo hasta el final de la tarde. Antes podemos almorzar por ahí. Te invito a almorzar.

Cerca de la puerta: "Marcelo, llamó Eddie. Quería hablar con vos, atendí el teléfono porque insistía y pensé que podías ser vos. Me equivoqué, perdoname. Eddie parecía muy angustiado (depressed, dijo). Llamalo, dale."

A Marcelo le molesta que Eduardo haya descubierto su felonía y piensa *mejor así, hubiera sido difícil decirselo en seco, íbamos a tener que ponernos en curda de nuevo, la única manera*. Sólo así es que tendría coraje para contarle toda la historia de la madrugada del sábado. Va a llamarlo, se despide de Rickie.

El teléfono está ahí en la única habitación del departamento. En la mesa al lado del sofá. Disca. Espera. No atienden. Desliga. Disca otra vez. Nada. Salió, no vale la pena pasar por allá, fue a curtir la resaca y el bajón dando una vuelta por la ciudad. Hacerse algún levante ligerito en *Julius'*, atardecer, domingo. La casa está llena. Una quickie, como dice él. Marcelo se acuerda de que puede hablar con ese cubano (asco) vecino suyo, son amigos íntimos. Bajoneado, Stella debe haber ido a escuchar los boleros del otro. De ti aprendí que la semana tiene más que siete días, intercambiar ideas con una amiga. Le debe estar estallando la cabeza. Marcelo no quiere pensar que traicionó a su amigo por la espalda. No quiere, pero no deja de preocuparse por la forma en la que lo recibirá Stella.

Esta trastornada se pone la mano en la cintura, pone cara de culo y me hace un escándalo para alquilar balcones. Hace caer el edificio. Hace un escándalo de conventillo. ¡Ladrona! ¡Putá! ¡Me robaste mi hombre! Ya veo que hasta agarra la escoba de la cocina y viene barriendo como si nada y de repente me barre a la calle. ¡A la calle, gusano, fuera! Cuando Stella pierde los estribos no queda piedra sobre piedra. *No sirve de nada decir que fue sólo para probar, hablaste tanto de él, que quise sacarme el gusto, ¿viste? Pero, ahora te podés quedar con él para vos sola. Es todo tuyo, tontita.* Y se ve con Rickie en los

brazos tirándolo —¡agarralo!— a los brazos de Stella, que recibe el cuerpo levantando la cara ligeramente hacia la izquierda, con arrogancia. Desciende los párpados y lanza aquella mirada baja de desprecio infinito. ¡Basura! Y si Eduardo no quiere a Rickie de vuelta. Rickie es tuyo, No señor, Tomá que Rickie es tuyo, No, quedátelo vos. Puede decirle que Rickie no vale la pena, sólo Stella puede pensar que es un tesoro. Como él, miles en la calle, querida. Miles, Stella. Parecés ciega. Marcelo se acusa a sí mismo de hipócrita. Si no se queda con él es por Stella. Ya pensó en el encuentro de los tres. Stella le saca el zapato y le pega. Pero él sabe cómo tranquilizar a Stella. Hiede como todo gringo. No sé cómo aguantás. Para mí fue un martirio. Parece mentira que hayan sido ellos quienes inventaron el desodorante. Y cuando se saca las zapatillas —¿te diste cuenta?—, las medias salen caminando solas como en un dibujito animado y hay que taparse la nariz, que pide clemencia. No se baña nunca. Rickie es igual a todos, no se baña. Si no les pedís que se bañen antes, es una porquería asquerosa. ¿Quién aguanta? Sólo tu amiga, la Viuda Negra. A esa hasta le debe gustar una cagadita en la hora H. Es necesario impresionar a Eduardo. En esa cae. Mulato brasileño, ya se sabe, no piensa en la comida, lo que quiere es un buen baño y mucho desodorante. Se mueren por eso. Tomá que Rickie es tuyo. Pero es cosa de días. Va a terminar agradeciéndome por el bien que le hice, imagínate, quedarme con ese puto en casa, sos un amigazo, me salvaste de una grande. Marcelo no había pensado en eso antes. Ni lugar para dormir tiene el gringo. Imagínate, se instala en tu casa como en un hotel y después quiere casa y comida, ropa lavada, todo de arriba. Te convertís en su mucama cama adentro. De día le lava la ropa, de noche le besa la boca. Y con callos en la mano. Mientras trabajás en el consulado, va a andar vagabundeando por ahí, haciendo de las suyas, porque la criatura es

una fiera, vos ya lo viste, ya sabés. Apenas una caída de ojos y cayó como mosca en la miel. Vino con la historia de que no tenía dónde dormir. Ya era tarde, amenazaba llover. Le dijo entonces que no había ningún problema, que pasaba la noche en su casa. Pero a la mañana, a la calle. Allí, vos sabés, sólo tengo una cama y en medio de la noche, ¡zas!, se le tiró encima. Santo Marcelo no era. Ni Eduardo quería que fuera, ¿o sí?

Sólo por las dudas, Marcelo toca el timbre del departamento de Eduardo. Como su amigo no atiende, resuelve tocar el timbre del vecino.

Paco abre la puerta visiblemente asustado, había visto hoy más de lo que sus ojos podían ver.

Marcelo se identifica.

Paco siente alivio y dice que Eduardo habla siempre de él. Lo hace entrar y cierra inmediatamente la puerta, mirando antes hacia los dos lados del pasillo. La casa es chica pero el corazón es grande. Un amigo de Eduardo es amigo mío.

Marcelo se da cuenta de que el cubano ya no está tan tenso, pero aun así no logra ponerse cómodo con él. Va a decirle que vino sólo a preguntarle por Eduardo. Nada de intimidaciones con ese facho. Tiene muchas resistencias. Percibe que el otro es auténtico en su forma de hablar. Mantiene la resistencia, y se queda callado o sólo se expresa con monosílabos.

"Quería saber de Eduardo."

"No te vas a quedar ahí parado en el medio del living. Siéntate, chico."

Marcelo no va a sentarse. Reacciona ante la invitación del cubano. Sabe que la invitación no es forzada, pero reacciona.

"Nada de ceremonias, por favor. Tenemos mucho de qué hablar. Estoy tan confuso. Necesito desahogarme con alguien."

A Marcelo la curiosidad lo hace ceder. Toma asiento en el sofá indicado por Paco. Dice que no puede imaginarse por qué está tan confuso. Ocurrió algo anormal con él, o con Eduardo, si ocurrió, por favor, que se abra con él. Estaba allí para eso.

"¡Tantas cosas, tantas! No me hables, chico. Ya no sé qué pensar, cómo actuar."

Marcelo se da cuenta de que Paco está triste, atormentado, sin fuerzas, y su curiosidad aumenta. Disimula su interés, observando la decoración del departamento. No la comenta para no desviarlo del asunto. Paco no sigue los ojos de Marcelo. Está ensimismado. Finalmente se desahoga:

"No sé qué hacer para salvar a Eduardo."

"¿Cómo salvarlo?"

"Salvarlo."

"¿Alguien quiere matarlo?"

"Sé quién es él. Sólo yo lo sé. Su vida está corriendo peligro. Y él lo sabe. Yo sé que él lo sabe. Pero no puede decir nada. Tampoco puede pedir ayuda a la policía. Debe ser chantaje, sólo puede ser eso", Paco susurra las últimas palabras como si la pared tuviera oídos.

"¿No estarás imaginándote cosas, sólo porque lo viste en curda en el pasillo?"

"Él no me dijo nada. Yo lo descubrí. Lo vi con mis propios ojos."

"¿Qué es lo que descubriste?"

"Que el hombre de negro lo quiere matar. Se muere de miedo del hombre de negro."

"A ver si decís algo con sentido, Paco. ¿De qué hombre de negro hablaste? ¿Qué arma tenía en la mano para poder, para querer matar a Eduardo?"

"Una loca sadomasoquista. Desde que ella apareció ayer alrededor del mediodía Eduardo no es el mismo. Ella

lo domina completamente. Ni siquiera es el mismo amigo que era antes."

"Todo el mundo sabe que él ayudó a un viejo amigo que estaba en apuros. Fue sólo eso, Paco. De ahí a hablar de muerte, asesinato, chantaje y toda la historia, no entiendo. No te entiendo, Paco. ¿No te parece que estás viendo fantasmas?"

A Marcelo le parece que Paco perdió un tornillo. ¿Habría sido siempre así? Oyó cantar al gallo y ya imagina el apocalipsis.

"Yo tampoco entiendo nada. Quería ayudarlo, pero ni siquiera él quiere mi ayuda. No me dejó entrar en su departamento después de que vinieron los dos policías. Yo sólo quería ayudarlo."

"¿Dos policías, Paco? ¿No te parece que estás exagerando, haciendo una tormenta en un vaso de agua?"

"Dos policías, te juro (cruza los dedos índices y se los lleva a los labios, besándolos), te lo juro por mi madre; no estoy mintiendo. ¿Por qué iba a mentir? Vinieron a interrogarlo, y se quedaron en el departamento más de media hora."

Marcelo se asusta y cambia de táctica.

2

Cuando Marcelo sale del departamento de Paco hay un policía vigilando la puerta del departamento de Eduardo y en la calle un patrullero. Piensa que se salvó por poco. Si hubiera tocado el timbre, en seguida sería preso en flagrante.

Desde el teléfono de la esquina llama a Falcão.

3

Al atardecer del domingo, cuando lee el artículo "Brazil in turmoil", en el *New York Times*, el profesor Aníbal recibe una llamada de larga distancia desde Washington.

Viene de los headquarters del FBI y la voz en la línea, después de identificarse, se disculpa por molestarlo en la tarde del domingo, pero se justifica la molestia, porque se trata de un asunto urgente, una papa caliente en las manos. Continúa: el Servicio Nacional de Inteligencia de Brasília nos indicó su nombre. Lo consideran un hombre de confianza y seguramente podrá ayudar al Bureau a resolver un misterio que tiene todo para transformarse en un nuevo dolor de cabeza entre los dos países hermanos.

El profesor Aníbal dice no sé cómo puedo ayudar, pero pueden contar conmigo, haré lo posible (my best, dice). Agrega: está a disposición del Bureau, si lo necesitan.

La voz en el teléfono le pregunta si puede recibir en su casa, en poco tiempo, a dos agentes destacados de la delegación de Nueva York. Ellos lo pondrán al tanto de los acontecimientos e, inmediatamente, bien, inmediatamente los señores verán qué se puede suponer. Estamos en un callejón sin salida, como usted percibirá.

El profesor dice que sí, que los espera.

Aníbal grita Leila, que venga hasta el escritorio. Necesita hablar con ella.

Leila aparece en el umbral.

Aníbal le pide que vaya a dar una vuelta, tal vez ir al cine a la sesión de las seis, que haga cualquier cosa en la calle pero que no vuelva a la casa antes de las ocho, por favor.

Ella dice que ya no aguanta más, que ya no puede tener ni siquiera una tarde libre en su casa. Ayer fue aquel joven. Hoy ni me decís quién. No sé para qué tanto secreto.

Podés quedarte tranquilo, que no voy a soltar prenda. No te entregué hasta ahora, no voy a hacerlo hoy.

Aníbal la interrumpe diciéndole que se deje de hinchar las pelotas.

Ella lo interrumpe diciendo, mirá, mirá las expresiones que usás ahora. ¡Quién diría, el profesor Aníbal de la Columbia University!

Él no se molesta con el comentario y sigue: le pide que sea comprensiva, que ayer él le había concedido —¿o no?— todos los caprichos de ella como pago de esta tontería de una vueltita por el barrio mientras recibía a Marcelo.

“¿Mis caprichos? ¿O los tuyos?”, insiste en tono irónico.

“No vengás con historia ahora. En poco tiempo llega la visita. ¿Eso es lo que vos querés, no? ¿Que nos encuentren discutiendo?”

Leila va al cuarto a prepararse. Pero resuelve hacer todo de manera controladamente lenta de modo de no salir antes de que llegue la visita.

Haciendo rodar la silla hasta la cocina, donde está el portero eléctrico, Aníbal grita histérico, estás tardando a propósito, te conozco. Haciendo tiempo.

Leila piensa *me conoce bien*, pero se desmiente en voz alta diciendo que no podía encontrar una ropa adecuada para esa hora. Al salir, la temperatura todavía está soportable, pero a la hora de volver no va a aguantar el viento de las esquinas.

Suena el portero eléctrico. Aníbal atiende. El encargado le avisa que los señores Marshall y Robins, de Washington, quieren subir.

El profesor da su autorización y hace rodar la silla hasta el dormitorio donde encuentra a Leila ya lista mirándose en el espejo. Ahora ya es tarde. Te presento y, por favor, decí que estás saliendo. Continúa haciendo rodar la

silla hacia el vestíbulo, ahora seguido de cerca por su mujer.

Suena el timbre.

Aníbal hace una seña de esperar y, en seguida, da la orden a Leila para que abra. Leila abre las cerraduras bajo la mirada atenta del marido. Leila hace pasar a los dos señores, pide disculpas, está saliendo, se despide con un beso del marido honey. Sale cerrando la puerta tras de sí.

El jefe y el subordinado no logran esconder la sorpresa frente al profesor sentado en la silla de ruedas. El jefe quiere adivinar si fue accidente reciente o si es defecto físico. Ante la duda y frente al visible embarazo del anfitrión, “Profesor Paes Leme, supongo”, se presenta como Mr. Marshall, del FBI, al mismo tiempo que, con la mano izquierda, muestra el documento. “Éste es Mr. Robins, mi ayudante en las investigaciones.”

El profesor extiende la mano, le encantará poder ayudar de alguna forma.

“Estamos pasando por una fase muy difícil de nuestra historia”, continúa. “Rebeldía en los cuarteles, desórdenes juveniles en las universidades, bancos saqueados, grupos clandestinos asesinando inocentes a sangre fría, y ahora hasta un embajador de nación amiga secuestrado, y eso en el momento en que el país, el gigante adormecido (sonríe), da un gran paso hacia el futuro.”

Los agentes entienden poco de lo que el profesor dice, pero conservan la sonrisa profesional, mostrando con su silencio que están de acuerdo.

“Pero no lo conseguirán. Por más que intenten no van a conseguirlo. Estamos alertas. Serán extirpados de la sociedad brasileña como si fueran malezas, aunque tenga que usarse violencia para eso. El gobierno revolucionario militar en sí no es violento ni quiere la violencia, son esos criminales irresponsables los que lo obligan a serlo.”

Contra su propio deseo, les aseguro. Los militares quieren paz, armonía y prosperidad."

El jefe aprovecha una corta pausa para decirle que entiende por qué había sido recomendado por Brasília como hombre de confianza.

"Ustedes no pueden imaginarse cuán feliz me hace saber que los dos servicios de inteligencia están trabajando en común, aun después del incidente de septiembre." En ese momento se da cuenta de que las visitas están todavía en el vestíbulo y pide disculpas. "¡Qué distraído! Hablo sin parar y me olvido de la hospitalidad. Entren, por favor", dice mientras maniobra la silla llevándola hacia la pared para dejarlos pasar.

Los acompaña de cerca. Les muestra un sofá para que tomen asiento e inmediatamente después estaciona la silla de ruedas en su lugar.

El jefe dice que no quiere tomar su precioso tiempo; sabe que es domingo, día de descanso, y por eso juzga conveniente ir directo al grano. Saca del bolsillo interno del saco una agenda donde había preparado un resumen para la exposición de los hechos.

El agente Marshall estaba inseguro desde que recibió la orden de Washington de entrevistar al profesor Paes Leme, de Columbia; la voz en el teléfono le había advertido: una de las mayores eminencias del Brasil, no se olvide, y actúe como si estuviera pidiendo la cooperación de una autoridad del nivel de Arthur Schlesinger. Marshall estaba en contra, está en contra de que el FBI se mezcle con intelectuales (egg heads era la palabra que le gustaba usar). Por su experiencia, sabe que siempre terminan criticándonos. Pero una orden es una orden.

Con el resumen en la mano, hace una síntesis global del caso, deteniéndose en los puntos que le parecen más enigmáticos. Termina diciendo que las investigaciones andaban por buen rumbo hasta que Mr. Silva desapareció

misteriosamente algunas horas atrás. Desapareció del departamento, dejando además la puerta de adelante abierta.

El subordinado agrega que, tal vez por represalia, el grupo terrorista haya secuestrado al joven. Puede ser que fuera a él que el grupo buscaba, y no al otro.

El jefe retoma la palabra, informando: como Mr. Silva es funcionario del Consulado Brasileño, aunque es un secretario, Washington tiene miedo de que surjan complicaciones con las autoridades brasileñas. Estas pueden pensar que el affaire esté siendo montado por la CIA —en escala menor, claro, que el secuestro ocurrido en Brasil— para pagarle con la misma moneda al servicio secreto de ustedes.

El profesor escuchó todo con profunda atención, entre-cortando acá y allá el informe con un "extraño, extraño", que funcionaba como una especie de punto y aparte.

Cuando terminó la exposición, los dos miraron al profesor como si sólo él tuviera el ¡ábrete sésamo!

El profesor meneaba la cabeza, iluminando su rostro con una sonrisa victoriosa. "Creo que puedo serles útil." Hace una pausa y continúa: "Es increíble: los subversivos sólo piensan en perturbar el orden. En Brasil es igual, el ciudadano ya no está seguro ni en su casa, auto o trabajo. De un momento a otro irrumpen enmascarados con ametralladoras, ¡manos arriba! Es un asalto, un secuestro. Como si la solución para los reales problemas de la nación brasileña estuviera en una imitación barata de film de bandido y héroe. Es claro que no es más que un plan de adolescentes problemáticos."

El jefe quiere asegurarse de que el profesor no se vaya por las ramas. Pero piensa que los intelectuales son así, hablan de todo hasta por los codos, menos de lo que interesa. Se recoge a su sabiduría, previendo que tendrá que tener mucha paciencia, mucha.

"Lo que no entiendo es la prensa americana. Es incomprendible. Estaba ahora leyendo un artículo en el *Times*, ustedes también lo leyeron, ¿no? Llamen a la revolución brasileña golpe (coup, dice el profesor), hacen críticas a la represión y a la censura, elogian lo que llaman de lenguaje esópico en las artes, y entrelíneas, fíjense, hasta defienden a los terroristas que secuestraron su propio embajador. No se sabe de qué lado están los periodistas. En realidad, quien no sabe es un idiota. En el fondo, están contra uds", y mira fijamente a los dos agentes, que se asustan, creyendo que están siendo severamente criticados. El jefe termina por entender el razonamiento del profesor y no logra esconder su malestar yankee-doodle frente al ataque:

"Gracias a Dios, en Estados Unidos la prensa es libre. Y estamos muy orgullosos de mantenerla así."

"Libertad, libertad ¿qué pensaría usted —dígamelo sinceramente— si publicaran un artículo a favor de las Panteras Negras día por medio? Conozco muy bien la libertad de prensa en los Estados Unidos y en Francia."

El jefe muda de opinión: es de los nuestros; el profesor es un intelectual diferente; y empieza a prestar más atención a sus palabras.

"Allá como acá los periodistas son unos incendiarios cuando se trata de política extranjera, pero cuando están en juego cuestiones internas, la propia seguridad y el bienestar de los ciudadanos, son de un conservadurismo a prueba de bala."

El jefe le pide disculpas por lo que había dicho. Como no entiende la política extranjera (hizo carrera en el FBI, no en la CIA, se justifica), no podía evaluar la irresponsabilidad de los diarios americanos; realmente en lo que se refiere a problemas internos difícilmente estaba en desacuerdo con el *Times*.

"Y usted no sabe lo que la prensa roja hace en Brasil con esos libelos a favor del terrorismo. Lo vuelven a

publicar con todas las letras y con el mayor destaque y hacen un escándalo de desfile en día del trabajo."

El jefe escucha y aprende, mientras lanza miradas significativas a su subordinado.

"Eso es lo que los subversivos llaman repercusión negativa del régimen en el extranjero. Y como hoy todo es prensa, hablan de la imagen degradada del país en el extranjero, imagen de aquí y de allá, hasta que aciertan el tiro mortal: la crítica al régimen militar tenido como dictadura, como régimen autoritario. Hay que vivir allá para verlo. Cualquier libelo de esos sirve para abultar la campaña de la subversión."

"¿Y cómo puede gobernar el gobierno con esa presión desde la prensa?, pregunta curioso el subordinado.

"No aguanta, ningún régimen en el mundo aguanta, por eso tuvimos que crear leyes protectoras. ¿Y qué dice la prensa de acá? Adivinen: habla de censura. ¡Censura!"

"Entiendo", dice el jefe.

"¿Pero hay o no hay censura?", pregunta el subordinado middleclassmente.

"¿Y a usted le parece que hay censura en su país porque no publican los manifiestos incendiarios de Malcolm X o de Jerry Rubin?"

"Los diarios pueden no dar espacio a esas locuras; si se lo dieran, esto se convertiría en un verdadero manicomio."

"Lo mismo pasa en Brasil. Sólo que allá instituyeron la autopreservación del régimen bajo la forma de ley, porque es un país joven, con políticos irresponsables, con alta tasa de analfabetismo. Acá ustedes pueden dejar que el barco corra, porque los dueños de los diarios son los primeros en hacer autocensura."

"Autocensura..." repite el jefe como si, repitiendo la expresión, consiguiera comprenderla mejor.

El subordinado le dice al profesor que va a leer el artículo del *Times* y después va a mandar una carta de

protesta al diario. Y que va comenzar una campaña a favor del régimen militar. Son los rojos nuestros enemigos. Para empezar, va a reproducir las palabras del profesor en la próxima reunión de la American Legion. Es tesorero."

El jefe se sorprende con la comunicabilidad de su compañero y se apura a tomar la delantera en la conversación.

"Muy bien, muy bien, comprendemos sus frustraciones, profesor Paes Leme, y le aseguro que tiene toda nuestra simpatía. Pero la mejor manera de ayudar a su país, y también al nuestro, es llevar a buen término la investigación que nos ocupa. ¿Vamos a trabajar?"

El profesor Aníbal se da cuenta enseguida del desvío que hizo para llegar adonde finalmente llegaron y se disculpa.

El jefe dice que al contrario. Sus palabras fueron muy instructivas, y mira al subordinado en busca de apoyo.

El subordinado apoya.

"¿A trabajar!", concuerda Aníbal, y lidera. Comienza a recordar que, mientras el otro hacía su informe, se le habían ido ocurriendo ciertas ideas que tal vez podían ayudar a aclarar el misterio de la depredación. Continúa: nunca vio con buenos ojos una asociación que crearon artistas y estudiantes brasileños en las dependencias de una iglesia protestante en la calle 46. Hizo algunas investigaciones y descubrió que era lo que era, una célula de subversivos.

El jefe le pregunta el nombre de la iglesia.

Aníbal lo tiene en la punta de la lengua: Saint Clement's Episcopal Church.

El jefe reconoce el nombre; había aparecido ya varias veces en investigaciones de carácter político; aún así, le pide al subordinado que anote el nombre.

Aníbal retoma informando el nombre de la asociación: "Brasil U.S. People's Fraternity". Agrega que, ni bien

supo el nombre, se dijo a sí mismo que aquel *people* no engañaba a nadie: olía indiscutiblemente a chino.

"¿Chino?", se asusta el subordinado.

"Es una forma de decir", le explica el profesor. No logran ni siquiera ocultar las intenciones políticas del grupo. Ya en el nombre de la asociación aparecen las fuentes ideológicas que influyen en la célula."

"¿Y en serio que hay chinos metidos en esto?"

"No creo. Mi olfato me dice que lo que hay es habano, ron y rumba."

Ninguno de los dos entiende y se miran de reojo.

El profesor sabe que ahora domina la conversación y les da una clase pormenorizada sobre la infiltración de Cuba en América Latina.

"¿Y ahora los comunas cubanos se infiltran en los Estados Unidos? ¿Es eso lo que está diciendo? ¿No es suficiente con los que recibimos gratis en Miami?"

"Es una hipótesis", dice victorioso. Y continúa informando, la asociación no tuvo éxito y fue cerrada enseguida, pero las personas todavía andan sueltas por la ciudad.

El jefe quiere nombres, nombres propios, ¿al profesor le molestaría?

Son brasileños.

Por eso mismo es que buscamos al profesor.

Dice que no conoce a la mayoría de ellos personalmente. Algunos de nombre porque son protegidos por la prensa roja. Es el caso del artista plástico Saul Ferreira, del cineasta Eduardo Lima y del escritor Flávio Leitão.

El jefe le pide que escriba los nombres en la agenda del subordinado. Este se levanta y le ofrece su agenda y una lapicera al profesor. El profesor anota los tres nombres y otros dos más; cree que son éstos los que planearon la asociación. Deben ser los que mantienen los verdaderos contactos políticos. Los otros tres son inocentes útiles.

Sirven para camuflar las intenciones reales de la asociación.

El profesor dice que tiene otra información, tal vez poco valiosa para el caso presente, pero nunca se sabe. Esa información, pide, no debe constar de ningún modo en ningún informe; si estuvieran de acuerdo, hablaría.

"Off the record", concuerda el jefe.

El profesor habla del gran protector del joven Eduardo que es el agregado militar en el consulado.

El agente Marshall se asusta y, apabullado, queda en silencio.

El profesor tamborilea los dedos por los brazos de la silla de ruedas esperando la reacción. No llega. Retoma; por favor, eso no puede filtrarse, no puede salir de esta sala, es un asunto demasiado delicado e interno. Si se hace público, puede comprometer al propio embajador brasileño, imagínense la confusión. Parece que hay algo más que amistad entre los dos. Cierta complicidad masculina, digamos.

El jefe no osa preguntar el nombre del agregado. Escucha, memoriza, recuerda las palabras del bodeguero dominicano describiendo la loca millonaria que frecuentaba el departamento, pero recuerda también que ninguna de las pintadas hacía referencia a la homosexualidad. En todas el tenor era nítidamente político. Ya está dispuesto a olvidar la información, cuando el otro vuelve a la carga, nadie en el consulado entiende cómo un agregado militar puede almorzar todas las semanas con un simple secretario, prefiriéndolo a sus compañeros con tantos títulos como él.

"Este es otro misterio", arriesga el subordinado. "Suficiente con el que tenemos."

El profesor no va a sacar la pelota de la cancha enseguida. Supo por colegas cariocas que pasaban por Nueva York que, ya en Río, las costumbres del joven dejaban que

desear. Ahora, ustedes díganme: ¿cómo un consulado va a contratar alguien así? ¿Es posible que no hagan la más mínima investigación sobre la vida anterior de los funcionarios? No quiere perjudicar al joven, para nada, que se gane la vida como pueda, lo que le molesta al fin de cuentas, y pide que lo interpreten correctamente, es la imagen del brasileño que le llega al americano. En poco tiempo van a pensar que Brasil es un inmenso jardín zoológico, como antes lo confundían con la selva amazónica.

El jefe dice que no hay peligro, el americano es muy tolerante hoy en día. No va a tirar piedras en el tejado vecino si el suyo es de vidrio. ¿Usted todavía no fue a San Francisco?

"Tolerantes hasta ahí nomás. No mezclamos las cosas. Cuando ustedes descubren una persona como ese joven, no piensan dos veces, ¡a la calle! No son pocos los escándalos en Washington, usted lo sabe tanto o mejor que yo."

El jefe se convence. Dice que tiene que ir al día siguiente al consulado, tiene que encontrar a ese joven de una forma u otra, y que, seguramente, va a pedir una entrevista con el embajador. Le pregunta al profesor si piensa que deba decirle algo sobre el joven. Así, como quien no quiere la cosa.

El profesor permanece en silencio.

El jefe lo interroga de nuevo con la mirada. Quiere una respuesta a la pregunta que hizo.

"Mal no puede hacer. Sobre todo que el joven ya está hasta el cuello en un caso de terrorismo. Creo que puede, sí. Puede no: debe. Sólo es mejor que el embajador no desconfíe del agregado."

"¿Y si el joven no tuviera la culpa? ¿Si fuera sólo víctima de un equívoco?", pregunta el subordinado. "Puede ser, no tenemos nada seguro ahora, puede ser que

sea hasta un elemento infiltrado en el medio terrorista. Un espía al servicio del agregado militar."

"Como si fuera posible. Usted no conoce a los terroristas brasileños, se ve enseguida que no los conoce. Son todos unos putos, con perdón de la palabra, pero alguna vez hay que poner los puntos sobre las íes. El joven lo es, los terroristas lo son, por lo tanto no son enemigos. Se entienden entre ellos. Son todos de la misma laya. Y por lo tanto, están metidos en el mismo negocio sucio."

UNDÉCIMO

1

Ese mismo domingo, alrededor de las cuatro de la tarde, obedeciendo a directivas de Washington, los agentes Marshall y Robins volvieron al departamento de Mr. Silva. Como se concluye de la hoja precedente, el declarante faltó a la verdad durante el primer interrogatorio. En la lista de los matriculados en Columbia University no consta ningún alumno con el nombre de Mário Correia Dias, ni alumno brasileño con nombre mínimamente semejante. Los agentes consultaron tanto la lista de éste como de los últimos cinco años. Por otro lado, teniendo como base las declaraciones de los dos comerciantes del barrio, el verdadero inquilino del citado inmueble sería un señor extranjero (posiblemente de origen brasileño), de buena apariencia, con recursos financieros, de vida moral disipada, de alrededor de unos cincuenta años.

Los agentes tenían la intención de someter a Mr. Silva a un nuevo interrogatorio con el fin de esclarecer la verdadera identidad del inquilino, ya que Mrs. Simon durante todo el tiempo mantuvo relaciones comerciales con él. Creían que, sin la identidad del inquilino, era difícil: (a) continuar las investigaciones, (b) formular alguna hipótesis sobre los motivos de la depredación del departamento (salvo que eran de carácter puramente político), y (c) establecer un plan cuyo objetivo fuera la captura de los posibles terroristas comprometidos en el crimen.

Los agentes creían que Mr. Silva era una pieza fundamental para que la investigación llegase a buen término.

Las declaraciones de un informante indicado por Washington, el profesor X (nos pidió que en los informes oficiales no constara su nombre) desmintieron esa idea. Éste nos prestó informaciones muy valiosas, claras y precisas. No fue difícil, como se verá más adelante, desbaratar la célula que se organizaba en Nueva York, en estricta dependencia de grupos terroristas radicados en Brasil o Cuba. Sin embargo, la misteriosa desaparición de Mr. Silva perduró, y creemos, perdurará para siempre.

Inmediatamente después de la entrevista con el profesor X, los agentes se dieron cuenta (realize, en el original) de que el caso merecía mayor atención, dado que podría ser apenas la punta de un iceberg de acontecimientos mucho más dramáticos. Por eso pidieron ayuda a la policía de la ciudad, que destacó (a) un elemento para vigilar la puerta del departamento de Mr. Silva (optamos finalmente por dejarlo en el interior de la residencia por el exceso de curiosidad de los vecinos) y (b) un patrullero para cualquier emergencia. Esa colaboración fue posteriormente ampliada, pues los citados agentes resolvieron pedir también la ayuda del personal de la sección de desaparecidos, ya que difícilmente Mr. Silva podía haber sido secuestrado.

El ya citado vecino de Mr. Silva, el refugiado cubano Mr. Ayala, fue perentorio en su testimonio prestado la mañana del domingo, y no tenemos razón alguna para no creer en sus palabras, a pesar de que el agente Robins insiste en clasificar al deponente como siendo del tipo de imaginación fantasmagórica (para su definición, ver el librito -booklet, en el original- sobre "Interrogatorio", sección "Deponentes"). Nos dijo que el brasileño salió solo del departamento y descendió raudamente las escaleras (recordamos que el departamento se encuentra en el 5° piso) para un encuentro al que no podía faltar. A partir de ahí la hipótesis del secuestro cayó por tierra. Faltaba

saber el motivo que lo llevó a abandonar espontáneamente su residencia, además, de forma intempestiva. Mr. Ayala no nos fue de gran ayuda. Análisis competentes de las listas de pasajeros en aviones con destino a Brasil indicaron también que no dejó la ciudad, ni el país. La familia del sospechoso también fue consultada en la ciudad de Río de Janeiro (Brasil) y declaró no saber nada sobre su paradero en los últimos días.

El relato que sigue es de exclusiva responsabilidad de la sección de desaparecidos de la policía de la ciudad de Nueva York.

El día primero de diciembre, casi dos semanas después de que hubiera sido dada la alarma para la captura del sospechoso, un patrullero del distrito de Bowery detectó, entre los borrachos (winos, en el original) que hacían barullo en la puerta de un liquor store, un joven que se parecía a Mr. Silva. Llevaba una botella de "Four roses" en la mano. El patrullero Williams lo separó del grupo para hacer averiguaciones.

En el informe diario archivado en la comisaría del citado distrito se lee que el detenido no tenía documento alguno. Vestía botas y buenas ropas aunque estropeadas. (Nota del FBI: ese detalle no es importante porque las familias caritativas de la región hacen compras de ropa en las buenas tiendas de la ciudad y luego las donan al Salvation Army). Usaba cabellos largos, enrulados, como es moda ahora entre los negros; no estaba afeitado; la piel del rostro estaba percutida, pero aun así se percibía que era más oscura que la indicada en los papeles provistos por el Consulado brasileño. El estado general del detenido era de la más extrema miseria y de la más profunda embriaguez. Posiblemente estaba famélico, así fue como el patrullero Williams interpretó su falta de agresividad y su completa apatía.

No tenía apariencia ni acento de extranjero (brasileño). Parecía más un hispano, ya nacido y criado en el país, dado que tenía buen inglés y sin acento definido. No respondió a las preguntas hechas por los patrulleros, ya sea por causa de su estado de embriaguez, ya sea por decisión propia. Ninguno de los patrulleros presentes consiguió dar sentido a sus palabras. Al oír su presunto nombre, no reaccionó.

A pesar de la posibilidad del equívoco, el detenido fue conducido a la comisaría para testimoniar.

Como hubiera sido imposible obtener un testimonio del detenido que tuviera sentido, el comisario de guardia aquella noche resolvió encerrarlo con el fundamento de que no tenía documento de identidad. Se hizo esto, a pesar de la fuerte conmoción por la que pasaba el detenido, que imploraba por la botella de "Four roses" como si fuera un niño caprichoso (spoiled child, en el original). En determinado momento, mientras estaba sentado solo en el banco de espera, tuvo por así decir un ataque epiléptico, y se esponjó en el suelo como un animal, con todo el cuerpo temblando. Llamado el médico de servicio, clasificó el ataque de manía, con el único objetivo de obtener la bebida que el organismo viciado reclamaba. Por esa razón, se le aplicó un sedante. Tanto el comisario como el médico creyeron que, pasada la crisis, ya sobrio el detenido, podrían interrogarlo por la mañana. Era lo que constaba en el comunicado que el citado comisario dejó para su colega de servicio al día siguiente.

Más calmo, el detenido fue conducido a una celda donde ya se encontraban otros prisioneros.

La noche transcurrió sin complicaciones internas y sin incidentes, a pesar de ser la tradicional noche de sábado, cuando a los detenidos los asalta el espíritu de revuelta y la rabia. A la mañana siguiente, sin embargo, el comisario fue llamado con urgencia por el carcelero. Este deparó con

el cuerpo del detenido, Mr. Silva, todo cubierto de sangre, con la cabeza aplastada. El alcohólico detenido se había suicidado durante la noche. El interrogatorio llevado a cabo entre sus compañeros de celda no aclaró nada. Todos permanecieron en silencio. No habían visto nada, no habían escuchado nada.

Hecho el examen del cuerpo del delito, se constató que, antes del presunto suicidio, fue violado por los ocupantes de la celda, con señales de sadismo, ya que su ropa íntima estaba manchada con esperma y sangre. El examen del cuerpo justificó esa conclusión. Se cree —ante la falta de cooperación de los testigos oculares y posibles culpables— que haya golpeado su cabeza contra la pared como un loco. Contra la hipótesis de la espontaneidad del gesto enloquecido, existe el testimonio del carcelero que afirma no haber escuchado ningún grito que viniera de la celda durante toda la noche.

Se abrió una investigación, concluye el informe de la policía de la ciudad de Nueva York.

Por sugerencia de los agentes Marshall y Robins, acatada por el director de la representación newyorquina, este Bureau decidió considerar al detenido por la comisaría de Bowery como *no* siendo Mr. Silva hasta que aparezca una prueba conclusiva de lo contrario. Por eso, este Bureau decidió no comunicar a las autoridades brasileñas y a los particulares comprometidos con el sospechoso la ocurrencia del incidente. Según los citados agentes, la violencia ocurrida en el interior de una comisaría de policía americana, asociada con actos antiterroristas desarrollados por los militares en Brasil y con la ayuda de la CIA, podría originar una campaña difamatoria en la prensa americana e internacional contra los dos países y sus dos órganos de seguridad nacional.

Tampoco se descartó la hipótesis de que los propios militares brasileños, comprometidos como están con la

represión antiterrorista, usando recursos de tortura física y mental, utilizaran el incidente para criticar la política americana con el fin de probar a los ojos del mundo que no son los únicos que dejan que ocurran incidentes en las cárceles que violan los derechos humanos.

2

Terezinha: Fingía como él sólo.

Da Glória: Quién diría, Eduardo, justo él. Ponía la mano en el fuego por él ¡Ay! Dios me libre y me guarde, y la Santísima Virgen también.

Maria da Graça: Yo hacía que no veía, pero estúpida no soy. Si no hablé antes con ustedes dos, fue porque sabía que iban a decir que tenía la mente más sucia de la Tierra. Santo no era, se veía a la legua.

Terezinha: Para mí tampoco es novedad. Sólo es novedad para vos, Da Glória. Esa cara de mentiroso no me engañaba. ¿Se acuerdan cuando se dejó crecer el pelo? Parecía una chica coqueta.

Maria da Graça: Si se hubiera pintado los labios, puesto unos zapatos altos, ¿quién podría ver la diferencia? Nadie. Era un mariposón.

Terezinha: Se ponía unos aritos en las orejas, y podía ir a exhibirse en esas boîtes conocidas del Village y tener éxito.

Maria da Graça: Estaba perdiendo tiempo y dinero trabajando acá. Hoy ya podía ser millonario. ¿No vieron la historia de aquel o de aquella —yo qué sé— que fue a Francia, dicen que un conde se enamoró de ella, un noble, por lo menos fue eso lo que decía la revista *Manchete*, y la *Manchete* no miente.

Terezinha: Lo que nunca me hubiera imaginado es que fuera a meterse con terroristas. ¿Te das cuenta? Con criminal buscado por el FBI, qué horror.

Da Glória: ¡Cruz credo, Ave María!

Maria da Graça: Dicen que lo raptaron sus compañeros de célula en su propio departamento.

Terezinha: ¿Vos creés que se puede creer en los diarios? Vos sola podés creértelo, ingenua.

Maria da Graça: ¿Ingenua, yo? Cuando vos ibas yo ya estaba de vuelta. Mirala a la otra, sólo porque la promovieron se cree dueña de la verdad.

Da Glória: ¿Y no podemos hacer nada por él?

Maria da Graça: Ni el coronel Vianna que es coronel puede, mucho menos nosotras. No viste lo que dijo, que hasta llamaron al FBI para resolver el caso, y nada. Dos agentes destacados, patrulleros, un radiopatrulla, hicieron de todo.

Terezinha (en voz baja para Maria da Graça): Ese sonso piensa que nos engaña. Los dos —eh— siempre almorzando juntos, amistad de cama y mesa. No lo veía el que no quería. Boba yo no soy.

Maria da Graça (susurrando): ¡Te volviste loca, querida!

Da Glória: ¿Qué estaban chismeando?

Maria da Graça: Nada, querida. Terezinha estaba diciendo que el coronel debe estar sufriendo mucho. Eran tan amigos los dos.

Da Glória: Claro que lo está. Vino a decirme que Eduardo era como un hijo para él. El hijo que no tuvo. Ni él ni la señora Silvia imaginaron nunca que tenía problemas personales. Me pidió que le dijera eso a mi tío.

Terezinha: ¿Y, le dijiste?

Da Glória: Lógico, ¿acaso no me lo pidió?

Maria da Graça: Se imaginan lo que están diciendo de nosotros en Brasil, esa gentuza envidiosa y mezquina. Deben estar diciendo que esto es un burdel.

Da Glória: No quiero ni pensar, ave María. Mi tío ya me preguntó si quería que me transfirieran.

Terezinha: ¿Y qué le dijiste?

Da Glória: Le dije que no, que el ambiente de trabajo en el consulado era muy saludable. Que esas cosas ocurren hasta en las mejores familias.

Terezinha: ¿Y él, que te dijo?

Da Glória: Estuvo de acuerdo, obvio.

Maria da Graça: Ustedes dos con la cabeza en Brasil y yo sola con la mía acá, pensando sobre lo que pasa acá, sobre lo que no están diciendo de nosotras después de que el *Daily News* sacó ayer el escándalo en la primera página. Van a pensar que todos los brasileños somos.

Da Glória: Mi tío me llama todas las noches. Me dice que no diga una palabra a ningún periodista, que son todos unos chismosos. Lo que quieren es vernos muertos.

Maria da Graça: Sé sincera, Terezinha. ¿Vos creés en serio que lo raptaron?

Terezinha: Creer, creer, no creo nada. Pero si querés saber lo que pienso, entonces es distinto. Para mí que está escondido —y bien escondido— en algún hotel de mala muerte. Alguien lo cubre. No digo el nombre, el nombre de la persona que lo cubre, porque no soy tonta y no quiero ser tratada como una chismosa por mis dos mejores amigas. Astuto como es, no iba a aparecer acá en la oficina después del escándalo. Pero van a ver, yo por lo menos voy a ver con estos dos ojos que la tierra ha de comer, ustedes dos van a ver cómo cualquier día de estos aparece en el consulado y con la cara más dura del mundo. Sólo hay que esperar que pase la tormenta.

Da Glória: ¡Cruz credo! También vos, Terezinha, nadie vale para vos. ¡Pobre! Seguro que está muy necesitado, y vos murmurando.

Terezinha: ¿Murmurando, yo? No decía yo: él hace sus macanas y quien paga el pato soy yo. Por eso es que cierro el pico. Después no me vengan a decir que ya sabían todo, porque voy a desmentirlas a las dos, a las dos. En sus propias caras.

3

Carlinhos (en el aeropuerto): De buena madera no era. Ustedes mismos son testigos. Cuando se puso jodido, desapareció, el puto. Una vocecita me dice aquí dentro que fue él quien nos incriminó. Me doy cuenta de que ustedes no lo creen, piensan que es inocente, que soy yo que estoy volviéndome medio loco, claro. Pero ¿quién puede decirme quién podía saber del otro lado tanto de nosotros como sabía quien nos entregó? Hizo su servicio completo para el FBI, ustedes son todos testigos de que los tipos sabían todo, todo lo que ocurrió con el grupo. Hasta lo de la iglesia. Ni eso se les escapó a los putos. Hizo su servicio y ahora el FBI debe estar escondiéndolo por ahí. Dicen que se evaporó en el aire, así (chasquea los dedos). ¡Minga que se evaporó! Lo que quería era jodernos, así. Y lo consiguió. Ahora el puto ya se hizo cirugía estética, cambió de identidad, ¿quién va a reconocerlo tomando sol en una isla del Pacífico? Porque el personal de inteligencia americana manda a los delatores del mundo entero allá. ¿No se acuerdan de la historia de aquel espía que abandonó Rusia entregando la red de espionaje rusa a la ONU? Una de esas revistas, ya no me acuerdo si la *Time* o la *Newsweek*, dijo que fue ahí en Hawai que encontraron al tipo: quemadito de sol, tomando su daiquiri en el borde de

la pileta de un hotel de lujo. Quisieron decir que era un sosías del espía, pero era evidente que era él. ¿Dónde va el dinero del pueblo americano? preguntaba la revista. Y sí, el dinero del pueblo americano ahora le paga cirugía, hotel cinco estrellas, pileta, daiquiri y lo que se te ocurra a Eduardo. ¡Pobre Eduardo! ¡Cómo debe haber sufrido cuando le cortaron la mitad de esa nariz achatada! Y la culpa de todo esto, ustedes saben pero no tienen coraje de decirlo, de asumirlo, el culpable de todo fue Marcelo. Estamos acá por su culpa. Vino con su historia de que había sido amigo del puto en la facultad, que era gente fina, confiable, simpático a la causa, mucha vaselina, y todo el mundo cayó, y ahora, ahora, queridos míos, nos jodemos. Amigo del agregado militar, eso es lo que era, eso es lo que es. No lo ve el que no lo quiere ver. Es la verdad que nadie quiere escuchar. Los dos de palique en la mesa del rincón, todas las semanas, y este idiota sirviéndoles a los dos hijos de puta. ¿Para qué? A ver, díganme. Para ser alcahueteado peor que malandro de morro. Prefirieron no crearme, le compraron el boleto a Marcelo, y miren el resultado. Acá estamos los pelotudos atados, tirados al piso, bien atrapados y bien jodidos. Mientras los dos —mejor me callo.

4

Querido Sergio:

Amigo querido, no podés imaginarte cuán tristes e inconsolables nos sentimos Silvia y yo con la desaparición de nuestro querido Eduardo. Sabemos que vos y Teresa están desolados y es por eso que juntamos en esta hora nuestras oraciones a las tuyas para que Dios todopoderoso ilumine la cabeza y los pasos de Eduardo y lo reconduzca al buen camino de donde no debía haber salido.

Ayer mismo Silvia mandó a rezar una misa por él aquí en la parroquia del barrio. A pesar de haberlo conocido superficialmente, Silvia me dijo que guardaba de él la imagen de un ángel desgarrado en la Tierra. Recordó su dulzura al mirar, la gentileza en las palabras y en el trato, el alma amorosa y pronta para la generosidad.

Eduardo era verdaderamente, por las muchas razones que ustedes saben y que creyeron que yo también debía saber, porque las compartieron conmigo, un joven problemático, como por otra parte muchos de nuestros jóvenes de hoy, influenciados por todo lo que hay de más pernicioso en la sociedad permisiva que sin querer estamos legando a los más jóvenes. Pero es mejor guardar silencio sobre eso en esta hora de sufrimiento. Recordémoslo, como Silvia, sólo por el lado bueno de su personalidad inquieta, porque es eso lo que va a hacerlo volver junto a los que lo aman de verdad.

Debo decirles que la desaparición de Eduardo despertó la más viva conmoción entre sus colegas del servicio y también entre los diplomáticos del consulado. Ya habrán recibido una carta personal del señor embajador. No fue idea mía, les aseguro; él quería contarles los esfuerzos que había hecho para que las investigaciones de la policía de la ciudad llegaran a buen término. En vano. También a mí me elogió a nuestro Eduardo como funcionario.

Esa es la realidad que cuenta al final. Veo a Eduardo llegando al aeropuerto Kennedy, yo con su foto en la mano, él aprensivo e inquieto, inseguro frente a su nueva vida en país extranjero, pero entusiasmado con la posibilidad de probarse a sí y a los suyos que podía enfrentar las dificultades y vencer. Creo que venció, incluso si la vida acabó por vencerlo. Pero... ¿acaso no es ése el destino de todos nosotros? Venció porque probó que era capaz de hacerse cargo de las responsabilidades del trabajo y de su propia casa. Nunca llegué a hablarles del departamento

que tenía. Era agradable y acogedor y en él recibía a sus amigos, tanto brasileños como americanos, porque ya los tenía, y muchos.

Es una pena que no se haya abierto conmigo sobre las dificultades y los problemas que tanto lo angustiaban y ocupaban de manera dañina su cabeza inexperta. No sé si hubiera podido ayudarlo como me hubiera gustado. Muchas veces —¡y cuántas!— somos impotentes frente a los designios del Señor Absoluto, pero la compañía de una pareja amiga y más experta podría haber ayudado a disminuir sus dolores íntimos y a combatir las fuerzas autodestructivas que lo acosaban. No se imaginan cómo nos culpamos Silvia y yo por no haberlo invitado más a nuestra casa. Pensamos erróneamente que un joven lleno de vida como Eduardo no tenía nada que ganar cenando con dos viejos que —además— vivíamos en el distante Queen's. Nos equivocamos. Tenía mucho que aprender con nosotros, como siempre aprendió mucho con ustedes. Nos equivocamos y ahora nos culpamos, y les pedimos perdón. Dios en su infinita bondad ya debe habernos perdonado. Esperamos la palabra caritativa de ustedes.

No debía tocar en este asunto en hora tan triste y dolorosa, pero me siento en la obligación de aclarar ciertas cosas como amigo y, principalmente, como oficial de las fuerzas armadas. La prensa anduvo divulgando la desaparición de nuestro Eduardo como siendo consecuencia de su compromiso con un grupo de terroristas que se organizaba en esta ciudad. Hasta hablaron de secuestro los calumniadores, como si la locura que asola a nuestro país ya se hubiera esparcido por estas tierras del Norte.

No lo creas, Sergio, no lo crean; no pasen además por esa tristeza; no piensen que su hijo haya traicionado la patria que tanto amamos, y, peor aún, que haya traicionado las enseñanzas cívicas que ustedes le transmitieron como padres. Todo eso es mentira de la prensa comunista que

nos domina y nos inculca como verdad la más descarada mentira. Es una calumnia y de las más viles. Están usando a nuestro Eduardo para indisponer una vez más a nuestros ciudadanos y a una familia amorosa contra los militares. Puedo garantizarles (y no habla sólo el amigo, sino el agregado militar) que nuestro Eduardo no estuvo envuelto con esos bandidos que fueron detenidos por el FBI y expulsados del país que generosamente los había acogido. Que por lo menos preservemos dignamente la memoria de "nuestro" hijo (ustedes me perdonarán, espero, ese egoísmo de una pareja que se hermana en el dolor de ustedes).

5

"Damn it!" exclama Rickie frente a Marcelo que le revela la desaparición de Eduardo. "Poor fellow! Deberías habérmelo dicho antes."

"¿Cómo? ¿Ahora soy adivino? Sólo ayer salió en los diarios."

"Desapareció la mañana que lo dejamos en curda en su casa... debo haber sido uno de los últimos con quien habló."

"Sin dudas."

"¿Y sólo hoy es que su mejor amigo se entera de la muerte, por los diarios? Qué gran amigo..."

"Pará ahí. No exagerés; no hablé de muerte, y los diarios tampoco. Desaparición, Rickie. De-sa-pa-ri-ción."

"¿Qué le pasó? ¿Se volvió loco, o qué?"

"Es imposible entender esas cosas. El tipo se vuelve loco, y listo. O bien la persona suelta la lengua, habla, escribe, deja un mensaje, explica, o bien el campo queda libre para la imaginación de cada uno, cada uno suponiendo la hipótesis que puede."

"¿Y la tuya cuál es?"

"Gracias a Dios, no tengo ninguna. Estoy esperando el regreso de Billy the Kid rides again."

"¿No te pasa nada por la cabeza?"

"Nada, nadita, a no ser una brisa fría soplando de la tierra de los desgraciados."

"¿Tanto así?"

"¿Qué?"

"Tan desgraciado."

"¿Eduardo? No me hagás reír. Un buen tipo, nada de desgraciado, un hombre feliz que va a vivir hasta cuando lo dejen vivir como él quiere vivir."

"¿Y quiénes no lo dejaron vivir?"

"¿Querés molestarme, hoy? Mirá que te reviento, hijo de puta. No hablo más. Cierro el pico de ahora en adelante. Hablá vos."

"Egoísta."

"Yo no entro en el juego."

"¿Cómo? Si son iguales. Si vos, él y yo somos iguales. Existen los chiflados, existen los tres mosqueteros y, ahora, señoras y señores, distinguido público, tengo la gran honra y placer de presentarles: los tres silenciosos."

"¿O los tres egoístas?"

"Prefiero los tres silenciosos."

"Pero los tres chiflados eran cuatro. Falta uno."

"Los tres mosqueteros también eran cuatro. Falta uno, tenés razón. El cuarto de la trinidad silenciosa. ¿Quién será?"

"El secuestrador."

"¿La boca se te haga a un lado! Eduardo no fue secuestrado, se escabulló."

"Si no es el secuestrador, es el chofer del taxi, del ómnibus, o del camión. O el maquinista, o el comandante del avión."

"Menos imaginación, querido. Eduardo está en Nueva York, en la Manhattan que tanto él como yo amamos, y a pie. Y no se llama Rickie. Pensá bien: Eduardo no se llama Rickie."

"¿Vos no sabés dónde está? ¿Lo estás escondiendo de mí?"

"Saber no sé, pero estoy seguro de que vos hablabas de tu "cuarto" y no del "cuarto" en la trinidad de él."

"I'm lost."

"Muy simple, querido. Te diste cuenta que inventaron el mismo destino. El mismo."

"No, no me di cuenta. Explicame, Sherlock Holmes."

"¿Quién se fue un día sin avisar a nadie de su pueblito en Arizona, eh? ¿Quién se tomó un tren hasta no sé dónde y después un ómnibus hasta San Francisco? ¿A quién le regalaron un pasaje de avión para Nueva York? A ver, decime."

"OK, ganaste, ¿y?"

"Y que nadie de tu familia, ningún pariente tuyo sabe dónde estás en este momento. Desaparecido. Missing."

"Es distinto."

"No es distinto, querido. Alistamiento militar, recluta, soldado, guerra de Vietnam, campo de batalla, todo eso equivale a interrogatorio, entregar a los amigos, orden de prisión, expulsión del país, ¿para dónde ir? Cada uno tiene miedo de su propio Vietnam. El de él era la policía, el FBI. El tuyo es el Pentágono y un hombrecito allá vestido de verde."

"¿Vos creés que él en serio estaba metido?"

"No creo, estoy seguro."

"Si estás seguro es porque vos también estabas. En el mismo barco. ¿Y cómo hiciste para zafarte? Acabás de decirme que a otros los expulsaron del país."

"Me dejaron atrás. Para que fuera el evangelista de Billy the Kid. Tuvieron la decencia de no abrir el pico. Y

quien le dio los nombres al FBI me dejó afuera. Quién sabe por qué."

"Y si Eduardo aparece, vos creés..."

"No creo. Estoy seguro."

"Vos lo cagaste. Debe estar puto con vos."

"Al contrario."

"Eduardo me quería para él."

"Como quiso a miles de otros allá como acá."

"We'll fly down to Brazil."

"¿No te parece que te estás dando mucho valor, sr. enmascarado?"

"No cambiés de asunto. Vos tenés miedo de él. De que vuelva Billy the Kid."

"¿Te volviste loco?"

6

(Folleto distribuido por todas partes en Nueva York por Paco, quien lo redactó y lo mandó a imprimir.)

Las letras E.C.S. están escritas con Sangre. Los cuatro puntos en cima del nombre del Gran Superior de la Orden indican el poder que tiene de decretar Sentencias de Muerte.

Dos calaveras están dibujadas en cada uno de los dos ángulos superiores de esta hoja. Debajo de ellas están escritas dos palabras: a la izquierda, "Tristeza", y, a la derecha, "Muerte". Las palabras están inscriptas arriba de dos huesos cruzados. Las calaveras están atadas por una cinta que, en seguida, descienden hacia los dos ángulos inferiores de esta hoja en línea vertical. Aquí están dibujadas dos calaveras más e inscriptas dos palabras: a la

izquierda, "Terror", y, a la derecha, "Luto". La cinta se ata en un lazo en el centro inferior de la hoja.

Yo, F.A., prometo y juro sobre esta espada, el instrumento vengador de los perjurios, conservar el secreto de E.C.S. y no escribir, dibujar o pintar cosa alguna que se refiera a él sin haber obtenido permiso expreso de él para hacerlo. Si me vuelvo un perjurio, doy mi consentimiento para que mi cuerpo sea cortado en pedazos, después quemado, y para que mis cenizas sean depositadas dentro del cáliz con el fin de que mi cuerpo y nombre sean ofrecidos a la execración pública y universal.

Él me dijo:

La voz es para el oído.

Oigan la voz del maestro.

Pongan el pie en el camino.

El camino de la salvación.

Yo estoy en todos los lugares.

Nunca más voy a quedarme esperando que me ayuden. Nunca más voy a pedir ayuda a nadie. Vuelvo los ojos hacia el Mensajero de Moisés. Libradme, oh señor Jesucristo, del hombre malo. Preservadme, Divinidad Suprema, Uno de los Siete, del hombre violento.

Para el puro

Todas las cosas son puras

El modelo es el niño.

Así me habló Él y así escribo.

Y así también Él me mandó a grabar los actos de su persecución y martirio, me mandó grabar esta Proclamación.

PROCLAMACIÓN

Ahora tengo que hablarles de un asunto que ha sido el asombro y la desesperación de los fieles, de un asunto que sólo la incredulidad del hombre ocasionaría semejante

acontecimiento: el Comunismo internacional, que es incontestablemente un gran mal para la humanidad que era otrora bella estrella.

Hoy sin embargo toda seguridad desaparece porque el gobierno cubano acaba de inventar la forma más eficaz de exterminar la religión en el mundo. Admiro el procedimiento de aquellos que han concurrido con su voto para realizar el Comunismo, cuya idea ha oprimido bárbaramente a la Iglesia y a los Fieles, y la incredulidad impía ha llegado al punto de prohibir incluso el ejercicio del sacerdocio.

¿Quién puede no sorprenderse ante la vista de tan degradante procedimiento? ¿Quién diría que existirían hombres que profesaran semejante idea?

El Comunismo es el engaño de la tiranía para los fieles. No se puede calificar el procedimientos de aquellos que vienen ayudando para que el Comunismo produzca un efecto tan horroroso. Hombres que miran por un prisma, cuando deberían impugnar generosamente el Comunismo, dando así una brillante prueba de religión.

Demostrado, pues, que el Comunismo quiere terminar con el Cristianismo, esta obra maestra de Dios que existe hace veinte siglos ha de permanecer hasta el fin del Mundo, porque Dios protege a su obra y ella sufrió persecuciones, pero siempre triunfó sobre la impiedad. Por más ignorante que sea el hombre, sabe que el poder humano es impotente para acabar con la obra de Dios.

El jefe supremo comunista, conocido por todos, movido por la incredulidad que ha atraído sobre él toda suerte de ilusiones, cree que puede gobernar el Mundo como si fuera un monarca legítimamente constituido por Dios; los católicos, contemplando tanta injusticia, se amargan.

¡Oh, hombre incrédulo, cuánto pesa tu incredulidad frente a Dios!

Todo poder legítimo emana de la Omnipotencia eterna de Dios y está sujeto a una regla divina, tanto en el orden temporal como en el espiritual, de suerte que, obedeciendo al Papa, al Rey, al Padre, a quien es realmente ministro de Dios para el bien, sólo obedecemos a Dios.

El Cristianismo lo santifica todo y no destruye nada, excepto el Pecado.

Así mandó Él grabar sus palabras para que de ellas tuvieran conocimiento los pueblos del Futuro. Y así me mandó a grabar este diálogo entre Él y el inquisidor.

Inquisidor: ¿Por qué vos y tus compañeros de exilio no desisten de la Causa cristiana?

Él: Nosotros luchamos por la Amistad.

Inquisidor: ¿Qué querés decir con Amistad?

Él: la Santa Fe de nuestra religión cristiana.

Inquisidor: Pero vos sabés muy bien que nuestra religión es contra los que decretan la Sentencia de Muerte. Sólo el Estado puede decretarla. Él es superior a todo y a todos.

Él: Nosotros estamos luchando por la Amistad cristiana entre los pueblos de buena voluntad y fuimos bendecidos por el Papa. Si yo no hubiera perdido un documento de Roma, usted me creería, ¿no?

Inquisidor: ¿Qué tipo de papel era ése?

Él: Era una carta que vino de Roma, firmada por el Papa.

Inquisidor: ¿Pero qué decía ese papel?

Él: Decía que cualquier persona que luchara en el exilio por la Santa Causa del Papa y de la Amistad cristiana no cometería crimen ni pecado.

Inquisidor: ¿Te acordás de alguna otra cosa de ese documento?

Él: Decía que los verdaderos asesinos, los que hacen crueldades y los que hacen todas las malas acciones

impías y bárbaras, son los soldados de Fidel, que se apoderaron del reino de los Guajiros; decía que ellos fueron excomulgados y que, por eso, nosotros recibíamos la bendición del Papa.

Inquisidor: ¿De qué color era la cinta y el sello de la carta, y qué estaba impreso en el sello?

Él: La cinta era blanca, parecía tejida en lino, y el sello también era blanco con la figura de Felipe II y con palabras que hablan de Roma y de la España católica.

Inquisidor: ¿Cómo es posible admitir o suponer que el Papa pudiera bendecir tales iniquidades o que Felipe II pudiera degradar su propia dignidad de Rey?

Él: Así como sé que voy a morir por sentencia de los Comunistas, así también le digo que yo tenía ese documento y que todo lo que estaba escrito en él es exactamente lo que le acabo de contar. Y si alguno de aquellos a quienes yo comando es preso también como yo, usted podrá entonces convencerse por sus palabras de que digo la Verdad, y nada más que la Verdad.

Cuando le dijeron que había llegado la hora de la ejecución, Él dijo:

Porque la Fraternidad cristiana entre los pueblos de buena voluntad es algo que debe existir, y, si alguien falta a ese sentimiento de Fraternidad, será castigado.

7

Vecina de enfrente: I kept telling you he was a dangerous, a very dangerous man, you didn't believe me. Now you see, all those cops in front of his building.

Marido paralítico en la cama: ¿De qué estás hablando?

Vecina: El diario dice que es comunista.

Marido: ¿Quién es comunista?

Vecina: Ciego y sordo, no hablo más con vos.

Marido: ¿Quién es comunista? Decime.

Vecina: No te digo nada, nunca prestás atención a lo que digo, decís -te creés que no me doy cuenta- que son de mujer loca.

Marido: No mientas, yo nunca dije eso de vos. Vos no sos loca.

Vecina: Ya sé que no soy loca, idiota.

Marido: Decime.

Vecina: Pedímelo "por favor".

Marido: Por favor, decime quién es comunista.

Vecina: The Puerto-rican you nuts.

Marido: Seguro que es. Todos ellos lo son. Es para eso que vienen a este país. Para destruirlo.

Vecina: Quedate tranquilo que a este lo matan.

Narrador y personajes plegadizos, homenaje a los "Bichos" de Lygia Clark y a "La Poupée" de Hans Bellmer.

POSFACIO

POR DANIEL LINK

Nacido en 1936 en Formiga (estado de Minas Gerais), sería un error considerar a Silviano Santiago un escritor "regional", aún cuando la idea de región tiene en Brasil un significado muy diferente del que tiene en Argentina. Extremadamente cosmopolita por vocación, por formación y por destino, la obra de Silviano se deja leer como una de las experiencias más interesantes de la época de la cultura reticular (por oposición a la época de las culturas "territoriales"). No en vano, puesto a escribir sobre su propia vida, Silviano elige como epígrafe unos versos de Carlos Drummond de Andrade que dicen: "Una calle comienza en Itabira, que va a dar a cualquier punto del mundo. Por esa calle pasan chinos, indios, negros, mexicanos, turcos, uruguayos". Es el mundo entero lo que convoca la poesía del gran poeta *mineiro* y la poesía es para él una manera de atravesar el mundo y la modernidad. Lo mismo para Silviano.

Silviano Santiago pertenece a una generación de intelectuales y artistas nacidos en la década del treinta y que comenzaron sus carreras profesionales en la década del cincuenta, cuando en la práctica ya era imposible sostener los antiguos paradigmas académicos y también estéticos (aún cuando esos paradigmas fueran los del imponente modernismo brasileño). Por eso, la generación de la que Silviano participa es decisiva en la transformación de la literatura, el arte y la cultura de Brasil.

Silviano estudió Letras, como muchos otros compañeros de camino (chinos, indios, negros, mexicanos, etc.). Él mismo ha observado que, "por razones difíciles de precisar", no pocos de esos profesores, investigadores y administradores de la vida académica "no quedaron satisfechos con la ya gigantesca tarea para la que fueron

solicitados y que atendieron diligentemente. Abandonaban periódicamente el lenguaje del rigor científico y el raciocinio lógico y frío del análisis textual para adentrarse en el campo de la creación literaria. Algunos de los más destacados poetas y prosistas en la literatura brasileña de hoy tienen formación universitaria en Letras, hecho también inédito entre nosotros, ya que para las generaciones anteriores fueron principalmente las Facultades de Derecho las que sirvieron de semillero para los futuros escritores".

Perseguidos por fuerzas oscurantistas (es decisivo el papel del golpe de Estado en 1964 para todos ellos) o sencillamente movidos por cuestiones personales, muchos de esos coetáneos encontraron en la experiencia (académica o creativa) en el extranjero la fuerza necesaria para imprimir una nueva vitalidad en la cultura de su patria. Pero la inquietud que iba a llevarlos a un cuestionamiento total de las tradiciones heredadas venía ya de mucho antes.

En el caso de Silviano, no es casual su definición del universitario como "el de alguien que osa, en determinados momentos, trascender los muros disciplinares de la institución con el deseo de lanzarse en proyectos creativos complementarios que muchas veces acaban por cuestionar los criterios rigurosos y las reglas de decoro del juicio propiamente académico". Ya en su más extrema juventud había participado del Centro de Estudios Cinematográficos de Minas Gerais y, con algunos compañeros, codirigió una revista de vanguardia, *Complemento* (de la que aparecieron 4 números y que editó además 3 libros). Joven literato, los primeros ejercicios de crítica realizados por Silviano tomaron, sin embargo, al cine como objeto: en los periódicos *O Diário* y *Estado de Minas*, en la *Revista de Cinema*, que llegó a tener circulación internacional, dato importante

porque preanuncia su doble actuación futura: "llevé a la Universidad el deseo de no abandonar una carrera pública que construía en el campo vivo de las manifestaciones artísticas".

En la Facultad de Filosofía colaboró en la revista del Centro de Estudiantes, *Mosaico*. Junto con tres compañeros de estudios (Affonso Romano Sant'Anna, Terezinha Alves Pereira y Domingo Muchon), publicó su primer libro de poemas, *Cuatro poetas*. Por esos años (hablamos de 1959) traduce *Fin de partida* de Samuel Beckett que, paradójicamente, es el comienzo de un juego infinito que Silviano sostendrá con la literatura francesa y que lo llevará a descollar, como crítico, en el campo de las literaturas comparadas.

Un golpe de azar pone a Silviano frente a un desconocido manuscrito de André Gide (las 30 primeras páginas, escritas *corrente calamo*, de *Los monederos falsos*). Ese encuentro fortuito selló de golpe la forma en que estructuraría su carrera profesional (un pie en la investigación y otro en la creación): el trabajo de decodificación y establecimiento del texto ("ocasión única para observar de manera concreta las angustias de creación en un novelista notable", anota) se articuló de manera decisiva con sus propias preocupaciones narrativas de esa época (las novelas cortas que saldrían en el volumen *Duas Faces* y la primera versión de una novela futura, *O Olhar*).

Luego sucede lo inevitable: el doctorado en la Sorbonne (precisamente sobre André Gide) y una vertiginosa carrera docente en los Estados Unidos y Canadá, su disidencia política durante la dictadura brasileña y el regreso a su país.

Poeta, crítico, novelista, promotor de nuevos paradigmas disciplinares (el estructuralismo, las literaturas comparadas, la teoría posmoderna), Silviano Santiago es

también uno de los grandes divulgadores de la cultura y el arte brasileños en todo el mundo: presentó muestras de arte modernista (en particular de Lygia Clark, tan importante y tan presente en *Stella Manhattan*) y exhibiciones de *cinema novo*, tradujo y compiló la literatura brasileña en los Estados Unidos y en Alemania, participó en debates sobre la relación entre cultura y política. Silviano es uno de los primeros intelectuales que reflexiona de manera sistemática sobre la censura y la represión en el campo de las artes durante la dictadura de los años setenta; analiza el discurso mesiánico (de Euclides da Cunha a Glauber Rocha) y las constantes de la ideología patriarcal en la literatura brasileña.

¿Cómo se lee la obra crítica de un escritor? ¿Cómo se lee la obra literaria de un profesor? Después de un largo silencio después de sus dos "libros de aprendizaje", Silviano vuelve a publicar literatura. Un libro de poemas, *Salto*, y uno de cuentos, *O Banquete* (los dos en 1970). En ambos se lee una preocupación para adecuarse a los estándares de la escritura vanguardista vigentes en ese momento. Uno de los problemas más graves que se le presentan a un profesor que quiere producir literatura reside en el hecho de no poder deshacerse de un estilo de escritura rancio y conservador. Silviano fue conciente (y así lo demuestran sus libros de entonces) de que debía reaccionar radicalmente a esa inercia: hacer pie en su propia contemporaneidad para proponer una verdadera investigación de los lenguajes artísticos. Ninguno de sus libros, a partir de entonces, puede leerse como una aplicación servil de tal o cual teoría o una reproducción mecánica de tal o cual corriente estética hegemónica. Como ya había descubierto en Gide, el verdadero escritor es aquél que asume la sentencia que dice: "*Je suis un être en dialogue, tout en dialogue, tout en moi combat et se contradit*". Diálogo y contradicción: hay

que entender cada libro de Silviano no tanto como ejercicio de estilo sino como *ensayo de dicción*.

O Olhar es una novela (reescrita en 1972 a partir de una primera versión de diez años antes) sobre la mirada del "mineiro", entendida como el rasgo de mayor violencia de una cultura re-examinada sin ninguna idealización. En 1978 Silviano publica una colección de poemas, *Crescendo durante a guerra numa província ultramarina*, donde utiliza por primera vez, de manera consciente, el registro autobiográfico: poetiza la infancia de su clase hacia el final de los años treinta. Pero el individuo aparece como una "masa amorfa y ventrílocua" (escribe Silviano) porque el mapa de la infancia está hecho de citas, parodias y pastiches.

A comienzos de la década del ochenta, Silviano publica la que acaso sea su novela más conocida entre nosotros (fue traducida al castellano), *Em Liberdade*, que recibió el Prêmio Jabuti en 1982. Se trata de una obra límite, que mezcla en partes iguales el ensayo biográfico, la crítica y la ficción a partir de la escritura de un falso diario íntimo del gran escritor comunista Graciliano Ramos. La novela se deja leer, además, como un vasto fresco sobre las relaciones entre el intelectual y el estado autoritario en Brasil, con contrapuntos narrativos hacia el pasado (los desmanes coloniales en Vila Rica, en el siglo XVIII) y el futuro (la represión en San Pablo en los años setenta).

De 1985 es la novela que ahora presentamos, *Stella Manhattan*. Si la oposición entre libertad y autoritarismo era lo que ponía a andar la novela anterior de Silviano, en ésta se plantea la utopía de la liberación (y su antítesis, la represión). La acción se ubica hacia finales de la década del sesenta en Nueva York, donde se reproduce microscópicamente toda la política brasileña de la época.

Que la fábula suceda en Manhattan no es casual: así como París era la capital del siglo XIX, Nueva York fue la capital del siglo XX y, como tal, un mandala en el seno del cual coexiste a una velocidad de vértigo (la misma velocidad que Silviano imprime a la novela) todo lo humanamente posible. Además, puerto galáctico, Nueva York tritura todos los lenguajes para transformarlos en una lengua nueva, una panlengua hecha de retazos, jirones, neologismos (precisamente la que Silviano elige para escribir su novela).

Han pasado veinte años desde entonces y, sin embargo, *Stella Manhattan* se deja leer con la misma frescura. Es un documento de época, desde ya: por sus páginas desfilan las minorías sexuales y raciales y sus demandas políticas, la guerrilla urbana (en la impresionante interpretación de Marighella), el papel de Cuba en la región, los nuevos mecanismos de represión, las alianzas entre intelectuales progresistas y conservadores en América latina y en los Estados Unidos, Woodstock, el sadomasoquismo. Pero a diferencia de *El beso de la mujer araña* de Manuel Puig, novela de la cual podría decirse que *Stella Manhattan* es su "precuela", el lector encontrará mucho más que el placer de asomarse a un mundo desaparecido para siempre. Todo, en esta novela de Silviano, *todavía* nos interpela. Por ejemplo, la calésita infame de las sexualidades disidentes, mucho más compleja (y por lo tanto, más "fresca", más al alcance de nuestro propio pensamiento) que en cualquier otra novela de la época.

Cada capítulo de *Stella Manhattan* presenta las piezas (más o menos desordenadas, más o menos reconocibles) de un rompecabezas que sigue la lógica paranoica que funcionaba como suelo común de la razón política brasileña después del golpe de 1964. Pero esa paranoia que permite interrogar el modo en que se desarrollan (al

mismo tiempo) lealtades sexuales y políticas no es ajena al tiempo que hoy estamos viviendo. Como tampoco es ajeno a nuestro presente la incerteza de las identidades, la otredad, el laberinto de las apariencias, las extrañas alianzas entre autoritarismo político y modernismo estético.

NOTA SOBRE LOS AUTORES

Daniel Link es catedrático y escritor. Dicta cursos de Literatura del Siglo XX en la Universidad de Buenos Aires. Ha editado la obra de Rodolfo Walsh (*El violento oficio de escribir, Ese hombre y otros papeles personales*) y publicado, entre otros, los libros de ensayo *La chancha con cadenas, Escalera al cielo, El juego de los cautos, Cómo se lee* (traducido al portugués), las novelas *Los años noventa* y *La ansiedad*, la recopilación poética *La clausura de febrero y otros poemas malos*. Es miembro de la Associação Brasileira de Literatura Comparada (ABRALIC) y la Latin American Studies Association (LASA). En 2004 recibió la Beca Guggenheim.

Karl Posso es profesor de literatura en Hispanic Studies, Universidad de Edimburgo, post-doctoral research fellow de la Universidad de Cambridge y autor de *Artful Seduction: Homosexuality and the Problematics of Exile* (Oxford: Legenda/University of Oxford, 2003) sobre la obra de Silviano Santiago y Caio Fernando Abreu.

ÍNDICE

Presentación, por Silviano Santiago.....	7
Noticia sobre el autor	15
Stella Manhattan.....	17
Posfacio, por Daniel Link.....	285
Nota sobre los autores	295